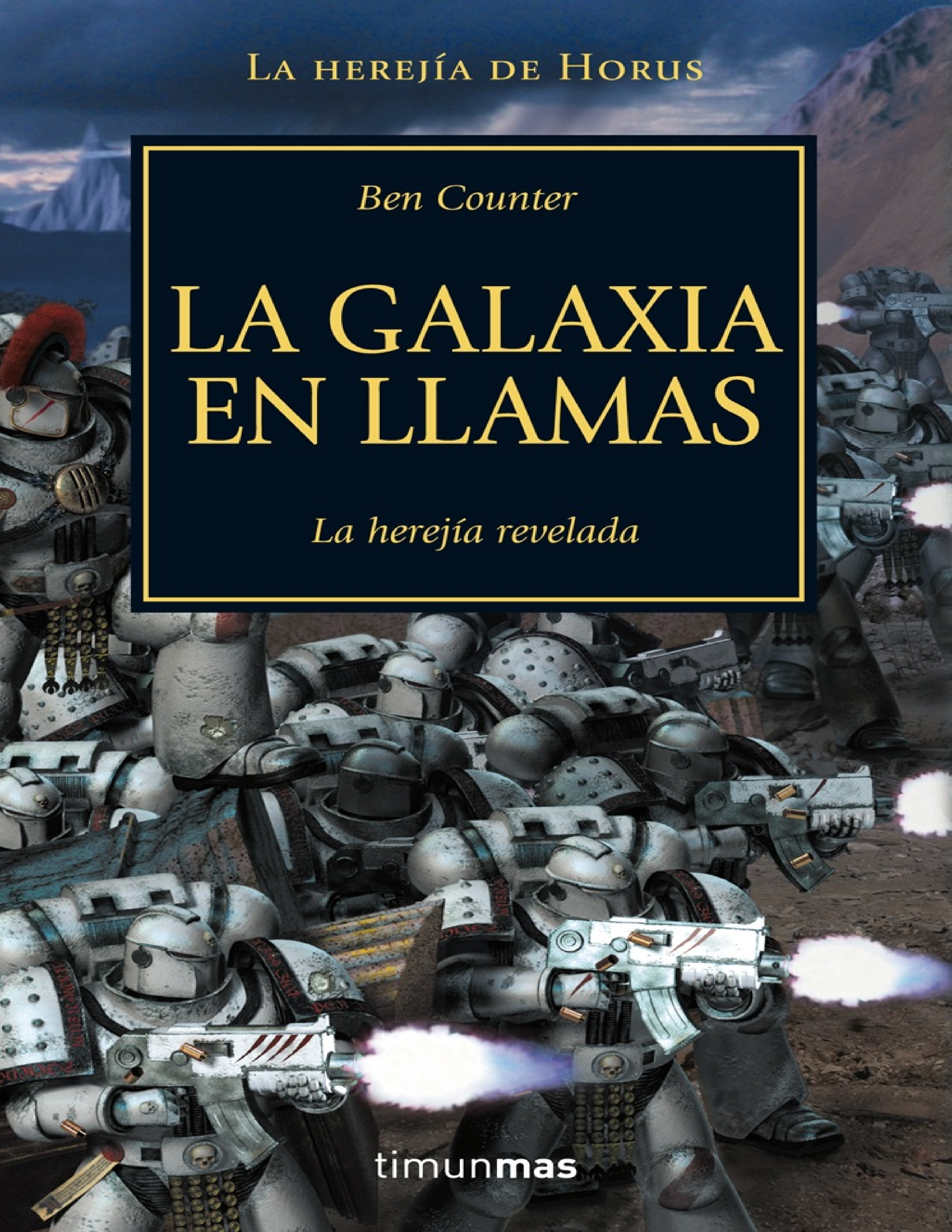


LA HEREJÍA DE HORUS
Ben Counter
LA GALAXIA EN LLAMAS
La herejía revelada
timunmas

El señor de la guerra Horus se ha recuperado de sus terribles heridas y encabeza a las triunfantes fuerzas imperiales contra el mundo rebelde de Isstvan III. Sin embargo, aunque los rebeldes son aplastados con rapidez, la traición de Horus queda revelada cuando ordena que arrasen el planeta con bombas víricas y los marines espaciales se vuelven contra sus hermanos de batalla en un combate de inimaginable ferocidad.

Ben Counter

La galaxia en llamas
La herejía revelada

Warhammer 40000. Herejía de Horus 3

ePUB r1.4
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Galaxy in Flames*
Ben Counter, 2006
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2007)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a las innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una era nueva de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

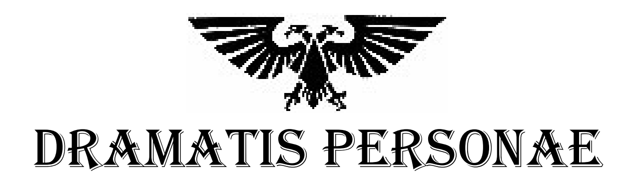
Situados en primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador en una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados

legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado el Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente y su ambición no conoce límites.

El escenario está dispuesto.



DRAMATIS PERSONAE

Los primarcas

HORUS	El Señor de la Guerra. Comandante de la legión de los Hijos de Horus.
ANGRON	Primarca de los Devoradores de Mundos.
FULGRIM	Primarca de los Hijos del Emperador.
MORTARION	Primarca de la Guardia de la Muerte.

Los Hijos de Horus

EZEKYLE ABADDON	Primer capitán de los Hijos de Horus.
TARIK TORGADDON	Capitán de la segunda compañía de los Hijos de Horus.
IACTON QRUZE	*El Que se Oye a Medias*, capitán de la tercera compañía de los Hijos de Horus.
HORUS AXIMAN	*Pequeño Horus*, capitán de la quinta compañía de los Hijos de Horus.
SERGHAR TARGOST	Capitán de la séptima compañía de los Hijos de Horus, señor de la logia.
GARVIEL LOKEN	Capitán de la décima compañía de los Hijos de Horus.
LUC SEDIRAE	Capitán de la decimotercera compañía de los Hijos de Horus.
TYBALT MARR	*El uno*, capitán de la decimoctava compañía de los Hijos de Horus.

Kalus Ekkadon	Capitán de la escuadra guadaña Catulana, Hijos de Horus.
Falkus Kibre	*Aniquilador*, capitán, escuadra exterminadora Justaerin, Hijos de Horus.
Nero Vipus	Sargento, escuadra táctica Locasta, Hijos de Horus.
Maloghurst	*El Retorcido*, palafrenero del Señor de la Guerra.

Otros marines espaciales

Erebus	Primer capellán de los Portadores de Palabras.
Khârn	Capitán de la octava compañía de asalto de los Devoradores de mundos.
Nathanial Garro	Capitán de la Guardia de la Muerte.
Lucius	Espadachín de los Hijos del Emperador.
Saul Tarvitz	Primer capitán de los Hijos del Emperador.
Eidolon	Comandante de los Hijos del Emperador.
Fabius Bilis	Apotecario de los Hijos del Emperador.

La Legio Mortis

Princeps Esau Turnet	Comandante del *Dies Irae*, un titán de la clase Imperator.
Moderati Primus Cassar	Uno de los oficiales superiores del *Dies Irae*.
Moderati Primos Aruken	Otro de los miembros de la tripulación del *Dies Irae*.

Miembros imperiales no pertenecientes al Adeptus Astartes

Adepto Mechanicum Regulus	Representante del Adeptus Mechanicum ante Horus, se encuentra al cargo de todas las legiones de titanes y del mantenimiento de esas máquinas de guerra.
Ing Mae Sing	Señora de los astrópatas.
Kyril Sindermann	Iterador principal.
Mersadie Oliton	Rememoradora oficial, documentalista.
Euphrati Keeler	Rememoradora oficial, imaginista.
Peeter Egon Momus	Arquitecto designado.



Mano derecha civil de Maloghurst.

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE



UNO
EL EMPERADOR PROTEGE
UNA LARGA NOCHE
LA MÚSICA DE LAS ESFERAS

—Yo estaba allí —dijo Titus Cassar. Su voz temblorosa apenas lograba llegar hasta el fondo de la estancia—. Yo estaba allí el día que Horus le dio la espalda al Emperador.

Sus palabras provocaron un suspiro colectivo en la congregación del *Lectio Divinitatus* y todos los presentes bajaron la cabeza al mismo tiempo ante un hecho tan terrible. Kyril Sindermann se encontraba de pie en la parte trasera de la estancia, que en realidad era un almacén de municiones abandonado, y torcía el gesto de vez en cuando ante el embarazoso discurso que Cassar estaba pronunciando. Estaba claro que el buen hombre no era un iterador, y sin embargo sus palabras transmitían la fe segura e inquebrantable de alguien que realmente creía en lo que estaba diciendo.

Sindermann lo envidió por esa convicción absoluta.

Habían pasado muchos meses desde la última vez que había sentido algo parecido a una certidumbre semejante.

Kyril Sindermann tenía el cargo de iterador principal de la Sexagésimo Tercera Expedición, y una de sus tareas más importantes era propagar la Verdad Imperial de la Gran Cruzada iluminando a los mundos que habían sido sometidos a la autoridad del Emperador y a la gloria del Imperio. Llevar la luz de la razón y de la verdad secular a los extremos más alejados del imparable Imperio de la Humanidad había sido una tarea noble.

Sin embargo, a lo largo de ese camino algo había salido mal.

Sindermann no estaba seguro de dónde había ocurrido. ¿En Xenobia? ¿En Davin? ¿En Aureus? ¿O habría sido en cualquiera de la decena de planetas que habían sido sometidos al dominio imperial?

Hubo una época en la que era conocido como el archiprofeta de la verdad secular, pero los tiempos habían cambiado y de repente se había acordado de Sahlonum, el filósofo sumaturano que se había preguntado el motivo por el que la luz de la nueva ciencia no parecía iluminar tanto como lo hacían las creencias en la antigua brujería.

Titus Cassar continuó con su adormecedor sermón y Sindermann volvió a concentrar la atención en él. Era un individuo de elevada estatura y aspecto anguloso, que llevaba puesto el uniforme de moderati primus, uno de los oficiales de rango superior del *Dies Irae*, un titán de combate de la clase Imperator. Sindermann sospechaba que era ese rango, junto al hecho de haber sido amigo de Euphrati Keeler, lo que le había otorgado el prestigio que poseía entre la congregación del *Lectio Divinitatus*, un prestigio que a todas luces se hallaba más allá de sus capacidades personales.

Euphrati Keeler. Imaginista, predicadora…

Santa.

Recordaba su encuentro con Euphrati, una mujer de fuerte carácter y tremenda confianza en sí misma, en la cubierta de embarque antes de la partida rumbo a la superficie del planeta 63-19, sin saber los horrores que presenciarían en las profundidades de las montañas llamadas Cabezas Susurrantes.

Habían sido testigos, junto al capitán Loken, de la monstruosidad surgida del espacio disforme en que se había convertido Xavyer Jubal. Sindermann se había esforzado por encontrarle una explicación racional y se había enterrado entre sus libros para encontrar el conocimiento necesario que le hiciera entender mejor lo que había ocurrido. Euphrati no había dispuesto de un recurso semejante y se había entregado al creciente culto a la *Lectio Divinitatus* en busca de apoyo.

El culto veneraba al Emperador como si fuera un ente divino, y había pasado de ser una simple secta minoritaria a convertirse en un movimiento espiritual que se extendió por todas las flotas pertenecientes a la Gran Cruzada que recorrían la galaxia, algo que había enfurecido al Señor de la Guerra. El culto había carecido de un foco hasta que lo había encontrado en Euphrati Keeler, su primera mártir y santa.

Sindermann recordaba el día que había presenciado cómo Euphrati Keeler permanecía en pie y en actitud desafiante frente a un horror de pesadilla procedente de

más allá de las puertas del Empíreo, que fue adonde lo devolvió. La había visto completamente envuelta por el mortífero fuego de la criatura y salir indemne mientras de la mano donde sostenía un águila imperial plateada surgía un chorro de luz cegadora. Aquello lo había presenciado más gente, entre ellos Ing Mae Sing, la señora de los astrópatas de la flota y una docena de los guardias de la nave. El relato de lo ocurrido se propagó con rapidez y Euphrati se había convertido de la noche a la mañana en una santa a los ojos de los fieles y en un icono al que aferrarse en la frontera del espacio.

Sindermann ni siquiera estaba seguro de por qué había acudido a aquella reunión. No, no era una reunión, se corrigió a sí mismo. Era un servicio religioso, un sermón, y corría el peligro de que lo reconocieran. La pertenencia al *Lectio Divinitatus* estaba prohibida, y si lo descubrían sería el fin de su carrera como iterador.

—Y ahora, escucharemos la palabra del Emperador —dijo Cassar a continuación preparándose a leer las páginas de un pequeño cuaderno de tapas de cuero.

A Sindermann le recordó los cuadernos Bondsman del número siete que el fallecido Ignace Karkasy había utilizado para escribir sus escandalosos poemas. Precisamente esos mismos poemas, si las sospechas de Mersadie Oliton eran ciertas, eran los que habían provocado su asesinato.

Sindermann pensó que los escritos de la *Lectio Divinitatus* eran casi igual de peligrosos.

—Tenemos algunos nuevos fieles entre nosotros —comentó Cassar, y Sindermann sintió que los ojos de todos los presentes en la estancia se centraban en él. Estaba acostumbrado a hacerle frente a inmensas audiencias de público, pero, de repente, se sintió muy avergonzado por aquel repentino escrutinio.

—Cuando la gente se siente atraída por primera vez por la adoración hacia el Emperador, es normal que se haga ciertas preguntas —continuó diciendo Cassar—. Saben que el Emperador debe ser un dios, ya que posee poderes divinos por encima del resto de la especie humana, pero aparte de eso, se encuentran en la oscuridad.

Sindermann estaba al menos de acuerdo en ese punto.

—Lo más importante que se suelen preguntar es: «Si el Emperador es realmente un dios, ¿cómo utiliza su poder divino?». No vemos su mano descender de los cielos, y muy pocos de nosotros, los más afortunados, hemos sido bendecidos con alguna visión concedida por su gracia. Entonces, ¿es que no le preocupan la mayoría de sus súbditos?

»No ven la falsedad de esa idea. Su mano se extiende sobre todos nosotros, y todos y cada uno de nosotros le debemos devoción. El poderoso espíritu del Emperador lucha en las profundidades del espacio disforme contra los siniestros seres que de otro modo se nos echarían encima y nos devorarían. Crea maravillas en la propia Terra, artefactos que nos traerán paz, sabiduría y la culminación de todos nuestros sueños en esta galaxia. El Emperador nos guía, nos enseña, y nos exhorta a convertirnos en algo más de lo que somos ahora, pero sobre todo, el Emperador protege.

—El Emperador protege —respondió la congregación al unísono.

—La fe en la *Lectio Divinitatus*, en la Palabra Divina del Emperador, no es un camino fácil de seguir. Mientras que la Verdad Imperial es tranquilizadora en su riguroso rechazo de cualquier admisión de lo invisible y de lo desconocido, la Palabra Divina exige fuerza de carácter para creer en aquello que no podemos ver. Cuanto más contemplamos esta siniestra galaxia y vivimos el fuego de la conquista, más nos damos cuenta de que la divinidad del Emperador es la única verdad que realmente puede existir. No buscamos la Palabra Divina. En vez de eso, la oírnos, y nos sentimos impelidos a seguirla. La fe no es una bandera a la que unirse o una teoría que se pueda debatir. Es algo que se encuentra en lo más profundo de cada uno de nosotros, y que es algo completo e inevitable. La Lectio Divinitatus es la expresión de esa fe, y sólo si reconocemos la Palabra Divina podremos entender el camino que el Emperador ha trazado para la humanidad.

Bonitas palabras, pensó Sindermann. Bonitas palabras. Un mal discurso, pero muy sentido al menos. Vio que habían tocado el alma de aquellos que las habían escuchado. Un orador con habilidad era capaz de influir en todo un planeta con semejantes palabras y fuerza de convicción.

Sin embargo, antes de que Cassar pudiera seguir hablando, Sindermann oyó unos repentinos gritos procedentes del laberinto de pasillos que llevaban hasta aquella estancia. Se dio la vuelta al mismo tiempo que una mujer aterrorizada abría de par en par, con fuerte estruendo metálico, la puerta que el iterador tenía a la espalda. En cuanto la mujer entró, Sindermann oyó el estampido sordo de los proyectiles de bólter.

La congregación se sobresaltó, confundida, y los presentes miraron a Cassar en busca de una explicación, pero el orador estaba tan sorprendido como ellos.

—¡Os han encontrado! —aulló Sindermann con todas sus fuerzas al darse cuenta

de lo que estaba sucediendo.

—¡Que todo el mundo salga ahora mismo! —gritó a su vez Cassar—. ¡Dispersaos!

Sindermann se abrió paso a través de la multitud atemorizada hacía el centro de la estancia, donde se encontraba Cassar. Algunos de los miembros de la congregación habían sacado de algún sitio varias armas, y el iterador supuso por su aspecto marcial que se trataba de soldados del Ejército Imperial. Otros eran evidentemente miembros de la tripulación, y Sindermann sabía lo suficiente de religión como para saber que defenderían su fe de forma violenta si no les quedaba más remedio.

—Venga, iterador, ha llegado el momento de que nos marchemos —le dijo Cassar al mismo tiempo que tiraba con suavidad del anciano Sindermann hacia uno de los múltiples pasillos de acceso que salían de la estancia. El moderati primus vio el gesto de angustia que mostraba el iterador—. No te preocupes, Kyril, el Emperador protege.

—Espero que así sea de verdad —contestó Sindermann sin aliento.

El eco de tos disparos les llegó desde el techo, y en las paredes relució el destello estroboscópico de los cañones de las armas al disparar. Sindermann echó un vistazo por encima del hombro y vio la voluminosa y pesada silueta de un Astartes que entraba en el lugar. El corazón se le detuvo por un momento ante la simple idea de ser considerado enemigo por uno de aquellos guerreros.

El iterador se apresuró a seguir a Cassar por el pasillo de acceso y a través de una serie de puertas de contención. El recorrido les hizo serpentear por las profundidades de la nave. El *Espíritu Vengativo* era un navío inmenso, y Sindermann no tenía ni idea del trazado de aquella zona. Las paredes mostraban un aspecto sombrío e industrial comparado con la suntuosidad de las cubiertas superiores.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó Sindermann entre jadeos.

Respiraba de forma entrecortada, cada inspiración le suponía un dolor agónico. Sus ancianas piernas ya no soportaban un esfuerzo al que no estaban acostumbradas.

—A la zona de los motores —le contestó Cassar—. Aquello parece un laberinto, y tenemos amigos entre la dotación del lugar. Maldita sea, ¿por qué no nos dejan en paz?

—Porque os tienen miedo —le aclaró Sindermann—. Igual que yo os lo tenía.

—¿Está completamente segura? —quiso saber Horus, el primarca de la legión de los Hijos de Horus y Señor de la Guerra del Imperio. Su voz resonó por todo el

cavernoso strategium del *Espíritu Vengativo*.

—Todo lo segura que puedo estar —le replicó Ing Mae Sing, la señora de Astrópatas de la Sexagésimo Tercera Expedición.

Tenía el rostro enjuto y la piel tensa. Sus ojos ciegos estaban hundidos en unas cuencas oculares en las que había hecho estragos el cumplimiento de su cargo. Las exigencias físicas y mentales de enviar centenares de mensajes telepáticos por todo el Imperio habían hecho mella de forma considerable en su cuerpo, casi esquelético. Estaba rodeada por varios acólitos astrópatas que llevaban puesta la misma clase de túnica de color blanco fantasmal que ella vestía, y murmuraban de forma ininteligible algunas descripciones sin sentido de las impresionantes imágenes que veían en sus mentes.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —le preguntó Horus.

—Como todo lo que ocurre con lo relacionado con la disformidad, es difícil ser preciso —contestó Ing Mae Sing.

—Mi señora Sing —le dijo Horus con frialdad—, lo que ahora mismo necesito de usted es exactamente eso, precisión, y lo necesito más que nunca. El rumbo de la cruzada cambiará de un modo radical ante esa noticia, y si se equivoca, cambiará a peor.

—Mi señor, no puedo proporcionarle una respuesta exacta, pero creo que tan sólo es cuestión de días que las tormentas de disformidad que se avecinan nos impidan seguir en contacto con el Astronomicón —respondió Ing Mae Sing sin hacer caso de la amenaza implícita en las palabras del Señor de la Guerra. Aunque no podía verlos, sí era capaz de sentir la presencia hostil de los guerreros Justaerin, los exterminadores de la Primera Compañía de los Hijos de Horus, que acechaban entre las sombras del strategium—. Dentro de nada apenas seremos capaces de verlo. Nuestras mentes casi no pueden ya cruzar el vacío, y los navegantes insisten en que dentro de poco no podrán guiamos con certeza. La galaxia se convertirá en un lugar de noche y oscuridad.

Horus se dio un puñetazo en la palma de una mano.

—¿Es consciente de lo que me está diciendo? No podía ocurrirle nada más peligroso a la cruzada.

—Me limito a expresar lo que veo, mi Señor de la Guerra.

—Si se equivoca…

La amenaza no era en balde. Ninguna pronunciada por el Señor de la Guerra lo

había sido jamás.

Hubo un tiempo en el que el Señor de la Guerra no habría permitido que su ira lo llevase a proferir una amenaza semejante, pero la violencia en el tono de voz de Horus indicaba que ese tiempo ya había pasado.

—Si nos equivocamos, sufriremos. Siempre ha sido así.

—¿Qué hay de mis hermanos primarcas? ¿Qué sabemos de ellos? —inquirió Horus.

—No hemos conseguido confirmar el contacto con el bendito Sanguinius —le informó Ing Mae Sing—, y Leman Russ no ha comunicado nada sobre su campaña contra los Mil Hijos.

Horus soltó una risotada, una seca risa cthonica, antes de hablar.

—Eso no me sorprende. Cuando al Lobo ya se le ha metido algo en la cabeza, no hay mucho que sea capaz de distraerlo de su intención. Quiere darle una lección a Magnus. ¿Qué hay de los demás?

—Vulkan y Dorn están de camino de regreso hacia Terra. Los demás primarcas siguen enzarzados en sus propias campañas.

—Eso es bueno —comentó Horus mientras fruncía el entrecejo—. ¿Sabemos algo del Fabricador General?

—Perdóneme, mi Señor de la Guerra, pero no hemos recibido ningún mensaje de Marte. Nos esforzaremos en ponernos en contacto con ellos mediante medios mecánicos, pero eso llevará bastantes meses.

—Me ha fallado en eso, Sing. La coordinación con Marte es esencial.

Ing Mae Sing había enviado y recibido de forma telepática una multitud de mensajes codificados entre el *Espíritu Vengativo* y el Fabricador General del Adeptus Mechanicum, Kelbor-Hal, a lo largo de las semanas anteriores. Aunque desconocía el asunto concreto de cada uno de ellos, las emociones que contenían eran demasiado evidentes. Fuese lo que fuese lo que estaba planeando el Señor de la Guerra, el Adeptus Mechanicum era una pieza clave en ello.

Horus le habló de nuevo y la hizo dejar a un lado todo aquello.

—¿Los demás primarcas han recibido mis órdenes?

—Así es, mi señor —le aseguró Ing Mae Sing, incapaz de ocultar en su voz la inquietud que sentía—. La respuesta de lord Guilliman de los Ultramarines llegó clara y sin problemas. Se aproximan a la congregación de tropas en Calth e informa de que sus fuerzas se encuentran dispuestas para partir.

—¿Y Lorgar?

Ing Mae Sing se quedó callada un momento, como si no estuviera segura de cómo enunciar la siguiente frase.

—Su mensaje tenía signos residuales de… orgullo y obediencia. Muy fuerte, casi fanática. Confirma la recepción de la orden de ataque e informa que se dirige a toda velocidad hacia Calth.

Ing Mae Sing se enorgullecía de su inmenso autocontrol, como correspondía a alguien cuyo sentimientos debían mantenerse a raya para evitar que cambiaran debido a la influencia del espacio disforme, pero ni siquiera ella fue capaz de evitar que algunas emociones surgieran a la superficie.

—¿Le preocupa algo, señora Sing? —le preguntó Horus, como si fuera capaz de leerle la mente.

—¿Mi señor?

—Parece afectada por mis órdenes.

—Mi tarea no es sentirme afectada o no, mi señor —le contestó con un tono de voz neutral.

—Exacto —dijo Horus mostrándose de acuerdo—, no lo es, pero duda de lo acertado de mis decisiones.

—¡No! —exclamó Ing Mae Sing—. Es tan sólo que es difícil no sentir la naturaleza de vuestros comunicados, la carga de sangre y muerte que transporta cada mensaje. Cada uno de ellos me hace sentir como si aspirara humo envuelto en llamas.

—Debe confiar en mí, señora Sing —dijo Horus en tono autoritario—. Confíe en que todo lo que hago es por el bien del Imperio. ¿Lo entiende?

—Mi tarea no es entenderlo o no, mi señor —susurró la astrópata—. Mi misión en la cruzada es cumplir la voluntad del Señor de la Guerra.

—Así es, pero antes de marcharse, señora Sing, quiero que me diga algo.

—¿Qué, mi señor?

—Quiero que me hable de Euphrati Keeler —la conminó Horus—. Quiero que me cuente cosas de esa a la que llaman santa.

Loken seguía dejando sin habla a Mersadie Oliton. Los Adeptus Astartes ya eran más que impresionantes cuando iban equipados con sus bruñidas armaduras, pero ni siquiera semejante visión se podía comparar con el aspecto que un marine espacial, en concreto Loken, ofrecía sin la armadura.

El capitán estaba desnudo hasta la cintura y sólo llevaba unos pantalones de color pálido y unas botas de combate. Relucía a causa del sudor que lo cubría mientras se agachaba y esquivaba los apéndices de lucha de un servidor de entrenamiento. Aunque pocos de los rememoradores habían disfrutado del privilegio de presenciar las acciones de los Astartes en un combate, se decía que eran capaces de matar con las manos desnudas de un modo tan eficaz como con el bólter y la espada sierra. Mersadie contempló cómo Loken destrozaba al servidor extremidad por extremidad, y no la sorprendió en absoluto. Vio un poder tan tremendo en aquel torso ancho y musculoso y una concentración tan intensa en sus ojos grises que se sorprendió de sentir cierta repulsión hacia Loken. Era una máquina de matar, creada y entrenada para llevar la muerte por doquier, pero no era capaz de dejar de mirar y de tomar instantáneas de aquel físico tan imponente.

Kyril Sindermann se inclinó sobre ella para hablarle.

—¿No tienes ya imágenes más que suficientes de Garviel?

Loken le arrancó la cabeza al servidor de entrenamiento y después se dio la vuelta hacia ellos. Mersadie se sintió emocionada. Había pasado mucho tiempo ya desde el final de la guerra contra la Tecnocracia, pero había estado muy pocas horas junto al capitán de la décima compañía. Era su documentalista, por lo que sabía de la escasez de material disponible sobre esa campaña, pero Loken no había sido muy comunicativo a lo largo de los meses anteriores.

—Kyril, Mersadie —los saludó Loken mientras pasaba a su lado camino de su camareta de preparación—. Me alegro de veros de nuevo.

—Me alegro de estar aquí, Garviel —le respondió Sindermann. El iterador principal era un hombre anciano, y a Mersadie le parecía que había envejecido mucho más desde el incendio que casi lo había matado en las salas de archivo del *Espíritu Vengativo*—. Me alegro mucho. Mersadie ha sido muy amable de traerme con ella. No hace mucho me he visto obligado a hacer un poco de ejercicio, y ya no estoy tan en forma como solía estar. El carro alado del Tiempo se acerca.

—¿Es una cita? —le preguntó Loken.

—Sólo un fragmento —contestó Sindermann.

—No os he visto mucho a ninguno de los dos en estos últimos meses —comentó Loken sonriéndole a Mersadie—. ¿Es que me ha sustituido algún otro asunto más interesante?

—En absoluto —le contestó ella—. Lo que ocurre es que cada vez nos es más

difícil recorrer la nave. Ya debes de haber oído hablar del edicto que Maloghurst ha promulgado.

—Sí —admitió Loken mientras tomaba una pieza de la armadura y abría una de las múltiples latas de polvo de pulir que siempre llevaba consigo—, aunque no me he enterado de los detalles concretos.

El olor del polvo de pulir le recordó a Mersadie tiempos más felices, en aquella misma estancia, donde anotaba los relatos que le contaba sobre grandes triunfos y visiones maravillosas, pero dejó a un lado aquellos pensamientos provocados por la nostalgia.

—Nos han restringido los movimientos a nuestras propias estancias y al Refugio. Necesitamos permiso para ir a cualquier otro sitio.

—¿Permiso de quién? —quiso saber Loken.

Mersadie se encogió de hombros.

—No estoy muy segura. El edicto dice que hay que enviar las peticiones a la Oficina de la Corte de Lupercal, pero nadie ha conseguido obtener ninguna clase de respuesta de sea lo que sea eso.

—Debe de ser frustrante —comentó Loken, y Mersadie sintió cómo la furia se apoderaba de ella ante aquella observación tan evidente.

—¡Por supuesto que lo es! No podemos narrar los hechos de la Gran Cruzada si no nos permiten relacionarnos con los guerreros. Apenas conseguimos verlos, y mucho menos hablar con ellos.

—Habéis logrado llegar hasta aquí —le indicó Loken.

—Pues sí. Seguirte me ha enseñado cómo ser discreta, capitán Loken. También ayuda que ahora prefieras entrenarte solo.

Mersadie captó el gesto dolido que apareció en la mirada de Loken y se arrepintió de inmediato de aquellas palabras. En el pasado era muy común encontrar a Loken entrenando con sus camaradas oficiales: con el sonriente Sedirae, cuyos ojos brillantes aunque muertos le recordaban a Mersadie los de un depredador oceánico, con Nero Vipus o con su hermano del Mournival, Tarik Torgaddon. Sin embargo, Loken entrenaba solo en esos momentos. Ella no sabía si era por propia elección o por otras razones.

—Bueno —continuó diciendo Mersadie—, el caso es que no son buenos tiempos para nosotros. Nadie nos cuenta nada. Ya no sabemos lo que está ocurriendo.

—Estamos en guerra —le comunicó Loken dejando a un lado la pieza de la

armadura y mirándola fijamente a los ojos—. La flota se dirige a un punto de encuentro. Vamos a unirnos a los Adeptus Astartes de otras legiones. Será una campaña muy complicada. Quizá el Señor de la Guerra se limita a tomar precauciones.

—No, Garviel —lo contradijo Sindermann—, es algo más que eso, y te conozco lo suficiente como para darme cuenta de que tú tampoco te lo crees.

—¿De verdad? —le contestó Loken con un bufido—. ¿De veras crees que me conoces tan bien?

—Lo suficiente, Garviel, lo suficiente —replicó Sindermann con un gesto de asentimiento—. Van a por nosotros, y van fuerte. No todo el mundo es capaz de verlo, pero es así. Tú también lo sabes.

—¿Lo sé?

—Ignace Karkasy —dijo de repente Mersadie.

El rostro de Loken se contrajo con una mueca y el marine apartó la mirada, incapaz de ocultar la pena que sentía por la muerte de Karkasy, el irascible poeta que había estado bajo su protección. Ignace Karkasy se había convertido en una molestia y una preocupación, pero también había sido una persona que se había atrevido a expresar en voz bien alta las verdades que debían decirse.

—Dicen que se suicidó —continuó diciendo Sindermann, que no quería que la pena de Loken le impidiese seguir con lo que había empezado—, pero jamás he conocido a un individuo más convencido de que la galaxia necesitaba oír lo que él tenía que decir. Estaba furioso por la matanza en la cubierta de embarque, y escribió sobre ello. Estaba furioso por un montón de cosas, y no tenía miedo de hablar de ellas. Ahora está muerto, y no es el único.

—¿No es el único? —preguntó Loken—. ¿Quién más ha muerto?

—Petronella Vivar, esa insoportable documentalista. Dicen que se acercó al Señor de la Guerra más que ninguno de nosotros, y ella también ha desaparecido. No creo que haya vuelto a Terra.

—La recuerdo, Kyril, pero estás caminando sobre un terreno peligroso. Tendrás que ser muy claro respecto a lo que estás sugiriendo.

Sindermann no se amedrentó ante la mirada que le lanzó Loken.

—Creo que aquellos que se oponen a la voluntad del Señor de la Guerra son eliminados.

El iterador era un hombre de constitución frágil, pero Mersadie jamás se había sentido tan orgullosa de conocerlo como en aquel momento, cuando se mantuvo

erguido ante un guerrero de los Astartes y le dijo algo que éste no quería oír.

Sindermann se quedó callado, dando tiempo más que suficiente a Loken para que lo contradijera y les recordara a los dos que el propio Emperador era quien había nombrado a Horus Señor de la Guerra, porque sólo en él se podía confiar para que mantuviera la Verdad Imperial. Horus era el hombre a quien todos y cada uno de los Hijos de Horus habían entregado su vida una y mil veces.

Pero Loken no respondió nada y a Mersadie se le partió el corazón.

—Lo he leído más veces de las que soy capaz de recordar —prosiguió Sindermann—. En las *Crónicas Uranianas*, por ejemplo. Lo primero que hicieron todos esos tiranos fue asesinar a todos los que se enfrentaban a su tiranía. Los Señores Supremos de la Edad Oscura Yndonésica hicieron lo mismo. Escúchame con atención: la Era de los Conflictos fue posible porque las voces que lo cuestionaban todo quedaron silenciadas, y en estos momentos aquí está ocurriendo lo mismo.

—Siempre me has enseñado a ser prudente, Kyril —le respondió Loken—. Que tenga en cuenta todos los argumentos y que nunca haga caso omiso de ellos para ponerme a suponer. Estamos en guerra, y ya disponemos de enemigos más que suficientes como para ponernos a buscar nuevos oponentes. Para ti sería peligroso, y quizá no te iba a gustar lo que encontraras. No quiero que sufráis daño alguno, ninguno de los dos.

—¡Ja! Ahora eres tú el que me sermoneas, Garviel —exclamó Sindermann con un suspiro—. Las cosas han cambiado tanto… Ya no eres simplemente un guerrero, ¿verdad?

—¿Y tú eres algo más que un iterador?

—Sí, supongo que sí —contestó Sindermann asintiendo—. Un iterador proclama la Verdad Imperial, ¿no es así? No busca inconsistencias en ella ni se dedica a propagar rumores, pero Karkasy ha muerto, y hay… otras cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó Loken—. ¿Te refieres a Keeler?

—Quizá —replicó Sindermann negando con la cabeza—. No lo sé, pero siento que ella forma parte de esto.

—¿Parte de qué?

—¿Oíste lo que ocurrió en la sala de archivos?

—¿Con Euphrati? Sí. Se produjo un incendio y ella resultó herida de gravedad. Acabó en estado de coma.

—Yo estaba allí —le dijo Sindermann.

—Kyril —lo reconvino Mersadie en tono de advertencia.

—Por favor, Mersadie —respondió Sindermann—. Sé muy bien lo que vi.

—¿Y qué es lo que viste? —quiso saber Loken.

—Mentiras —replicó Sindermann con voz apagada—. Mentiras hechas realidad. Una criatura, algo procedente del espacio disforme. De alguna manera, Keeler y yo le hicimos atravesar las puertas del Empíreo con el *Libro de Lorgar*. Fue culpa mía. Era… era brujería, lo que llevo tantos años diciendo que no es más que una superchería, pero que se hizo realidad delante de mí, tan cierto como ahora mismo estoy delante de ti. Nos habría matado, pero Euphrati se enfrentó al engendro y sobrevivió.

—¿Cómo?

—Ésa es la parte donde me quedo sin explicaciones racionales, Garviel —le respondió Sindermann con un encogimiento de hombros.

—Bueno, ¿y qué es lo que crees que ocurrió?

Sindermann intercambió una mirada con Mersadie, y ella le indicó con la expresión de la cara que no debía seguir hablando de aquello, pero el iterador no le hizo caso y continuó:

—Cuando destruiste al pobre Jubal, fue con tus armas, pero Euphrati estaba desarmada. Lo único que tenía era su fe, su fe en el Emperador. Creo… creo que fue la luz del Emperador la que envió a aquel horror de regreso a la disformidad.

Oír hablar a Kyril Sindermann de fe y de la luz del Emperador fue ya demasiado para Mersadie.

—Kyril, tiene que haber otra explicación. Ni siquiera lo que le ocurrió a Jubal se encuentra más allá de una posibilidad física. El propio Señor de la Guerra le dijo a Loken que el ser que se apoderó de Jubal era una criatura alienígena procedente del espacio disforme. Te he escuchado enseñar una y otra vez el modo en que las mentes se han visto confundidas por la magia, las supersticiones y todo aquello que nos ciega a la realidad. En eso consiste la Verdad Imperial. Me parece imposible que el iterador imperial Kyril Sindermann haya dejado de creer en la Verdad Imperial.

—¿Creer, querida? —repuso Sindermann sonriendo con tristeza al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Quizá las creencias sean la mayor mentira. En tiempos muy remotos, los filósofos se esforzaron por explicar las estrellas que había en el cielo y el mundo que los rodeaba. A uno de ellos se le ocurrió la idea de que el universo estaba montado en gigantescas esferas de cristal controladas por una máquina

gigantesca, lo que explicaba el movimiento de los cielos. Todo el mundo se rió de él y le dijo que una máquina semejante sería tan enorme y haría tanto ruido que todo el mundo podría oírla. Él simplemente contestó que cuando nacemos, ese ruido nos rodea por completo, de modo que estamos tan acostumbrados a oírlo que ya ni lo percibimos.

Mersadie se sentó al lado del anciano y lo rodeó con los brazos. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba temblando y de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy empezando a oírla, Garviel —dijo Sindermann con voz temblorosa—. Puedo oír la música de las esferas.

Mersadie estudió con atención el rostro de Loken mientras éste miraba fijamente a Sindermann, y vio la inteligencia y la integridad que el iterador había visto en él. Al miembro del Adeptus Astartes le habían enseñado que la superstición sería la muerte del Imperio, y que sólo merecía la pena combatir por la Verdad Imperial.

Aquella creencia se estaba deshaciendo ante los propios ojos de Mersadie.

—A Varvaras lo mataron deliberadamente —dijo Loken por fin—. Con uno de nuestros proyectiles.

—¿A Hektor Varvaras? ¿Al comandante del ejército? —preguntó Mersadie asombrada—. Creí que habían sido los auretianos.

—No, fue uno de los nuestros.

—¿Por qué? —preguntó Mersadie.

—Quería que nosotros… no sé… acabáramos delante de una corte marcial acusados de… la matanza en la cubierta de embarque. Maloghurst se negó. Varvaras se negó a ceder, y ahora está muerto.

—Entonces, es cierto —dijo Sindermann con un suspiro—. Los que se oponen son silenciados.

—Todavía quedamos unos cuantos —le contestó Loken en voz baja pero llena de una determinación acerada.

—Pues entonces tenemos que hacer algo al respecto, Garviel —dijo Sindermann enfervorizado—. Debemos averiguar qué es lo que está afectando a la legión y debemos detenerlo. Podemos enfrentarnos a ello, Loken. Te tenemos a ti, tenemos la verdad de nuestro lado y no hay razón alguna para que no podamos…

El sonido que hizo que Sindermann se interrumpiera fue el de la puerta de la sala de prácticas al abrirse de golpe. Al estampido le siguió el ruido de las poderosas pisadas de unas botas de metal contra el suelo metálico. Mersadie supo que se trataba

de un Astartes antes incluso de que su enorme sombra la cubriera. Se dio la vuelta y vio la encorvada silueta de Maloghurst, que llevaba puesta una túnica de color crema con el borde verde. Era el palafrenero del Señor de la Guerra. A Maloghurst se lo conocía con el sobrenombre del Retorcido, tanto por su laberíntica mente como el estado en que le había quedado el cuerpo después de sufrir una serie de terribles heridas y que lo habían deformado de un modo grotesco.

La expresión de su rostro era furibunda, y todo su cuerpo parecía emitir una sensación de rabia.

—Loken, son civiles —le advirtió.

—Kyril Sindermann y Mersadie Oliton son rememoradores oficiales de la Gran Cruzada y puedo responder por ellos —contestó Loken al mismo tiempo que se ponía en pie y se enfrentaba a Maloghurst como si fuera de igual a igual.

Maloghurst estaba respaldado por la autoridad que Horus le había otorgado, por lo que Mersadie se quedó sorprendida, preguntándose qué clase de valor hacía falta para enfrentarse a un individuo semejante.

—Quizá desconoces el edicto que ha promulgado el Señor de la Guerra, capitán —le indicó Maloghurst con un tono calmado que contrastaba por completo con la palpable tensión que existía entre los dos Astartes—. Esos funcionarios y escribas ya han causado problemas más que suficientes. Tú de entre todos eres el que mejor deberías saberlo. No va a haber más distracciones, Loken, ni más excepciones.

Loken se quedó con el rostro pegado al de Maloghurst, y por un momento Mersadie pensó que estaba a punto de golpear al palafrenero.

—Todos colaboramos en la tarea encomendada por el Emperador, Mal —le replicó con voz tensa Loken—. Sin estos hombres y mujeres, no sería posible completarla.

—Capitán, los civiles no combaten, no hacen más que cuestionarlo todo y quejarse. Podrán anotar todo lo que quieran una vez esté acabada la guerra, y podrán extender la Verdad Imperial en cuanto hayamos sometido a las poblaciones que necesitan oírla. Hasta entonces, no forman parte de esta cruzada.

—No, Maloghurst —insistió el capitán—. Te equivocas, y lo sabes. El Emperador no creó a los primarcas y a las legiones para lucharan envueltas en la ignorancia. No emprendió la conquista de la galaxia para someterla a una dictadura,

—El Emperador está muy lejos de aquí —comentó Maloghurst al mismo tiempo que hacía un gesto en dirección a la puerta.

En la sala de entrenamiento entraron una docena de soldados, y Mersadie reconoció los uniformes del Ejército Imperial, pero vio que les habían arrancado las insignias y los emblemas tanto de rango como de unidad. Se sobresaltó al reconocer también la cara de uno de los soldados: era el rostro de expresión helada y ojos dorados del guardaespaldas de Petronella Vivar. Recordó que se llamaba Maggard, y se quedó impresionada por el imponente tamaño de aquel individuo. El cuerpo era mucho más musculoso y abultaba más que el resto de los soldados del ejército que lo acompañaban. La piel de los músculos que le quedaban al aire mostraba una serie de cicatrices recién cerradas, y en su rostro habían aparecido unos cuantos rasgos que indicaba un gigantismo naciente muy similar al de Loken. Destacaba entre los soldados del Ejército Imperial, y su presencia reforzaba la increíble teoría de Sindermann respecto a la desaparición de Petronella Vivar. Él estaba convencido que no tenía nada que ver con un regreso a Terra.

—Llevaos al iterador y a la rememoradora de vuelta a sus aposentos —les ordenó Maloghurst—. Quiero apostados más guardias, y que se aseguren de que no se producen nuevos fallos de seguridad.

Maggard asintió y avanzó hacia ellos. Mersadie intentó esquivarlo, pero él era demasiado veloz y fuerte. La agarró por el cuello de la camisa y la arrastró hacia la puerta. Sindermann se puso en pie sin que nadie lo obligara y permitió que los soldados lo llevaran hacia la salida.

Maloghurst se colocó entre Loken y la puerta. Si el capitán había pensado detener a Maggard y a sus hombres, tendría que pasar por encima del palafrenero.

—Capitán Loken —dijo en voz alta Sindermann unos momentos antes de salir de la sala de prácticas—. Si desea comprender más, le recomiendo que lea de nuevo las *Crónicas de Ursh*. En sus páginas encontrará la iluminación.

Mersadie se esforzó por mirar hacia atrás. Logró ver a Loken al otro lado de la silueta cubierta por una túnica que era Maloghurst. El capitán parecía un animal enjaulado que estuviese a punto de atacar.

La puerta se cerró de golpe y Mersadie dejó de forcejear mientras Maggard la llevaba junto a Sindermann de regreso a sus aposentos.



DOS
PERFECCIÓN
ITERADOR
LO QUE MEJOR HACEMOS

Perfección. Los pielesverdes muertos eran un homenaje a aquella idea. Órbita Profunda DS 191 se había conquistado en una muestra insuperable de tácticas de combate. Las salvas de artillería se habían solapado unas a las otras como las escamas de los peces, y las escuadras se habían lanzado a la carga para acabar con los orkos que los cañones no habían conseguido matar. Escuadra por escuadra, estancia por estancia, los Hijos del Emperador se habían abierto paso a través de los alienígenas matando a todo aquel que encontraban en la estación espacial, y lo habían hecho con la perfección marcial que Fulgrim le había enseñado a su legión.

Saúl Tarvitz se quitó el casco mientras los guerreros de su compañía liquidaban a los pielesverdes supervivientes. Frunció la nariz de inmediato ante el hedor imperante. Los pielesverdes llevaban viviendo en la estación espacial desde hacía cierto tiempo, y se notaba. Encima del metal oscuro del centro de control principal palpitaban varias excrecencias de hongos de gran tamaño, y sobre los puestos de mando habían apilado armas, armaduras y fetiches tribales de aspecto primitivo. La cúpula transparente del centro de control se alzaba sobre su cabeza dando paso al vacío del espacio.

El sistema Callinedes, una serie de planetas imperiales sometidos al ataque de los pielesverdes, era visible entre el frío brillo de las estrellas. Recuperar la estación orbital de las garras de los orkos era el primer paso de la reconquista imperial de Callinedes, y las legiones de los Hijos del Emperador y de los Manos de Hierro no tardarían en lanzarse al asalto contra las posiciones defensivas enemigas en Callinedes

IV.

—¡Qué hedor! —protestó una voz a la espalda de Tarvitz.

Se dio la vuelta y vio que se trataba del capitán Lucius, el mejor espadachín de los Hijos del Emperador. La armadura de su hermano de armas estaba cubierta de grandes manchas negruzcas. La elegante espada que empuñaba todavía chasqueaba cargada de energía mientras la sangre pegada a la hoja recalentada de color azul siseaba al evaporarse y chamuscarse.

—Malditos animales —siguió diciendo Lucius—. No parecen tener el suficiente sentido común como para desplomarse cuando los matas.

La cara de Lucius había sido antaño un rostro perfecto e impecable, un reflejo de la propia legión de Fulgrim, pero después de innumerables pullas sobre su aspecto, según se decía más parecido al de un niño mimado que al de un guerrero, y de la influencia de Serena d'Angelus, Lucius había comenzado a hacerse cicatrices. Cada una era una línea recta perfecta, y formaban una rejilla por toda la cara. No había sido ningún filo enemigo el que las había causado, ya que Lucius era un guerrero demasiado soberbio como para permitir que un simple enemigo le marcara el rostro.

—Admito que son duros de pelar —dijo Tarvitz mostrándose de acuerdo.

—Puede que sean duros de pelar, pero no existe elegancia alguna en su forma de luchar —replicó Lucius—. No resulta nada emocionante matarlos.

—Suenas decepcionado.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Tú no? —quiso saber Lucius. Un momento después, atravesó a uno de los pielesverdes muertos con la espada y trazó una sinuosa curva a lo largo de su espalda—. ¿Cómo podremos conseguir la perfección definitiva con unos especímenes tan inútiles que no nos ayuden a mejorar?

—No subestimes a los pielesverdes —le advirtió Tarvitz—. Estos animales invadieron un planeta que ya teníamos sometido y masacraron a todas las tropas que dejamos en él para defenderlo. Poseen naves espaciales y armas que no comprendemos, y se lanzan al ataque como si la guerra fuera una especie de religión para ellos.

Le dio la vuelta al cadáver que tenía más cerca. Era una bestia enorme con una piel tan gruesa como la corteza de un árbol. Los ojos rojos mantenían su mirada violenta y la sobresaliente mandíbula parecía seguir rugiendo. Tan sólo las entrañas desparramadas bajo su cuerpo indicaban que estaba muerto. Tarvitz casi sentía todavía el tremendo impacto de su espadón cuando le atravesó la cintura al monstruo y la

enorme fuerza con la que había intentado hacerle ponerse de rodillas.

—Hablas de ellos como si necesitáramos comprenderlos antes de poder matarlos. No son más que animales —replicó Lucius con una risa sarcástica—. Piensas demasiado las cosas. Ése ha sido siempre tu problema, Saúl, y por eso jamás llegarás a las impresionantes cotas que yo alcanzaré. Venga, tú simplemente disfruta de la matanza.

Tarvitz abrió la boca para contestar, pero se calló lo que iba a decir cuando vio entrar en el centro de control al comandante general Eidolon.

—¡Buen trabajo, Hijos del Emperador! —gritó nada más entrar.

Eidolon era uno de los Elegidos de Fulgrim, por lo que tenía el honor de pertenecer al estrecho círculo de oficiales que acompañaban al primarca y que en la legión representaban la maestría en el arte de la guerra. Aunque no había sido formado en el sentimiento de antagonismo contra otros Astartes, Tarvitz sentía muy poco respeto por Eidolon. La arrogancia que mostraba no era lo más adecuado para un guerrero de los Hijos del Emperador, y el enfrentamiento entre ambos se había agudizado en el planeta Muerte, durante la guerra contra los megarácnidos.

A pesar de las reservas que Tarvitz sentía hacia él, lo cierto era que Eidolon emitía un aura de autoridad poderosa y natural, acentuada por la armadura de aspecto resplandeciente, con tantos detalles dorados que el color púrpura de la legión apenas era visible.

—¡Esa escoria ni siquiera supo qué los atacó!

Los Hijos del Emperador lanzaron vítores en respuesta. Había sido la clásica victoria de la legión: decisiva, rápida y perfecta.

Los pielesverdes habían estado condenados a la derrota desde el principio.

—¡Preparaos para recibir a vuestro primarca! —gritó Eidolon.

Los servidores de la legión despejaron con rapidez las cubiertas de carga de los cadáveres de los pielesverdes muertos para que allí se agrupara una parte de la fuerza de combate Callinedes. Tarvitz sintió que se le aceleraba el corazón ante la perspectiva de ver de nuevo con sus propios ojos a su amado primarca. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la legión había combatido al lado de su líder. Cientos de Hijos del Emperador, todos formados en filas impecables, se pusieron en posición de firmes, convertidos en un magnífico ejército de color púrpura y dorado.

A pesar de toda su magnificencia no eran más que una pálida imitación del increíble guerrero del que todos procedían.

El primarca de los Hijos del Emperador era una visión inspiradora. Su blanco rostro parecía esculpido, y lo enmarcaba una melena ondulante de pelo también blanco, casi albino. Su simple presencia era algo embriagador, y Tarvitz se sintió henchido de orgullo ante el magnífico aspecto de aquel guerrero increíble y asombroso. Fulgrim había sido creado para responder a una faceta de la guerra, y su arte consistía en la búsqueda de la perfección a través del combate, ya que la perseguía con el mismo afán que un imaginista se esforzaría por alcanzarla a través de sus pictografías. Una de las hombreras de su armadura dorada estaba esculpida de forma que representara un ala de águila desplegada, el símbolo de los Hijos del Emperador, y el simbolismo dejaba a las claras el orgullo que sentía la legión.

El águila era el símbolo personal del Emperador, y los Hijos del Emperador era la única legión a la que le había permitido utilizar la misma heráldica, lo que proclamaba de un modo evidente que los guerreros de Fulgrim formaban la legión que más valoraba. El primarca llevaba al cinto una espada de empuñadura dorada, y se decía que era un regalo del propio Señor de la Guerra en persona, una muestra evidente del lazo de hermandad que los unía.

Los oficiales del círculo interior del primarca lo flanqueaban a cada lado: el comandante general Eidolon, el apotecario Fabius, el capellán Charmoisan y la enorme mole del dreadnought que albergaba al Anciano Rylanor. Incluso aquellos héroes de la legión quedaban empequeñecidos por el tamaño y el increíble carisma de Fulgrim.

Una fila de heraldos, escogidos de entre los jóvenes iniciados que estaban a punto de completar el programa de entrenamiento para ingresar en los Hijos del Emperador, se desplegó delante de Fulgrim y tocaron una fanfarria para anunciar la llegada del guerrero más perfecto de toda la galaxia. Una estruendosa salva de aplausos resonó entre los Hijos del Emperador allí reunidos cuando le dieron la bienvenida al primarca a su regreso a la legión.

Fulgrim esperó con elegancia a que los aplausos menguaran. Tarvitz deseaba más que nada en la galaxia estar al lado de la impresionante figura dorada que tenían delante de ellos, aunque ya sabía que había sido designado como un simple oficial de campo y que no habría nada más. Sin embargo, la simple presencia de Fulgrim lo llenaba de la esperanza de poder hacerlo mucho mejor si tan sólo le dieran la oportunidad. El orgullo que sentía por la destreza de su legión aumentó mientras Fulgrim contemplaba a los guerreros allí reunidos. Los ojos del primarca brillaron

mientras los saludaba uno por uno.

—Hermanos míos —dijo Fulgrim con voz clara y resonante—, ¡hoy habéis demostrado a esos repugnantes pielesverdes lo que significa enfrentarse a los Hijos del Emperador!

La cubierta de desembarco se vio sacudida por otro fuerte restallido de aplausos, pero la voz de Fulgrim resonó con facilidad por encima del clamor de sus guerreros.

—El comandante Eidolon os ha convertido en un arma contra la que los pielesverdes no tenían protección alguna: perfección, fuerza, decisión. Estas cualidades son las características más letales de nuestra legión, y hoy las habéis demostrado por completo. Esta estación orbital se encuentra de nuevo en manos imperiales, lo mismo que las demás que los pielesverdes ocuparon con la vana esperanza de repeler nuestra invasión.

»Ha llegado el momento de continuar con el ataque contra los pieles-verdes y liberar el sistema Callinedes. Mi primarca hermano Ferrus Manus de los Manos de Hierro y yo nos aseguraremos de que ni un solo alienígena quede con vida en lugar alguno reclamado en nombre de la cruzada.

El ambiente estaba cargado por la expectación que la legión sentía mientras esperaba la orden que la enviaría al combate al lado de su primarca.

—Sin embargo, hermanos míos, la mayoría de vosotros no estaréis aquí —les comunicó Fulgrim.

La tremenda decepción que Tarvitz y los demás sintieron fue casi palpable en el aire, ya que se suponía que la legión había viajado hasta el sistema Callinedes para apoyar con todas sus fuerzas la aniquilación de los alienígenas invasores.

—La legión se dividirá —continuó diciendo Fulgrim al mismo tiempo que alzaba las manos para acallar los gritos de queja y los lamentos que sus palabras habían provocado—. Yo encabezaré una pequeña fuerza que se reunirá con Ferrus Manus y sus Manos de Hierro en Callinedes IV. El resto de la legión se dirigirá al sistema Isstvan para reunirse con la Sexagésimo Tercera Expedición del Señor de la Guerra. Esto es lo que os ordena el Señor de la Guerra y vuestro primarca. El comandante general Eidolon estará al mando en Isstvan, y actuará en mi nombre hasta que pueda reunirme con vosotros de nuevo.

Tarvitz miró a Lucius, pero no logró descifrar la expresión del rostro del espadachín al oír las nuevas órdenes recibidas. El mismo tenía sentimientos encontrados: una gran sensación de pérdida por verse separado de nuevo de su

primarca, pero también una agradable impaciencia ante la idea de luchar otra vez al lado de los camaradas que tenía entre los Hijos de Horus.

—Comandante, por favor. Cuando quiera —invitó Fulgrim a Eidolon indicándole con un gesto que se adelantara.

El comandante general hizo un gesto de asentimiento y obedeció.

—El Señor de la Guerra ha reclamado de nuevo la ayuda de nuestra legión. Reconoce nuestra capacidad, y nosotros agradecemos esta oportunidad de demostrar una vez más nuestra superioridad. Tenemos que aplastar la rebelión que se ha producido en el sistema Isstvan, pero no lucharemos solos. Además de su propia legión, el Señor de la Guerra considera adecuada la participación de la Guardia de la Muerte y de los Devoradores de Mundos.

Se oyó un murmullo de sorpresa que recorrió toda la cubierta de desembarco ante la mención de aquellas legiones tan brutales. Eidolon soltó una breve risa.

—Ya veo que algunos de vosotros recordáis las ocasiones en las que hemos luchado junto a nuestros hermanos Astartes. Todos sabemos lo terrible y desagradable que puede llegar a ser la guerra cuando la libran individuos como ellos, así que me parece que se nos presenta la oportunidad perfecta de demostrarle al Señor de la Guerra cómo luchan los elegidos del Emperador.

La legión vitoreó el nuevo discurso. Tarvitz sabía que los Hijos del Emperador siempre aprovechaban cualquier oportunidad que se les presentase de demostrar sus habilidades y capacidades creativas, sobre todo a las demás legiones. Fulgrim había convertido el orgullo en una virtud, y eso impelía a todos y cada uno de los guerreros de su legión a llegar a unas cotas de perfección que ninguna otra legión podía igualar.

Torgaddon había calificado aquello de arrogancia, y Tarvitz se había esforzado por convencerlo de lo contrario en la superficie de Muerte, pero al oír los gritos fanfarrones lanzados por los Hijos del Emperador ya no se sintió tan seguro de que su amigo estuviera equivocado al respecto.

—El Señor de la Guerra ha solicitado que acudamos de inmediato —gritó Eidolon a través de la barahúnda—. Aunque Isstvan no se encuentra muy lejos, las condiciones del espacio disforme hacen que cada vez sea más difícil el viaje, así que debemos apresurarnos. El crucero de ataque *Andronius* partirá hacia Isstvan dentro de cuatro horas. Cuando lleguemos, seremos los embajadores de nuestra legión, y para cuando acaben los combates, el Señor de la Guerra habrá presenciado la guerra en su aspecto más magnífico.

Eidolon hizo un saludo y Fulgrim inició una nueva salva de aplausos antes de dar media vuelta y retirarse.

Tarvitz estaba anonadado. Reunir para una campaña semejante fuerza de Astartes era muy poco común, así que comprendió que, fuese cual fuese el enemigo al que se iban a enfrentar en Isstvan, debía ser realmente poderoso. Incluso la emoción que sentía ante aquella nueva oportunidad de demostrar su valía ante el Señor de la Guerra se veía atemperada por una repentina e insistente sensación de inquietud.

—¿Cuatro legiones? —se extrañó Lucius mostrando que pensaba lo mismo que él cuando se puso a su lado mientras las escuadras se reunían para prepararse con vistas al viaje para reunirse con la Sexagésimo Tercera Expedición—. ¿Para un solo sistema? ¡Es absurdo!

—Ten cuidado, Lucius. Te acercas demasiado a la arrogancia —le advirtió Tarvitz —. ¿Acaso estás cuestionando la decisión que ha tomado el Señor de la Guerra?

—No la estoy cuestionando —respondió Lucius a la defensiva—, pero hasta tú tienes que admitir que es como utilizar un martillo pilón para partir una nuez.

—Es posible —admitió Tarvitz—, pero lo cierto es que para que el sistema Isstvan se haya rebelado, debe haber sido leal en algún momento.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Lo que quiero decir, Lucius, es que se supone que la cruzada siempre debía estar avanzando en una continua campaña de conquista de la galaxia en nombre del Emperador. En vez de eso, acabamos de dar la vuelta para tapar una grieta. Lo único que se me ocurre es que el Señor de la Guerra quiere dar una especie de gran escarmiento para demostrar a sus enemigos lo que significa rebelarse contra el Imperio.

—Cabrones desagradecidos —soltó Lucius—. En cuanto acabemos en Isstvan, los rebeldes nos suplicarán que los admitamos de nuevo entre nosotros.

—Con cuatro legiones lanzadas contra el sistema —replicó Tarvitz—, dudo mucho que queden demasiados habitantes de Isstvan para unirse otra vez al Imperio.

—Venga, Saúl —le soltó Lucius un momento antes de adelantarlo—. ¿Es que has perdido el gusto por combatir durante la lucha contra los pielesverdes?

¿El gusto por combatir? Tarvitz jamás había pensado en ello de esa manera. Siempre había luchado porque quería llegar a ser algo más de lo que era, porque buscaba la perfección en todo lo que hacía. Había pasado más tiempo del que podía recordar desde que se había entregado a la tarea de emular a los guerreros de la legión

que poseían más dotes y más valía que él. Sabía cuál era su puesto dentro de la legión, pero saber cuál era el lugar de uno mismo era el primer paso para mejorarlo.

Tarvitz recordó al contemplar los andares arrogantes de Lucius lo mucho que a su camarada capitán le encantaba combatir. Lucius adoraba luchar, sin remordimiento o vergüenza alguna. Consideraba que el mejor modo de expresarse era serpentear entre los enemigos y abrirse paso con el filo de su espada centelleante dejando atrás un montón de cadáveres ensangrentados.

—Es que me preocupa —comentó Tarvitz.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Lucius al mismo tiempo que se daba la vuelta para mirarlo.

Tarvitz se dio cuenta de que su compañero intentaba de forma apresurada ocultar la exasperación que sentía. Ya había visto esa expresión cada vez con más frecuencia en el rostro cubierto de cicatrices de Lucius durante los últimos tiempos, y le entristecía saber que el ego y la desmedida ambición del espadachín por subir en la jerarquía de las filas de los Hijos del Emperador sería el final de la amistad que los unía.

—Que la cruzada tenga que… resolverse de este modo. La conquista y el sometimiento solían ser el final de todas las campañas.

—No te preocupes —le contestó Lucius con una sonrisa—. En cuanto machaquemos a unos cuantos de estos mundos rebeldes, todo se acabará y podremos seguir con la cruzada.

«Mundos rebeldes… ¿Quién iba a pensar que llegaríamos a utilizar esa expresión?», se dijo.

Tarvitz no le contestó. Seguía pensando en el enorme número de Astartes que se iban a congregar en el sistema Isstvan. En la estación espacial Órbita Profunda DS 191 habían combatido centenares de Astartes, pero la legión la componían más de diez mil Hijos del Emperador, y la mayoría de ellos se trasladarían hasta Isstvan III. Eso sólo ya era más que suficiente para varias zonas de combate. La imagen de cuatro legiones concentradas en una sola batalla le provocaba escalofríos en la columna vertebral.

¿Qué quedaría de Isstvan cuando las cuatro legiones hubiesen pasado por el sistema? ¿Podría ninguna rebelión justificar lo que se avecinaba?

—Sólo quiero conseguir la victoria —dijo al cabo.

Las palabras le sonaron vacías hasta a él.

Lucius se echó a reír, pero a Tarvitz no le quedó claro si lo hacía porque estaba de

acuerdo o porque se estaba burlando de él.

Para Kyril Sindermann, verse confinado a sus propios aposentos representaba la forma más sutil de tortura. Se sentía bastante a la deriva sin el apoyo de la biblioteca que estaba acostumbrado a consultar en la Sala de Archivo Tres. Su biblioteca particular, aunque muy extensa según el estándar normal, no era más que un pálido reflejo de la cantidad de libros arcanos que habían quedado destruidos por el fuego.

¿Cuántos tomos irreemplazables y de valor incalculable se habrían perdido al paso de la bestia de la disformidad que él y Euphrati habían conjurado a partir de las páginas del *Libro de Lorgar*?

No podía soportar pensar en aquello, y se preguntaría por la condena que les impondría el futuro por la pérdida de conocimiento sufrida por culpa de los dos. Ya había llenado miles de páginas con los fragmentos que podía recordar de los libros que había consultado. La mayor parte eran trozos inconexos y demasiado fraccionados. Sabía que la tarea que se había impuesto de recordar todo lo que había leído estaba condenada al fracaso, pero ni siquiera podía pensar en abandonar. Era como si considerara la posibilidad de que se le detuviera el corazón.

Su ofrenda, y la de la Cruzada, a las generaciones del futuro era la sabiduría acumulada por los eruditos y guerreros de mayor valía de toda la galaxia. Con una base tan elevada a la que subirse, ¿quién sabía hasta qué altura sobrecogedora de iluminación podría llegar el Imperio?

La pluma chirriaba al rascar contra el papel mientras anotaba sus recuerdos sobre la filosofía de los escritores helénicos y sus primeros debates sobre la naturaleza de la divinidad. Sin duda, muchos considerarían un sinsentido la transcripción de los escritos de gente muerta mucho tiempo atrás, pero Sindermann sabía que olvidar el pasado era condenar al futuro a repetir los mismos errores.

El texto que estaba escribiendo hablaba de lo inefable e inescrutables que eran los falsos dioses. Sabía que ese tipo de misterio estaba más cerca del presente de lo que se atrevía a admitir. Todo lo que había leído y presenciado desde lo ocurrido en 63-19 había tensado su escepticismo hasta un punto en el que ya no podía negar la verdad de lo que tan a las claras tenía delante de él y que Euphrati Keeler había intentado comunicarles a todos: «Los dioses existen y, en el caso del Emperador, caminan entre las personas…».

Se detuvo un momento mientras el peso de aquel pensamiento lo envolvía por

completo como una manta reconfortante. La calidez y la tranquilidad de la sencilla aceptación de esa idea actuó igual que una cura para todos los males que lo habían acuciado a lo largo del año anterior. Sonrió mientras la pluma seguía rascando la página sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo consciente por escribir.

Sindermann dio un respingo cuando se dio cuenta de que, en realidad, la pluma se movía sobre el papel por voluntad propia. Bajó la mirada para ver lo que había escrito.

«Ella te necesita».

Un miedo frío se apoderó de su cuerpo, pero en cuanto se levantó se desvaneció, y una sensación de amor y confianza le llenó el alma. La mente se le inundó de imágenes que aparecían sin que él las convocara. Vio al Señor de la Guerra, con un aspecto fuerte y poderoso, protegido por una armadura negra de placas recién forjada, con el ojo de color ámbar refulgente como recién salido de un horno de fundición. De los guanteletes del Señor de la Guerra surgían unas largas garras afiladas y de la gorguera emanaba reluciente un brillo rojizo que le iluminaba el rostro desde abajo dándole un inquietante aspecto demoníaco.

—No… —murmuró Sindermann al mismo tiempo que un intenso e indescriptible horror lo invadía ante aquella imagen tan terrible.

Sin embargo, aquella visión fue sustituida de inmediato por la de Euphrati Keeler tumbada en el camastro de la enfermería. Todos los pensamientos aterrorizados desaparecieron ante su imagen, y Sindermann sintió que el amor que le profesaba a aquella hermosa mujer lo embargaba con una luz pura y maravillosa.

De repente, mientras todavía sonreía ante esa visión, la imagen se oscureció y unas garras amarillentas aparecieron para despedazar la aparición de Euphrati.

Sindermann lanzó un grito en una súbita premonición.

Miró de nuevo las palabras escritas y se maravilló ante su desesperada simplicidad.

«Ella te necesita».

Alguien le había enviado un mensaje.

La santa se encontraba en peligro.

Coordinar todos los recursos de una legión, incluidos los Astartes, las naves de transporte, el personal de apoyo y las unidades imperiales de acompañamiento, era una tarea titánica. Lograr la coordinación necesaria en la llegada de cuatro legiones a

un mismo lugar y al mismo tiempo era algo imposible. Al menos, era imposible para alguien que no fuera el Señor de la Guerra.

El *Espíritu Vengativo*, con su larga proa afilada sobresaliendo como la punta de una lanza, surgió del espacio disforme en mitad de un caleidoscópico despliegue de luces y descargas. Los costados de la nave se vieron sacudidos por rayos cuando los potentes campos de integridad en el espacio disforme soportaron todo el choque de la reentrada. La estrella más cercana del sistema Isstvan relucía, con un brillo frío e insensible, recortada en la negrura de la lejanía interestelar. El Ojo de Horus lo miraba todo desde la parte superior de la proa de la nave. Toda ésta había sido renovada después de la victoria lograda frente a la Tecnocracia. El color blanco hueso de los Lobos Lunares había dejado paso al verde grisáceo metalizado de los Hijos de Horus.

A los pocos momentos llegó otra nave. Entró en el espacio real con la funcionalidad brutal común en su legión. Mientras que la *Espíritu Vengativo* poseía una elegancia mortífera, la nave recién llegada tenía un aspecto brutal y desagradable, con el casco pintado de un color gris metalizado. La única decoración era un cráneo de bronce colocado en la proa. La nave se llamaba *Resistencia*, y era el buque insignia de la flota de la legión de la Guardia de la Muerte que acompañaba al Señor de la Guerra. Una flotilla de cruceros de menor tamaño y de otras naves de escolta apareció en su estela. Todas mostraban los mismos costados de color metalizado, ya que nada en la legión de Mortarion mostraba más elementos decorativos de los necesarios.

Varias horas más tarde, la poderosa y afilada silueta del *Conquistador* atravesó la barrera que la separaba del espacio real y se reunió con el Señor de la Guerra. Resplandecía con los colores blanco y azul de los Devoradores de Mundos, y era la nave insignia de Angron. Su forma robusta y rugosa era una indicación de la legendaria ferocidad del primarca de los Devoradores de Mundos.

El último en unirse a la creciente fuerza de ataque contra Isstvan fue el *Andronius*, a la cabeza de la flota de los Hijos del Emperador. La nave resplandecía con los múltiples adornos de color púrpura y dorado. Parecía más un palacio flotante que una nave de guerra. Sin embargo, ese aspecto era engañoso, ya que las cubiertas de combate estaban erizadas de armas manejadas por siervos bien entrenados que vivían y morían para cumplir las órdenes de la legión. El *Andronius*, a pesar de todas sus extravagancias decorativas, era un arma de combate compacta y mortífera.

La Gran Cruzada había visto muy pocas veces una flota de semejante potencia reunida en un único lugar.

Hasta ese momento, tan sólo el Emperador había estado al mando de una fuerza igual, pero se encontraba en Terra, y estas legiones sólo respondían ante el Señor de la Guerra.

Así pues, fueron cuatro legiones las que se reunieron y centraron su atención en el sistema Isstvan.

Las sirenas que anunciaban la traslación del *Espíritu Vengativo* al espacio real fueron la señal de ponerse en marcha que Kyril Sindermann había estado esperando. Se enjugó la frente con un pañuelo, que ya estaba empapado, y se puso en pie para dirigirse a la puerta de sus aposentos.

Inspiró profundamente para calmarse mientras la puerta se elevaba. Un momento después se enfrentó a las miradas hostiles de dos soldados del ejército. Sus uniformes almidonados no mostraban insignia alguna.

—¿Puedo ayudarle, señor? —le preguntó uno de ellos, de elevada estatura y que mostraba una expresión fría y poco servicial.

—Sí —le contestó Sindermann con un tono de voz modulado a la perfección para transmitirle una afabilidad nada amenazante—. Necesito ir a la cubierta médica.

—No parece estar enfermo, señor —comentó el otro guardia.

Sindermann dejó escapar una pequeña risita y alargó una mano para tocarle el brazo en un gesto de amabilidad.

—No, hijo, no es por mí, es por una amiga mía. Está muy enferma y prometí que la visitaría.

—Lo siento —se disculpó el primer guardia en un tono de voz que indicaba todo lo contrario—. Tenemos órdenes de los Astartes de no permitir que nadie salga de esta cubierta.

—Lo entiendo, lo entiendo —respondió Sindermann con un suspiro y dejando que una lágrima le asomara por el rabillo del ojo—. No quiero molestar a nadie, jóvenes, pero mí amiga… Bueno, en realidad más bien es una hija para mí. La quiero mucho y le haríais un enorme favor a este anciano sí me permitierais aunque sólo fuera verla.

—No va a poder ser —respondió el guardia, pero Sindermann ya había detectado un ablandamiento en el tono de voz, así que insistió un poco más.

—Veréis, a ella no le queda… Ella no… vivirá mucho más tiempo, y el propio Maloghurst en persona me dijo que se me permitiría verla antes… antes de su final.

Utilizar el nombre de Maloghurst era un riesgo, pero se trataba de un riesgo

calculado. Era muy poco probable que aquellos soldados dispusieran de un canal de comunicación directo con el palafrenero del Señor de la Guerra, aunque si decidían comprobar lo que les había dicho, su artimaña quedaría al descubierto.

Sindermann había hablado con voz baja y suave mientras representaba aquella imagen de abuelo amable. Había utilizado todos los trucos que conocía como iterador: el timbre preciso, la fragilidad de su aspecto, mantener el contacto visual y lograr la empatía de su audiencia.

—¿Tienes hijos, muchacho? —le preguntó Sindermann alargando la mano de nuevo para agarrar suavemente al guardia por el brazo.

—Sí, señor, los tengo.

—Entonces entenderás por qué tengo que verla —insistió Sindermann arriesgándose a utilizar un enfoque más directo y con la esperanza de haber juzgado correctamente a aquellos hombres.

—¿Sólo va a la cubierta médica? —le preguntó el guardia.

—Hasta allí nada más —le prometió Sindermann—. Tan sólo necesito un poco de tiempo para poder despedirme de ella. Eso es todo. Por favor…

Los guardias intercambiaron una mirada y Sindermann tuvo que contenerse para no sonreír, ya que en ese momento supo que los había convencido. El primer soldado asintió y se echó a un lado para dejarlo pasar.

—Sólo hasta la cubierta médica, anciano —le dijo el guardia mientras le escribía una nota en la que lo autorizaba para pasar por toda la nave en el trayecto de ida y vuelta hasta la cubierta médica—. Si no está de regreso en sus aposentos dentro de dos horas, iré a buscarlo en persona y lo traeré a rastras.

Sindermann asintió mientras cogía la nota que le ofrecía. Luego les estrechó a los dos la mano con entusiasmo.

—Sois buenos soldados, muchachos —les dijo con una voz cargada de gratitud—. Buenos soldados. Me aseguraré de que Maloghurst se entere de lo compasivos que habéis sido con un anciano.

Se dio la vuelta con rapidez para que no se fijaran en la expresión de alivio de su rostro y se apresuró a alejarse por el pasillo que llevaba hasta la cubierta médica. Los corredores resonaban por lo vacíos que estaban en su recorrido por el laberíntico entramado de pasajes de la nave. Su cara jadeante mostraba una sonrisa algo boba. Mundos enteros habían caído rendidos al poder de su oratoria, y allí estaba él, sonriendo por haber convencido a dos guardias simplones para que lo dejaran salir de

sus aposentos.

Cuán bajo habían caído los poderosos.

—¿Se sabe algo más de lo de Varvaras? —preguntó Loken mientras Torgaddon y él recorrían el Museo de la Conquista de camino a la Corte de Lupercal.

Torgaddon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El proyectil estaba demasiado fragmentado. El apotecario Vaddon no sería capaz de establecer una identificación ni aunque encontráramos el arma que lo disparó. Era uno de nuestros proyectiles, pero eso es todo lo que sabemos.

El museo estaba repleto de artefactos conseguidos como botín de las numerosas victorias de la legión, ya que los Lobos Lunares habían sometido al menos una veintena de planetas al dominio imperial. Una grandiosa estatua situada contra una de las paredes recordaba los días en que el Emperador y Horus habían combatido codo con codo durante las primeras campañas de la Gran Cruzada. El Emperador, espada en mano, se enfrentaba a unos alienígenas esbeltos con el rostro tapado por máscaras mientras Horus, espalda contra espalda con su padre, disparaba con el bólter.

Loken reconoció lo que había al otro lado de la estatua. Eran unos miembros insectoides provistos de filo, las extremidades formadas por una combinación de materia orgánica y metal que les habían arrancado a los megarácnidos en el planeta Muerte. Muy pocos de aquellos trofeos se habían conseguido después de la investidura de Horus como Señor de la Guerra. La mayoría se habían ganado antes de que los Lobos Lunares hubieran sido rebautizados como los Hijos de Horus en honor a los logros del Señor de la Guerra.

—Los siguientes han sido los rememoradores —le informó Loken—. Hacen demasiadas preguntas. Es posible que algunos de ellos ya hayan sido asesinados.

—¿Quiénes?

—Ignace y Petronella Vivar.

—Karkasy —murmuró Torgaddon—. Maldita sea. Oí decir que se había suicidado, pero debería haber sabido que acabarían encontrando el modo de hacerlo… En la logia de guerreros se habló de hacerle callar, sobre todo Abaddon. No se pronunció la palabra «asesinato», y Abaddon parecía considerarlo más la eliminación de un enemigo que un homicidio propiamente dicho. Fue entonces cuando abandoné la logia.

—¿Dijeron algo de cómo lo iban a hacer?

Torgaddon negó con la cabeza.

—No, sólo que era algo que debía hacerse.

—Todo esto no tardará mucho en hacerse público —le prometió Loken—. La logia ya ni siquiera intenta ocultar lo que hace, y pronto llegará la hora de la verdad.

—¿Y qué hacemos entonces?

Loken apartó los ojos de su amigo y miró hacia el arco elevado que conducía a la salida del museo que daba a la Corte de Lupercal.

—No lo sé —le contestó al mismo tiempo que le indicaba con un gesto de la mano que no hiciera ruido: había visto una figura que caminaba por detrás de uno de los armarios acristalados situados más allá.

—¿Qué pasa? —quiso saber Torgaddon.

—No estoy seguro —respondió Loken con un susurro mientras avanzaba entre vitrinas llenas de espadas relucientes, el botín conseguido en un antiguo reino feudal, y de extrañas armas alienígenas arrancadas a las numerosas especies que la legión había exterminado. La figura que había visto era otro Astartes. Loken reconoció los colores de la armadura: era un devorador de mundos.

Loken y Torgaddon finalmente doblaron la esquina de una gran estantería enmarcada de madera de nogal y vieron con claridad a un guerrero Astartes que estudiaba con atención una enorme cuchilla de combate que el propio Señor de la Guerra le había arrancado de las manos a un pretoriano alienígena.

—Bienvenido al *Espíritu Vengativo* —le dijo Loken.

El devorador de mundos apartó los ojos del arma y se dio la vuelta para mirarlos. La tez de la cara, alargada y de porte noble, tenía un color oscuro intenso que contrastaba intensamente con el azul y el blanco hueso, que eran los colores de su legión.

—Saludos —le respondió al tiempo que cruzaba un antebrazo sobre el pecho en un marcial ademán—. Khârn, de la Octava Compañía de los Devoradores de Mundos.

—Loken de la Décima.

—Torgaddon de la Segunda.

—Es algo impresionante —comentó Khârn mientras miraba a su alrededor.

—Gracias —respondió Loken—. El Señor de la Guerra siempre ha creído que debemos recordar a nuestros enemigos. Si los olvidamos, jamás aprenderemos. —Señaló el arma que Khârn había estado contemplando—. Tenemos conservado por algún lado el cuerpo de la criatura que empuñaba eso. Es del tamaño de un tanque.

—Angron también posee una buena colección de trofeos —comentó Khârn—, pero sólo de aquellos enemigos que él considera que merecen ser recordados.

—Entonces, ¿no deberíamos recordarlos a todos?

—No —contestó Khârn con firmeza—. No se gana nada con conocer a tu enemigo. Lo único que importa es que deben ser destruidos. Todo lo demás no es más que una distracción.

—Lo propio de un devorador de mundos.

Khârn volvió a apartar la mirada del arma con un gesto burlón.

—Quiere provocarme, capitán Torgaddon, pero ya sé lo que las demás legiones piensan de los Devoradores de Mundos.

—Vimos lo que hicieron en Aureus —dijo Loken—. No son más que asesinos.

Khârn sonrió.

—¡Ja! La sinceridad es muy escasa hoy en día, capitán Loken. Sí, lo somos, y nos sentimos orgullosos de serlo, porque somos muy buenos en ello. Mi primarca no se siente avergonzado por hacer lo que mejor se le da, así que yo tampoco.

—Supongo que ha venido para asistir al cónclave —le preguntó Loken, deseoso de cambiar de tema.

—Sí. Seré el palafrenero de mi primarca.

Torgaddon alzó una ceja.

—Un trabajo duro.

—A veces —admitió Khârn—. Angron se preocupa muy poco por la diplomacia.

—El Señor de la Guerra cree que es importante.

—Eso veo, pero cada legión hace las cosas de un modo diferente —contestó Khârn echándose a reír al mismo tiempo que le daba una palmada en la hombrera a Loken—. De un hombre sincero a otro, vuestra propia legión tiene tantos detractores como admiradores. Se dice que os sentís demasiado superiores.

—El Señor de la Guerra es muy exigente —respondió Loken.

—También Angron, te lo aseguro —comentó Khârn, y Loken se sintió sorprendido al notar un tono de cansancio en la voz del devorador de mundos—. El Emperador sabe que a veces lo mejor es dejar que los Devoradores de Mundos hagan lo que saben hacer mejor. El Señor de la Guerra también lo sabe. Si no fuera así, no estaríamos aquí. Puede que te disguste, capitán, pero si no fuera por guerreros como yo, la Gran Cruzada habría fracasado hace ya mucho tiempo.

—Ahí tenemos que coincidir en mostrarnos en desacuerdo —replicó Loken—. Yo

no podría hacer lo que hacéis vosotros.

Khârn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Capitán, eres un guerrero de los Adeptus Astartes. Si tuvieras que matar a todo ser viviente de una ciudad para asegurarte la victoria, lo harías. Tenemos que estar preparados en todo momento para ir más allá que nuestros enemigos. Todas las legiones lo saben, pero tan sólo los Devoradores de Mundos se atreven a decirlo de forma abierta.

—Esperemos que nunca tengamos que llegar a eso.

—No confíes demasiado en esa esperanza. He oído decir que Isstvan III va a ser un hueso difícil de roer.

—¿Qué sabes acerca de eso? —le preguntó Torgaddon.

Khârn se encogió de hombros.

—Nada concreto. La verdad es que no son más que rumores. Se habla de temas religiosos, de brujas y hechiceros, de cielos que se vuelven de color rojo y de monstruos surgidos del espacio disforme. Las exageraciones habituales. Nada en lo que los Hijos de Horus vayan a creer.

—La galaxia es un lugar muy complejo —respondió Loken con un tono de voz comedido—. No sabemos ni la mitad de lo que ocurre en ella.

—Yo empiezo a pensar lo mismo —musitó Khârn mostrándose de acuerdo.

—Está cambiando —añadió Loken—. La galaxia, y la cruzada con ella.

—Sí —contestó Khârn con satisfacción—. Así es.

Loken estaba a punto de preguntarle a qué se refería en concreto cuando las puertas de la Corte de Lupercal se abrieron de par en par.

—Es evidente que el cónclave del Señor de la Guerra empezará dentro de poco —les dijo Khârn antes de hacer una inclinación de despedida hacia ambos—. Ha llegado el momento de que me reúna con mi primarca.

—Y nosotros debemos reunirnos con el Señor de la Guerra —respondió Loken—. A lo mejor nos vemos en Isstvan III.

—A lo mejor —asintió Khârn mientras se alejaba entre los despojos de un centenar de guerras—. Si queda algo de Isstvan III para cuando los Devoradores de Mundos hayamos acabado allí.



TRES
HORUS ENTRONIZADO
LA SANTA EN PELIGRO
ISSTVAN III

La Corte de Lupercal era algo nuevo en el *Espíritu Vengativo*. Antes, el Señor de la Guerra mantenía las reuniones y las sesiones de planificación en el strategium, pero se había decidido que necesitaba un espacio más amplio y grandioso para celebrar las audiencias. El lugar lo había diseñado Peeter Egon Momus, y lo habían construido de un modo ingenioso para lograr que el Señor de la Guerra se encontrase en un marco más apropiado para su cargo como regente de la Gran Cruzada y presentarlo como el primero entre iguales ante sus comandantes y camaradas.

Unos enormes estandartes colgaban de los laterales de la estancia. La mayoría pertenecían a las compañías de combate de la legión, aunque había unos pocos que Loken no consiguió reconocer. Vio uno en el que aparecía un trono de cráneos colocado sobre una torre de bronce que se alzaba sobre un mar de sangre roja, y otro donde destacaba una estrella negra de ocho puntas sobre un cielo blanco. Loken se sintió confundido ante el posible significado de aquellos símbolos desconocidos, pero supuso que representaban a la logia de guerreros que se había convertido en una parte integral de la legión.

Sin embargo, el Señor de la Guerra era más grandioso todavía que la majestuosidad diseñada por el arquitecto que lo rodeaba por doquier. El primarca de los Hijos de Horus estaba sentado en el enorme trono de piedra basáltica que se alzaba ante ellos. Abaddon y Aximand estaban de pie junto a él. Ambos llevaban puesta la armadura, de color negro brillante la de Abaddon, como correspondía a la escuadra

Justaerin, y de tono verde pálido la de Aximand.

Los dos oficiales se quedaron mirando fijamente a Loken y a Torgaddon. La enemistad que había crecido entre ellos desde la campaña auretiana ya era demasiado intensa para poder ocultarla. Loken le devolvió la mirada pétrea a Abaddon y sintió una enorme tristeza al darse cuenta de que el glorioso ideal del Mournival estaba acabado de un modo irrevocable. Ninguno de ellos se dirigió la palabra cuando Loken y Torgaddon se colocaron en sus respectivos puestos, al otro lado del Señor de la Guerra.

Loken también había estado al lado de esos mismos guerreros cuando todos hicieron un juramento a la luz de una luna reflejada en un estanque, en un planeta que sus habitantes llamaban Terra. Juraron aconsejar bien al Señor de la Guerra y preservar el alma de la legión.

Le pareció que aquello había ocurrido mucho, mucho tiempo atrás.

—Loken, Torgaddon —los saludó Horus. Incluso después de todo lo que había ocurrido, Loken se sintió orgulloso de que se dirigiera personalmente a él—. Vuestra función aquí será simplemente observar y recordar a nuestros hermanos de otras legiones la solidez de nuestra causa. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, mi Señor de la Guerra —respondió Torgaddon.

—¿Loken? —le preguntó Horus.

Loken asintió y se colocó mejor en su posición.

—Sí, mi Señor de la Guerra.

Sintió cómo los penetrantes ojos de Horus le taladraban la cabeza, pero mantuvo la mirada fija y firme en las arcadas que conducían a la Corte de Lupercal mientras las puertas situadas bajo una de ellas se abrían. Resonó el fuerte tamborileo de unas pesadas botas y un ángel de la muerte de color rojo sangre hizo su entrada en el lugar.

Loken ya había visto con anterioridad al primarca de los Devoradores de Mundos, pero su monstruosa presencia física seguía dejándolo anonadado. Angron era enorme, casi de la misma altura del Señor de la Guerra, pero tenía una espalda descomunal, con una tremenda anchura de hombros que le hacía parecer una formidable bestia de carga. Tenía el rostro cubierto de cicatrices y con una expresión de violencia permanente. Los ojos estaban casi enterrados entre las dobleces del tejido cicatrízal de color rojo intenso. Del cráneo le salían las conexiones de diversos implantes corticales de aspecto primitivo que acababan acopladas en el cuello de la armadura mediante unos cables corrugados. La armadura del primarca era de color bronce y tenía un

aspecto antiguo, parecido a la de un dios de la guerra tribal. Las pesadas placas metálicas se superponían sobre la cota de malla que había debajo. A la espalda llevaba dos hachas sierra gemelas.

Loken había oído decir que Angron había sido esclavo antes de que el Emperador lo encontrase, y que sus amos le habían colocado aquellos implantes a la fuerza para convertirlo en un asesino psicópata que combatiera en los pozos de lucha.

Después de verlo, Loken no tuvo dificultad alguna en creérselo.

El palafrenero de Angron, Khârn, se encontraba al lado de su primarca. Mientras éste mostraba una expresión de ferocidad en el rostro, Khârn mantenía una aparente calma neutral.

—¡Horus! —exclamó Angron con una voz áspera y brutal—. Ya veo que el Señor de la Guerra recibe a su hermano como un rey recibiría a su súbdito. ¿Es que acaso me he convertido en tu vasallo?

—Angron —le contestó Horus sin mostrarse alterado—, me alegro de que hayas podido reunirte con nosotros.

—¿Crees que me iba a perder todo este escenario tan bonito? Por nada en el mundo —replicó Angron con la voz cargada de amenaza.

Una segunda delegación llegó en ese preciso momento por otra de las arcadas. Mostraba los colores dorado y púrpura de los Hijos del Emperador. Eidolon, luciendo su barroca armadura, encabezaba una escuadra de Astartes, cada uno de los cuales empuñaba una espada reluciente mientras marchaba detrás de su comandante general y llevaba puesta una armadura tan recargada como la de su líder.

—Mi Señor de la Guerra, lord Fulgrim, le envía saludos —declaró Eidolon en un tono muy formal y de gran humildad. Loken se dio cuenta de que el comandante general de los Hijos del Emperador había aprendido a comportarse de un modo muy diplomático desde la última vez que había hablado con el Señor de la Guerra—. Le asegura que su tarea se encuentra en buen camino y que se reunirá con nosotros dentro de poco. Hablo en su nombre y estoy al mando de la legión en su ausencia.

Loken paseó la mirada entre Angron y Eidolon, y vio a las claras la evidente antipatía que existía entre las dos legiones. Los Hijos del Emperador y los Devoradores de Mundos eran todo lo diferentes que se podía ser. La legión de Angron luchaba y ganaba mediante la agresividad más pura, mientras que los Astartes de Fulgrim habían perfeccionado el arte de desmembrar a las fuerzas enemigas y destrozarlas parte por parte.

—Lord Angron —lo saludó Eidolon con una reverencia—. Es un honor.

Angron ni siquiera se dignó a contestar, y Loken vio cómo Eidolon se ponía tenso ante aquel insulto. Sin embargo, cualquier posibilidad de enfrentamiento se desvaneció ante la llegada de la última delegación que esperaba el Señor de la Guerra.

Mortarion, el primarca de la Guardia de la Muerte, iba acompañado por una unidad de guerreros equipados con armaduras de exterminador cuya superficie tenía un brillo apagado, ya que no estaban pintadas. La armadura de Mortarion tampoco mostraba rasgo decorativo alguno aparte de la calavera de bronce que llevaba en una hombrera y que era el símbolo de la Guardia de la Muerte. Tanto la cara como el cráneo pelado carecían por completo de cabello y estaban marcados por multitud de pequeños agujeros. Tenía el cuello y la boca cubiertos por un grueso collar de donde salían chorros siseantes de vapor gris cada vez que respiraba.

Un capitán de la Guardia de la Muerte marchaba al lado del primarca, y Loken sonrió al reconocerlo. El capitán Nathaniel Garro había luchado al lado de los Hijos de Horus cuando todavía eran conocidos como los Lobos Lunares. El capitán, nacido en Terra, se había ganado muchos amigos entre las filas de la legión del Señor de la Guerra por su inquebrantable código de honor y su comportamiento sincero y directo.

El guerrero de la Guardia de la Muerte captó la mirada de Loken y le hizo un rápido gesto de asentimiento a modo de saludo.

—Con la llegada de nuestro hermano Mortarion, ya estamos todos —les comunicó Horus.

El Señor de la Guerra se puso en pie y descendió por los peldaños del trono elevado para llegar hasta el centro de la corte mientras el brillo de las luces disminuía de intensidad. Un orbe reluciente apareció encima de él y se quedó flotando justo debajo del techo.

—Esto —dijo Horus— es Isstvan III. Es una cortesía de las máquinas cartográficas estelares manejadas por servidores. Recordadlo bien, porque aquí es donde se hará historia.

Jonah Aruken dejó un momento sus tareas y sacó una pequeña petaca de debajo de la chaqueta del uniforme después de echar un vistazo a su alrededor para saber si alguien estaba mirando. La cubierta del hangar estaba llena de actividad, lo que parecía ser muy común en esos días, pero nadie le prestaba la más mínima atención. Ya habían pasado los tiempos en los que los preparativos para el combate de un titán

de la clase Imperator hacían que hasta el veterano más curtido en la guerra se detuviese para contemplar la escena. Había muy pocas personas que no hubieran visto ya una docena de veces la poderosa silueta del *Dies Irae* prepararse para entrar en batalla.

Tomó un trago de la petaca y levantó la mirada para echar un vistazo a la veterana máquina de guerra.

El casco del titán estaba marcado y abollado en los puntos donde había recibido impactos y los servidores del Mechanicum todavía no habían podido efectuar las reparaciones necesarias. Jonah dio unas cuantas palmadas afectuosas en las gruesas planchas de blindaje de la pierna.

—Bueno, chaval —le dijo—. Está claro que has estado en unos cuantos combates, pero te sigo apreciando.

Sonrió ante la idea de un hombre enamorado de una máquina, pero él estaría dispuesto a enamorarse de cualquier cosa que le hubiera salvado la vida tantas veces como lo había hecho el *Dies Irae*. Habían luchado juntos a través de los fuegos de incontables batallas, y por mucho que Titus Cassar quisiera negarlo, Jonah sabía que existían un poderoso corazón y un alma en el núcleo de aquella gloriosa máquina de combate.

Jonah le dio otro sorbo a la petaca, pero se le agrió la expresión al pensar en Titus y en sus malditos sermones. Su compañero decía que sentía la luz del Emperador dentro de él, pero Jonah ya no sentía nada de aquello.

A pesar de lo mucho que quería creer en lo que Titus predicaba, no podía evitar sentir el mismo escepticismo de siempre. ¿Creer en algo que no estaba delante de él, que no se podía ver o captar de algún modo? Titus lo llamaba fe, pero Jonah era una persona que tenía que creer en lo que era real, lo que se podía tocar o experimentar.

El princeps Turnet lo expulsaría de la tripulación del *Dies Irae* si se llegara a enterar de que había asistido a las reuniones de oración en Davin, y la idea de pasar el resto de la cruzada trabajando como un simple servidor, lejos de la emoción de formar parte de la cadena de mando de la mejor máquina de guerra que jamás hubiera salido de las forjas de Marte le provocaba un escalofrío que le recorría toda la espina dorsal.

Titus le pedía cada poco tiempo que acudiera a una de las reuniones de oración, y las veces que aceptaba tenían que recorrer de forma furtiva el camino que llevaba hasta alguna parte recóndita de la nave, donde escuchaban recitar pasajes del *Lectio Divinitatus*. En cada una de esas ocasiones, sudaba a chorros durante el camino de

vuelta por temor a que lo descubrieran y a la corte marcial que con toda seguridad vendría a continuación.

Jonah había sido tripulante de titán desde el día en que puso pie en su primer destino, un titán Warhound llamado *Venator*, y sabía que si se llegaba a dar el caso en que tuviera que elegir entre el *Dies Irae* y el *Lectio Divinitatus*, elegiría el titán sin dudarlo ni un solo momento.

Sin embargo, la posibilidad de que Titus estuviera en lo cierto no dejaba de incomodarlo.

Apoyó la espalda en la pierna del titán y se dejó resbalar hasta el suelo hasta que quedó sentado con las rodillas pegadas al pecho.

—Fe —susurró—. No puedes ganártela ni puedes comprarla. ¿Dónde se puede encontrar?

—Bueno —dijo una voz a su espalda—, puedes empezar por guardar esa petaca y venir conmigo.

Jonah levantó la mirada y vio a Titus Cassar, con un aspecto magnífico como siempre, preparado para un desfile. Estaba de pie al lado de una de las entradas en arco que daban paso a los bastiones de la pierna del titán.

—Titus —respondió Jonah a modo de saludo al mismo tiempo que se apresuraba a guardar la petaca en un bolsillo de la chaqueta—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos que irnos —le informó Titus con un tono de voz severo—. La santa está en peligro.

Maggard caminaba con paso furtivo y rápido por los sombríos pasillos de la *Espíritu Vengativo*. Marchaba a paso ligero, con el ánimo de alguien que se encontraba de camino hacia una cita ansiada. Su gran cuerpo había ido creciendo a lo largo de los meses anteriores de un modo continuo, como si se hubiera visto afectado por alguna clase de horrible forma de veloz gigantismo.

Sin embargo, los procesos a los que los apotecarios del Señor de la Guerra estaban sometiendo a su cuerpo no eran nada horribles. Su forma física cambiaba creciendo y transformándose más allá de lo que la primitiva cirugía de la Casa Carpinus había logrado conseguir jamás. Ya sentía cómo los órganos que le habían implantado le daban nueva forma a los músculos y a los huesos para convertirlo en algo más grande de lo que nunca llegó a imaginar, y aquello no era más que el comienzo.

Empuñaba su sable kirliano, que relucía con un brillo extraño bajo la escasa luz

del pasillo. Llevaba puesta una túnica blanca nueva, ya que el cuerpo, de un tamaño cada vez mayor, no le cabía en su antigua armadura. Los artesanos metalúrgicos de la legión se encontraban preparados, a la espera de que su nuevo cuerpo acabara de transformarse. Maggard echaba de menos la solidez tranquilizadora que habitualmente lo había rodeado.

Al igual que él, la armadura sería reforjada y daría lugar a algo digno del Señor de la Guerra y de sus guerreros escogidos. Maggard sabía que todavía no estaba preparado para ser incluido en aquel grupo selecto, pero ya se había labrado un hueco dentro de los Hijos de Horus. Podía ir a donde los Astartes no podían, actuaba cuando a ellos no se les podía ver actuar y derramaba sangre cuando era necesario que se les considerara pacificadores.

Hacía falta ser una persona de un tipo muy especial para realizar esa clase de tarea, alguien eficiente y carente de remordimientos de conciencia, y Maggard estaba más que capacitado para cumplir esa función. Había matado a centenares de personas cuando estaba bajo las órdenes de la Casa Carpinus, y muchos, muchos más, antes de que los servidores de esa casa lo capturaran, pero habían sido unos asesinatos torpes, burdos, comparados con la muerte que impartía en esos momentos.

Recordó la sensación de un comienzo maravilloso cuando Maloghurst le encargó que matara a Ignace Karkasy.

Maggard había colocado el cañón de la pistola bajo la temblorosa mandíbula del poeta y después le había volado los sesos hacia el techo de su abarrotado aposento antes de dejar que aquel cuerpo de carnes generosas se desplomara provocando un revoloteo de papeles ensangrentados.

A Maggard no le interesaba el motivo por el que Maloghurst deseaba la muerte de Karkasy. El palafrenero hablaba en nombre de Horus, y Maggard le había jurado lealtad eterna al Señor de la Guerra cuando le había ofrecido su espada en el campo de batalla de Davin.

Más tarde, quizá como recompensa o como parte de los planes que estaba llevando a cabo, el Señor de la Guerra había matado a su antigua patrona, Petronella Vivar, y sólo por eso, Maggard estaría eternamente en deuda con él.

Fuesen los que fuesen los deseos del Señor de la Guerra, Maggard removería cielo y tierra para que se cumplieran.

Un rato antes le habían ordenado algo maravilloso.

En unos momentos, iba a matar a una santa.

Sindermann tamborileó con el dedo corazón sobre la barbilla en un gesto nervioso mientras se esforzaba por dar la impresión de que formaba parte de aquella sección de la nave. La tripulación de cubierta con los monos de trabajo de color naranja y los oficiales de artillería, éstos con chaquetas de color amarillo, pasaban a su lado mientras esperaba a los otros dos partícipes en su plan. Mantenía agarrada con fuerza la nota que le había dado el guardia, como si se tratase de alguna especie de talismán que lo protegería de todo aquel que le preguntase qué hacía allí.

—Vamos, vamos —murmuró—. ¿Dónde estáis?

Había corrido un tremendo riesgo al ponerse en contacto con Titus Cassar, pero no tenía a nadie más a quien acudir. Mersadie no creía en el *Lectio Divinitatus*, y lo cierto es que él ni siquiera estaba seguro de creer en todo aquello, pero sabía que quienquiera que fuese el que le había enviado aquella visión sobre Euphrati Keeler se la había mandado para que actuara en consecuencia. También era imposible pedirle ayuda a Garviel Loken, ya que, sin duda alguna, sus enemigos se darían cuenta de cualquier movimiento que hiciese.

—Iterador —susurró una voz a su lado, y a Sindermann casi se le escapó un grito por la sorpresa.

Titus Cassar estaba de pie junto a él. Su rostro delgado mostraba un gesto de profunda preocupación. A su lado había otro individuo con un uniforme de color azul oscuro de tripulante de titán parecido al suyo.

—Titus —lo saludó Sindermann con un suspiro de alivio—. No estaba seguro de que pudieras venir.

—El princeps Turnet no tardará mucho en darse cuenta de que no nos encontramos en nuestros puestos, pero tu mensaje decía que la santa estaba en peligro.

—Así es —le confirmó Sindermann—. En un peligro muy grave.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó el segundo individuo.

Cassar frunció el entrecejo en un gesto de enfado.

—Lo siento, Kyril. Éste es Jonah Aruken, un camarada moderati del *Dies Irae*. Es uno de los nuestros.

—Simplemente lo sé —le contestó Sindermann—. Vi… no sé cómo decirlo… Tuve una visión de ella, tendida en la cama, y supe que alguien planeaba hacerle daño.

—Una visión —murmuró Cassar—. Sin duda eres uno de los elegidos del Emperador.

—No, no —protestó Sindermann con un siseo—. Seguro que no lo soy. Y ahora,

vámonos. No tenemos tiempo que perder, tenemos que marcharnos ya.

—¿Adónde? —quiso saber Jonah Aruken.

—A la cubierta médica —respondió Sindermann al tiempo que alzaba la nota del guardia—. Tenemos que llegar a la cubierta médica.

La superficie del reluciente globo que flotaba sobre el Señor de la Guerra se cristalizó hasta formar océanos y continentes, todo ello cubierto a su vez de los rasgos geofísicos adecuados: llanuras, bosques, cadenas montañosas, bahías y ciudades.

Horus alzó los brazos con un gesto en el que daba la impresión de que estaba sosteniendo el peso del globo como uno de aquellos titanes que aparecían en los mitos de la vieja Tierra.

—Éste es Isstvan III —repitió—. Un mundo sometido a nuestro mandato hace trece años por la Vigésimo Séptima Fuerza Expedicionaria de nuestro hermano Corax.

—¿Es que no hizo bien su trabajo? —soltó Angron con un bufido. Horus le dirigió una peligrosa mirada furibunda.

—Sí, hubo cierta resistencia, pero los últimos elementos de la facción agresiva fueron eliminados por la Guardia del Cuervo en la batalla del valle Redarth.

El lugar del enfrentamiento brilló por un momento con un color rojizo en un punto del globo. Se encontraba situado en mitad de una cadena montañosa que se alzaba en uno de los continentes septentrionales de Isstvan III.

—La orden de los rememoradores todavía no nos había caído encima como una plaga enviada por el Consejo de Terra, pero dejó atrás un contingente bastante numeroso de civiles para que éstos comenzaran a integrar a la población en la Verdad Imperial.

—¿Debemos asumir entonces que la Verdad Imperial no arraigó en la población? —quiso saber Eidolon.

—¿Mortarion? —dijo Horus indicándole a su hermano primarca que le contestase.

—Hace cuatro meses, la Guardia de la Muerte recibió una petición de socorro procedente de Isstvan III —informó Mortarion—. Era débil y antigua, y la recibimos sólo porque una de nuestras naves de suministro, que se iba a reunir con nosotros en Arcturan, salió del espacio disforme para efectuar algunas reparaciones. Dada la antigüedad de la señal y el tiempo que tardé en recibirla, lo más probable es que fuera enviada hace al menos dos años.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Angron.

Por toda respuesta, la imagen holográfica del planeta se desdobló hasta convertirse en una superficie lisa y negra, similar a una pantalla de pictógrafo, y quedó flotando en el aire. Un momento después se distinguió un atisbo de movimiento borroso. Una silueta apareció en la pantalla y Loken se dio cuenta de que se trataba de una cara, del rostro de una mujer iluminado por el brillo anaranjado que desprendía la llama de una vela, la única luz de la estancia. Parecía encontrarse en una reducida cámara de paredes de piedra. Loken también se dio cuenta, a pesar de la escasa calidad de la señal, de que la mujer estaba aterrorizada. Tenía los ojos abiertos de par en par, jadeaba de forma intensa y la piel le relucía por el sudor.

—La insignia del cuello del uniforme indica que procede de la Vigésimo Séptima Expedición —comentó Torgaddon.

La mujer ajustó el aparato que estaba utilizando para grabar la imagen y en la Corte de Lupercal resonó el sonido de fondo: llamas restallantes, gritos lejanos y el tableteo del combate.

—Es una revuelta —dijo la mujer con una voz distorsionada por la estática—. Una revolución en todos los sentidos. Esta gente lo han… rechazado… Lo han rechazado todo. Nos esforzamos en que se integraran… Creímos que los cantores de guerra no serían más que una especie de superstición primitiva…, pero eran mucho, mucho más que eso. Eran reales. Praal ha enloquecido y los cantores de guerra están con él.

De repente, la mujer miró a su alrededor y vio algo que se encontraba fuera de pantalla.

—¡No! —gritó con desesperación, y abrió fuego con un arma que no había sido visible hasta ese momento. Las descargas de los disparos destellaron en su rostro y algo indescriptible acabó estampado contra la pared opuesta después de que ella vaciara el cargador en su dirección—. Ya están cerca. Saben que nos encontramos aquí… Creo que soy la última. —La mujer se dio la vuelta de nuevo hacia la pantalla —. Esto es una locura, una locura completa. Por favor, no creo que sobreviva a todo esto. Envíen a alguien, a quien sea… Sólo hagan que esto… se detenga…

Un sonido aullante y atonal, algo horrible, resonó en la pantalla del pictógrafo. La mujer se agarró la cabeza con las dos manos y sus gritos quedaron completamente apagados por aquel aullido inhumano. Los últimos segundos del mensaje quedaron fragmentados en una serle de escenas que mostraban unas imágenes espantosas: un ojo de mirada frenética lleno de sangre, una masa amorfa de carne y piedra partida y una boca abierta de par en par con los dientes cubiertos de sangre.

Luego, la oscuridad.

—No hemos recibido más mensajes de Isstvan III —dijo a modo de resumen Mortarion llenando el silencio que se produjo a continuación—. Los astrópatas del planeta o están prisioneros o muertos.

—Cuando habla de Praal se refiere a Vardus Praal —aclaró Horus—. Era el gobernador escogido para que administrara Isstvan III en nombre del Imperio y se asegurara de su sometimiento, además de comprobar el desmantelamiento total de las estructuras religiosas tradicionales que definían la sociedad autóctona del planeta. Si forma parte de la rebelión de Isstvan III, tal como sugiere esta grabación, él es uno de nuestros objetivos.

Loken sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda ante la idea de tener que enfrentarse de nuevo a una población cuyo dirigente imperial se había convertido en un traidor. Miró de reojo hacia Torgaddon y vio que a su camarada no se le habían pasado por alto las similitudes con la campaña librada en Davin.

La holografía se expandió y formó de nuevo la imagen de Isstvan III.

—La capital religiosa y cultural de Isstvan se encuentra aquí —dijo Horus mientras la imagen se centraba en una de las ciudades septentrionales, que dominaba un largo tramo de zona interior de tierra situada a los pies de una colosal cadena montañosa.

—La Ciudad Coral. Aquí se halla el origen de la señal de socorro y la sede del gobierno de Praal, en un edificio conocido como el palacio del Señor del Coro. Varias puntas de lanza tornarán diversos objetivos estratégicos. En cuanto la ciudad esté en nuestras manos, Isstvan habrá caído. El primer ataque lo realizará una fuerza combinada de Adeptus Astartes de todas las legiones con el apoyo de los titanes del Adeptus Mechanicum y del Ejército Imperial. El resto del planeta será sometido por los refuerzos del Ejército Imperial que nos acaben llegando debido al estado actual del espacio disforme.

—¿Y por qué simplemente no los bombardeamos? —preguntó Eidolon. El repentino silencio que se produjo tras aquella pregunta fue ensordecedor.

Loken esperó a que el Señor de la Guerra reprendiera a Eidolon por atreverse a cuestionar una decisión tomada por él, pero Horus se limitó a sonreír con expresión indulgente.

—Porque esta gente son alimañas, y cuando aplastas alimañas desde tan lejos, siempre hay algunas que sobreviven. Si queremos solucionar el problema de raíz, tenemos que ensuciarnos las manos y destruirlos a todos de un solo golpe. Puede que

no sea tan elegante como desearían los Hijos del Emperador, pero la elegancia no es una de mis prioridades. La victoria rápida, sí.

—Por supuesto —contestó Eidolon al mismo tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza—. Pensar que esos estúpidos están tan ciegos ante la realidad de la galaxia…

—No temas, comandante —le dijo Abaddon mientras descendía hasta situarse al lado del Señor de la Guerra—. Serán iluminados en la equivocación que resulta ser su comportamiento.

Loken se arriesgó a mirar de reojo al primer capitán, sorprendido por el tono de respeto que captó en su voz. Todos los encuentros anteriores entre los Hijos de Horus y Eidolon lo habían conducido a pensar que Abaddon despreciaba al arrogante comandante general de los Hijos del Emperador. ¿Qué era lo que había cambiado?

—Mortarion —dijo Horus a continuación—, tu objetivo será enfrentarte al contingente principal del ejército de la Ciudad Coral. Si siguen siendo algo parecido a lo que tuvo que enfrentarse la Guardia del Cuervo, serán soldados profesionales y no se desmoralizarán con facilidad, ni siquiera cuando se enfrenten a los Adeptus Astartes.

La holografía se concretó hasta mostrar un mapa de la Ciudad Coral, una bella conurbación de muchos y variados edificios, que comprendían desde mansiones y basílicas de diseño exquisito hasta enormes extensiones de habitáculos y nudos de complejos industriales. Las elegantes avenidas y las anchas vías públicas habían sido trazadas con esmero y se entrecruzaban en una ciudad de múltiples niveles y de millones de habitantes, la mayoría de los cuales parecían distribuirse por los cada vez más amplios distritos residenciales, por los talleres y las factorías.

La zona occidental de la ciudad destacaba respecto a las demás. Era donde se concentraba la línea defensiva, parecida a una cicatriz, repleta de trincheras y de búnkers que se alineaban a lo largo de la franja exterior de la ciudad. El lado opuesto de la Ciudad Coral se apoyaba en los riscos casi verticales de una cadena montañosa. Las defensas naturales protegían de un modo muy eficiente a la ciudad frente a cualquier ataque terrestre convencional.

Por desgracia para la Ciudad Coral, era evidente que el Señor de la Guerra no estaba planeando ninguna clase de ataque terrestre convencional.

—Por lo que parece, una parte considerable de las fuerzas armadas están concentradas en estas defensas —siguió comentando Horus—. Según los informes,

disponen de unas fortificaciones y de una artillería excelentes. Muchas de esas defensas se añadieron después de que se sometiera el planeta para proteger la sede del gobierno imperial en Isstvan, lo que significa que son nuestras y que serán resistentes. Será tarea difícil enfrentarse y destruir esa fuerza, y todavía hay muchos detalles sobre las fuerzas de combate de la Ciudad Coral que no conocemos.

—Me siento agradecido por este desafío, mi Señor de la Guerra —respondió Mortarion—. Es el campo de batalla natural de mi legión.

La imagen se concentró en otra localización, una espectacular aglomeración de arcos y torres, con docenas de alas parecidas a laberintos y edificios añadidos que rodeaban una cúpula central magnífica cubierta de piedra pulida. La estructura constituía el remate glorioso de la ciudad, y se asemejaba a un broche enjoyado que mantuviera unida la retorcida madeja de la Ciudad Coral.

—El palacio del Señor del Coro —comentó Eidolon con cierto gesto de admiración.

—Y tu legión será la encargada de tornarlo —le respondió Horus—. Junto a los Devoradores de Mundos.

Loken se dio cuenta de nuevo de la mirada que Eidolon le lanzó a Angron. El comandante general fue incapaz de ocultar el disgusto que sentía ante la idea de luchar codo con codo junto a una legión tan bárbara. Si Angron se percató de la mirada de desprecio que le lanzó Eidolon, no dio muestra alguna de ello.

—El palacio es uno de los lugares donde con mayor probabilidad se encontrará Praal —añadió Horus—. Por lo tanto, el palacio es uno de nuestros objetivos más importantes y debe ser tomado. Toda capacidad de mando en la Ciudad Coral quedará destruida y Praal acabará muerto. Es un traidor, así que ni quiero ni espero que se lo capture con vida.

Por último, el holograma se enfocó sobre una curiosa masa de piedra a una cierta distancia hacia el este del palacio del Señor del Coro. El inexperto ojo de Loken no distinguió más que una serie de torres de iglesia o de templos, edificios sagrados que habían sido construidos unos sobre los otros con el paso de los siglos.

—Esto es el Sagrario de la Sirena, y mis Hijos de Horus encabezarán el ataque contra esta posición. La rebelión en la Ciudad Coral parece tener un origen religioso, y el Sagrario de la Sirena es el centro espiritual de la urbe. Según los informes de Corax, era la sede de la vieja religión pagana que se suponía había desaparecido ya. Por lo que se ve, todavía se mantiene, y la jefatura de esa superstición se encuentra allí. Ésta

es otra posible localización de Vardus Praal, así que aquí tampoco quiero prisioneros, sino una destrucción absoluta.

Loken vio por primera vez el campo de batalla donde no tardaría en estar luchando. Daba toda la impresión de que el Sagrario de la Sirena sería un lugar difícil de tomar. Las enormes y complicadas estructuras creaban un entorno de múltiples niveles con muchos sitios donde esconderse. Sería un terreno muy peligroso.

Ése era el motivo por el que el Señor de la Guerra enviaba a su propia legión allí. Sabía que eran capaces de hacerlo.

La holografía se amplió de nuevo para mostrar otra vez la imagen del planeta al completo.

—Las operaciones preliminares incluyen la destrucción de las estaciones de vigilancia situadas en el planeta Isstvan Extremis —añadió Horus—. Cuando los rebeldes se hayan quedado a ciegas, comenzará la invasión de Isstvan III. Las unidades escogidas para encabezar la primera oleada de ataque se desplegarán mediante cápsulas de desembarco y cañoneras. La segunda oleada permanecerá en reserva. Confío en que todos habréis comprendido qué se espera de vuestras legiones.

—Tan sólo tengo una pregunta, mi Señor de la Guerra —dijo Angron.

—Habla —le ordenó Horus.

—¿Para qué planeamos este ataque con tanta precisión si un único y devastador ataque podría lograr lo mismo?

—¿Estás cuestionando mis órdenes, Angron? —le preguntó Horus con un tono de voz mesurado.

—Por supuesto que las cuestiono —le replicó Angron—. Tenemos cuatro legiones, titanes y naves de combate a nuestra disposición, y no es más que una ciudad. Podríamos atacarla con todo lo que tenemos y luego masacrar a los supervivientes en las calles. Después de esto, ya veremos a cuántos les quedan ganas de sublevarse. Pero no, tú tienes que matarlos uno por uno y eliminar a sus líderes como si fuéramos a conservar este mundo. Horus, la rebelión está en la gente. Mata a la gente y se acabará la rebelión.

—Lord Angron —dijo Eidolon con voz conciliadora—, habla usted de convertir en…

—Mantén la boca cerrada en presencia de tus superiores —lo cortó Angron con voz ronca—. Sé lo que los Hijos del Emperador pensáis de nosotros, pero confundís nuestra brusquedad con estupidez. Háblame otra vez sin que te haya dado permiso

para ello y te mataré.

—¡Angron!

La voz de Horus atravesó el ambiente cada vez más cargado de tensión y el primarca de los Devoradores de Mundos apartó su furia asesina de Eidolon.

—Tienes en muy poco aprecio las vidas de tus Devoradores de Mundos —empezó diciéndole Horus—, y crees firmemente en el modo de llevar a cabo la guerra y que has hecho tuyo, pero eso no te sitúa más allá de mi autoridad. Soy el Señor de la Guerra, el comandante de todos y todo lo que cae bajo la égida de la Gran Cruzada. Tu legión se desplegará según las órdenes que te he dado. ¿Está claro?

Angron asintió con sequedad y Horus se dio la vuelta hacia Eidolon.

—Comandante general Eidolon, no estás entre tus iguales, y tu presencia en este consejo de guerra depende de mi buena disposición al respecto, que disminuiría con rapidez si se te ocurriera seguir comportándote como si Fulgrim se encontrara aquí para cuidar de ti.

Eidolon recuperó con rapidez la compostura.

—Por supuesto, mi Señor de la Guerra, no pretendía ser irrespetuoso. Me aseguraré de que mi legión se encuentre preparada para el ataque contra Isstvan Extremis y la captura del palacio del Señor del Coro.

Horus se volvió para mirar de nuevo a Angron, quien se limitó a asentir una vez más.

—Los Devoradores de Mundos estarán preparados, mi Señor de la Guerra —se apresuró a decir Khârn.

—Entonces, doy por finalizado este cónclave —proclamó Horus—. Volved a vuestras legiones y preparaos para el combate.

Las distintas delegaciones fueron saliendo del lugar. Khârn se puso a hablar en voz baja con Angron mientras Eidolon adoptaba un cierto aire fanfarrón para compensar la amonestación a la que le había sometido Horus. A Loken le pareció distinguir un cierto brillo de diversión en los ojos de Mortarion mientras se marchaba seguido por Garro y sus exterminadores.

Horus se dio la vuelta hacia Torgaddon.

—Que preparen un Stormbird para que me lleve al *Conquistador*. Angron debe ser iluminado respecto al comportamiento adecuado en este esfuerzo común.

Horus se dio la vuelta y se dispuso a salir de la Corte de Lupercal seguido de Abaddon y de Aximand sin siquiera dirigir una mirada a Loken y a Torgaddon.

—Eso fue muy ilustrativo —comentó Torgaddon cuando se quedaron solos.

Loken sonrió con gesto cansado.

—Me dio la impresión de que querías que Angron le pegara a Eidolon.

Torgaddon se echó a reír al recordar cómo Eidolon y él estuvieron a punto de enzarzarse a golpes cuando se conocieron por primera vez en la superficie de Muerte.

—Ojalá pudiéramos acompañar al Señor de la Guerra al Conquistador —comentó Torgaddon—. Eso sí que sería algo digno de ver. Horus iluminando a Angron. ¿De qué hablarán?

—Sí, ¿de qué hablarán? —repitió Loken mostrándose de acuerdo.

Había muchas cosas que Loken desconocía, pero mientras rumiaba sobre su infeliz ignorancia, recordó lo último que le dijo Kyril Sindermann a gritos mientras los soldados de Maloghurst se lo llevaban casi a rastras.

—Tarik, tenemos una batalla que preparar, así que quiero que tengas a todo el mundo listo. Lo de Isstvan III va a ser un hueso duro de roer.

—Lo sé —contestó Torgaddon—. El Sagrario de la Sirena. Qué maldito desastre. Eso es lo que ocurre cuando le das a la gente un dios en el que creer.

—Que Vipus también se prepare. Si vamos a atacar el Sagrario de la Sirena, quiero a la escuadra Locasta con nosotros.

—Por supuesto —respondió con un gesto de asentimiento Torgaddon—. A veces creo que Neto y tú sois las únicas personas en las que puedo confiar. ¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo lectura pendiente —le contestó Loken.



CUATRO
SACRIFICIO
UN ÚNICO MOMENTO
MANTENLA A SALVO

Por dondequiera que fuera Erebus, unas sombras lo seguían. Esas parpadeantes susurradoras eran sus fieles acompañantes, unas criaturas invisibles que acechaban más allá de la capacidad de percepción de la vista y que se movían de forma fantasmal en su misma sombra. Las susurrantes se alejaron rápidamente de Erebus y se reunieron en las oscuras esquinas de la estancia, un refugio de paredes de piedra construido a imagen y semejanza de la sala del templo de Delphos, donde Akshub lo había degollado.

Situado en lo más profundo del *Espíritu Vengativo*, el templo de la logia era de techo bajo, un lugar cerrado y cálido, iluminado por un crepitante fuego que ardía en un foso en el centro de la estancia.

Las llamas proyectaban formas danzantes a lo largo de las paredes.

—Mi Señor de la Guerra —dijo Erebus—. Estamos preparados.

—Bien —respondió el Señor de la Guerra—. Nos ha costado mucho llegar hasta este punto, Erebus. Por nuestro bien más nos vale que merezca la pena, pero sobre todo, por el tuyo.

—Así será, mi Señor de la Guerra —le aseguró Erebus, sin prestar atención a la velada amenaza—. Nuestros aliados arden en deseos de hablar en persona con vos.

Erebus se detuvo un momento para observar el fuego directamente. Las llamas se reflejaron en su cabeza, afeitada y tatuada, y en su armadura, recientemente pintada en los intensos colores escarlata ahora adoptados por la legión de los Portadores de la

Palabra. A pesar de lo segura que había sonado su voz, se permitió a sí mismo un momento de pausa. Tratar con criaturas de la disformidad no era nunca sencillo, y si fallaba en satisfacer las expectativas del Señor de la Guerra, entonces perdería la vida sin duda alguna.

La presencia del Señor de la Guerra llenaba la sala. Llevaba puesta una magnífica armadura de exterminador de color obsidiana que le había regalado el Fabricador General en persona. Se la había enviado desde su propio planeta para consolidar la alianza entre Horus y el Adeptus Mechanicum de Marte. La armadura utilizaba los mismo colores de la escuadra de élite Justaerin, pero la sobrepasaba en ornamentación y poder. El ojo de ámbar de la placa pectoral miraba fijamente desde el torso de la armadura, y en una mano Horus mostraba un guantelete enorme con cuchillas de aspecto mortífero en vez de dedos.

Erebus tomó un libro que había al lado del fuego y se puso en pie, pasando las antiguas paginas con gestos reverentes hasta que llegó a una compleja ilustración de símbolos entrelazados.

—Estamos preparados. Puedo empezar una vez el sacrificio haya tenido lugar.

Horus asintió antes de hablar.

—Adepto, únete a nosotros.

Momentos más tarde, la retorcida y togada forma del adepto Regulus entró en la logia de guerreros. El representante del Adeptus Mechanicum tenía el cuerpo mecanizado casi por completo, como era común en las altas esferas de su orden. Debajo de la toga su cuerpo estaba moldeado a partir de bronce reluciente, de acero y de cables. Sólo su cara asomaba por encima de los ropajes, si se le podía llamar cara, ya que lo que se veía eran unos grandes globos oculares artificiales y una unidad de vocalización que permitía al adepto comunicarse.

Regulus condujo la fantasmal figura de Ing Mae Sing. La navegante caminaba con pasos temerosos y movía las manos a su alrededor, como si estuviera espantando un enjambre de moscas.

—Esto es poco ortodoxo —protestó Regulus con una voz que chirriaba como alambre de acero arañando unos nervios.

—Adepto —le dijo el Señor de la Guerra—, estás aquí como representante del Mechanicum. Los sacerdotes de Marte han sido fundamentales para La Gran Cruzada y deben de ser una parte importante del nuevo orden. Tú ya me has prometido tu ayuda y ha llegado el momento de que fueras testigo del precio de ese trato.

—Mi Señor de la Guerra —le contestó Regulus—. Estoy a vuestras órdenes.

Horus asintió.

—Continúa, Erebus.

Erebus pasó al lado del Señor de la Guerra y fijó la mirada en Ing Mae Sing. Aunque la astrópata era ciega, retrocedió al sentir sus ojos recorrerle la piel. La navegante retrocedió hacia una pared intentando apartarse de él, pero él la agarró por el brazo con un fulminante apretón y la arrastró hacia el fuego.

—Es poderosa —dijo Erebus—. Puedo sentirla…

—Es la mejor de la que dispongo —afirmó Horus.

—Por eso mismo debe ser ella —recalcó Erebus—. El simbolismo es tan importante como el poder. Un sacrificio no es un sacrificio si el donante no lo valora del modo adecuado.

—No, por favor —sollozó Ing Mae Sing, que comenzó a retorcerse para liberarse de su agarrón en cuanto se dio cuenta del significado de lo que había dicho el Portador de la Palabra.

Horus dio un paso adelante y tomó con ternura el mentón de la astrópata en una mano, lo que hizo que ella dejara de debatirse. Inclinó la cabeza hacia atrás, como queriendo mirarlo a la cara si hubiera tenido ojos para ver.

—Me traicionaste, Sing —dijo Horus.

Ing Mae Sing se quejó y expresó absurdas protestas con sus aterrorizados labios. Intentó sacudir la cabeza, pero Horus la sujetó con firmeza.

—No tiene ningún sentido negarlo. Ya lo sé todo. Después de que me hablaras sobre Euphrati Keeler mandaste un aviso a alguien, ¿o no? Dime a quién fue y te dejaré vivir. Intenta resistirte y tu muerte será más agónica de lo que posiblemente puedas imaginar.

—No —susurró Ing Mae Sing—. Ya estoy muerta. Eso lo sé, así que mátame y acaba con todo esto.

—¿No quieres contarme lo que deseo saber?

—No tiene ningún sentido —replicó Ing Mae Sing entre jadeos—. Me matarás te lo cuente o no. Puedes tener el poder de ocultar tus mentiras, pero tu serpiente no lo tiene.

Erebus observó cómo Horus asentía lentamente para sí mismo, como si tomara una decisión a regañadientes.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos el uno al otro —afirmó Horus con

tristeza al mismo tiempo que retiraba el brazo con gesto lento y deliberado.

Un momento después le clavó el guantelete con fuerza en el pecho. Las cuchillas le atravesaron el corazón y los pulmones y le salieron por la espalda, desgarrándosela y provocando un surtidor de color rojo.

Erebus señalo con la cabeza hacia el fuego y el Señor de la Guerra sostuvo el cadáver sobre la hoguera, dejando que la sangre de Ing Mae Sing goteara sobre las llamas.

Las emociones de la muerte de la navegante inundaron la sala en cuanto la sangre siseó al chocar con el fuego. Eran sentimientos fuertes, en estado puro y poderoso: miedo, dolor y el horror de la traición.

Erebus se arrodillo y garabateó unos dibujos en el suelo copiándolos exactamente igual que los diagramas que aparecían en el libro: una estrella de ocho puntas alrededor de la cual orbitaban tres círculos, una estilizada calavera y las cuneiformes runas de Colchis.

—Has hecho esto en otras ocasiones —le dijo Horus.

—Muchas veces —le respondió Erebus, señalando con la cabeza hacia el fuego—. Yo hablo aquí con la voz de mí primarca, y es una voz que nuestros aliados respetan.

—No son aliados todavía —le replicó Horus mientras bajaba el brazo y dejaba que el cuerpo de Ing Mae Sing resbalara por las cuchillas de su guantelete.

Erebus se encogió de hombros y empezó a entonar palabras del *Libro de Lorgar*. Su voz sonó siniestra y gutural mientras invitaba a los dioses de la disformidad a que enviaran a su emisario.

A pesar del resplandor del fuego, la sala se oscureció y Erebus sintió cómo descendía la temperatura. Sopló una ráfaga gélida de viento procedente de algún lugar oculto y desconocido. Transportaba el polvo de los siglos pasados y la ruina de imperios en cada aliento, y aquel céfiro antinatural trajo consigo una eternidad intemporal.

—¿Se supone que esto tiene que ocurrir? —preguntó Regulus.

Erebus sonrió y asintió sin responder mientras el aire se tornaba gélido. Las susurrantes farfullaban con un miedo irracional mientras percibían la llegada de algo antiguo terrible. Las sombras se reunieron en las esquinas de la habitación, aunque no brilló ninguna luz que pudiera provocarlas y un chasqueo veloz de malévolas risas se oyó por toda la habitación.

Regulus no dejó de girar bruscamente sobre sí mismo en un intento de localizar la

fuente de los sonidos. Sus implantes oculares zumbaron mientras se esforzaba por enfocar en la oscuridad. La escarcha se acumuló en los puntales y en las tuberías que había por encima de ellos.

Horus se mantuvo de pie inmóvil mientras las sombras de la habitación siseaban y escupían, un coro de voces que provenía de todas partes y de ninguna.

—*¿Eres tú al que los de tu especie llaman Señor de la Guerra?*

Erebus asintió cuando Horus miró en su dirección.

—Lo soy —dijo Horus—. El Señor de la Guerra de la Gran Cruzada. ¿Con quién hablo?

—*Soy Sarr'Kell* —respondió la voz—. *¡El Señor de las Sombras!*

Los tres atravesaron velozmente las cubiertas de la *Espíritu Vengativo* dirigiéndose hacia el entorno recubierto de azulejos de la cubierta médica.

Sindermann mantuvo el paso tan ligero como pudo. Respiraba de forma entrecortada y dolorosa mientras se apresuraban para salvar a la santa de cualquier destino oscuro que le esperara.

—¿Qué esperas encontrar cuando lleguemos a donde se encuentra la santa, iterador? —preguntó Jonah Aruken sin dejar de manosear con nerviosismo el cierre de su pistolera.

Sindermann reflexionó sobre la pequeña celda médica donde él y Mersadie Oliton habían estado velando a Euphrati y se preguntó lo mismo.

—No lo sé con exactitud —respondió—. Sólo sé que tenemos que ayudarla.

—Espero que un frágil anciano y nuestras pistolas sean suficientes para hacerlo.

—¿Que quieres decir? —le preguntó Sindermann mientras descendían por una ancha escalera de caracol que conducía a las profundidades de la nave.

—Bien, sólo me pregunto cómo pretendes luchar contra el tipo de peligro que pudiera amenazar a un santo. Quiero decir, lo que quiera que sea debe de ser tremendamente peligroso, ¿no?

Sindermann se detuvo un momento en su descenso, tanto para recuperar el aliento como para contestarle a Aruken.

—Quienquiera que me mandara ese aviso cree que puedo ser de ayuda —le respondió.

—¿Y eso es suficiente para ti? —quiso saber Aruken.

—Jonah, déjalo en paz —le advirtió Titus Cassar.

—No, maldita sea, no quiero —replicó Aruken—. Esto es muy serio y nos podríamos meter en verdaderos problemas. Quiero decir, esa mujer, Keeler, se supone que es una santa, ¿verdad? Entonces ¿por qué no la salva el poder del Emperador? ¿Por qué nos necesita a nosotros?

—El Emperador obra a través de sus fieles servidores, Jonah —le explico Titus—. No es suficiente sólo con creer y esperar una intervención divina que baje de los cielos y ponga el mundo en orden. El Emperador nos ha enseñado el camino y nos corresponde a nosotros aprovechar esta oportunidad para hacer su voluntad.

Sindermann observó el intercambio de argumentos entre los dos tripulantes y sintió que la ansiedad en su interior crecía con cada segundo que pasaba.

—No sé si seré capaz de hacer esto, Titus —le dijo Aruken—. No sin una prueba de que estamos haciendo lo correcto.

—Es que lo estamos haciendo, Jonah —le insistió Titus—. Tienes que confiar en que el Emperador tiene un plan para ti.

—El Emperador puede o no tener un plan para mí —dijo bruscamente Aruken—, pero quiero el mando de un titán, y eso no va a pasar si nos pillan haciendo algo estúpido.

—¡Por favor! —los interrumpió Sindermann, con el pecho dolorido por la preocupación que sentía por la santa—. ¡Tenemos que seguir! Algo terrible viene a hacerle daño y tenemos que detenerlo. No puedo pensar en ningún argumento que nos obligue más que eso. Lo siento, pero tendréis que confiar en mí.

—¿Por qué debería hacerlo? —le preguntó Aruken—. No me has dado ninguna razón convincente. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Escúcheme, señor Aruken —le dijo Sindermann con sinceridad—. Cuando se vive una vida tan larga y compleja como la que yo he vivido, se aprende que todo se reduce a un único momento, un momento en el cual una persona descubre, de una vez por todas, quién es en realidad. Éste es ese momento, señor Aruken. ¿Será éste un momento que se sentirá orgulloso de recordar o será uno del cual se arrepienta el resto de su vida?

Los dos tripulantes del titán intercambiaron una mirada y, finalmente, Aruken dejó escapar un suspiro.

—Necesito que me revisen la cabeza por esto, pero de acuerdo, vayamos a salvar la situación.

Un palpable sentimiento de alivio inundó a Sindermann y el dolor de su pecho se

alivió.

—Estoy orgulloso de usted, señor Aruken —le dijo—. Y se lo agradezco, su ayuda es más que bienvenida.

—Agradézcamelo cuando salvemos a esa santa suya —le respondió Aruken mientras se ponía en marcha de nuevo para bajar la escalera.

Siguieron escalera abajo, pasando varias cubiertas hasta que el símbolo de las serpientes entrelazadas alrededor de una vara con alas les indicó que habían llegado a la cubierta médica. Habían pasado unas cuantas semanas desde la última vez que habían llevado bajas a bordo de la *Espíritu Vengativo*, y los estériles y brillantes desiertos de paredes de baldosas y armarios de acero transmitían una sensación de vacío, un laberinto sin alma de habitaciones de cristal y laboratorios.

—Por aquí —les dijo Sindermann, adentrándose en el confuso laberinto de corredores.

El camino le era familiar después de todas las veces que había visitado a la imaginista. Cassar y Aruken lo seguían sin dejar de vigilar la aparición de cualquiera que pudiera pedirles la autorización para estar allí. Al fin llegaron a una puerta blanca de aspecto anodino.

—Ésta es —les comunicó Sindermann.

—Será mejor que entremos nosotros primero, viejo —le dijo Aruken.

Sindermann se limitó a asentir y se separó de la puerta. Luego se apretó las manos contra las orejas al ver que los dos tripulantes del titán desenfundaban las pistolas. Aruken se puso en cuclillas al lado de la puerta y le hizo una señal con la cabeza a Cassar, el cual apretó el panel del mecanismo de apertura.

La puerta se deslizó a un lado y Aruken la atravesó a toda velocidad con el brazo de la pistola extendido por delante.

Cassar entró un segundo por detrás de él, buscando con la pistola posibles objetivos a derecha e izquierda. Sindermann aguardó las ensordecedoras ráfagas de disparos de pistola.

Cuando no se oyó ningún disparo, se atrevió a abrir los ojos y a destaparse las orejas. No sabía si estar alegre o muerto de miedo por haber llegado demasiado tarde.

Se volvió y miró a través de la puerta, viendo la conocida, limpia y bien mantenida celda médica que había visitado muchas veces. Euphrati estaba tumbada como un maniquí en una cama, con la piel del mismo color alabastro y la cara herida y agotada. Un par de botellas de suero la alimentaban con fluidos y una pequeña

máquina dibujaba líneas picudas en una pantalla verde a su lado.

Aparte de su inmovilidad, tenía el mismo aspecto que la última vez que la había visto.

—Menos mal que vinimos rápidamente —dijo Aruken con cierta brusquedad—. Parece que llegamos justo a tiempo.

—Creo que tienes razón —afirmó Sindermann cuando vio la figura de ojos dorados de Maggard aparecer al final del corredor con la espada desenvainada.

—*Te conocemos, Señor de la Guerra* —dijo Sarr'Kell. Su voz saltaba por toda la estancia como un caprichoso susurro—. *Se dice que tú eres el que nos puede liberar ¿Es eso cierto?*

—Tal vez —le respondió Horus, que al parecer no se sentía perturbado por lo extraño de su oculto interlocutor—. Mi hermano Lorgar me asegura que tus señores pueden darme el poder para conseguir la victoria.

—*Victoria* —susurro Sarr'Kell—. *Una palabra casi sin sentido en la escala del cosmos, pero sí, tenemos mucho poder que ofrecerte. Ningún ejército se te interpondrá, ningún poder mortal te abatirá y ninguna ambición te será negada si nos prestas juramento*.

—Eso son sólo palabras —le replicó Horus—. Muéstrame algo tangible.

—*Poder*—siseó Sarr'Kell. El susurro, parecido al de una serpiente deslizándose, sonó como un murmullo alrededor de Horus—. *La disformidad concede poder. No hay nada que no esté al alcance de los dioses de la disformidad*.

—¿Dioses? —bufó Horus—. Malgastas tu tiempo lanzando esas palabras al aire; no me impresionan. Ya sé que tus dioses necesitan mi ayuda, así que habla con franqueza o daremos por terminada la reunión.

—*Tu Emperador* —contesto Sarr'Kell, y por un fugaz momento Erebus detectó un rastro de inquietud en la voz de la criatura. Tales entidades no estaban acostumbradas al desafío de un mortal, incluso uno tan poderoso como un primarca—. *Se entromete en asuntos que no entiende. En el mundo al que tú llamas Terra, sus grandes planes causan una tormenta en la disformidad que la rasga en dos desde dentro. No nos importa tu reino, lo sabes. Es algo odioso para nosotros. Te ofrecemos poder que te ayudará a usurpar su puesto, Señor de la Guerra. Nuestra ayuda hará que destruyas a tus enemigos y te llevará a las mismísimas puertas del palacio del Emperador. Te podemos entregar la galaxia. Todo lo que nos importa es que su obra cese y que tú ocupes su lugar*.

La voz oculta habló con tono sibilante, con mucha elocuencia y de manera

persuasiva, pero Erebus se dio cuenta de que Horus seguía impasible.

—¿Y qué hay de ese poder? ¿Entiendes la magnitud de esta tarea? La galaxia estará dividida, el hermano luchará contra el hermano. El Emperador tendrá sus legiones y a la Armada. Imperial, a la Guardia Custodia, las Hermanas del Silencio. ¿Puedes igualarte a un enemigo como ése?

—*Los dioses de la disformidad son los señores de las fuerzas fundamentales de toda la realidad. Al igual que tu Emperador crea, la disformidad deteriora y destruye. Cuando nos lleve a la batalla, nosotros desapareceremos, cuando reúna a sus fuerzas, nosotros atacaremos desde las sombras. La victoria de los dioses es tan inevitable como el paso del tiempo y la mortalidad de la carne. ¿No gobiernan los dioses un universo entero oculto a tu vista, Señor de la Guerra? ¿No ha oscurecida la disformidad a su orden?*

—¿Tus dioses hicieron esto? ¿Por qué? ¡Has cegado a mis legiones!

—*Necesidad, Señor de la Guerra. La oscuridad ciega al Emperador también, lo ciega a nuestros planes y a los tuyos. El Emperador cree ser el señor de la disformidad y querrá conocer a sus enemigos a través de ella, pero ¿has visto con qué rapidez lo podemos desconcertar? Tendrás pasaje a través de la disformidad cuando lo necesites, Señor de la Guerra, porque del mismo modo que traemos oscuridad, podemos traer luz.*

—¿El Emperador permanece ignorante ante todo lo ocurrido?

—*Por completo* —respondió Sarr'Kell con un suspiro—. *Así pues, Señor de la Guerra, ya ves el poder que te podemos proporcionar. Todo lo que queda es tu palabra, y el pacto estará hecho*.

Horus no dijo nada, como si estuviera sopesando las opciones que tenía ante él, y Erebus sintió la creciente impaciencia de la criatura de la disformidad.

Al fin, el Señor de la Guerra habló de nuevo.

—Pronto soltaré a mis legiones contra los mundos del sistema Isstvan. Allí pondré a mis legiones en el camino de la nueva cruzada. Hay asuntos de los cuales tengo que encargarme en Isstvan, y voy a encargarme de ellos a mi manera.

Horus miró a Erebus antes de hablar de nuevo.

—Cuando termine con Isstvan comprometeré mis fuerzas con las de tus señores, pero no hasta entonces. Mis legiones pasarán a través del fuego de Isstvan solas, porque sólo así serán templadas para convertirse en la brillante hoja que apuntaré contra el corazón del Emperador.

El sibilante y ominoso frío de la voz de Sarr'Kell siseó como si tomara grandes

bocanadas de aire.

—*Mis señores aceptan* —dijo al cabo de un momento—. *Has elegido bien, Señor de la Guerra*.

El viento gélido que había transportado las palabras de la entidad de la disformidad sopló otra vez, pero con más fuerza todavía. Su eterna malevolencia recordaba el asesinato de la inocencia.

Su toque helado se deslizó a través de Erebus, y éste aspiró profundamente el aliento frío antes de que la sensación desapareciera y la oscuridad antinatural empezara a desvanecerse hasta que la luz del fuego iluminó una vez más la sala del templo.

La criatura se había ido y el vacío de su presencia era un dolor que se podía sentir en lo más profundo del alma.

—¿Ha merecido la pena, mi Señor de la Guerra? —le preguntó Erebus después de soltar el aliento que había estado conteniendo.

—Sí —respondió Horus al tiempo que bajaba la mirada y echaba un vistazo al cuerpo de Ing Mae Sing—. Ha merecido la pena.

El Señor de la Guerra se dio la vuelta hacia Regulus.

—Adepto, deseo que el Fabricador General sea informado de todo esto. Yo no puedo contactar con él directamente, así que tomarás una nave rápida y te dirigirás a Marte. Si lo que dice esta criatura es cierto, no tardarás mucho en llegar. Kelbor-Hal va a depurar su orden y a prepararse para su papel en mi nueva Cruzada. Dile que contactaré con él cuando llegue el momento y que espero que el Mechanicum esté unido.

—Por supuesto, mi Señor de la Guerra. Tus deseos serán cumplidos.

—No desperdicies el tiempo, adepto. Vete.

Regulus se dio media vuelta para irse.

—Hemos esperado mucho tiempo la llegada de este día, Lorgar estará pletórico —afirmó Erebus.

—Lorgar tiene sus propias batallas que luchar, Erebus —le replicó Horus con dureza—. Si fallara en Calth, todo esto no serviría para nada, ya que la legión de Guilliman tendría la oportunidad de intervenir. Guarda las celebraciones para cuando esté sentado en el trono de Terra.

Sindermann sintió que el corazón le daba tumbos en el pecho en cuanto vio al antiguo

guardia personal de Petronella avanzar en su dirección. Cada paso que daba aquel individuo era como si fuese la muerte quien se estuviese acercando a ellos, y Sindermann se maldijo por haber tardado tanto en llegar hasta allí. Su tardanza había matado a la santa y probablemente los mataría a ellos también.

Los ojos de Jonah Aruken se abrieron de par en par cuando vio la enorme figura del asesino designado para acabar con la santa acercándose. Se volvió rápidamente.

—¡Titus, cógela ya! —le ordenó.

—¿Qué? —exclamó Cassar—. Está enganchada a todas estas maquinas, no podemos hacerlo así como así.

—No discutas ahora conmigo —le replicó Aruken con un bufido—. Tú haz lo que te digo. Tenemos compañía, muy mala compañía.

Aruken se volvió hacia Sindermann.

—¿Y bien, iterador? —le preguntó—. ¿Es éste ese único momento del que estabas hablando, donde podremos ver quién somos en realidad? Si es éste, entonces ya me estoy arrepintiendo de estar ayudándote.

Sindermann no fue capaz de responder. Vio a Maggard darse cuenta de su presencia fuera de la habitación de Euphrati y sintió un horror frío y escalofriante mientras una lenta sonrisa se dibujaba en los rasgos del hombre.

«Os mataré —decía la sonrisa—. Lentamente».

—No le hagas daño —susurró. Las palabras sonaron patéticas incluso en sus propios oídos—. Por favor…

Quería correr, alejarse de la malvada sonrisa que prometía una muerte silenciosa y agónica, pero sus piernas eran pesos muertos, enraizadas en ese mismo sitio por un intenso poder que evitaba que pudiera mover ni un solo músculo.

Jonah Aruken se deslizó fuera de la celda médica con Titus Cassar detrás de él y llevando la yaciente forma de Euphrati en los brazos. De los brazos de la rememoradora colgaban unos tubos goteantes, y Sindermann encontró su mirada inexplicablemente atraída por las gotas mientras crecían al final de los tubos de plástico antes de liberarse y caer a la cubierta salpicando en círculos de solución salina.

Aruken sostuvo la pistola por delante de él sin dejar de apuntar a la cabeza de Maggard.

—No te acerques más —le advirtió.

Maggard ni siquiera redujo el paso y le dedicó esa misma sonrisa mortífera a

Jonah Aruken.

Con Euphrati todavía en sus brazos, Titus Cassar retrocedió ante el asesino, que seguía acercándose de forma implacable.

—Date prisa, maldita sea —exclamó—. ¡Vamos!

Aruken empujó a Sindermann tras Cassar y de repente el hechizo de inmovilidad que lo había mantenido enraizado en el sitio se rompió. Maggard estaba a menos de diez pasos de ellos, y Sindermann sabía que no podían esperar escapar sin derramamiento de sangre.

—Dispárale —gritó Cassar.

—¿Qué? —preguntó Aruken, echando una mirada desesperada a su compañero.

—Dispárale —repitió Cassar—. Mátalo antes de que él nos mate a nosotros.

Jonah Aruken volvió a centrar la mirada en Maggard y asintió, apretando el gatillo dos veces de forma sucesiva. El ruido fue ensordecedor y el corredor se llenó de una luz cegadora y de ecos incontrolables. Varios azulejos se rompieron y explotaron cuando las balas de Aruken agujerearon el muro detrás de donde Maggard había estado.

Sindermann gritó al escuchar el sonido y retrocedió detrás de Titus Cassar a la par que Maggard salía dando un giro de detrás del portal en el que se había puesto a cubierto el instante antes de que Aruken disparara. La pistola de Maggard apareció de repente en su mano y el cañón resplandeció con cada una de las tres veces que disparó.

Sindermann gritó al mismo tiempo que levantaba los brazos, esperando el tremendo dolor de las balas desgarrándole la carne, rasgándole los órganos internos y abriéndole agujeros con un cerco de sangre en la espalda.

Nada pasó y Sindermann oyó un grito de asombro de Jonah Aruken, que se había estremecido igualmente al escuchar el ruido atronador del arma de Maggard. Bajó los brazos y se quedó boquiabierto de asombro ante la visión que estaba contemplando.

Maggard estaba todavía allí de pie, con el musculoso brazo sujetando la pistola de cañón ancho que apuntaba directamente hacia ellos.

Un congelado haz de luz en todo su esplendor se expandía a una velocidad infinitesimalmente lenta desde la boca de la pistola, y Sindermann llegó a ver un par de balas sostenerse inmóviles en el aire ante ellos, y solamente el destello de la luz en el metal mostraba una señal de que se estaban moviendo.

Mientras miraba, la puntiaguda punta de una bala de latón comenzó a emerger del

cañón del arma de Maggard, y Sindermann se dio la vuelta desconcertado, hacia Jonah Aruken.

El tripulante del titán estaba tan impresionado como él, con los brazos colgando sin fuerza a ambos lados.

—¿Qué demonios está pasando? —logró decir Aruken.

—N… no lo sé —tartamudeó Sindermann, incapaz de apartar la mirada de la congelada imagen que tenían delante—. Tal vez ya estemos muertos.

—No, iterador —dijo Cassar a su espalda—. Es un milagro.

Sindermann se dio la vuelta, sintiendo como si tuviera aturdido todo el cuerpo y tan sólo su corazón martilleara con un ritmo que trataba de romperle el pecho. Titus Cassar estaba de pie al final del corredor, abrazando con fuerza a la santa contra su pecho. Donde Euphrati había estado antes en posición supina, sus ojos estaban ahora llenos de terror, con la mano derecha extendida y el águila plateada que había quedado grabada a fuego en su piel brillando con una pálida luz interior.

—¡Euphrati! —gritó Sindermann, pero tan pronto como hubo pronunciado su nombre, los ojos se le giraron en las cuencas y la mano cayó a su lado.

El iterador se arriesgó a echar una mirada a su espalda en dirección a Maggard, pero el asesino estaba todavía congelado por cualquiera que fuera el poder que les había salvado la vida.

Sindermann respiró profundamente y prosiguió el camino con piernas temblorosas hasta el final del corredor. Euphrati estaba echada con la cabeza contra el pecho de Cassar, tan quieta como había estado el último año, y quiso echarse a llorar por verla tan impedida de nuevo.

Sindermann llegó a la altura de Euphrati y le pasó la mano por el cabello. Tenía la piel caliente al tacto.

—Ella nos ha salvado —balbució Cassar con voz sobrecogida y humilde por lo que había presenciado.

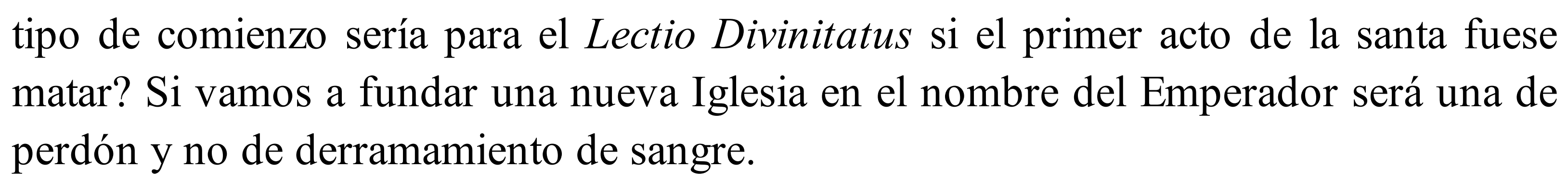
—Creo que puedes tener razón, mi querido muchacho —dijo Sindermann—. Creo que puedes tener razón.

Jonah Aruken se unió a él, alternando sus miradas temerosas entre Maggard y Euphrati. Mantuvo la pistola apuntada hacia Maggard.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

Sindermann miró de nuevo al monstruoso asesino.

—Déjalo. No quiero que su muerte recaiga sobre las espaldas de la santa. ¿Qué


tipo de comienzo sería para el *Lectio Divinitatus* si el primer acto de la santa fuese matar? Si vamos a fundar una nueva Iglesia en el nombre del Emperador será una de perdón y no de derramamiento de sangre.

—¿Estás seguro? —le preguntó Aruken—. Irá a por ella de nuevo.

—Entonces, la mantendremos a salvo de él —afirmó Cassar—. El *Lectio Divinitatus* tiene amigos a bordo del *Espíritu Vengativo* y la podemos esconder hasta que se recupere. ¿Estás de acuerdo, iterador?

—Sí, eso es lo que debemos hacer —asintió Sindermann mostrándose de acuerdo—. Esconderla. Mantenerla a salvo.



CINCO
MILENIO SINIESTRO
CANTOR DE GUERRA

Loken no había pisado el strategium desde hacía algún tiempo, ya que la puesta en marcha de la Corte de Lupercal lo había dejado casi sin utilidad alguna. En cualquier caso, una orden no oficial había llegado desde los miembros de la logia, y decía que ni Torgaddon ni Loken podían permanecer al lado del Señor de la Guerra y actuar como la conciencia de la legión.

La aislada plataforma del strategium estaba suspendida sobre el laborioso bullicio del puente de mando de la nave, y Loken se inclinó sobre la barandilla para contemplar a la tripulación superior del *Espíritu Vengativo* en su misión de destruir Isstvan Extremis.

Los guerreros de la Guardia de la Muerte y de los Hijos del Emperador ya se encontraban en la zona de combate, y los enemigos del Señor de la Guerra ya debían de estar muriendo a esas alturas. La idea de no estar allí para compartir el peligro irritaba a Loken, y deseó poder estar al lado de sus hermanos de batalla en aquella roca desolada, sobre todo después de saber por Torgaddon que Saúl Tarvitz estaba allí.

La última vez que los Hijos de Horus y los Hijos del Emperador habían coincidido fue durante la guerra contra la Tecnocracia, y se habían establecido unos vínculos de hermandad muy fuertes entre ambas legiones, que después los primarcas habían confirmado de un modo formal y los guerreros de un modo mucho más informal.

Loken echaba de menos los tiempos en los que se encontraba junto a sus camaradas guerreros y sólo se hablaba de las campañas ya libradas de las que se

avecinaban. La familiaridad compartida que proporcionaba esa sensación de hermandad era algo que sólo se apreciaba cuando se perdía.

Sonrió con ironía.

—Hasta echo de menos tus historias sobre tiempos mejores, lacton —murmuró.

Loken apartó la vista del puente de mando que se extendía a sus pies y desdobló la hoja de papel que había encontrado en el interior de la solapa de la cubierta del volumen de *Crónicas de Ursh*.

Leyó de nuevo las palabras escritas de un modo apresurado con la caligrafía puntiaguda y estrecha característica de Kyril Sindermann que cubrían la hoja arrancada de un cuaderno de notas.

Es posible que ni siquiera el Señor de la Guerra merezca tu confianza. Busca el templo. Estará allí donde antaño estuvo la esencia de la cruzada.

Loken recordó las palabras que Sindermann le había dicho mientras los hombres de Maloghurst lo sacaban casi a rastras de la sala de entrenamiento. Loken había encontrado el libro rebuscando entre los restos rescatados de las estanterías quemadas de la Sala de Archivo Tres. Buena parte de la sala se encontraba todavía en ruinas debido al fuego que había arrasado el lugar y había dejado en coma a Euphrati Keeler. Los servidores y los ayudantes se habían esforzado en salvar todos los volúmenes posibles, y aunque Loken no era un lector habitual, se sintió entristecido por la pérdida de un depósito de conocimiento tan valioso.

Lo cierto era que había encontrado *Las crónicas de Ursh* sin demasiado esfuerzo, como si hubieran dejado el libro de un modo premeditado en ese sitio para que lo hallara sin dificultad. Al abrir la tapa, se dio cuenta de que así era en cuanto la nota de Sindermann cayó al suelo.

Loken no estaba muy seguro de qué era lo que estaba buscando, y la idea de la existencia de un templo en el *Espíritu Vengativo* era algo ridículo, pero Sindermann había dicho con toda seriedad que buscara el libro y la nota que llevaba en su interior.

Estará allí donde antaño estuvo la esencia de la cruzada.

Apartó la vista de la nota y miró a su alrededor en el strategium, a la plataforma elevada desde donde el Señor de la Guerra había comunicado sus planes, a los huecos donde los Hijos de Horus habían permanecido de pie como guardia de honor, a la cúpula abovedada de acero oscuro. De las paredes curvadas colgaban unos estandartes cuyos emblemas apenas eran perceptibles en la intensa penumbra. Eran los estandartes de las compañías de los Hijos de Horus. Loken se llevó el puño a la placa pectoral de la armadura en un saludo marcial cuando se acercó y distinguió el de la

Décima Compañía.

Si la esencia de la cruzada estuvo alguna vez en un sitio, era en el strategium.

El lugar estaba vacío, y era un vacío que hablaba más de desatención y de dejadez que de la propia ausencia de personas. Lo habían abandonado, del mismo modo que también se habían abandonado los ideales que allí florecieron y que habían sido sustituidos por algo distinto, algo siniestro.

Loken se quedó de pie en mitad del strategium y notó un dolor en el pecho que no tenía nada que ver con una dolencia física. Tardó unos momentos en darse cuenta de que había algo raro, algo presente en esos momentos y que no debería estar allí. Se trataba de un olor que no reconoció al principio, un aroma sutil pero que sin duda impregnaba el aire.

Al cabo de un momento reconoció el olor: era incienso. El familiar aroma dulzón de los vientos cálidos que llevaban las fragancias especiadas de flores amargas. Su sentido agudizado del olfato le permitió captar los diferentes matices de olor que formaban el incienso. El aroma se hizo más fuerte a medida que caminaba por el strategium en un intento por delimitar su origen. ¿Dónde había olido eso antes?

Siguió el fuerte olor hasta el estandarte de la Séptima Compañía, la de Targhost. ¿Acaso el señor de la logia había ondeado el estandarte en alguna clase de ceremonia ritual de esa asamblea de guerreros?

No. El olor era demasiado fuerte como para que simplemente hubiera impregnado el tejido. Era el aroma del incienso recién quemado. Loken apartó el estandarte de la Séptima Compañía de la pared y no se sintió sorprendido al descubrir que en vez de la superficie lisa de la pared de acero del strategium había la oscuridad de una abertura que daba a uno de los muchos pasillos que serpenteaban por el interior del *Espíritu Vengativo*.

¿Estaba ese hueco allí cuando el Mournival todavía se reunía en el strategium? Le parecía que no.

«Busca el templo», le había dicho Sindermann, así que Loken se inclinó para pasar por debajo del estandarte y entrar por la abertura. Dejó que la superficie de tela cayera a su espalda. Sin duda alguna, el olor a incienso procedía de aquel sitio. Lo habían quemado hacía poco, o todavía lo estaban quemando.

Loken se acordó de repente de dónde había olido antes aquel aroma y empuñó con fuerza el cuchillo de combate al darse cuenta de que era la misma esencia que impregnaba todo el ambiente de Davin, el olor que impregnaba las yurtas y que

parecía empapar el propio aire, perceptible incluso a través de los respiradores de la armadura.

El corredor que se extendía ante él estaba a oscuras, pero su capacidad de visión incrementada le permitió escrutar la penumbra y se dio cuenta de que se trataba de un pasillo corto que se había construido hacía poco y que llevaba hasta el umbral de una puerta de arco en cuyos laterales metálicos se veían diversas runas curvilíneas talladas. Aunque no se trataba más que de una simple puerta, Loken sintió un temor indescriptible ante lo que se podría encontrar al otro lado, y por un momento incluso pensó en dar media vuelta y marcharse.

Se sacó de la cabeza aquella idea tan cobarde y siguió avanzando, pero la sensación de intranquilidad aumentó con cada paso que daba. La puerta estaba cerrada y lucía como adorno a la altura de los ojos una calavera estilizada. Algo de aquella imagen brutal apelaba al asesino que había en él y le susurraba lo hermoso que era derramar sangre y lo que se podía disfrutar en una matanza.

Loken apartó por fin la mirada de la calavera y desenvainó el cuchillo. Tuvo que esforzarse por sofocar las ansias de clavarlo en el cuerpo de quienquiera que se encontrara al otro lado de la puerta.

La abrió y entró.

El espacio que había al otro lado era una sala de mantenimiento de gran tamaño que alguien había despejado por completo y a la que habían decorado para que se asemejara a una especie de cámara subterránea de piedra. Delante de la pared más alejada había dos filas de bancos también de piedra. En la pared habían pintado una serie de símbolos y palabras sin significado para él. Unas calaveras de ojos huecos colgaban del techo y miraban sonrientes con sus dientes al descubierto. Se balancearon con suavidad cuando Loken pasó junto a ellas. Unas delgadas columnas de humo les surgían de las cuencas de los ojos.

En la misma pared alejada había una mesa baja de madera. Un hueco en forma de cuenco que alguien había tallado en la superficie contenía unos restos secos con forma de escamas, y Loken captó por el olfato que se trataba de sangre reseca. Al lado del hueco en forma de cuenco había un libro bastante grueso.

¿Aquello era un templo? Recordó las botellas y los frascos de vidrio que había visto esparcidos bajo el hilillo de agua que brotaba del techo en la caverna de las Cabezas Susurrantes.

El lugar donde se encontraba y el estanque de 63-19 tenían un aspecto muy

diferente, pero la sensación que provocaban era exactamente la misma.

De repente oyó un sonido sibilante en el aire, como si alguien le estuviera susurrando al lado del oído. Se dio la vuelta con rapidez con el cuchillo por delante.

Estaba solo, aunque la sensación de que le habían susurrado al oído había sido tan real que habría jurado por su vida que alguien estaba a su lado un momento antes. Loken respiró profundamente y comenzó a recorrer con lentitud la estancia, con el cuchillo por delante en una postura defensiva por si el misterioso susurrador se dejaba ver de repente.

Entre los bancos de piedra se veían montones de telas desgarradas. Se dirigió hacia la mesa, que en realidad era un altar, como comprendió en aquel momento, para mirar con más detenimiento el libro que había visto antes.

La tapa era de cuero, con la superficie agrietada, de aspecto envejecido, y ennegrecida por el fuego.

Loken se inclinó para examinar el libro y lo abrió con la punta del cuchillo. Las palabras que aparecieron formaban una caligrafía angular, con las letras escritas de forma vertical a lo largo de la página.

—Erebus —murmuró al reconocer la escritura, que era idéntica a la que el capellán de los Devoradores de Mundos llevaba tatuada en el cráneo.

¿Sería aquel tratado el *Libro de Lorgar*, del que había estado despotricando Kyril Sindermann después del incendio ocurrido en la sala de archivos? El iterador había insistido una y otra vez en que fue ese libro el que había dejado libre a uno de los horrores del espacio disforme, y que había sido éste el que había provocado el incendio. Sin embargo, Loken no veía más que palabras.

¿Cómo era posible que unas simples palabras tuvieran semejante poder?

Mientras pensaba en ello, las palabras de la página que estaba mirando se volvieron borrosas. Los símbolos se retorcieron y pasaron de ser el lenguaje desconocido de los Devoradores de Mundos al severo lenguaje numérico de Cthonia, para luego convertirse en la elegante escritura del gótico alto y después pasar por un millar de otros lenguajes que jamás había visto antes.

Parpadeó de nuevo para sacudirse de encima una repentina e imposible sensación de mareo.

—¿Qué haces aquí, Loken? —le preguntó al oído una voz familiar. Loken se dio la vuelta sobre sí mismo para enfrentarse al propietario de la voz, pero una vez más estaba solo. El templo se encontraba vacío.

—¿Cómo te atreves a faltar a la confianza que el Señor de la Guerra depositó en ti? —le preguntó la voz, ahora con un tono cargado de intención.

Esta vez reconoció la voz.

Se dio la vuelta con lentitud y vio a Torgaddon de pie delante del altar.

—¡Abajo! —gritó Tarvitz cuando una ráfaga le pasó por encima de la cabeza y provocó una cadena de pequeñas explosiones monocromáticas en la roca desnuda de Isstvan Extremis—. ¡La escuadra de Fulgerion, conmigo! ¡Todas las demás escuadras en posición y a la espera de la orden de avanzar!

Tarvitz echó a correr. Sabía que la escuadra del sargento Fulgerion lo seguía de cerca en su carrera hacia la cobertura que ofrecía el cráter más cercano. Las ráfagas de disparos trazadores dibujaron un entramado de fuego en el aire delante de la estación de vigilancia que los isstvanianos habían construido en Isstvan Extremis. Se trataba de un edificio parecido a un órgano, de estructuras elevadas formadas por torres, cúpulas y diversas antenas. La estación, anclada a la superficie rocosa por unas inmensas grapas de sujeción, estaba cubierta por un residuo polvoriento formado por cristales de hielo y partículas de piedra.

El sol del sistema Isstvan era poco más que un orbe frío que asomaba por el horizonte y que lo iluminaba todo con una desagradable luz azulada. Los emplazamientos de armas automáticas disparaban sin cesar contra los Hijos del Emperador que avanzaban hacia la estación. Eran más de doscientos Adeptus Astartes que convergían en aquel punto en el clásico despliegue de combate diseñado para asaltar las enormes puertas de la entrada oriental de la estación.

Isstvan Extremis carecía casi de atmósfera y hacía un frío letal. Tan sólo las armaduras herméticas de los marines espaciales hacían posible el asalto.

Tarvitz entró en el cráter resbalando por la ladera interior y los proyectiles de las torretas de defensa arrancaron grandes trozos de roca gris a su espalda. El sargento Fulgerion y sus guerreros, con los escudos bien alzados para protegerse de los disparos, aterrizaron a ambos lados de su superior. Los veteranos sólo se encuentran realmente a gusto en mitad del fragor de los combates más duros. Fulgerion y su escuadra habían combatido juntos a lo largo de muchos años. Tarvitz sabía que tenía a su lado a algunos de los mejores guerreros de la legión.

—Parece que nos estaban esperando —comentó Fulgerion.

—Debían de saber que regresaríamos para volver a someterlos a la autoridad

imperial —le contestó Tarvitz—. Quién sabe cuánto tiempo llevan esperando a que regresemos.

Tarvitz echó un vistazo por encima del borde del cráter y distinguió unas cuantas siluetas con armaduras de color púrpura que se desplegaban en las posiciones convenidas delante de las puertas. Así era como luchaban los Hijos del Emperador: maniobrando hasta llegar a las posiciones adecuadas para efectuar ataques coordinados a la perfección, con las escuadras moviéndose por la zona de combate como piezas en un tablero de regicida.

—El capitán Garro de la Guardia de la Muerte informa que ya se encuentran en posición —les transmitió la voz de Eidolon por el comunicador—. ¡Demostradle lo que de verdad es la guerra!

La Guardia de la Muerte había recibido órdenes de tomar la entrada oeste de la estación de vigilancia, y Tarvitz sonrió al imaginarse a su viejo amigo Garro marchando con decisión a la cabeza de sus hombres hacia las posiciones anilladas enemigas y venciendo gracias a una determinación inflexible más que a una táctica adecuada. Allá cada uno, pensó mientras desenvainaba la espada.

Aquellas tácticas frontales no eran el modo en que luchaban los Hijos del Emperador, ya que la guerra no era simplemente cuestión de matar, sino todo un arte.

—Tarvitz y Fulgerion en posición —informó—. Todas las unidades preparadas.

—¡Adelante! —ordenó Eidolon.

—¡Ya habéis oído a lord Eidolon! —gritó Tarvitz—. ¡Hijos del Emperador!

Los guerreros que lo rodeaban lanzaron vítores. Tarvitz y Fulgerion se encaramaron al borde del cráter al mismo tiempo que los disparos de las escuadras de apoyo cruzaban el aire por encima de sus cabezas. Comenzó un ballet perfecto a medida que las distintas unidades actuaron de un modo completamente sincronizado: las armas pesadas machacaron la artillería enemiga al mismo tiempo que las unidades de asalto se lanzaban al ataque y las escuadras tácticas tomaban posiciones de cobertura.

Las explosiones rasgaron el aire a temperatura bajo cero y de la superficie de la cúpula de entrada salieron despedidos grandes trozos de escombros cuando las torretas defensivas reventaron y provocaron una sucesión de nuevas explosiones debido al estallido de los depósitos de munición.

Un cohete pasó a toda velocidad por encima de Tarvitz y se estrelló contra las grandes puertas de entrada. El impactó dejó un cráter humeante y ennegrecido en la

superficie de metal. Al primer cohete le siguió otro, y después otro más, y finalmente las puertas cedieron y se hundieron hacia dentro. Tarvitz vio la armadura dorada de Eidolon centelleando bajo la intensa luz del planeta. El comandante general blandía en alto y en grandes círculos por encima de la cabeza un poderoso martillo de combate que dejaba rastros de energía azul chasqueante en el aire.

El martillo se estrelló contra los restos de las puertas. Un cegador destello de luz blanco azulada relució como un relámpago cuando las dos hojas de las puertas desaparecieron en una explosión rugiente. Eidolon se lanzó a la carga hacia el interior de la estación. Su rango le confería el honor de ser el primero en entrar.

Tarvitz siguió de inmediato a Eidolon agachándose para pasar entre los restos.

El interior de la estación se encontraba casi a oscuras. La única iluminación la proporcionaban los destellos de los disparos de los bólters y las chispas que despedían los cables arrancados por el feroz combate. La visión aumentada de Tarvitz le permitió discernir lo que ocurría en aquella penumbra situada tras la vaharada de aire caliente surgido del otro lado de las puertas reventadas y que provocó una niebla blanquecina a su alrededor. Fue ahí donde vio por primera vez a sus enemigos.

Llevaban puestas unas armaduras negras con unos voluminosos generadores de energía colocados en la espalda y conectados mediante una serie de cables a unos rifles de aspecto pesado. Las placas de la armadura mostraban una taracea de filigranas plateadas. Quizá se trataba de una simple decoración o del trazado de los circuitos internos.

Los rostros estaban ocultos con capuchas, y éstas dejaban ver una única lente de color rojo sobre uno de los ojos. Unos cien guerreros en total abarrotaban el lugar, a cubierto detrás del mobiliario y de la maquinaria destrozada. Aquel contingente de soldados con armadura formaba una sólida línea de defensa, y en cuanto Eidolon y los Hijos del Emperador aparecieron procedentes del túnel de entrada, abrieron fuego.

Las tropas isstvanianas dispararon una impresionante descarga de rayos láser de color rubí y llenaron el lugar de una densa lluvia horizontal rojiza. Tarvitz recibió tres impactos: uno en el pecho, uno en las grebas y otro en pleno casco, que hicieron crujir la armadura y le llenaron los sentidos con una descarga de estática.

Fulgerion iba delante de él atravesando la lluvia de disparos láser que siseaban contra su escudo. Eidolon se lanzó contra el centro de la línea enemiga y el martillo envió a la muerte a un isstvaniano con cada barrido letal. Tarvitz vio un cuerpo salir despedido por el aire con el torso machacado y los miembros descoyuntados por la

fuerza del impacto del martillo. La densidad del fuego enemigo disminuyó y los Hijos del Emperador se lanzaron a la carga. Las andanadas de disparos bólters, que se solapaban unas a otras, destrozaron la cobertura de los isstvanianos y los especialistas en combate cuerpo a cuerpo aprovecharon los huecos que se abrieron para matarlos a mandobles de espada sierra.

Tarvitz disparó con la pistola bólter contra las siluetas negras que se movían a toda prisa y le dio de lleno a una de ellas en plena garganta, haciéndola girar sobre sí misma. La escuadra Fulgerion tomó posiciones entre los restos de la barricada y barrió el interior con fuego de cobertura para apoyar a Eidolon y a sus guerreros escogidos.

Tarvitz mató a sus oponentes con disparos certeros y mandobles de la espada brutalmente eficientes, como debía hacerlo un verdadero guerrero de Fulgrim. Cada tajo era un golpe letal impecable, y cada paso que daba era medido y perfecto. Los disparos le rebotaban en la armadura dorada y el resplandor del combate se le reflejaba en el casco, dándole el aspecto de un héroe salido de una antigua leyenda.

—Ya tenemos la cúpula de entrada —gritó Eidolon cuando el último de los isstvanianos murió bajo las eficaces manos de los Adeptus Astartes que lo rodeaban —. Las unidades de la Guardia de la Muerte informan que han encontrado una fuerte resistencia en el interior. Volad las puertas interiores y acabaremos con esto por ellos.

Varios guerreros con cargas de demolición se apresuraron a echar abajo las puertas interiores, y Tarvitz oyó incluso por encima del rugir de las llamas y de los disparos el ruido apagado de las explosiones que se producían al otro lado. Bajó la espada y se tomó un momento para mirar a su alrededor y comprobar la situación en aquel intermedio del combate.

A los pies tenía un cadáver. Las placas de la armadura negra del cuerpo estaban perforadas y una enorme fisura le había abierto la capucha que le tapaba la cara. Las gotas de sangre congelada lo rodeaban como relucientes piedras preciosas desperdigadas. Tarvitz se agachó y echó a un lado lo que quedaba de capucha.

El individuo tenía la piel cubierta por una serie de tatuajes negros en espiral que imitaban el trazado de las líneas plateadas de la armadura. Tarvitz se preguntó qué clase de ser tendría el poder suficiente para obligar a aquel individuo a renunciar a su juramento de lealtad al Imperio.

El sordo estampido de las puertas al abrirse por una explosión le ahorró a Tarvitz tener que pensar en una respuesta para aquella pregunta. Se sacó al muerto de la cabeza y salió en pos de Eidolon en cuanto éste alzó el martillo y se lanzó a la carga

hacia el interior de la cúpula central. Corrió al lado de sus camaradas guerreros, a sabiendas de que, fuese lo que fuese lo que los isstvanianos hicieran, él era un Adeptus Astartes y ninguna de las armas del enemigo podría superar la voluntad de los Hijos del Emperador.

Tarvitz y sus hombres atravesaron la nube de polvo y de humo provocada por la explosión, y los sensores del casco de la armadura quedaron inutilizados durante unos instantes.

Un momento después acabaron de cruzar el umbral y se encontraron en el corazón de las instalaciones de Isstvan Extremis.

Se detuvo en seco cuando de repente se dio cuenta de que los informes de inteligencia que habían recibido sobre esas mismas instalaciones eran completamente erróneos.

Aquello no era una estación de vigilancia y comunicaciones. Era un templo.

El rostro de Torgaddon tenía un aspecto ceniciento y parecido al cuero reseco, además de estar cubierto de pústulas de un color amarillo brillante y cicatrices alrededor de uno de los ojos. Los dientes, que brillaban con un destello metálico, le quedaban al descubierto debido a la falta de labios, y dos cicatrices verticales le rasgaban el centro de la cara. Alguien le había marcado en la carne de una de las sienes una estrella de ocho puntas, que era idéntica a otra de color dorado que habían grabado en la armadura de recargada decoración que llevaba puesta.

—No —murmuró Loken mientras retrocedía ante aquella terrible aparición.

—Has cruzado el límite. Loken —le dijo Torgaddon con voz sibilante—. Nos has traicionado.

Las palabras de Torgaddon las llevaba un viento seco y mortífero que le hacía llegar el olor de cadáveres quemándose, En cuanto respiró la primera bocanada de aquel viento ponzoñoso, Loken tuvo la visión de una estepa de superficie abrupta donde se extendía la desolación. Sobre esa llanura se veían grandes piezas de maquinaria que se asemejaban a los esqueletos de monstruos extinguidos. Una ciudad colmena que se alzaba sobre el horizonte estaba abierta como una flor y de entre esos pétalos rotos y humeantes se elevaba una increíble torre de bronce que atravesaba las nubes cargadas de contaminación.

El cielo que se extendía sobre aquella escena estaba envuelto en llamas y por todas partes se oía el eco de la risa de los Dioses Siniestros. Loken quiso echarse a gritar.

Aquella escena de devastación era peor de lo que jamás hubiera visto en toda su vida.

Aquello no era real. No podía serlo. No creía en fantasmas ni en visiones.

Esa idea le dio fuerzas. Apartó la mente de ese planeta moribundo y de repente se encontró cruzando a toda velocidad la galaxia, dando tumbos entre las estrellas. Vio, cómo eran destruidas y expulsaban grandes chorros de materia estelar reluciente al vacío. Un ominoso puñado de estrellas rojas brillaba delante de él y lo miraban formando un enorme y terrible ojo llameante. Una marea inacabable de monstruos de tamaño titánico y enormes flotas de naves espaciales salía vomitada de ese ojo y sumergía a todo el universo en un mar de sangre. Una inmensa llamarada de fuego ardiente saltó de ese mar de sangre y lo consumió todo no dejando a su paso más que una devastación negra y desolada.

¿Era aquello la visión del infierno de algún ser enloquecido? ¿Una dimensión de ruinas y hecatombes adonde iban los pecadores cuando morían? Loken se obligó a sí mismo a recordar las vívidas descripciones de las *Crónicas de Ursh*, las vívidas descripciones de escenas consideradas como invenciones de una fe siniestra.

—*No* —le dijo la voz de Torgaddon—. *Esto no es la alucinación de un demente. Es el futuro*.

—¡Tú no eres Torgaddon! —exclamó Loken al mismo tiempo que sacudía la cabeza para sacarse de la mente aquella voz susurrante.

Estas viendo cómo muere la galaxia.

Loken vio a los Hijos de Horus a la cabeza de aquella locura feroz que surgía del ojo carmesí, equipados con armaduras negras y acompañados de criaturas deformes que saltaban a su alrededor. Allí estaba Abaddon, e incluso el propio Horus, convertido en un gigante de obsidiana que aplastaba planetas bajo su puño.

Aquello no podía ser el futuro. Aquello era una visión enfermiza y distorsionada del futuro.

Una galaxia bajo la dirección del Emperador jamás podría convertirse en un terrible huracán de caos y muerte.

—*Te equivocas*.

La galaxia envuelta en llamas retrocedió y Loken se esforzó por encontrar algún asidero sólido, algo que le asegurara que aquella terrible visión jamás llegaría ocurrir. Se tambaleó de nuevo y la visión se volvió borrosa hasta que abrió los ojos y se encontró otra vez en la Sala de Archivo Tres, un lugar donde se sintió a salvo, rodeado de libros que presentaban el universo con una lógica pura y mantenían a la

locura encerrada en los primitivos cuentos épicos, donde debía estar.

Sin embargo, algo malo ocurría. Los libros ardían a su alrededor. El conocimiento más puro estaba siendo destruido de un modo sistemático para mantener a las masas en la ignorancia. Las estanterías no albergaban más que llamas y cenizas. El calor abrasó a Loken cuando se esforzó por salvar a los libros moribundos. Las manos se le llenaron de ampollas antes de ennegrecerse mientras intentaba salvar la sabiduría procedente de tiempos antiguos, hasta que la carne se le separó de los huesos.

La música de las esferas. El mecanismo de la realidad, invisible y omnipresente en todas partes…

Loken vio con claridad de dónde procedían las llamas: de la masa eterna e incesantemente agitada que era la disformidad que yacía en todas las cosas, con los ojos de las fuerzas siniestras reluciendo llenas de malignidad. Unas criaturas grotescas saltaban y danzaban entre grandes pilas de cadáveres. Vio unas cabezas rematadas por cuernos que bramaban, y rostros caprinos retorcidos por la energía sin sentido del espacio disforme. Vio unos monstruos hinchados, con el cuerpo repleto de gusanos y de inmundicia, que devoraban estrellas muertas mientras un gigante cubierto de bronce lanzaba un inacabable aullido de guerra desde su trono de cráneos y unos hechiceros impíos sacrificaban miles de millones de personas en una ciudad de plata construida a base de mentiras.

Loken se esforzó por apartar la mirada de toda aquella locura. Recordó las palabras que le había dicho a Horus Aximand a la cara en la Puerta de Delfos y las repitió a voz en grito.

—¡No me inclinaré ante ningún santuario ni reconoceré a ningún espíritu! ¡Acepto únicamente la claridad empírica de la Verdad Imperial!

En tan sólo un instante las paredes del siniestro templo regresaron a su sitio. El aire seguía cargado del olor a incienso y jadeó en busca de oxígeno. El corazón principal le palpitaba a toda velocidad y la cabeza le daba vueltas. Se sentía enfermo por el esfuerzo de echar de su mente todo lo que había visto.

No sentía miedo. Sentía furia.

Los que acudían a aquel templo estaban entregando a toda la raza humana a las fuerzas malignas que acechaban de forma invisible en las profundidades del espacio disforme. ¿Serían esas mismas fuerzas las que habían infectado a Xavyer Jubal? ¿Las mismas fuerzas que casi habían matado a Sindermann en una de las salas de archivo de la nave?

Loken se sintió asqueado al darse cuenta de que todo lo que sabía acerca del espacio disforme estaba equivocado.

Le habían dicho que no existían los dioses ni nada parecido.

Le habían dicho que en el espacio disforme no había nada más que poderes elementales y sin conciencia alguna.

Le habían dicho que la galaxia era un lugar demasiado estéril como para que tuviera lugar un melodrama.

Todo lo que le habían dicho era mentira.

Loken aprovechó la energía que le proporcionaba la furia que sentía y se aproximó tambaleante al altar y cerró de un golpe el antiguo libro para luego echarle la pestaña del cierre de bronce. Sintió la terrible maldad encerrada en aquellas páginas incluso después de estar cerrado. La idea de que un libro pudiese poseer alguna especie de poder le habría parecido ridícula unos pocos meses atrás, pero no podía hacer caso omiso de las pruebas que se presentaban ante sus propios sentidos, a pesar de las cosas increíbles, aterradoras e inimaginables que había visto y oído. Tomó el libro en una mano y se lo colocó bajo el brazo antes de dar media vuelta y salir de aquel templo.

Cerró la puerta y pasó bajo el estandarte de la Séptima Compañía para salir de nuevo a la oscuridad solitaria del strategium.

Sindermann tenía razón. Loken estaba oyendo la música de las esferas, y era un sonido terrible que hablaba de corrupción, de sangre y de la muerte del universo.

Loken sabía con total certidumbre que de él dependía por completo silenciar esa música.

El interior de las instalaciones de Isstvan Extremis se encontraba dominado por una amplia pirámide escalonada. Los enormes bloques que la constituían eran de una piedra que a todas luces no pertenecía a aquel planeta. Cada bloque procedía de un edificio diferente, y muchos de ellos todavía mostraban restos de diseños arquitectónicos, secciones de frisos, gárgolas o incluso estatuas que sobresalían de la estructura en ángulos imposibles.

Los grupos de soldados isstvanianos rodeaban la base de la pirámide y luchaban en un desesperado combate cuerpo a cuerpo contra las figuras cubiertas con armaduras de los guerreros de la Guardia de la Muerte. La batalla ya era un torbellino, donde el arte de la guerra había dado paso a la brutalidad descarnada de una simple

matanza.

Tarvitz apartó los ojos de la carnicería cuando su mirada se vio atraída hacia la cima de la propia pirámide, donde una luz brillante giraba y se retorcía alrededor de una figura que se distinguía a medias y que también estaba rodeada por un ruido agudo.

—¡Al ataque! —aulló Eidolon al tiempo que se lanzaba a la carga encabezando la punta de la lanza.

Las unidades de asalto se desplegaron a sus dos lados creando el filo de esa lanza de ataque. Tarvitz dejó de fijarse en la extraña figura y siguió al comandante general, ayudando a Eidolon a avanzar gracias a su fuego de cobertura, que acababa con los enemigos que intentaban rodearlo.

En la cúpula entraron más Hijos del Emperador, que se unieron al combate que se libraba a los pies de la pirámide. Tarvitz vio a Lucius al lado de Eidolon. El arma del espadachín relucía como una estrella en su mano.

Era típico que Lucius se encontrara en vanguardia. Lo hacía para demostrar que ascendería con rapidez para llegar al puesto que le correspondía junto a Eidolon entre los mejores guerreros de la legión. Tarvitz blandió su espada a izquierda y derecha sin necesidad de tener que utilizar toda su habilidad para matar a aquellos enemigos. Tan sólo hacían falta un brazo fuerte y la voluntad de vencer. Trepó hasta el primer nivel de la pirámide, abriéndose paso hacia arriba a través de las filas de enemigos de negra armadura.

Echó un rápido vistazo hacia la parte superior de la pirámide y vio a los guerreros de la Guardia de la Muerte, resplandecientes con sus armaduras pulidas, trepar por encima de donde se encontraba él en un intento por llegar la figura que había en la cima.

A la cabeza de la Guardia de la Muerte marchaba la silueta familiar y brutal de Nathaniel Garro, su viejo amigo, que subía a grandes zancadas con su habitual actitud de determinación implacable. Tarvitz se alegró incluso en mitad de aquel feroz combate del hecho de poder luchar de nuevo al lado de su hermano de honor. Garro también se estaba abriendo paso hacia la cúspide de la pirámide y dirigía la carga contra la centelleante figura que dominaba todo el campo de batalla.

El largo cabello azotaba el aire a su alrededor mientras unas cuantas descargas de rayos ascendían en arco. Tarvitz vio por fin que se trataba de una mujer, cuya ondulante túnica de seda se agitaba como los tentáculos de una criatura de las

profundidades marinas.

Oyó el sonido de su voz por encima incluso del estruendo del combate. Estaba cantando.

La fuerza de la música la elevó por encima de la pirámide y la dejó suspendida en el aire sobre el pináculo con una canción de poder en estado puro. Cientos de ondas armónicas se entrelazaban entre sí de un modo increíble alrededor de su cuerpo. Las chirriantes notas se estrellaban unas contra otras a medida que salían de aquella garganta antinatural. Varias piedras salieron despedidas del pináculo de la pirámide y subieron en espiral hacia el techo de la cúpula mientras la canción rompía el tejido de la realidad.

Mientras Tarvitz contemplaba la escena, una única nota discordante se elevó hasta la superficie en un tremendo crescendo ensordecedor y una explosión arrancó un enorme trozo de la pirámide. Varios de los trozos de piedra cayeron dando tumbos hacia las corrientes de luz. La pirámide se estremeció y unas cuantas piedras se estrellaron entre los Hijos del Emperador, aplastando a varios y derribando a bastantes más, que rodaron desde los lados de la estructura.

Tarvitz tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio cuando varias secciones de la pirámide se hundieron y se convirtieron en una rugiente avalancha de piedras partidas y escombros. El cuerpo cubierto por la armadura de un guerrero de la Guardia de la Muerte se deslizó por aquella ladera hacia un borde abrupto por donde los cascotes caían al vacío. Tarvitz se dio cuenta de que era la figura ensangrentada de Garro.

Avanzó trastabillando por la pared de la pirámide que se desintegraba y saltó hacia el borde, donde consiguió agarrar la armadura del guerrero. Un momento después, tiró de él para arrastrarlo hasta que lo puso a salvo.

Tarvitz apartó a Garro del combate y vio que su amigo estaba herido de gravedad. Una pierna había quedado amputada a la altura del muslo y tenía parte del pecho y del brazo izquierdo aplastados. La sangre congelada y coagulada le rodeaba las heridas como vidrio inflado, y del abdomen le sobresalían varios trozos de roca.

—¡Tarvitz! —gruñó Garro con fuerza. La rabia que sentía era mayor que el dolor—. Es una de esos cantores de guerra. ¡No la escuches!

—Aguanta, hermano —le contestó Tarvitz—. Volveré a por ti.

—Tú mátala por mí —respondió Garro.

Tarvitz levantó la mirada y vio a la mujer más cerca, ya que estaba descendiendo

hacia los Hijos del Emperador. Tenía una expresión serena en el rostro y los brazos abiertos de par en par, como si les estuviera dando la bienvenida. Mantenía los ojos cerrados mientras emitía aquel terrible cántico.

Unos cuantos bloques más de piedra se alzaron de la pirámide alrededor de los Hijos del Emperador. Tarvitz vio cómo uno de sus camaradas, el capitán Odovocar, el portaestandarte de la legión, era arrastrado por los pies y levantado en el aire por el aria emitida por la mujer. La armadura empezó a sacudirse como si se la estuvieran desgarrando unos dedos invisibles. Las hojas de ceramita chisporroteante se separaban a medida que el poder de la cantora de guerra destrozaba la armadura.

Odovocar quedó desgarrado al mismo tiempo. El casco se separó llevándose consigo la cabeza y lanzando al aire unos chorros de sangre y hueso que relucieron bajo la luz.

Cuando Odovocar murió, Tarvitz se sintió sorprendido por la salvaje belleza del cántico, y le dio la impresión de que lo estaban interpretando sólo para él. La belleza y la muerte habían quedado capturadas en sus notas discordantes, y le hablaban de la maravillosa paz que llegaría si simplemente se entregaba a ellas y dejaba que la música del olvido se lo llevara. La guerra se acabaría y la violencia ni siquiera sería recordada.

«No la escuches».

Tarvitz soltó un gruñido y la pistola bólter se le estremeció en la mano cuando disparó contra la cantora de guerra. El sonido de los disparos quedó ahogado entre aquella cacofonía. Los proyectiles impactaron contra una barrera de energía resplandeciente que rodeaba a la cantora de guerra. Se produjeron una serie de pequeñas explosiones blancas cuando los proyectiles explotaron antes de llegar a su objetivo. Más y más miembros de los Adeptus Astartes comenzaron a elevarse en el aire, tanto de los Hijos del Emperador como de la Guardia de la Muerte, para después ser desmembrados por las ondas sónicas, y Tarvitz se dio cuenta de que no les quedaba mucho tiempo antes de que tuvieran perdida por completo la batalla.

Los soldados isstvanianos supervivientes se habían reagrupado y subían por la pirámide para atacar a los Astartes. Tarvitz vio a Lucius en mitad de los enemigos amputando los miembros protegidos por armaduras negras de aquellos que intentaban asaltarlo por todos lados.

Lucius cuidaba muy bien de sí mismo, así que Tarvitz se esforzó por seguir avanzando mientras mantenía el equilibrio en medio del caos provocado por la destrucción indiscriminada de la cantora de guerra. Vio un destello brillante delante de

él, y se dio cuenta de que se trataba de la armadura dorada de Eidolon, que relucía como una baliza al recibir los rayos de luz que emitía el enemigo. El comandante general lanzó un aullido de desafío y subió los últimos niveles de la pirámide mientras Tarvitz trepaba para reunirse con él.

La cantora de guerra trazó una especie de velo membranoso de luz a su alrededor y Eidolon se adentró en él. El resplandor se hizo opaco, igual que si se hubiera convertido en un cascarón blanco. La pistola de Tarvitz ya se había quedado sin munición, así que la soltó y empuñó la espada con las dos manos antes de seguir a su comandante al interior de la luz.

Los ensordecedores gritos de la cantora de guerra le llenaron la cabeza con una antimúsica mortífera que se alzó en un crescendo en cuanto penetró en el velo de luz.

Eidolon estaba caído de rodillas y no se veía su martillo por ningún lado. La cantora de guerra estaba flotando en el aire por encima de él. Tenía los brazos extendidos delante de ella y lo machacaba con oleadas de energía lo bastante potentes como para distorsionar el aire.

La armadura de Eidolon se deformaba a su alrededor y ya le había arrancado el casco, dejándole la cabeza llena de sangre, pero él seguía vivo y desafiante.

Tarvitz se lanzó a la carga soltando un grito de combate.

—¡Por el Emperador!

La cantora de guerra lo vio y lo derribó con simple gesto despectivo de la mano. El casco de Tarvitz se partió con el impacto y la cabeza se le llenó durante unos momentos con la repugnante belleza de la canción de su enemiga. Recuperó la visión justo a tiempo de ver a Eidolon lanzándose hacia adelante. El ataque de Tarvitz le había proporcionado al comandante general una ligera ventaja, ya que las ondas armónicas del cántico se dirigieron por un instante hacia Tarvitz.

Sin embargo, un instante era lo único que necesitaba un guerrero de los Hijos del Emperador.

La mirada de Eidolon echaba chispas. El odio y la repugnancia que le provocaba su enemigo eran evidentes en cuanto abrió la boca para lanzar un grito de rabia. Abrió la boca todavía más y soltó un aullido agudo. Tarvitz rodó hasta ponerse de espaldas y dejó caer la espada para poder taparse los oídos con las manos ante aquel sonido atroz. Mientras que el cántico de la cantora de guerra había ocultado su letalidad en una belleza engañosa, no había elegancia en el ataque sónico lanzado por Eidolon. No había más que un volumen ensordecedor y dolorosísimo.

El terrible sonido se estrelló contra la cantora de guerra haciéndole perder el autocontrol. Abrió la boca para entonar un nuevo cántico de muerte, pero el grito de Eidolon transformó sus notas en un simple lamento fúnebre.

Los sonidos plañideros y de dolor se fueron superponiendo unos a otros hasta formar un denso cántico fúnebre al mismo tiempo que la cantora de guerra caía de rodillas. Eidolon se inclinó y recogió del suelo la espada de Tarvitz en cuanto dejó de lanzar aquel aullido terrible. La cantora de guerra se estaba estremeciendo de dolor debido a los arcos de luz que la rodeaban azotándola después de que perdiera el control del cántico.

Eidolon atravesó las descargas de luz y de sonido. La espada surcó velozmente el aire y le cortó la cabeza a la cantora de guerra de un solo tajo fulgurante.

La cantora de guerra enmudeció por fin.

Tarvitz logró mantenerse sobre la cima de la pirámide, que se desmoronaba por momentos, y se quedó contemplando cómo Eidolon alzaba la espada en alto en gesto de victoria. Seguía sin comprender lo que había visto.

Los monstruosos sonidos armónicos de la cantora de guerra continuaban resonándole en la mente, pero sacudió la cabeza para eliminarlos mientras observaba con incredulidad a su comandante general.

Eidolon se dio la vuelta hacia Tarvitz y dejó caer la espada al lado de su subordinado.

—Un buen filo —le dijo—. Gracias por tu intervención.

—¿Cómo…? —fue lo único que Tarvitz consiguió responder. Todavía tenía los sentidos sobrecargados por el ensordecedor aullido que Eidolon había lanzado.

—Pura fuerza de voluntad, Tarvitz —le aclaró Eidolon—. Eso es lo que fue, fuerza de voluntad. La maldita magia de esa bruja no era rival para dos guerreros como nosotros, ¿no es así?

—Supongo que no —respondió Tarvitz al tiempo que aceptaba la mano que Eidolon le ofrecía para ayudarlo a levantarse.

La cúpula se había quedado de repente envuelta en un silencio inquietante. Los isstvanianos que todavía vivían estaban tirados en el suelo, en el mismo lugar donde se habían dejado caer después de la muerte de la cantora de guerra. Sollozaban y se balanceaban hacia adelante y hacia atrás como si fueran niños que acabaran de perder a su madre.

—No entiendo… —empezó a decir mientras los guerreros de la Guardia de la

Muerte aseguraban el perímetro.

—No hace falta que entiendas nada, Tarvitz —lo cortó Eidolon—. Vencimos, y eso es lo único que cuenta.

—Pero lo que hizo…

—Lo que hice fue matar a nuestros enemigos —le esperó el comandante general—. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Tarvitz, aunque lo cierto era que no entendía la nueva habilidad de Eidolon más de lo que comprendía la mecánica celeste del viaje a través del espacio disforme.

—Mata a los enemigos que queden y después destruye este lugar —le ordenó Eidolon antes de dar media vuelta y bajar por la pirámide destrozada entre los vítores de sus guerreros.

Tarvitz recuperó sus armas y contempló la última fase de la batalla que se desarrollaba a sus pies. Los Adeptus Astartes se estaban reagrupando, así que bajó hasta donde había dejado a Garro.

El capitán de la Guardia de la Muerte estaba sentado, con la espalda apoyada en un lateral de la pirámide. La dificultad de respirar hacía que se estremeciera entre fuertes jadeos, y Tarvitz se dio cuenta de que a Garro le había costado muchísimo mantenerse consciente a pesar de las inyecciones paliativas de dolor que le había suministrado su propia armadura.

—Tarvitz, sigues vivo —exclamó cuando éste bajó el último peldaño que llevaba hasta él.

—Por poco —le contestó—. Es más de lo que tú puedes decir.

—¿Esto? —replicó Garro con un tono de voz burlón—. He sufrido heridas peores. Escucha bien lo que te voy a decir, chaval: estaré en condiciones de enseñarte unos cuantos trucos nuevos en la sala de entrenamiento antes de que te puedas dar cuenta.

A pesar de lo extraña que había sido la batalla y de los camaradas que habían perdido la vida, Tarvitz sonrió.

—Me alegro de verte otra vez, Nathaniel —le dijo Tarvitz mientras se inclinaba y le estrechaba la mano que le ofrecía—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que luchamos juntos.

—Así es, mi hermano de honor —confirmó Garro con un gesto de asentimiento—, pero me parece que dispondremos de una multitud de oportunidades antes de que se acabe esta campaña.

—No si sigues dejando que te hieran de esta manera. Necesitas un apotecario.

—Tonterías, chaval. Hay otros que están mucho peor que yo y que necesitan antes un sierrahuesos.

—Nunca aprendiste a aceptar que te podían herir, ¿verdad?

—No —admitió Garro—. Así es como somos en la Guardia de la Muerte.

—Nunca lo hubiera imaginado —le respondió Tarvitz con ironía al tiempo que indicaba con un gesto de la mano a uno de los apotecarios de los Hijos del Emperador que se acercara—. Sois una legión demasiado salvaje como para que ni siquiera intente comprenderos.

—Y vosotros no sois más que un puñado de niños bonitos más preocupados por tener una buena apariencia que por hacer bien el trabajo —replicó Garro como colofón de la ronda de pullas tradicionales que constituían el intercambio de saludos habituales entre ellos. Ambos guerreros habían pasado por muchas vicisitudes a lo largo de toda su extensa amistad como para permitir que las formalidades y las rencillas entre las dos legiones les impidieran llevarse bien.

Garro señaló con el pulgar la cumbre de la pirámide.

—¿La has matado?

—No —respondió Tarvitz—. Lo hizo el comandante general Eidolon.

—Eidolon, ¿eh? —murmuró Gano—. Nunca le presté demasiada atención. Aun así, si ha logrado acabar con ella, está claro que ha aprendido uno o dos trucos nuevos desde la última vez que lo vi.

—Esta vez creo que tienes razón —contestó Tarvitz.



SEIS
EL ALMA DE LA LEGIÓN
TODO SERÁ DISTINTO
ABOMINACIÓN

Loken encontró a Abaddon en la cúpula de observación que sobresalía como una ampolla de las cubiertas superiores del casco del *Espíritu Vengativo*. La estructura transparente estaba orientada hacia la superficie desolada de Isstvan Extremis. El recinto permanecía tranquilo y en silencio. Era un sitio perfecto para la reflexión y la calma, por lo que Abaddon parecía estar fuera de lugar. Su poder y su energía eran como las de una bestia enjaulada dispuesta a atacar en cualquier momento.

—Loken —le dijo Abaddon en cuanto entró en la estancia—. ¿Has sido tú quien me ha convocado a este lugar?

—Sí.

—¿Por qué? —le exigió saber Abaddon.

—Por lealtad —contestó Loken con sencillez.

Abaddon soltó un bufido.

—Tú conoces el verdadero significado de esa palabra. Nunca la has visto puesta a prueba.

—¿Como te pasó a ti en Davin?

—Ah —exclamó Abaddon—, así que es eso de lo que va todo esto. No te atrevas a intentar darme una lección, Loken. Tú no habrías sido capaz de tomar las decisiones que nosotros tomamos para salvar al Señor de la Guerra.

—Quizá porque fui el único que se mantuvo firme.

—¿Frente a qué? ¿Habrías dejado que el Señor de la Guerra muriera antes que

aceptar que quizá existe algo en este universo que tú no entiendes?

—No te he llamado para discutir lo que ocurrió en Davin —le replicó Loken, que tenía la sensación de que ya había perdido el control de la conversación.

—Entonces, ¿para qué me has llamado? Tengo que terminar de organizar a mis guerreros, y no perderé el tiempo contigo hablando de tonterías.

—Te hice venir porque necesito respuestas. Sobre esto —le espetó Loken al tiempo que dejaba caer al suelo de mosaico de la cúpula de observación el libro que había encontrado en la capilla escondida detrás del strategium.

Abaddon se inclinó y recogió el libro del suelo. Parecía diminuto en las enormes manos del primer capitán, poco más que uno de los panfletos de Ignace Karkasy.

—Así que ahora te has convertido en un ladrón —le soltó Abaddon.

—No te atrevas a decirme algo así, Ezekyle. Por lo menos hasta que me hayas dado todas las respuestas que necesito. Sé que Erebus ha conspirado contra nosotros. Robó el anatam de los interexianos y lo llevó a Davin. Lo sé, y tú también.

—No sabes nada de nada, Loken —le replicó Abaddon con un tono de voz burlón —. Lo que está ocurriendo en esta cruzada ocurre por el bien del Imperio. El Señor de la Guerra tiene un plan.

—¿Un plan? ¿Y ese plan incluye la muerte de inocentes? ¿De Hektor Varvaras? ¿De Ignace Karkasy? ¿De Petronella Vivar?

—¿Los rememoradores? —se rió Abaddon—. ¿De verdad te importa toda esa gente? Son una clase inferior, Loken. Están por debajo de nosotros. El Consejo de Terra quiere asfixiarnos con esos miserables burócratas para someternos y acabar con las ambiciones que tenemos de conquistar toda la galaxia.

—Erebus —dijo de repente Loken mientras intentaba contener la rabia que sentía —. ¿Por qué estaba a bordo del *Espíritu Vengativo*?

Abaddon cruzó la distancia que los separaba, casi toda la anchura de la cúpula de observación, en menos de un segundo.

—No es asunto tuyo.

—¡También es mi legión! —le gritó Loken—. Eso hace que sea asunto mío.

—Ya no.

Loken sintió que la cólera se apoderaba todavía más de su mente y cerró las manos en un gesto de furor.

Abaddon vio cómo la tensión se apoderaba de su cuerpo.

—¿Estás pensando resolver esto como un guerrero? —le preguntó.

—No, Ezekyle —respondió Loken con los dientes apretados—. A pesar de todo lo que ha ocurrido, sigues siendo mi hermano del Mournival y no lucharé contra ti.

—El Mournival —repitió Abaddon con un gesto de asentimiento—. Fue una idea noble mientras duró, pero me arrepiento de haberte admitido. De todas maneras, si hubiera que llegar a un enfrentamiento, ¿de verdad crees que podrías vencerme?

Loken hizo caso omiso de aquel comentario despectivo.

—¿Erebus sigue por aquí?

—Erebus es un invitado de la nave insignia del Señor de la Guerra —le indicó Abaddon—. Harías bien en recordarlo. Si te hubieras unido a nosotros cuando tuviste la oportunidad en vez de darnos la espalda, tendrías todas las respuestas que quieres, pero es lo que escogiste, Loken. Tendrás que aceptar las consecuencias de tu elección.

—Ezekyle, la logia es algo dañino que Erebus trajo a nuestra legión, puede que también a otras legiones. Es algo que viene del espacio disforme. Es lo que mató Jubal y lo que se apoderó de Temba en Davin. ¡Erebus nos está mintiendo a todos!

—Y nos está utilizando, ¿a que sí? ¿Erebus nos está manipulando para levarnos a todos a un destino peor que la propia muerte? —le espetó Abaddon—. Sabes muy poco. Si comprendieras la verdadera dimensión de los planes del Señor de la Guerra, nos suplicarías que te admitiésemos de nuevo entre nosotros.

—Entonces cuéntamelo, Ezekyle, y quizá te lo suplique. Fuimos hermanos una vez, y podemos volver a serlo.

—¿De verdad crees eso, Loken? Ya has dejado bastante claro que estás contra nosotros. Torgaddon lo dijo con bastante convicción.

—Por mi legión, por mi Señor de la Guerra, siempre habrá un modo de volver a nuestro pasado —le contestó Loken—. Siempre que tú sientas lo mismo.

—Pero jamás te rendirás, ¿verdad?

—¡Jamás! No cuando el alma de mi propia legión se encuentra en juego.

Abaddon meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Nos enlazamos con unos vínculos tan fuertes porque individuos como son demasiado orgullosos para transigir.

—Transigir será nuestra muerte, Ezekyle.

—Olvídate de todo esto hasta después de Isstvan, Loken —le aconsejó Abaddon —. Después de Isstvan, todo acabará.

—No pienso olvidarme de nada, Ezekyle. Tendré las respuestas que quiero —le replicó Loken con voz iracunda antes de darse la vuelta y alejarse a grandes zancadas


de su hermano.

—Si te enfrentas a nosotros, perderás —le prometió Abaddon.

—Quizá —contestó Loken—, pero otros os harán frente también.

—Entonces, también morirán.

—Gracias por venir —dijo Sindermann, algo superado y atemorizado por la cantidad de gente que estaba reunida ante él—. Aprecio el hecho de que hayáis tenido que correr un riesgo tan grande para venir hasta aquí, pero esto es demasiado.

Los fieles abarrotaban el oscuro hangar de mantenimiento, que tenía las paredes cubiertas de grasa y estaba repleto de tuberías que dejaban escapar suaves silbidos. Habían llegado procedentes de todos los lugares de la nave para oír las palabras de la santa, ya que, erróneamente, creían que había despertado. Sindermann vio entre la multitud uniformes de tripulantes de titanes, operarios de mantenimiento de la flota, personal médico y de seguridad, e incluso unos cuantos soldados del Ejército Imperial. Varios individuos armados vigilaban las entradas al hangar, y su presencia constituía un amargo recordatorio del peligro en que se encontraban por acudir a aquel lugar.

Una reunión tan numerosa era algo muy arriesgado, ya que cualquiera se percataría con facilidad de su celebración. Sindermann sabía que tenía que hacer que se dispersasen, y con rapidez, antes de que los descubrieran. Además, debía procurar que no se convirtiera en una huida enloquecida.

—Habéis logrado que nadie se dé cuenta de la existencia de estas reuniones por su reducido tamaño, pero no pasará mucho tiempo antes de que alguien se entere de que hay tanta gente reunida —continuó diciendo Sindermann—. Seguro que habréis oído contar muchas cosas extrañas y maravillosas últimamente, y espero que me perdonéis por permitir que os pongáis en peligro.

La noticia del rescate de Euphrati Keeler se había difundido con rapidez por toda la nave. Los tripulantes cubiertos de mugre se la habían susurrado unos a otros. Se había extendido entre los miembros de la orden de los rememoradores con la velocidad de una epidemia e incluso había llegado a los oídos de los miembros de menor rango de la flota. Una oleada de detalles inventados y de los rumores más inauditos siguieron a la propagación de los relatos y las narraciones que trataban sobre la santa y sus poderes milagrosos, fábulas increíbles sobre proyectiles que se desviaban en el aire y visiones del Emperador, que le hablaba directamente para

ordenarle que mostrara el camino a los suyos.

—¿Cómo está la santa? —preguntó una voz desde la muchedumbre—. ¡Queremos verla!

Sindermann alzó una mano antes de hablar.

—La santa tiene suerte de estar viva. Se encuentra bien, pero sigue durmiendo. Algunos de vosotros habéis oído que estaba despierta y que había hablado, pero, por desgracia, eso no es cierto.

Un murmullo de desilusión recorrió la multitud, que un momento después se enfureció ante la negativa de Sindermann de confirmar lo que muchos de ellos habían querido creer de un modo desesperado. Sindermann recordó los discursos que había pronunciado en los mundos recién sometidos, donde había utilizado todos los trucos y las técnicas de un iterador para ensalzar las virtudes de la Verdad Imperial.

En aquel preciso momento tenía que utilizar esa misma habilidad para darle una nueva esperanza a toda aquella gente.

—La santa continúa durmiendo, es verdad, pero durante un breve y brillante momento abandonó su sueño para salvarme la vida. Vi cómo abría los ojos, y sé que cuando la necesitemos, regresará con nosotros. Hasta entonces debemos andar con cuidado, ya que hay gente en la flota que nos mataría por nuestras creencias. El solo hecho de que nos tengamos que reunir en secreto y que confiemos en la presencia de guardias armados para mantenernos a salvo es un recordatorio de que el propio Maloghurst en persona envía tropas de vez en cuando para disolver las reuniones del *Lectio Divinitatus*. Ha muerto mucha gente, y su sangre mancha las manos de los Adeptus Astartes. Ignace Karkasy, que el Emperador tenga en su gloria, sabía el peligro que representaban los Adeptus Astartes sin control alguno antes incluso de que ninguno de nosotros se diera cuenta de que ya nos tenían agarrados por el cuello.

»Hubo un tiempo en el que ni yo mismo creía en nada parecido a los santos. Me había formado por completo en la creencia de que sólo podía aceptar la lógica y la ciencia, y que debía considerar a todas las religiones como una mera superstición. La magia y los milagros eran imposibles, no eran más que las invenciones de gente ignorante que se esforzaba por comprender el mundo que les rodeaba. Hizo falta el sacrificio de una santa para mostrarme lo arrogante que era. Vi cómo el Emperador protege, pero ella además me ha mostrado que hay mucho más que eso, que si el Emperador protege a los fieles, ¿quién protege al Emperador?

Sindermann dejó que la pregunta quedara flotando en el aire.

—Somos nosotros quienes debemos hacerlo —dijo Titus Cassar mientras se abría paso hasta llegar a la parte delantera de la multitud y darse la vuelta para dirigirse al resto de los presentes.

Sindermann había colocado a Cassar entre el gentío con unas instrucciones muy precisas sobre el momento en que debía hablar. Era un recurso muy eficaz que los iteradores utilizaban para reforzar sus mensajes.

—Nosotros debemos proteger al Emperador, ya que no hay nadie más que pueda hacerlo —siguió diciendo Cassar. El moderati se volvió para mirar de nuevo a Sindermann—. Sin embargo, para hacerlo, tenemos que seguir con vida. ¿No es así, iterador?

—Así es —respondió Sindermann—. La fe que esta congregación ha demostrado ha provocado tal temor en los escalafones superiores de la flota que están intentando por todos los medios acabar con nosotros. El Emperador tiene un enemigo aquí. De eso estoy seguro. Debemos sobrevivir y enfrentarnos a ese enemigo cuando finalmente se ponga al descubierto.

Unos murmullos de preocupación y de furia recorrieron la multitud cuando ésta se dio cuenta de la mortífera naturaleza de la amenaza.

—Mis fieles amigos —continuó Sindermann al cabo de un momento—, los peligros a los que nos enfrentamos son grandes, pero la santa está con nosotros, y necesita un refugio. Es mejor que ese refugio se lo consigamos Cassar y yo, pero esperad las señales y no os arriesguéis. Extended la noticia de que se encuentra a salvo.

Cassar se movió entre los miembros de la congregación dándoles instrucciones antes de que regresaran a sus respectivos puestos. Tranquilizados por lo que Sindermann les había dicho, todos se dispersaron poco a poco. El iterador se preguntó mientras los veía marcharse cuántos de ellos conseguirían sobrevivir a lo largo de los tiempos que se avecinaban.

La Galería de las Espadas recorría el *Andronius* a todo lo largo, formando algo parecido a una espina dorsal dorada de la nave. El techo de la galería era transparente y el espacio que se abría debajo estaba iluminado por el fuego de las lejanas estrellas. En las paredes de la galería se alineaban estatuas de los héroes de los Hijos del Emperador, con piedras preciosas por ojos y expresiones ceñudas de crítica constante en el rostro. Se decía que la valía de un héroe se medía por el tiempo que conseguía

mantenerles la mirada a las estatuas mientras caminaba por la Galería de las Espadas bajo sus ojos implacables.

Tarvitz mantuvo la cabeza bien alta al entrar en la galería, aunque sabía que no era ningún héroe, tan sólo un guerrero que lo hacía lo mejor posible. Los señores de antiguos capítulos y los comandantes de antaño lo miraron fijamente. Todos y cada uno de los guerreros de los Hijos del Emperador conocían sus rostros y sus nombres. Secciones enteras del *Andronius* se dedicaban a la memoria de los hermanos de batalla de la legión caídos en combate, pero lo que todos los guerreros deseaban de verdad era ser recordados en aquel lugar.

Tarvitz no tenía esperanza alguna de que su imagen acabase en ese sitio, pero se comportaría hasta el final de sus días de un modo que fuera considerado digno de tal honor. Incluso si una meta tan elevada era algo imposible de conseguir, se debía aspirar a ella.

Eidolon estaba de pie delante de la imagen del comandante general Teliosa, el héroe de la campaña de Madrivane, y se dio la vuelta hacia Tarvitz antes incluso de que se le acercara.

—Capitán Tarvitz —lo saludó—. No es frecuente verte por aquí.

—No es mi hábitat habitual, mi comandante —le contestó Tarvitz—. Prefiero dejar descansar a los héroes de nuestra legión en su lugar de reposo.

—Entonces, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—Me gustaría hablar con usted, si me lo permite.

—Seguro que emplearías mejor el tiempo en ocuparte de tus guerreros, Tarvitz. Ahí es donde se encuentra tu talento.

—Me honra al decirme eso, mi comandante, pero hay algo que necesito preguntarle.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de la cantora de guerra.

—Ah. —Eidolon alzó la mirada hacía la gran estatua que tenían delante. Los ojos vacíos le devolvieron la mirada con una expresión fría e imperturbable—. Era una adversaria poderosa, completamente corrompida, pero precisamente esa corrupción era la que le proporcionaba su fuerza.

—Necesito saber cómo la mató.

—¿Capitán? Me estás hablando como si fuera un igual tuyo.

—Vi lo que hizo, mi comandante —insistió Tarvitz—. Ese grito tenía… no sé

cómo decirlo…, alguna clase de poder que jamás había visto antes.

Eidolon alzó una mano.

—Comprendo que tengas preguntas que hacer, y puedo contestarlas, pero quizá será mejor que te enseñe algo. Sígueme.

Tarvitz siguió al comandante general mientras recorrían la Galería de las Espadas hasta llegar a un pasaje lateral que tenía las paredes cubiertas de pergaminos. Los relatos de las acciones más gloriosas de la legión realizadas en el pasado se anotaban de un modo meticuloso en aquellos pergaminos, y los novicios debían memorizar antes de ascender al rango de marine espacial las múltiples y diferentes batallas allí registradas.

Los Hijos del Emperador hacían algo más que recordar sus triunfos: los proclamaban por todos lados, ya que la perfección del modo de hacer la guerra de la legión se merecía esa celebración.

—¿Sabes por qué me enfrenté a la cantora de guerra? —le preguntó Eidolon.

—¿Por qué? —preguntó Tarvitz extrañado.

—Sí, capitán, por qué.

—Porque así es como luchan los Hijos del Emperador.

—Explícate.

—Los héroes encabezan el ataque desde la misma vanguardia. El resto de los guerreros de la legión se sienten inspirados por su ejemplo. Pueden hacerlo porque la legión combate con tal maestría que no son más vulnerables por luchar en plena vanguardia.

Eidolon sonrió.

—Muy bien, capitán. Debería hacer que instruyeras a los novicios. Y tú, ¿tú te pondrías en vanguardia para dirigir a las tropas?

Tarvitz sintió que el pecho se le llenaba con una esperanza repentina e inesperada.

—¡Por supuesto! Si tuviera la oportunidad, lo haría. No creí que me considerara merecedor de ese puesto.

—Y no lo eres, Tarvitz. Eres un simple oficial de combate, y nada más —le respondió Eidolon, destrozando la leve esperanza que tenía de que se le ofreciera una oportunidad de demostrar su valía como líder y como héroe.

»No lo digo como un insulto —añadió Eidolon, sin darse cuenta al parecer de que realmente era un insulto—. Los individuos como tú cumplís una tarea muy importante en nuestra legión, pero yo soy uno de los Elegidos de Fulgrim. El primarca me eligió y

me elevó al puesto que ahora ocupo. Me observó y vio que poseía las cualidades que son necesarias para dirigir a los Hijos del. Emperador. Te estudió a ti, y no las vio. A eso se debe que yo comprenda las responsabilidades que acompañan al honor de ser uno de los Elegidos de Fulgrim de un modo que tú no puedes entender, Tarvitz.

Eidolon lo condujo hasta una gran escalera que bajaba curvándose sobre sí misma hasta llegar a una gran estancia con el suelo de mármol blanco. Tarvitz reconoció el lugar: era una de las entradas al apotecarion de la nave, adonde habían llegado los heridos de Isstvan Extremis hacía pocas horas.

—Creo que me subestima, mi comandante general —le contestó Tarvitz—, pero creo que por el bien de mis hombres debo saber…

—Todos hacemos sacrificios por el bien de nuestros hombres —lo cortó Eidolon —. Para los elegidos, esos sacrificios son mayores. Entre éstos, lo más importante es el hecho de que todo está subordinado a la consecución de la victoria.

—Mi comandante, no le entiendo.

—Lo harás —le contestó Eidolon mientras le ponía la mano en la espalda para hacerle cruzar la entrada recubierta de oro que llevaba al apotecarion central.

—¿El libro? —le preguntó Torgaddon.

—El libro —repitió Loken—. Es la clave. Erebus está en la nave. Lo sé.

La Sala de Archivo Tres, con su oscuridad cenicienta, era uno de los pocos lugares del *Espíritu Vengativo* donde Loken todavía se sentía como en casa. Recordó los muchos y encendidos debates que había tenido con Kyril Sindermann en otros tiempos más felices. Loken no había visto al iterador desde hacía varias semanas, y esperaba con todas sus fuerzas que el anciano estuviera sano y salvo, que no hubiera caído víctima de alguna de las maniobras de Maloghurst o de sus soldados anónimos.

—Abaddon y los demás deben de estar manteniéndolo oculto en algún lado —dijo Torgaddon.

Loken dejó escapar un suspiro.

—¿Cómo hemos llegado a esto? Habría dado mi vida por Abaddon, o por Aximand, y sé que ellos habrían hecho lo mismo por mí.

—No podemos abandonar ahora, Garviel. Tiene que haber una salida para esta situación. Podemos hacer que el Mournival se una de nuevo, o al menos asegurarnos de que el Señor de la Guerra se entere de lo que está haciendo Erebus.

—Sea lo que sea.

—Sí, sea lo que sea. Me da igual que sea un miembro de la logia: no es bienvenido a bordo de mi nave, es la clave. Si lo encontramos, podremos poner al descubierto lo que está ocurriendo para que el Señor de la Guerra lo vea y acabe con ello.

—¿De verdad lo crees?

—No estoy seguro, pero eso no me impedirá que lo intente.

Torgaddon miró a su alrededor y removió con un dedo las cenizas de los libros quemados que había en las estanterías.

—¿Por qué nos hemos encontrado aquí? Huele como una pira funeraria.

—Porque nadie viene por este lugar —contestó Loken.

—No me imagino el motivo después de ver lo agradable que es.

—Tarik, no te hagas el gracioso. Ahora no. La Gran Cruzada comenzó porque queríamos llevar la luz de la Verdad Imperial hasta los rincones más lejanos de la galaxia, pero ahora tememos el conocimiento. Cuanto más aprendemos, más lo cuestionamos todo, y cuanto más nos lo cuestionamos todo, más claro vemos a través de las mentiras con las que nos han tenido engañados. Para aquellos que nos quieren tener bajo su control, los libros son peligrosos.

—Iterador Loken —dijo Torgaddon soltando una risa—, me habéis iluminado.

—Tuve un buen profesor —comentó Loken, y recordó de nuevo a Kyril Sindermann, y también el hecho de que todo lo que le habían enseñado a creer se estaba desmoronando por completo—. Hay más cosas en juego que un cisma entre los Adeptus Astartes. Es algo… filosófico, ideológico, incluso religioso… Es todo. Kyril me enseñó que fue esta obediencia ciega la que llevó a la Era de los Conflictos. Hemos cruzado toda la galaxia para llevar la paz y el conocimiento a todas partes, pero es posible que la causa de nuestra caída ya se encuentre entre nosotros.

Torgaddon se inclinó hacia su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Escúchame bien. Vamos a entrar en combate en Isstvan III y la Guardia de la Muerte nos ha informado de que el enemigo está dirigido por alguna clase de monstruos psíquicos que pueden matar con un simple grito. No son el enemigo porque leyeran el libro equivocado o nada parecido, son el enemigo porque es lo que nos ha dicho el Señor de la Guerra. Olvídate de todo esto durante un tiempo. Ponte en marcha y a luchar. Eso te dará cierta perspectiva de las cosas.

—¿Sabes al menos si participaremos en el desembarco?

—El Señor de la Guerra ha escogido las escuadras para la punta de lanza. Nos ha

incluido, y por lo que parece, estaremos al mando.

—¿De verdad? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—Sí, lo sé, pero no pienso ponerle pegas a un regalo así.

—Al menos tendré a la Décima conmigo.

Torgaddon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No del todo. El Señor de la Guerra no ha escogido la punta de lanza por compañía, sino por escuadras.

—¿Por qué?

—Porque piensa que esa cara de pasmado que has puesto es muy divertida.

—Por favor, Tarik, habla en serio.

Torgaddon se encogió de hombros.

—El Señor de la Guerra sabe lo que se hace. No va a ser una batalla fácil. Desembarcaremos justo en medio de la ciudad.

—¿Qué hay de la Locasta?

—Estarán contigo. De todas maneras, no creo que hubieras podido mantener a Vipus al margen. Ya sabes cómo es. Se hubiera colado de polizón en una de las cápsulas de desembarco si lo hubieran dejado fuera de todo esto. Le caes bien, y le hace falta una buena dosis de combates para despejarse la cabeza. Todo volverá a la normalidad después de Isstvan III.

—Bien. Me siento mucho mejor con la Locasta respaldándonos.

—Bueno, la verdad es que vas a necesitar ayuda —bromeó Torgaddon con una sonrisa.

Loken soltó una breve risa, no porque lo que había dicho Torgaddon tuviera gracia, sino porque a pesar de todo lo que había ocurrido, seguía siendo el mismo de siempre, una persona en la que se podía confiar y un amigo con quien se podía contar.

—Tienes razón, Tarik —dijo Loken—. Después de Isstvan, todo será diferente.

El apotecarion central relucía lleno de cristal y de acero. Decenas de celdas médicas partían del núcleo del laboratorio principal. Tarvitz sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal cuando vio el cuerpo destrozado del capitán Odovocar flotando en el interior de un tanque de estasis, a la espera de que le retiraran la semilla genética.

Eidolon cruzó el laboratorio central y un pasillo embaldosado que llevaba hasta un vestíbulo dorado presidido por un gigantesco mosaico de la victoria de Fulgrim en

Tarsus, donde el primarca había derrotado a los traicioneros eldars a pesar de las terribles heridas que había sufrido. Eidolon levantó una mano y presionó una de las baldosas esmaltadas que formaban el cinturón del primarca y se echó hacia atrás cuando el mosaico ascendió en vertical para dejar al descubierto un pasillo reluciente y unas escalera de caracol al otro lado. Eidolon se adentró en el pasillo y le indicó con un gesto a Tarvitz que lo siguiera.

La falta de toda clase de ornamentación era un gran contraste con el resto del *Andronius*. Tarvitz vio mientras bajaba por los peldaños que del lugar hacia donde se dirigían emanaba un frío brillo azul. Cuando llegaron al final de la escalera, Eidolon se dio la vuelta hacia él.

—Tarvitz, aquí tienes tus respuestas.

La luz azul procedía de una docena de cilindros translúcidos que llegaban hasta el techo y estaban apoyados en las paredes de la estancia. Estaban llenos de líquido y se distinguían unas cuantas formas borrosas que flotaban en su interior. Algunas mostraban unas siluetas vagamente humanoides, pero otras parecían más bien una serie de órganos y de partes del cuerpo. El resto de la estancia estaba ocupado por unas relucientes mesas de laboratorio cubiertas de diversas clases de herramientas, algunas de ellas con unas funciones que ni siquiera pudo imaginarse.

Pasó de un tanque a otro, y se sintió asqueado al ver que en el interior de algunos de ellos lo que había era una monstruosa masa de carne hinchada que apenas cabía allí dentro.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Tarvitz horrorizado ante aquella visión grotesca.

—Me temo que mis explicaciones serían insuficientes —le respondió Eidolon antes de darse la vuelta y dirigirse hacia una arcada que conducía a la siguiente estancia.

Tarvitz siguió sus pasos y aprovechó para mirar más de cerca el interior de los cilindros mientras pasaba. Uno de ellos contenía un cuerpo del tamaño de un Adeptus Astartes, pero no era un cadáver, sino que parecía más bien algo que todavía no había nacido, ya que tenía los rasgos hundidos y a medio formar.

Otro de los cilindros sólo contenía una cabeza, pero ésta tenía unos grandes ojos compuestos por miles de facetas, como los de los insectos. Cuando miró más de cerca todavía, Tarvitz se dio cuenta con repugnancia de que los ojos no habían sido implantados, porque no había cicatrices por ningún lado, y el cráneo se había transformado para acomodarse a ellos.

Habían crecido allí mismo.

Siguió hasta llegar al último cilindro, donde vio una masa de cerebros interconectados entre sí mediante unos cables carnosos que se mantenían en suspensión en el líquido del interior. Todos los cerebros mostraban lóbulos adicionales que sobresalían como tumores.

Tarvitz sintió el profundo frío que salía de la siguiente estancia. Las paredes de la misma estaban cubiertas de armarios de refrigeración metálicos. Se preguntó por un momento qué guardarían allí, pero después decidió que prefería que su imaginación no creara toda clase de mutaciones y deformidades. El centro del recinto lo ocupaba una gran mesa de operaciones, del tamaño suficiente para sostener el cuerpo de un guerrero del Adeptus Astartes. Había un aparato de cirugía automática colgado del techo justo encima de la mesa.

Sobre la superficie de la misma habían extendido varias secciones de fibra de músculo cortadas con limpieza. El apotecario Fabius estaba inclinado sobre ellas, y las agujas y las sondas de su narthecium estaban clavadas en una masa oscura de carne reluciente.

—Apotecario —lo saludó Eidolon—. El capitán desea conocer nuestro proyecto.

Fabius alzó la mirada con un gesto sorprendido. Su rostro de expresión inteligente estaba enmarcado por una larga melena de cabello rubio y fino. Tan sólo sus ojos parecían desentonar. Eran pequeños y oscuros, y destellaban en mitad de la cara como dos perlas negras. Llevaba puesta una bata quirúrgica que llegaba hasta el suelo. La blancura prístina original de la prenda estaba salpicada por grandes regueros de sangre carmesí.

—¿De verdad? —preguntó Fabius—. No me había llegado la noticia de que el capitán Tarvitz se encontrase ya en las filas de nuestro apreciado grupo.

—Y no lo está —contestó Eidolon—. No todavía, al menos.

—Entonces, ¿por qué se encuentra aquí?

—Mis alteraciones han salido a la luz.

—Ah, ya veo —dijo Fabius con un gesto de asentimiento.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Tarvitz con cierta brusquedad—. ¿Qué es este lugar?

Fabius alzó una ceja.

—De modo que ya habéis presenciado los resultados de los implantes que ha recibido el comandante, ¿no es así?

—¿Tiene poderes psíquicos? —exigió saber Tarvitz.

—¡No, no, no! —respondió Fabius entre risas—. No los tiene. Las nuevas capacidades del comandante general son el producto de un implante traqueal combinado con ciertas alteraciones en los ritmos de la semilla genética. Ha sido un éxito. Sus poderes tienen orígenes metabólicos y químicos, no psíquicos.

—¿Que se ha alterado la semilla genética? —preguntó Tarvitz asombrado—. La semilla genética es la sangre de nuestro primarca… Cuando descubra lo que se está haciendo aquí…

—No sea ingenuo, capitán —lo cortó Fabius—. ¿Quién cree que nos ordenó que comenzáramos las investigaciones?

—No —respondió Tarvitz—. Él no…

—Por eso quería enseñártelo, capitán —lo interrumpió Eidolon—. ¿Recuerdas la Expurgación de Laeran?

—Por supuesto —contestó Tarvitz.

—Nuestro primarca vio lo que los laeranos habían conseguido mediante la manipulación química y genética de sus estructuras biológicas en su afán por conseguir la perfección física. Tarvitz, lord Fulgrim tiene grandes planes para nuestra legión. Los Hijos del Emperador no pueden quedarse dormidos en los laureles mientras sus hermanos del Adeptus Astartes siguen obteniendo las mismas victorias anodinas. Debemos continuar en nuestra búsqueda de la perfección, pero nos acercamos con rapidez al punto donde ni siquiera los Adeptus Astartes seremos capaces de cumplir lo que exigen lord Fulgrim y el Señor de la Guerra. Para cumplir esas exigencias, debemos cambiar. Debemos evolucionar.

Tarvitz se apartó de la mesa de operaciones.

—El Emperador creó a lord Fulgrim para que fuera el guerrero perfecto, y los guerreros de nuestra legión fueron formados a su imagen y semejanza. Es esa imagen hacia la que debemos acercarnos. ¡Sostener que una raza alienígena es un ejemplo de perfección es una idea abominable!

—¿Una idea abominable? —se preguntó Eidolon—. Tarvitz, eres valiente y disciplinado, y tus guerreros te respetan, pero no posees la imaginación necesaria para ver hacia dónde nos lleva esta labor. Debes darte cuenta de que la supremacía de la legión es más importante que cualquier clase de escrúpulos.

Aquella declaración de intenciones, cargada de una arrogancia y una egolatría superiores a cualquier otra cosa que le hubiera escuchado a Eidolon decir jamás,

dejaron tan asombrado a Tarvitz que no pudo articular palabra alguna.

—Si no hubiera sido por tu inesperada presencia en el momento de la muerte de la cantora de guerra jamás se te habría ofrecido esta oportunidad, Tarvitz —le dijo Eidolon—. Date cuenta de lo que representa.

Tarvitz miró al comandante general de arriba abajo con cierta insolencia.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora que ya sabes lo que estamos intentando lograr, quizá estés preparado para convertirte en parte del futuro de esta legión en vez de seguir siendo simplemente uno de sus oficiales de línea.

—Se corren algunos riesgos —intervino Fabius—, pero podría lograr maravillas increíbles en su cuerpo. Puedo hacer que sea mucho más de lo que es ahora, puedo acercarlo a la perfección.

—Piensa en la alternativa —añadió Eidolon—. Lucharás y morirás sabiendo que podrías haber sido mucho, mucho más.

Tarvitz se quedó mirando a los dos guerreros que tenía delante de él, ambos Elegidos de Fulgrim y ambos unos claros ejemplos de la incesante búsqueda de la perfección por parte de la legión.

Se dio cuenta de lo tremendamente alejado que se encontraba de la perfección tal y como ellos la entendían, pero por una vez se alegró de ese defecto, si es que de verdad se trataba de un defecto.

—No —contestó mientras retrocedía—. Esto está… mal. ¿Que no son capaces de notarlo?

—Muy bien —dijo Eidolon—. Has tomado una decisión, y lo cierto es que no me sorprende. Que así sea. Debes salir de aquí ahora mismo, pero te ordeno que no cuentes nada acerca de lo que has visto aquí. Vuelve con tus hombres, Tarvitz. Isstvan III va a ser un combate muy duro.

—Sí, mi comandante —respondió Tarvitz, tremendamente aliviado de poder marcharse de aquella cámara de los horrores.

Efectuó un saludo antes de dar media vuelta y salir a toda prisa del laboratorio. Le dio la impresión de que los especímenes que estaban flotando en el interior de los tanques lo observaban cuando pasaba a su lado.

Cuando por fin salió a la luminosidad del apotecarion no pudo evitar tener la impresión de que lo acababan de poner a prueba.

Si había superado o no esa prueba ya era otro asunto completamente distinto.



SIETE
EL DIOS MÁQUINA
UN FAVOR
SUBTERFUGIO

La fría sensación que recorría la mente de Cassar era una vieja amiga, el contacto de algo tranquilizador. La caricia metálica del *Dies Irae* que sintió cuando las interconexiones corticales se entremezclaron con su mente consciente habría sido terrorífica para la mayoría de la gente, pero era una de las pocas constantes que el moderati Titus Cassar había dejado en la galaxia.

Ésa y el *Lectio Divinitatus*.

El puente de mando del titán estaba envuelto en la penumbra, apenas iluminado por los colores verdes y azules de las señales y los indicadores que se alineaban a lo largo del ornamentado lugar. Los señores del Adeptus Mechanicum habían estado muy ocupados y había enviado muchos adeptos encapuchados al titán, quienes habían llenado el puente de mando de piezas que todavía no tenía ni idea de para qué servían. La tripulación encargada del reactor de plasma que se encontraba en el corazón de la máquina de guerra había estado preparando al titán para el combate desde que el *Espíritu Vengativo* había llegado al sistema Isstvan. Los indicadores señalaban que los sistemas principales del *Dies Irae* funcionaban al mejor nivel operativo jamás conseguido.

Cassar se alegraba de cualquier ventaja de combate que pudiera disfrutar la máquina de guerra, pero en lo más profundo no le gustaba que nadie más tocara los sistemas del titán. Los filamentos de las interconexiones se adentraron más en su cráneo y le provocaron un escalofrío inesperado que lo recorrió por entero. Los

sistemas del titán se iluminaron detrás de los ojos de Cassar como si formaran parte de su propio cuerpo. El reactor de plasma palpitaba en silencio, con toda la energía contenida preparada para surgir en plena disposición de combate en cuanto se lo ordenara.

—Los sistemas de estimulación están un poco sueltos —se dijo a sí mismo al tiempo que aumentaba la tensión de los gigantescos pistones hidráulicos del torso y de las piernas del titán—. Armas de energía al máximo. Munición cargada —dijo a continuación, a sabiendas que no le haría falta más que pensarlo para desencadenar una tormenta de disparos.

Había acabado por considerar el poder y la majestuosidad del *Dies Irae* como una personificación del propio Emperador. Cassar se había resistido al principio a aquella idea y se había burlado de la insistencia que Jonah Aruken había mostrado en su apreciación de que el titán poseía un alma. Sin embargo, cada vez se había hecho más y más obvio el motivo por el que la santa lo había escogido.

El *Lectio Divinitatus* se encontraba en peligro y había que defender a sus fieles. Casi se rió en voz alta cuando se le ocurrió aquello, pero lo que había presenciado en la cubierta médica no había hecho más que intensificar su fuerza de convicción respecto a lo acertado que había estado al tomar su decisión.

El titán era un símbolo de esa fuerza, un avatar de la ira divina, un dios máquina que llevaba la justicia del Emperador a los pecadores de Isstvan.

—El Emperador protege —murmuró Cassar, y su voz pasó flotando a través de las capas de indicadores que tenía sobrescritos en la mente—, y él destruye.

—¿Y lo sabe?

Cassar salió de repente de sus ensimismados pensamientos y los sistemas del titán se retiraron bajo la capa de su conciencia. Alzó la mirada preso de un pánico repentino, pero un momento después dejó escapar un suspiro de alivio al darse cuenta de que se trataba del moderati Aruken, que estaba de pie a su lado.

Aruken activó una clavija y las luces del puente de mando parpadearon al encenderse.

—Ten cuidado de quién puede oírte, Titus. Ahora más que nunca.

—Estaba efectuando las comprobaciones previas de combate —le respondió Cassar.

—Por supuesto que sí, Titus, pero si el princeps Turnet te oye decir cosas como ésa, será tu fin.

—Mis ideas son mías, Jonah. Ni siquiera el princeps puede prohibirme eso.

—¿De verdad te crees lo que acabas de decir? Venga, Titus, sabes muy bien que todo ese asunto del culto al Emperador no está bien visto. Tuvimos suerte en la cubierta médica, pero esto es demasiado grande para nosotros, y se está volviendo muy peligroso.

—Ahora no podemos echarnos atrás —le replicó Cassar—. No después de lo que vimos.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que vi —respondió Aruken en un tono de voz defensivo.

—¿Estás de broma?

—No —insistió Aruken—, no lo estoy. Mira. Te digo todo esto porque eres buena persona y el *Dies Irae* sufrirá si no estás aquí. Necesita una buena tripulación, y tú formas parte de ella.

—No cambies de tema —le soltó Cassar—. Los dos sabemos que lo que vimos en la cubierta médica fue un milagro. Debes aceptar eso antes de que el Emperador pueda entrar en tu corazón.

—Escúchame bien: he estado oyendo rumores en el puente de mando, Titus —le dijo Aruken acercándose más a él—. Turnet ha estado haciendo preguntas… sobre nosotros. Pregunta hasta qué punto estamos metidos, como si los dos formáramos parte de alguna clase de conspiración en la sombra. Como si ya no confiase en nosotros.

—No me importa.

—No lo entiendes. Cuando entramos en combate somos un equipo excelente, y si al final nos…, no sé, nos meten en una celda o algo peor, el equipo se romperá y no encontrarán mejor equipo que el nuestro para el *Dies Irae*. No dejes que todo este asunto de la santa lo estropee. La cruzada sufrirá si ocurre algo así.

—Mi fe no me permite transigir, Jonah.

—Bueno, ya estamos —le espetó Aruken—. Tu fe.

—No —le contestó Cassar negando con la cabeza—. También es tu fe, Jonah, lo que ocurre es que todavía no lo sabes.

Aruken no le respondió y se limitó a dejarse caer en su sillón de mando para después señalar con un gesto de la barbilla las lecturas de los indicadores que Cassar tenía delante.

—¿Cómo está?

—Muy bien. El reactor funciona con total normalidad y el localizador de objetivos reacciona con una rapidez mayor de la que jamás le había visto. Los adeptos del Mechanicum han estado trasteando aquí y allá para que suenen unos cuantos pitos y campanas más.

—Lo dices como si fuera algo malo, Titus. Los del Adeptus Mechanicum saben lo que se hacen. Bueno, el caso es que lo último que he oído es que disponemos de doce horas antes de ponernos en marcha. Vamos a desembarcar junto a la Guardia de la Muerte en tareas de apoyo. El princeps Turnet nos informará dentro de unas pocas horas, pero básicamente la misión consistirá en machacar el terreno y acojonar al enemigo. ¿Te suena bien?

—Me suena a batalla.

—Cuando empieza el baile de proyectiles, para el *Dies Irae* es lo mismo una cosa que la otra.

—Esto me recuerda por qué me sentía tan orgulloso —comentó Loken mientras miraba el agrupamiento de las tropas de la punta de lanza que tenía lugar en la cubierta de embarque del *Espíritu Vengativo*—. Unirme al Mournival y formar parte de todo esto.

—Yo me sigo sintiendo orgulloso —respondió Torgaddon—. Es mi legión. Eso no ha cambiado.

Loken y Torgaddon, con todo el equipo y la armadura puesta y preparados para el desembarco, se encontraban a la cabeza de una hueste de Adeptus Astartes. Más de una tercera parte de la legión estaba allí, con miles de guerreros a la espera y en formación. Loken vio a los veteranos al lado de los novicios recién ascendidos, a los guerreros de asalto con las espadas sierra en el cinto y los voluminosos retrorreactores a la espalda, a los devastadores cargando con los grandes bólters pesados y los cañones láser.

El sargento Lachost estaba conferenciando con su escuadra de comunicaciones para asegurarse de que entendían la importancia de mantener la conexión con el *Espíritu Vengativo* una vez las tropas se hubieran desplegado en la Ciudad Coral.

El apotecario Vaddon seguía efectuando una y otra vez las comprobaciones previas de su equipo médico, incluido el guantelete de narthecium, con su racimo de sondas y el reductor con el que recuperaría la semilla genética de los caídos en combate.

Iacton Qruze, quien llevaba siendo capitán desde hacía tanto tiempo que era todo lo viejo que podía ser un Astartes hasta ese momento, y que seguía siendo un excelente guerrero, estaba arengando a un grupo de marines espaciales recién ascendidos, contándoles las pasadas glorias de la legión y de cómo debían estar a la altura de esa honorable tradición.

—Preferiría estar con la Décima —le dijo Loken a su amigo volviéndose hacia él.

—Y yo con la Segunda —le contestó Torgaddon—. Pero no siempre podemos tener lo que queremos.

—¡Garvi! —lo llamó una voz familiar.

Loken se dio la vuelta y vio a Nero Vipus que se acercaba a ellos. Los veteranos de la escuadra Locasta siguieron con los preparativos para el desembarco.

—Nero —lo saludó Loken—. Me alegro de que estés con nosotros.

Vipus le dio una palmada en la hombrera de la armadura con la prótesis que había sustituido a la mano orgánica que había perdido en 63-19.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —le contestó el sargento.

—Ya sé lo que quieres decir —respondió Loken.

Había pasado mucho tiempo desde que habían formado juntos a bordo del *Espíritu Vengativo* como hermanos, listos para combatir por el Emperador. Nero Vipus y Loken eran amigos desde muy antiguo, desde los primeros días de entrenamiento, que apenas recordaban ya, y lo tranquilizaba tener un rostro familiar a su lado.

—¿Has oído los informes que han llegado del asalto a Isstvan Extremis? —le preguntó Vipus con la mirada encendida.

—Sólo algunos.

—Dicen que el enemigo dispone de una casta de jefes con poderes psíquicos y que sus soldados son auténticos fanáticos. Me enfurece pensar en que existe algo así.

—No te preocupes —le dijo Torgaddon—. Seguro que los matarás a todos.

—Es otra vez igual que Davin —comentó Vipus dejando al descubierto los dientes en una mueca de impaciencia.

—No, no es como Davin —le replicó Loken—. No se parece en nada a Davin.

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar, no es un puñetero cenagal —declaró Torgaddon.

—Será un honor que acompañes a la escuadra Locasta, Garvi —le dijo Vipus con cierta expectación—. Dispongo de espacio en la cápsula de desembarco.

—El honor será todo mío —le contestó Loken. Le estrechó la mano a su amigo y, de repente, se le ocurrió algo—. Cuenta conmigo.

Hizo un gesto de asentimiento a sus dos amigos antes de dirigirse abriéndose paso entre la multitud de Astartes hacia la solitaria figura de Iacton Qruze. El Que se Oye a Medias contemplaba los preparativos para el combate con una expresión de abierta envidia, y Loken notó de repente un sentimiento de comprensión hacia el venerable guerrero. Qruze era un claro ejemplo de lo poco que incluso los apotecarios de la legión sabían de la fisiología de un miembro de los Adeptus Astartes. Tenía el rostro arrugado y desgastado como la corteza de un roble viejo, pero su cuerpo seguía mostrando una tremenda resistencia y la misma habilidad lograda tras décadas de combates sin que pareciera afectarle el paso de los años.

En teoría, un Astartes era inmortal, lo que significaba que sólo con la muerte terminaba su deber. Aquella idea hizo que a Loken le recorriera la espalda un escalofrío.

—Loken —lo saludó Qruze cuando vio que se acercaba a él.

—¿No bajas a contemplar las vistas desde el Sagrario de la Sirena? —le preguntó Loken.

—Ah, pues no —respondió Qruze—. Debo quedarme aquí a la espera de nuevas órdenes. Ni siquiera ocupo un lugar en el orden de batalla de la fuerza de pacificación.

—Iacton, si el Señor de la Guerra no tiene planes para ti, quizá puedas hacer algo por mí —le dijo Loken—. Si me haces el honor.

Qruze entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de favor?

—Nada demasiado difícil, te lo prometo.

—Dime.

—Hay algunos rememoradores a bordo de los que quizá hayas oído hablar: Mersadie Oliton, Euphrati Keeler y Kyril Sindermann.

—Sí, sé quiénes son —le confirmó Qruze—. ¿Qué pasa con ellos?

—Son… amigos míos, y para mí sería un honor que los buscaras y les echaras un ojo de vez en cuando. Sólo asegúrate de que se encuentran bien.

—Capitán, ¿por qué te importan tanto estos mortales?

—Me ayudan a mantener intacta mi honestidad, Iacton —le contestó Loken con una sonrisa—. Además, me recuerdan todo lo que deberíamos ser como Adeptus Astartes.

—Entonces lo entiendo muy bien, Loken —le aseguró Qruze—. Chico, la legión está cambiando. Ya sé que me has oído machacarte con todo esto antes, pero es que siento en los huesos que hay algo grande al otro lado del horizonte y que no logramos verlo. Si esta gente te ayuda a mantener tu honestidad, eso es más que suficiente para mí. Considéralo hecho, capitán Loken.

—Gracias, Iacton. Significa mucho para mí.

—De nada, chaval —le contestó Qruze con una sonrisa—. Venga, lárgate y mata por los que nos quedamos.

—Lo haré —le prometió Loken al mismo tiempo que agarraba a Qruze por la muñeca en el típico gesto de saludo de los guerreros.

—Todas las unidades de la punta de lanza a sus puestos —dijo la resonante voz del oficial del puente de embarque.

—Buena caza en el Sagrario de la Sirena —le deseó Qruze—. ¡Lupercal!

—¡Lupercal! —gritó Loken a su vez.

Mientras trotaba hacia la cápsula de desembarco de la escuadra Locasta, casi le dio la sensación de que había olvidado los incidentes ocurridos en Davin, y que de nuevo no era más que un guerrero que luchaba en una cruzada que debía ganarse y contra un enemigo que merecía morir.

Le había hecho falta una guerra para que se sintiera otra vez uno de los Hijos de Horus.

—¡Por la victoria! —gritó Lucius.

Los Hijos del Emperador estaban tan seguros de la perfección de su estilo de hacer la guerra que era tradicional celebrar la victoria antes incluso de haberla conseguido. Tarvitz no se sintió sorprendido de que fuera Lucius quien lanzara aquel vítor. Había muchos oficiales superiores presentes para presenciar las celebraciones previas a la batalla y Lucius estaba ansioso por hacerse notar. Los Adeptus Astartes que estaban sentados cerca de él en la lujosa mesa de banquete hicieron coro de su exclamación y sus gritos resonaron en las paredes de alabastro del salón de celebraciones. Allí había estandartes capturados, honrosas armas empuñadas antaño por alguno de los Elegidos de Fulgrim que colgaban de las paredes, y murales donde se veían héroes acabando con enemigos alienígenas; gloriosos recordatorios de victorias pasadas.

El primarca no se hallaba presente, por lo que le correspondía a Eidolon ocupar su lugar en el festín y exhortar a sus camaradas Astartes a que celebraran la futura

victoria. Lucius también se esforzaba en ello y dirigía a sus compañeros en los diversos brindis que apuraban con los dorados cálices llenos de buen vino.

Tarvitz dejó su copa en la mesa y se puso en pie.

—¿Ya te marchas, Tarvitz? —le preguntó Eidolon con voz burlona.

—¿Cómo? —intervino Lucius—. ¡Si acabamos de empezar las celebraciones!

—Estoy seguro de que serás capaz de celebrar lo que sea por los dos, Lucius —le contestó Tarvitz—. Tengo asuntos que atender antes de que partamos para el desembarco.

—¡Tonterías! —le espetó Lucius—. Tienes que quedarte para contarnos lo que ocurrió en Muerte y cómo te ayudé a derrotar a esa escoria que eran los megarácnidos.

Los guerreros los vitorearon de nuevo y le pidieron a Tarvitz que volviera a narrar lo ocurrido, pero éste alzó las manos para acallarlos un momento.

—Lucius, ¿por qué no lo cuentas tú? —le dijo Tarvitz—. De todas maneras, no creo que yo logre resaltar lo suficiente tu participación como para que te guste,

—Es cierto —respondió Lucios con una sonrisa—. Muy bien, yo lo contaré.

—Mi comandante general —dijo Tarvitz, acompañando con una reverencia al saludo de despedida antes de dar media vuelta para dirigirse a la puerta dorada de la sala de banquetes. Apelar a la vanidad de Lucios era el mejor modo de desviar la atención. Echaría de menos el ambiente de camaradería de la celebración, pero tenía otros asuntos más importantes en la cabeza.

Cerró la puerta de la sala de banquetes en el mismo momento que Lucios comenzaba a contar la desafortunada expedición a Muerte, desde sus horribles comienzos hasta que, de algún modo, se había convertido en un gran triunfo, en buena parte gracias a Lucius, si había que hacer caso de las veces anteriores que lo había contado.

La magnífica columnata central que recorría el corazón de la nave se encontraba casi en silencio. Sólo se oía el zumbido apagado de los motores de la nave, algo tranquilizador en su constancia. La nave, como muchas otras de la flota de los Hijos del Emperador, se asemejaba a uno de aquellos antiguos palacios de Terra y reflejaba el deseo de la legión de imbuir a todo lo que la rodeaba de una majestuosidad regia.

Tarvitz avanzó por la nave y pasó al lado de lugares magníficos que habrían hecho llorar de envidia a los constructores de naves de Júpiter. Llegó por fin a la Sala de los Ritos, una estancia circular donde los Hijos del Emperador realizaban los juramentos y participaban en las ceremonias que los unían a la legión. Comparado con el resto de la

nave, aquel recinto era un lugar oscuro pero no por ello menos resplandeciente: las columnas de mármol sostenían muy en lo alto un techo en forma de cúpula, y los altares rituales, también de mármol, relucían rodeados de sombras.

Los Elegidos de Fulgrim juraban ponerse al servicio personal del primarca en aquella estancia, y él había aceptado el cargo de capitán ante el Altar del Servicio. La Sala de los Ritos sustituía la sensación de opulencia por la de gravedad, y parecía diseñada para intimidar con la promesa de un conocimiento oculto a todo el mundo menos a los oficiales de rango más elevado de la legión.

Tarvitz se detuvo en el umbral al ver la silueta inconfundible del Anciano Rylanor. Su cuerpo de dreadnought se encontraba delante del Altar de la Devoción.

—Entra —le dijo Rylanor con su voz artificial.

Tarvitz se acercó con cuidado al Anciano. Su silueta cuadrangular dio paso a un sarcófago parecido al casco de un tanque pero montado sobre unas poderosas patas movidas por pistones. Los amplios hombros del dreadnought montaban un cañón de asalto en un brazo y un enorme puño hidráulico en el otro. El cuerpo de Rylanor giró con lentitud sobre el eje central para encararse a Tarvitz y dejó a un lado el *Libro de Ceremonias* que se encontraba abierto sobre el altar.

—Capitán Tarvitz, ¿por qué no te encuentras con los demás guerreros? —le preguntó Rylanor. La ranura de visión que albergaba los circuitos oculares lo miró sin mostrar emoción alguna.

—Pueden celebrar la victoria más que de sobra sin mí —contestó Tarvitz—. Además, ya he asistido a demasiados relatos de Lucius como para pensar que me perderé mucho esta vez.

—Tampoco es de mi agrado —comentó Rylanor.

La unidad de voz del dreadnought emitió un sonido electrónico intermitente y chirriante. Tarvitz pensó al principio que se trataba de un fallo del sistema, pero un momento después se dio cuenta de que así sonaba la risa del Anciano.

Rylanor era el Anciano de los Ritos de la legión, y cuando no se encontraba en el campo de batalla se encargaba de supervisar las ceremonias que marcaban el ascenso gradual de cualquier Adeptus Astartes desde su comienzo como novicio hasta convertirse en uno de los Elegidos de Fulgrim.

Muchas décadas antes, Rylanor había resultado herido en un enfrentamiento contra los traicioneros eldars. Las lesiones que sufrió estaban más allá de las capacidades curativas de los apotecarios de la legión, por lo que lo introdujeron en el

sarcófago de un dreadnought para que pudiera continuar con el servicio a la legión. Junto a Lucius y a Tarvitz, Rylanor era uno de los oficiales superiores que desembarcarían para tomar el complejo palaciego de la Ciudad Coral.

—Deseo hablar con usted, reverendo Anciano —le dijo Tarvitz—. Es sobre el desembarco.

—El desembarco comenzará dentro de pocas horas —le contestó Rylanor—. No queda mucho tiempo.

—Sí, lo sé. Lo he dejado para demasiado tarde y debo pedirle disculpas por ello, pero se trata del capitán Odovocar.

—El capitán Odovocar está muerto. Cayó en Isstvan Extremis.

—Y la legión perdió un gran guerrero ese día —añadió Tarvitz asintiendo—. No sólo eso. Actuaba como oficial de estado mayor de lord Eidolon a bordo del *Andronius* y transmitía las órdenes del comandante a la zona de combate. Después de su muerte, no hay nadie que cumpla esa misión.

—Eidolon es consciente de la pérdida de Odovocar. Ya habrá pensado en alguien para que lo sustituya.

—Solicito el honor de cumplir esa tarea —exclamó Tarvitz con voz solemne—. Conocía muy bien a Odovocar y consideraría un tributo adecuado acabar la tarea que él comenzó en esta campaña.

El dreadnought se inclinó sobre Tarvitz. La fría superficie metálica de la máquina de guerra no dejó entrever emoción alguna mientras el guerrero lisiado que había en su interior decidía el destino de Tarvitz.

—¿Renunciarías al honor que supone tu puesto en la punta de lanza para encargarte de sus deberes?

Tarvitz se quedó mirando la ranura de visión de Rylanor mientras se esforzaba por mantener una expresión neutral en la cara. El Anciano era testigo de todo por lo que la legión había pasado desde los comienzos de la Gran Cruzada, y se decía que era capaz de percibir una mentira desde el mismo momento en que se pronunciaba.

Su solicitud de permanecer a bordo del *Andronius* era muy extraña, y Rylanor sin duda sentiría sospechas sobre sus motivos para no querer entrar en combate. Lo cierto era que en cuanto Tarvitz se enteró de que Eidolon no encabezaba en persona la punta de lanza supo que tenía que haber alguna razón para ello. El comandante general jamás dejaba pasar una oportunidad de vanagloriarse de su habilidad marcial, y no se conocía ninguna otra ocasión en la que hubiera designado a otro oficial para que

dirigiera el combate en su nombre.

No sólo eso. Las órdenes de despliegue que Eidolon había entregado no tenían ningún sentido.

En lugar del habitual y riguroso orden de batalla por regimientos, el típico de un asalto de los Hijos del Emperador, las unidades elegidas para realizar el primer ataque casi parecían haber sido escogidas al azar. Lo único que tenían en común era que ninguna de ellas pertenecía a los capítulos bajo el mando de los oficiales preferidos de Eidolon. Que el comandante general organizara un desembarco sin contar con ninguno de los guerreros pertenecientes a las unidades de esos oficiales era un tremendo insulto y algo inaudito.

Había algo muy raro en aquel asalto, y Tarvitz no conseguía quitarse de la cabeza que había alguna clase de propósito oculto y siniestro en la selección de aquellas unidades. Tenía que saber de qué se trataba.

Rylanor se enderezó antes de hablar.

—Me encargaré de que te reemplacen. Capitán Tarvitz, lo que haces es un gran sacrificio. Honras enormemente la memoria del capitán Odovocar.

Tarvitz se esforzó por ocultar el alivio que sentía. Sabía que había corrido un riesgo impensable por mentirle a Rylanor.

—Gracias, Anciano —se limitó a decir con un gesto de asentimiento.

—Voy a reunirme con las tropas de la punta de lanza —le comunicó el dreadnought—. La celebración no tardará en acabar y debo asegurarme de que se encuentran preparados para el combate.

—Lleve la perfección a la Ciudad Coral.

—Guíanos bien —respondió Rylanor con la voz cargada de un significado implícito. De repente, Tarvitz estuvo seguro de que el dreadnought quería que se quedara a bordo de la nave—. Cumple la tarea encomendada por el Emperador, capitán Tarvitz —le ordenó Rylanor.

Tarvitz saludó marcialmente antes de contestar.

—Así lo haré.

Rylanor dejó atrás la Sala de los Ritos y se dirigió hacia el banquete con pasos resonantes y pesados.

Tarvitz se quedó mirando cómo se alejaba y se preguntó si volvería a ver al Anciano.

Los dormitorios construidos a todo lo largo de las paredes que constituían un lado de la pasarela eran oscuros y asfixiantes. Mersadie vio desde la puerta de uno de ellos el compartimento de máquinas, donde los miembros de la tripulación no eran más que unas figuras sudorosas e indiferenciadas que no dejaban de trabajar bajo el calor infernal y el brillo rojizo de los reactores de plasma. Se apresuraban por las otras pasarelas, las que se extendían entre los gigantescos reactores, y subían por los enormes conductos que colgaban como telas de araña en mitad de aquel resplandor infernal.

Se enjugó el sudor que le corría por la frente, provocado por el calor y la estrechez del lugar. No estaba acostumbrada al tremendo ambiente asfixiante que le arrebataba el aliento y la dejaba sin fuerzas.

—Mersadie —la llamó Sindermann, que se dirigía por la pasarela a reunirse con ella.

El iterador había perdido peso. La sucia túnica le colgaba de un cuerpo que ya de por sí había sido delgado, pero su rostro estaba iluminado por el alivio y la alegría de verla. Los dos se abrazaron con fuerza, agradecidos más allá de lo expresable con palabras al darse cuenta de que el otro estaba sano y salvo. Mersadie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al ver al anciano. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que lo echaba de menos.

—Kyril, me alegro tanto de estar de nuevo a tu lado —dijo entre sollozos—. Desapareciste. Creí que te habían capturado. No sabía lo que te había ocurrido.

—Tranquila, Mersadie —la calmó Sindermann—. No pasa nada. Siento mucho no haber podido ponerme en contacto contigo antes. Debes saber que si hubiera tenido la oportunidad habría hecho todo lo posible por mantenerte al margen de todo esto, pero ya no sé qué hacer. No podemos tenerla escondida para siempre.

Mersadie miró a través del umbral de la puerta del dormitorio y deseó tener el mismo valor para creer que poseía Sindermann.

—No seas ridículo, Kyril. Me alegro de que te pusieras en contacto conmigo. Pensé… pensé que Maloghurst o Maggard te habían matado.

—Maggard casi lo consigue —repuso Sindermann—, pero la santa nos salvó.

—¿Que la santa os salvó? —le preguntó Mersadie extrañada—. ¿Cómo?

—No lo sé con exactitud, pero fue igual que en la sala de archivo. El poder del Emperador estaba en ella. Lo vi con mis propios ojos, Mersadie, tan seguro como que

te veo ahora mismo delante de mí. Ojalá lo hubieras visto tú también.

—Me habría gustado haberlo visto. —Y se sintió sorprendida al darse cuenta de que realmente así era.

Entró en el dormitorio y se quedó mirando la forma inerte de Euphrati Keeler tumbada en un estrecho camastro, y que daba toda la impresión de estar simplemente dormida. La pequeña estancia se encontraba abarrotada y llena de suciedad. Una manta no muy gruesa cubría el suelo que había al lado del camastro.

Por una pequeña escotilla entraba la débil luz parpadeante de las estrellas. Aquel detalle era algo muy apreciado en la profundidad de una nave. Supo sin necesidad de preguntar que alguien había ofrecido de forma voluntaria y entusiasta su propia estancia para que la utilizaran la santa y su acompañante.

Incluso en aquellas profundidades apestosas y oscuras, la fe florecía.

—Ojalá fuese capaz de creer —comentó Mersadie en voz alta mientras contemplaba el rítmico movimiento del pecho de Euphrati.

—¿No lo eres? —quiso saber Sindermann.

—No lo sé —contestó ella haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Dime, ¿por qué debería hacerlo? ¿Qué significa creer para ti, Kyril?

Él sonrió y la tomó de la mano.

—Me proporciona algo que me sostiene. En esta nave hay gente deseosa de matarla, y sin embargo… No me preguntes cómo, pero sé que necesito mantenerla a salvo.

—¿No tienes miedo? —inquirió Mersadie.

—¿Miedo? —respondió Kyril—. Jamás me he sentido más aterrorizado en toda mi vida, querida, pero tengo la esperanza de que el Emperador me esté protegiendo. Eso me da fuerzas y la voluntad necesarias para enfrentarme al miedo.

—Eres una persona extraordinaria, Kyril.

—No soy extraordinario, Mersadie —negó Sindermann con la cabeza—. Tuve suerte. He sido testigo de lo que la santa hizo, así que para mí tener fe ha sido fácil. Para ti es más difícil, ya que no has visto nada. Lo único que tienes que hacer es aceptar que el Emperador está actuando a través de Euphrati, pero no lo crees, ¿verdad?

Mersadie se apartó de Sindermann deshaciendo el abrazo, y se quedó mirando a través de la portilla al vacío del espacio que se extendía al otro lado.

—No. No puedo. Todavía no.

Una raya blanca cruzó por delante de la portilla como si fuera un meteorito.

La siguió otra, y otra más.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Sindermann se agachó un poco para poder ver mejor a través de la portilla.

A pesar de lo agotada que estaba, vio de nuevo la fuerza interior que había en él y que anteriormente siempre había dado por sentado. Parpadeó para capturar la imagen, el valor y el desafío que perfilaban el rostro de su amigo.

—Son cápsulas de desembarco —le aclaró Sindermann indicándole con un gesto de la mano un objeto brillante que destacaba contra la oscuridad y que se había situado cerca de Isstvan III. Una pequeña lluvia de chispas surgió de la parte baja del objeto y se dirigió hacia la superficie del planeta.

—Creo que se trata del *Andronius*, la nave insignia de Fulgrim —añadió Sindermann—. Por lo que parece, el ataque del que habíamos oído hablar acaba de comenzar. Imagínate cómo sería si pudiésemos ver todo su desarrollo.

Euphrati dejó escapar un quejido y el ataque contra Isstvan III quedó olvidado de inmediato, ya que ambos se apresuraron a colocarse a su lado. Mersadie vio con toda claridad el enorme amor que Sindermann sentía por Euphrati en el sencillo gesto de limpiarle la frente. La piel quedó tan limpia que casi parecía relucir.

Mersadie comprendió por un breve instante cómo era posible que la gente creyese que Euphrati podía hacer milagros. Su cuerpo era frágil y pálido, pero parecía inalterada por el mundo que la rodeaba. Cuando Mersadie había conocido a Keeler, ésta era una mujer atrevida que nunca temía decir lo que pensaba o forzar las normas para conseguir las magníficas imágenes por las que era famosa, y con justicia. Sin embargo, en esos momentos, era algo completamente distinto.

—¿Se está despertando? —le preguntó a Sindermann.

—No —respondió él con cierta tristeza—. Emite ruidos, pero jamás abre los ojos. Es una pena. A veces estoy convencido de que está a punto de recuperar la conciencia, pero después se hunde de nuevo en el infierno que debe reinar en el interior de su cabeza.

Mersadie dejó escapar un suspiro y se volvió para contemplar de nuevo el espacio.

Los diminutos puntos de luz se dirigieron a centenares hacia Isstvan III. Cuando la punta de lanza ya estaba a punto de llegar a su objetivo, Keeler susurró algo.

—Loken…

La Ciudad Coral era magnífica.

Su diseño era una obra maestra de arquitectura. La luz y el espacio conseguidos eran tan maravillosos que Peeter Egon Momus le había suplicado al Señor de la Guerra que no la asaltara de un modo brutal. Varios milenios más antigua que el Imperio que la había conquistado en nombre del Emperador, sus edificios y avenidas estaban a punto de convertirse en zonas de combate empapadas de sangre.

Mientras que el monstruo de la conquista había convertido a la galaxia en un lugar estéril, la Ciudad Coral continuó siendo la ciudad de los dioses.

El palacio del Señor del Coro, una creación vertiginosa de superficies arcos de mármol que relucían bajo el sol, se abría al cielo como una inmensa orquídea. Las construcciones de granito pulido de los distritos más prósperos de la ciudad lo rodeaban como un séquito de adoradores. Momus había descrito el palacio como un monumento al poder y a la gloria, un símbolo del derecho divino según el cual debería gobernarse Isstvan III.

Ya más alejados del palacio y de la perfección arquitectónica de la Ciudad Coral se extendían los inmensos distritos residenciales de varios niveles superpuestos. Estaban conectados por incontables pasarelas y puentes de vidrio y acero. Las avenidas que corrían entre ellos eran amplios bulevares surcados por arboledas en los que los habitantes de la Ciudad Coral tenían sus residencias.

El corazón industrial de la ciudad se alzaba como un esqueleto trepador de acero hacia las montañas orientales, desde donde vomitaba grandes bocanadas de humo producidas por el proceso de fabricación de las armas que se entregarían a los ejércitos del planeta. Se avecinaba una guerra, y todos y cada uno de los isstvanianos estaba dispuesto a luchar.

Sin embargo, no había paisaje alguno en la Ciudad Coral que se pudiese comparar con el Sagrario de la Sirena.

Ni siquiera el majestuoso espectáculo que constituía el palacio eclipsaba al Sagrario de la Sirena. Sus gigantescos muros definían la Ciudad Coral con su inmensidad. Las enormes almenas empequeñecían todo lo que las rodeaba. La sagrada fortaleza del Sagrario de la Sirena hacía humildes incluso a los picos nevados de las montañas cercanas. En el interior de sus muros, unas inmensas torres-tumba se elevaban hacia el cielo cargadas de esculturas monumentales que contaban las leyendas del mítico pasado de Isstvan.

Esas leyendas decían que el propio dios Isstvan había creado el mundo a partir de una música, y que los benditos cantores de guerra eran capaces de oír esa canción, y que había dado a luz a incontables hijos con los que había poblado las primeras épocas del planeta. Se convirtieron en el día y en la noche, en el océano y en la montaña, en un millar de leyendas cuyo aliento se sentía en cada momento de cada día de la Ciudad Coral.

Las estatuas más siniestras hablaban de los Hijos Perdidos, los hijos e hijas que habían renegado de su padre y habían sido expulsados a las tierras baldías del quinto planeta, donde se convirtieron en monstruos llenos de envidia y alzaron fortalezas negras donde rumiar su expulsión del paraíso.

La guerra, la traición, la revelación y la muerte marchaban todas juntas dando vueltas por el Sagrario de la Sirena en unos interminables ciclos de mitos. El peso de su significado anclaba la Ciudad Coral al suelo de Isstvan III e infundía a todos sus habitantes un sentimiento de propósito sagrado.

Se decía que los dioses de Isstvan dormían en el Sagrario de la Sirena, desde donde susurraban sus siniestros planes en las pesadillas de los niños y de los ancianos.

Durante un largo tiempo, los mitos y las leyendas se habían mantenido tan lejanos como siempre habían estado, pero en esos momentos caminaban entre la propia gente de la Ciudad Coral, y cada ráfaga de viento gritaba que los Hijos Perdidos habían regresado.

Sin saber el motivo concreto, la población de Isstvan III se había armado y había seguido sin cuestionar en absoluto las órdenes que Vardus Praal había dado para que defendieran la ciudad. Un ejército de soldados bien equipados esperaba la invasión que durante tanto tiempo les habían prometido que sucedería. Estaban desplegados en la zona occidental de la ciudad, donde los cantores de guerra habían creado con sus canciones una formidable red de trincheras.

Las piezas de artillería situadas en mitad de las relucientes avenidas de la ciudad apuntaban hacia el oeste, preparadas para machacar a cualquier invasor antes incluso que hubiera logrado llegar a las trincheras. Los guerreros de la Ciudad Coral se encargarían de acabar entonces con los supervivientes que se acercaran mediante unos cuidadosos planes de fuego cruzado.

Las defensas se habían planificado de un modo meticuloso para proteger a la ciudad de un ataque desde el oeste, la única dirección desde la que se podía lanzar una

invasión.

O eso les habían dicho a los soldados desplegados en los puntos de defensa.

El primer indicio ominoso fueron las llamaradas que aparecieron en el cielo al amanecer.

Una lluvia de meteoritos cruzó la roja salida del sol atravesando incandescente el cielo como si fueran lágrimas de fuego.

Los centinelas de las trincheras las vieron caer formando brillantes lanzas llameantes. El primer objeto ardiente se estrelló contra las trincheras provocando un surtidor de barro y fuego.

La noticia se extendió a la velocidad del pensamiento por toda la Ciudad Coral: los Hijos Perdidos acababan de regresar, y las profecías de los mitos se habían hecho realidad.

Se cumplieron en cuanto las cápsulas de desembarco se abrieron de par en par y los Adeptus Astartes de la legión de la Guardia de la Muerte salieron del interior.

Y entonces comenzó la matanza.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE



OCHO
SOLDADOS DEL INFIERNO
MATANZA
TRAICIÓN

—¡Treinta segundos! —gritó Vipus.

Su voz apenas se oyó debido al aullido de los cohetes encendidos durante el veloz descenso de la cápsula de desembarco a través de la atmósfera de Isstvan III. Los Adeptus Astartes de la escuadra Locasta estaban iluminados por la luz roja del interior, y por un momento Loken se pregunté qué apariencia tendrían a los ojos de los habitantes de la Ciudad Coral cuando por fin comenzara el verdadero asalto. Serían guerreros de otro mundo, soldados del infierno.

—¿Qué aspecto tiene el punto de aterrizaje? —preguntó Loken a gritos.

Vipus echó un vistazo a las lecturas que mostraba una pantalla pictográfica instalada por encima de su cabeza.

—¡Nos desviamos! Caeremos sobre el objetivo, pero no sobre el centro exacto. Odio estos cacharros. ¡Prefiero los Stormbirds de siempre!

Loken ni siquiera se molestó en responder. Apenas era capaz de oír a Nero, ya que la atmósfera se hizo más densa alrededor de la cápsula de desembarco y los cohetes de frenado de la panza se activaron. La cápsula se estremeció de arriba abajo y la superficie comenzó a calentarse debido a la enorme fuerza de rozamiento que provocaba el descenso, hasta que se convirtió en una bola de fuego y ruido.

Se limitó a quedarse sentado durante los minutos finales mientras todo a su alrededor quedaba ahogado por un rugido feroz. Era incapaz de ver al enemigo contra el que estaba a punto de empezar a combatir y le entregó el control al destino hasta

que la cápsula de desembarco aterrizara.

Nero estaba en lo cierto cuando dijo que habría preferido un asalto desde un Stormbird. Para un guerrero, la naturaleza precisa, casi quirúrgica, de un asalto aéreo era preferible a aquel descenso accidentado.

Sin embargo, el Señor de la Guerra había decidido que la punta de lanza se desplegaría mediante cápsulas de desembarco. Loken admitió que el razonamiento en que se basaba era correcto: miles de Adeptus Astartes desplegados en mitad de las defensas enemigas sin previo aviso sería más devastador desde el punto de vista psicológico. Loken repasó mentalmente el momento en que la cápsula de desembarco se estrellaría contra el suelo y se preparó para cuando las cargas de apertura de las escotillas estallasen y las abriesen.

Empuñó con más fuerza el bólter y comprobó por décima vez que la espada sierra se encontraba en su vaina de la cintura. Loken estaba preparado.

—Diez segundos, Locasta —gritó Vipus.

Apenas un segundo después, la cápsula de desembarco chocó contra el suelo con tal fuerza que la cabeza de Loken salió disparada hacia atrás, y de repente todo el ruido desapareció y el mundo se volvió negro.

Lucius mató a su primer enemigo sin siquiera dejar de andar.

Daba la impresión de que la armadura del muerto estaba hecha de cristal, con una superficie brillante e iridiscente. La hoja de la alabarda que empuñaba parecía estar forjada con el mismo material reflectante. Llevaba la cara tapada por una máscara de cristal teñido, con la boca representada por un trazo de plomo y llena de dientes hechos con triángulos semejantes a gemas.

Lucius desclavó la espada y el filo humeó levemente por la sangre que lo manchaba. El soldado se desplomó sobre el suelo. Por encima del Astartes un arco curvado de mármol relucía con un brillo rojizo bajo la temprana luz del amanecer. Una nube de polvo flotaba en el aire alrededor de la cápsula de desembarco de la que acababa de salir de un salto.

El palacio del Señor del Coro se alzaba ante él, inmenso y sorprendente, una flor de piedra con la torre central parecida a un espectacular puñado de pétalos de granito que se retorcieran sobre sí mismos.

A su espalda se estrellaron nuevas cápsulas de desembarco. El objetivo principal de los Hijos del Emperador era la plaza que rodeaba las entradas septentrionales del

palacio. La pared de una de las cápsulas de desembarco más cercana voló en mil pedazos y de su interior iluminado por la luz roja surgió el Anciano Rylanor. Su cañón de asalto ya estaba girando en busca de posibles objetivos.

—¡Nasicae! —gritó Lucius—. ¡Conmigo!

Lucius distinguió un destello de cristal coloreado en el interior del palacio y movimiento al otro lado de los enormes paneles de piedra de la zona de entrada.

Un grupo de guardias del palacio reaccionó al repentino y sorpresivo ataque, pero contrariamente a lo que Lucius había esperado, no gritaban o suplicaban por su vida. Ni siquiera estaban huyendo, ni se habían quedado quietos, paralizados por la sorpresa.

La guardia de palacio lanzó un tremendo grito de guerra y se lanzó a la carga. Lucius se echó a reír, contento de poder enfrentarse a un enemigo que poseía algo de entereza. Apuntó en su dirección con la espada y corrió hacia ellos, con la escuadra Nasicae pegada a la espalda y con las armas preparadas.

Un centenar de guardias de palacio salió a su encuentro, todos ellos resplandecientes en sus armaduras cristalinas. Formaron una línea de combate delante de los Astartes, empuñaron en su dirección las alabardas y abrieron fuego.

El aire que rodeaba a Lucius se llenó de ardientes agujas de plata que le abollaron y agujerearon la hombrera y la pernera de la armadura. Alzó la espada para protegerse la cabeza y las agujas estallaron al chocar contra la hoja incandescente del arma. Las que impactaron en la piedra de la entrada del lugar provocaron un burbujeo y un siseo muy parecido al producido por el ácido.

Uno de los miembros de la escuadra Nasicae cayó al suelo al lado de Lucius con un brazo derretido y el abdomen convertido en un estanque burbujeante.

—¡Perfección y muerte! —gritó Lucius antes de lanzarse a la carrera entre las agujas de plata al rojo blanco.

Los Hijos del Emperador y la guardia de palacio chocaron con un ruido similar al de un millar de ventanas al partirse. El terrible rugido de las alabardas rifle dio paso al chasquido de los filos contra las armaduras y al fuego de bólter a quemarropa.

El primer mandoble de la espada de Lucius cortó limpiamente el asta de una alabarda y atravesó la garganta del hombre que tenía delante. Unos ojos de cristal inexpresivos se lo quedaron mirando mientras la sangre salía a borbotones de la garganta destrozada del guardia de palacio, así que Lucius le arrancó el casco de la cabeza para disfrutar mejor de la sensación que le provocaba su muerte.

Una pistola de plasma escupió un chorro de fuego líquido que envolvió por completo a otro enemigo, de la cabeza a los pies, pero el guardia siguió luchando y blandió con fuerza la alabarda. El golpe le abrió un profundo corte a uno de los guerreros de Lucius antes de que otro Adeptus Astartes le cortara la cabeza al guardia de un tajo de la espada sierra.

Lucius pivotó todo el cuerpo sobre un pie para esquivar un golpe de alabarda y propinó a su oponente un fuerte mazazo en la placa facial con el pomo de la espada. Se enfureció al ver que la placa aguantaba el golpe. El guardia se apartó trastabillando y Lucius cambió la guardia de la espada para clavar la hoja en el hueco que había entre las placas de cristal de la cintura de su oponente. Sintió cómo el campo de energía de la espada lo atravesaba achicharrándole el abdomen y la espina dorsal.

Aquellos guardias estaban retrasando el avance de los Hijos del Emperador y ganando un tiempo precioso a costa de sus vidas para proteger algo más importante que se encontraba en el interior del palacio. Por mucho que Lucius disfrutara de la sensación que le provocaban la matanza, el olor a sangre y el fuerte olor a quemado que el calor de su espada provocaba al quemar los restos pegados a la hoja, a pesar del palpitar de la sangre en las venas, sabía que no podía permitirse el lujo de conceder a los defensores esos momentos que necesitaban.

Lucius corrió hacia adelante cortando extremidades y gargantas. Luchó como si estuviera siguiendo los pasos de una complicada danza, una danza, donde él interpretaba el papel de vencedor y sus oponentes tan sólo estaban allí para morir. Los guardias de palacio morían a su alrededor y él tenía la armadura empapada de la sangre de sus miembros. Se echó a reir de pura felicidad.

Los guerreros siguieron combatiendo a su espalda, pero Lucius sabía que tenían que seguir avanzando antes de que la guardia de palacio lograra detener el ímpetu del ataque haciendo llegar más efectivos a la zona.

—¡Escuadras Quemondil y Rethaerin! ¡Matad a todos éstos y después seguidme!

Los disparos llegaron procedentes de todos lados cuando los Hijos del Emperador se esforzaron por llegar hasta el cruce donde Lucius había conseguido abrirse camino. El espadachín asomó un momento la cabeza por la esquina y vio que al otro lado se extendía un amplio mar interior. Un chorro de agua bajaba formando una cascada a través de un agujero abierto en el centro de una colosal cópula de granito. Un rayo de luz rosada corría paralelo al agua y creaba anchos arcoíris entre las bóvedas formadas por los pétalos de la superficie de la cánula.

En la superficie del mar interior, que ocupaba la mayor parte del espacio que se abría bajo la cúpula, se alzaban varias islas, todas ellas rematadas por un capricho arquitectónico de colores blancos y dorados.

Miles de guardias de palacio se estaban congregando bajo la cúpula. Avanzaban vadeando entre grandes salpicaduras el mar, que les llegaba a la cintura, para tomar posiciones entre las diferentes construcciones arquitectónicas. La mayoría llevaban puestas las mismas armaduras vítreas que los hombres que seguían muriendo a la espalda de Lucios, pero muchos otros estaban protegidos por armaduras mucho más elaboradas fabricadas con un metal plateado brillante. Unos pocos todavía llevaban puestas unas largas túnicas de seda que ondulaban a sus espaldas como humo a medida que avanzaban.

Rylanor apareció en la cúpula por detrás de Lucius. Tenía las bocachas del cañón de asalto humeantes, y las garras en forma de cincel del puño de combate chorreantes de sangre.

—Se están concentrando aquí —le informó Lucius—. ¿Dónde están esos malditos Devoradores de Mundos?

—Tendremos que tomar el palacio nosotros solos —le contestó la voz chirriante de Rylanor, procedente de las profundidades del sarcófago del dreadnought.

Lucius asintió, contento de disponer de aquella oportunidad de avergonzar a los Devoradores de Mundos.

—Anciano, cúbrenos. ¡Hijos del Emperador, a la carga y fuego de cobertura! ¡Nasicae, mantened el ritmo esta vez!

El Anciano Rylanor salió del cruce y una espectacular lluvia de disparos cayó a su alrededor. Una tormenta de casquillos de proyectiles pesados y un chorro de humo aceitoso salieron del afuste montado a la altura del hombro.

La tormenta de proyectiles explosivos despedazó el capricho arquitectónico de la isla más cercana, y entre los restos se vislumbraron los cuerpos rotos y ensangrentados de varios guardias.

—¡Adelante! —gritó Lucius, pero los Hijos del Emperador ya se habían lanzado a la carga. Su entrenamiento era tan intensivo que ocupaban de forma automática sus puestos en la intrincada disposición de movimientos de avance y de fuego de cobertura que hicieron que la fuerza de ataque entrara en tromba bajo la cúpula.

El rostro de Lucius se iluminó con una alegría salvaje mientras se lanzaba a la carga. La emoción del combate y la sensación de matar lo estimulaban casi hasta el

éxtasis.

La perfección de la muerte había llegado a la Ciudad Coral envuelta en una incesante cacofonía de sonidos.

Un extraño edificio de aspecto orgánico, situado en el lado meridional del palacio, se mantenía pegado a un costado de éste como una especie de parásito. Por su forma abultada y fluida daba la impresión más bien de haber crecido que de haber sido construido. El mármol pálido de la superficie estaba recorrido por venillas oscuras y los grandes muros colgaban como fruta madura. Por la cantidad de placas conmemorativas de mármol que recordaban la muerte de los ciudadanos más importantes y poderosos de la ciudad, era evidente que se trataba de un lugar sagrado.

Se lo conocía como el Templo de la Canción, y era un homenaje a la música que el Padre Isstvan había entonado cuando había creado todas las cosas.

También era el objetivo de los Devoradores de Mundos.

La noticia de que la invasión había comenzado ya se había extendido para cuando las primeras cápsulas de desembarco de los Devoradores de Mundos cayeron en mitad de la plaza, destrozando lápidas y lanzando placas de mármol por los aires. Una extraña música resonaba en el aire de la mañana y avisaba a los habitantes de la Ciudad Coral para que salieran de sus casas y empuñaran las armas. Los soldados de los barracones cercanos empuñaron sus rifles y los cantores de guerra aparecieron sobre los muros del templo para comenzar la canción de muerte para los invasores.

Convocados por los lamentos de los cantores de guerra, la gente de la ciudad se reunió en las calles y se dirigió en tromba hacia el combate.

La fuerza de ataque de los Devoradores de Mundos estaba bajo el mando del capitán Ehrlen, y cuando salió de la cápsula de desembarco, lo que esperaba encontrar eran los entrenados guerreros de los que le había informado Angron, no los miles de ciudadanos aullantes que entraban en la plaza desde todos lados. Avanzaban como una inmensa marea, armados con toda clase de instrumentos y artefactos sacados de sus propias casas, pero lo que los convertía en una fuerza letal no eran las armas, sino el impresionante número y la terrible canción de muerte y destrucción que aullaban mientras corrían.

—¡Devoradores de Mundos, a mí! —gritó Ehrlen al mismo tiempo que empuñaba con fuerza el bólter y apuntaba hacia la masa de gente lanzada a la carga.

Los guerreros de blanca armadura de los Devoradores de Mundos formaron una

línea de disparo a su alrededor, apuntando con los bólters hacia fuera.

—¡Fuego! —ordenó Ehrlen con un aullido, y las primeras filas de los habitantes de la Ciudad Coral cayeron abatidas por la letal andanada, pero la masa pasó por encima de los cadáveres como un maremoto y siguió avanzando.

Cuando la distancia entre las dos fuerzas se acortó más todavía, los Devoradores de Mundos soltaron las armas de fuego y desenvainaron las espadas sierra.

Ehrlen vio con claridad el odio frenético en la mirada de sus enemigos y supo que aquella batalla no tardaría en convertirse en una matanza.

Y si había algo en lo que los Devoradores de Mundos destacaban, era en las matanzas.

—Maldita sea —exclamó Vipus—. Debemos de haber chocado con algo en la trayectoria final de acercamiento.

Loken tuvo que obligarse a sí mismo a abrir los ojos. La única iluminación precedía de una grieta que se había abierto en una de las paredes de la cápsula de desembarco, pero era más que suficiente para comprobar que seguía de una sola pieza.

Se sentía como si le hubieran dado una paliza, pero no encontró ningún indicio de que hubiese sufrido algo peor que eso.

—¡Locasta, informe! —ordenó Vipus.

Los guerreros de la escuadra Locasta gritaron sus nombres uno por uno, y Loken se sintió aliviado al comprobar que ninguno de ellos parecía haber resultado herido por el impacto. Se desabrochó el cierre de los arneses de seguridad y tuvo que rodar para ponerse en pie, ya que la cápsula de desembarco estaba inclinada hacia un lado. Sacó su bólter del estante de seguridad y se abrió paso a través de la grieta abierta en el costado de la cápsula de desembarco.

Cuando salió a la brillante luz de la mañana vio que se habían estrellado contra el voladizo de una de las torres. Los escombros y cascotes resultantes del choque se encontraban esparcidos alrededor de la destrozada cápsula de desembarco. Dio la vuelta alrededor del lugar y se percató de que se encontraban al menos a doscientos metros por encima del suelo, metidos entre las inmensas almenas del Sagrario de la Sirena.

A la izquierda vio las impresionantes torres-tumba cubiertas de estatuas, mientras que a la derecha tenía la propia Ciudad Coral, con sus majestuosos edificios bañados

por la rosada luz del amanecer. Loken vio con claridad desde aquel ventajoso punto de observación toda la ciudad, la extraordinaria flor de piedra que era el palacio y las defensas occidentales, que parecían cicatrices en mitad del paisaje.

Loken oyó el sonido de tiroteos en la zona de palacio, y se dio cuenta de que los Hijos del Emperador y los Devoradores de Mundos ya se estaban enfrentando al enemigo. También le llegó el sonido de un combate a sus pies. Las unidades de los Hijos de Horus habían entrado en combate en la maraña de capillas y estatuas que flanqueaban las avenidas que corrían entre las torres-tumba.

—Hay que encontrar un modo de bajar —comunicó Loken a los miembros de la escuadra Locasta que habían salido de entre los restos de la cápsula de desembarco. Vipus se acercó al trote hasta él con el bólter preparado.

—A los puñeteros cartógrafos de superficie se les deben de haber escapado estos voladizos —gruñó el sargento.

—Eso parece —contestó Loken mostrándose de acuerdo mientras veía a otra cápsula de desembarco rebotar contra el costado de una de las torres-tumba y seguir el descenso dando vueltas sobre sí misma rodeada por una lluvia de estatuas rotas.

—Nuestros guerreros están muriendo —dijo con amargura—. Alguien va a pagar por esto.

—Me parece que estamos desperdigados —comentó Vipus mirando hacia abajo, hacia el resto del Sagrario de la Sirena. Allí, entre las torres-tumba, las capillas menores y los templos se apoyaban los unos en los otros formando un complejo rompecabezas.

Varias nubes de humo negro y unas cuantas explosiones se alzaron del lugar de los combates.

—Necesitamos un punto de referencia donde reagruparnos —dijo Loken antes de activar el canal de comunicación con Torgaddon—. ¿Tarik? Aquí Loken. ¿Dónde estás?

La única respuesta fue una descarga de estática.

Miró a través del Sagrario de la Sirena y se fijó en una de las torres-tumba que estaba pegada a la muralla. Los numerosos niveles que la conformaban los soportaban unas columnas a las que el escultor había dado formas de monstruos, y el impacto de una cápsula de desembarco le había arrancado la parte superior.

—Maldita sea. Tarik, si puedes oírme, dirígete a la torre que está al lado de la muralla occidental, la que tiene la cima arrancada. Nos reagruparemos allí. Me dirijo

hacia tu posición.

—¿Alguna respuesta? —se interesó Vipus.

—No. Las comunicaciones van fatal. Algo las está interrumpiendo.

—¿Las torres?

—Haría falta algo más que eso —comentó Loken—. Vamos, tenemos que encontrar un modo de bajar de este puñetero muro.

Vipus asintió y se dio la vuelta hacia sus hombres.

—Locasta, empezad a buscar un modo de bajar.

Loken se asomó por encima del borde mientras los miembros de la escuadra Locasta se desplegaban para cumplir la orden del sargento. A sus pies distinguió las diminutas figuras de los Adeptus Astartes enfrentados a unos guerreros protegidos por armaduras negras en un feroz tiroteo. Se dio la vuelta, desesperado por encontrar un modo de bajar.

—¡Aquí! —gritó el hermano Casto, el lanzallamas de la escuadra—. Una escalera.

—Buen trabajo —lo felicitó Loken mientras se acercaba a él para ver qué había descubierto.

Allí estaba: una escalera, oculta detrás de una gran y erosionada estatua que representaba a un guerrero antiguo. El oscuro hueco había sido cortado directamente en la piedra de color arena. El pasadizo parecía tosco y sin acabar, con la piedra agrietada y casi desmoronándose por el paso del tiempo.

—Vamos —ordenó Loken—. Casto, tú irás en vanguardia.

—Sí, mi capitán —contestó Casto un momento antes de adentrarse en la penumbra de la escalera.

Loken y Vipus lo siguieron a continuación. La anchura del pasadizo apenas daba para que entraran con sus anchas armaduras. La escalera descendía aproximadamente unos diez metros antes de abrirse a una amplia galería de techo bajo.

—El muro debe de estar plagado de pasadizos como éste —comentó Vipus.

—Son catacumbas —le aclaró Loken señalando los nichos excavados en las paredes que contenían restos polvorientos de esqueletos, algunos cubiertos todavía por restos de tejido.

Casto encabezó la marcha por la galería. Los nichos se hicieron más numerosos a medida que se adentraban en el lugar, con los esqueletos apilados de dos en dos o incluso de tres en tres.

Vipus se dio la vuelta de repente, con el bólter en alto y el dedo en el gatillo.

—¿Vipus?

—Me pareció oír algo.

—No hay nadie detrás —le aseguró Loken—. Sigue avanzando y concéntrate. Esto podría…

—¡Movimiento! —gritó Casto de repente al mismo tiempo que disparaba un chorro de fuego amarillo anaranjado con el lanzallamas hacia la oscuridad que se abría por delante de ellos.

—¡Casto! —gritó Vipus—. ¡Informa! ¿Qué es lo que ves?

Casto se detuvo.

—No lo sé. Fuese lo que fuese, ya no está.

Los nichos que había en aquel lugar borboteaban ahora llenos de llamas que devoraban con ansia los huesos desnudos. Loken vio que más adelante no había enemigos, sino tan sólo isstvanianos muertos.

—Vale, no hay nada ahí delante —dijo Vipus—. ¡Locasta, manteneos concentrados y no os sobresaltéis con simples sombras! ¡Sois Hijos de Horus!

La escuadra avanzó con mayor rapidez dejando atrás la preocupación por posibles enemigos escondidos y pasaron de forma apresurada al lado de los nichos envueltos en llamas.

La galería daba a una gran cámara. Loken calculó que debía de ocupar toda la anchura del muro. La única luz procedía de la llama piloto titilante situada al extremo del lanzallamas de Casto. El resplandor amarillo se reflejó en los enormes bloques de piedra de una tumba.

Loken vio un sarcófago de granito negro rodeado de estatuas de personas en posición arrodillada, con la cabeza inclinada y las manos encadenadas delante de ellos. Varios paneles colocados sobre las paredes estaban cubiertos por relieves en los que unas siluetas humanas representaban escenas de guerra ceremoniales.

—Casto, sigue avanzando —le ordenó Vipus—. Busca una ruta de bajada.

Loken se acercó al sarcófago y pasó la mano por toda su longitud. La tapa había sido tallada para que representara una figura humana, pero sabía que no podía tratarse de una representación literal del cuerpo que se encontraba dentro, ya que la cara no presentaba ningún rasgo aparte de un par de ojos triangulares confeccionados a partir de unos trozos de cristal coloreado.

Loken oyó la canción procedente del Sagrario de la Sirena incluso a través de las capas de piedra. Era un único tono lúgubre que subía y bajaba abriéndose paso

procedente de las torres-tumba.

—Cantores de guerra —comentó Loken con ferocidad—. Están respondiendo al ataque. Tenemos que conseguir bajar ahí.

Los guardias de armadura plateada que defendían el palacio comenzaron a volar.

Los oponentes quedaron rodeados por relampagueantes arcos de energía blanca y saltaron por encima de los Hijos del Emperador lanzados a la carga para luego comenzar a disparar hacia abajo unos proyectiles en forma de hojas brillantes con las armas que llevaban montadas en las muñecas.

Lucius se echó al suelo y rodó sobre sí mismo para esquivar una maraña de proyectiles afilados. Uno de los guardias voló cerca del suelo y decapitó a dos miembros de la escuadra Quemondil. Las hojas cargadas de energía atravesaron las armaduras con una horrible facilidad.

El capitán de los Adeptus Astartes acabó en el agua y se dio cuenta de que sólo le llegaba hasta la cintura. Las alabardas rifle de los guardias de palacio siguieron disparando los proyectiles plateados contra los Hijos del Emperador, pero los Adeptus Astartes continuaron avanzando y disparando con su disciplina acostumbrada. Ni siquiera la visión de los extraños defensores del palacio los disuadió de sus planes de movimiento y de fuego de cobertura habituales. Un cuerpo cayó al agua a su lado. Tenía la cabeza reventada por un disparo de bólter y la sangre se extendía por la superficie del agua como una nube roja.

Lucius se dio cuenta de que los guardias de armadura plateada eran demasiado veloces y se movían con demasiada agilidad como para enfrentarse a ellos de un modo convencional. Tendría que atacarlos de un modo diferente.

Uno de los guardias plateados picó hacia él y Lucius se fijó en la intrincada filigrana que cubría la armadura de su enemigo, las diminutas vetas doradas de la placa pectoral y la barroca escritura que le cubría la máscara del casco.

El guardia se lanzó hacia él como un ave de presa y le disparó con el arma de la muñeca.

Lucius logró desviar el proyectil con un golpe seco de la espada y dio un salto para acercarse a su oponente. El guardia hizo un giro en mitad del aire en un intento de esquivar a Lucius, pero se había acercado demasiado. El capitán de los Astartes blandió la espada y le propinó un tajo que le amputó el brazo a la altura del hombro. La espada centelleante atravesó la armadura enemiga sin problemas. La sangre saltó de

la herida humeante y el guardia se desplomó girando sobre sí mismo hasta chocar contra el agua.

Lucius cayó al agua junto a su oponente muerto. Aterrizó entre salpicaduras al mismo tiempo que los Hijos del Emperador alcanzaban por fin al enemigo. Las andanadas de disparos de bólter acribillaron las diferentes islas y sus guerreros avanzaron sin descanso contra los supervivientes. Los guardias de palacio ya estaban retrocediendo y formaban un círculo cada vez más reducido. Los cuerpos de los muertos cubiertos por armaduras de cristal yacían en montones. El lago artificial se estaba tiñendo de rojo por momentos y estaba repleto de cadáveres.

El cañón de asalto de Rylanor acribilló a los guardias vestidos con ropajes de seda. La velocidad sobrenatural de aquellos guerreros no podía salvarlos de los proyectiles de cañón, que convirtieron el interior de la cúpula en una zona letal. Otro guardia plateado cayó, con la armadura acribillada por disparos de bólter.

La escuadra Nasicae se reunió con él y Lucius les sonrió con ferocidad ante la perspectiva de poder enfrentarse a más de aquellos guardias plateados.

—Están huyendo —les comunicó Lucius—. Que sigan retrocediendo. No dejéis de presionarlos.

—La escuadra Kaitheron está en la plaza —le dijo el hermano Scetherin—. Los Devoradores de Mundos están combatiendo alrededor del templo del sector septentrional.

—¿Todavía?

—Por lo que parece se están enfrentando a la mitad de los habitantes de la ciudad.

—¡Ja! Por mí, que se los queden. Para eso es para lo que sirven los Devoradores de Mundos —contestó Lucius riéndose. Disfrutaba de la certidumbre de su superioridad.

Nada en la galaxia podía igualarse a esa sensación, pero ya estaba desapareciendo, y sabía que debía conseguir más enemigos para satisfacer su ansia de combate.

—Seguiremos avanzando hacia el salón del trono —ordenó—. Anciano Rylanor, asegure la retaguardia. El resto de vosotros, nos vamos a por Praal. Seguidme. ¡Y si no podéis mantener mi paso, largaos y uníos a la Guardia de la Muerte!

Los guerreros lo vitorearon y siguieron a Lucius al interior del palacio.

Todos y cada uno de ellos querían matar a Praal y sostener su cabeza en alto sobre las almenas del palacio para que toda la Ciudad Coral lo pudiera ver.

Sólo Lucius estaba seguro de que la cabeza de Praal acabaría en sus manos.

El *Andronius* estaba en silencio y con un ambiente tenso. Sus estancias palaciegas estaban a oscuras, y al igual que en los largos pasillos resonantes, no había más que sirvientes. Los motores de la nave palpitabais con suavidad a popa, y tan sólo el ruido sordo de los cohetes de maniobra al activarse hacía que la nave se estremeciera. Todos los puestos estaban ocupados, todas las puertas estancas cerradas, Tarvitz reconoció de inmediato el zafarrancho de combate.

Lo que lo confundía era el hecho de que no había ninguna flota enemiga contra la que enfrentarse.

El casco de la nave gimió y Tarvitz captó cómo un profundo estruendo recorría el puente metálico. Notó la sensación de movimiento de la nave antes de que la gravedad artificial la compensara. Desde que la primera oleada de la punta de lanza había partido, la nave no había dejado de moverse, y Tarvitz confirmó que sus sospechas de que algo no encajaba estaban más que fundadas.

Según los informes de la misión que había leído, a la nave insignia de Fulgrim se le había asignado el objetivo de lanzar la segunda oleada de ataque una vez el Sagrario de la Sirena y el palacio hubiesen sido tomados. No había necesidad de estar en movimiento.

La única razón para que una nave se moviera después de un lanzamiento de tropas era que se colocara en órbita baja y se dispusiera a efectuar un bombardeo. Aunque no dejaba de decirse a sí mismo que estaba actuando de un modo paranoico, Tarvitz sabía que tenía que comprobar por sí mismo lo que estaba ocurriendo.

Cruzó con rapidez el *Andronius* en dirección a las cubiertas de artillería, pero manteniéndose alejado de las grandes estancias, como el Anfiteatro Tarseliano o la grandeza llena de columnas del Salón Monumental. Se mantuvo en aquellas zonas de la nave donde nadie cuestionaría su presencia y donde era poco probable que estuvieran aquellos que podían reconocerlo.

Le había dicho a Rylanor que quería renunciar al honor de encabezar la punta de lanza para reemplazar al capitán Odovocar como oficial de estado mayor de Eidolon y encargarse de transmitir las órdenes del comandante a la superficie, pero sabía que tan sólo era cuestión de tiempo que su subterfugio quedara al descubierto.

Tarvitz descendió a los niveles inferiores de la nave, muy lejos de donde habitaban los Hijos del Emperador, en las zonas más grandiosas del *Andronius*. El resto de la nave, ocupada por servidores y operarios menores, era más funcional y Tarvitz sabía que nadie de esas zonas le preguntaría qué estaba haciendo allí.

La oscuridad lo envolvió. Los amplios abismos de las estructuras de los motores se extendían muchos centenares de metros por debajo de la pasarela en la que se encontraba en ese momento. Por encima de la zona de motores se hallaban las apestosas cubiertas de artillería, donde los poderosos cañones de la nave, capaces de arrasar ciudades enteras, se encontraban emplazados en sus gigantescas monturas blindadas.

—Listos para disparar —dijo una voz metálica y automatizada.

Tarvitz notó que la nave se estremecía de nuevo al moverse, y esta vez incluso oyó el crujido del casco cuando la atmósfera superior del planeta elevó la temperatura exterior de la nave.

Bajó por una escalerilla de hierro que había al final de la pasarela y toda la extensión de la cubierta de artillería apareció ante sus ojos: una titánica cripta que recorría toda la longitud de la nave. Unas enormes y sibilantes grúas cargaban los proyectiles del tamaño de un tanque que sacaban de los depósitos de munición tras pasar unas inmensas compuertas blindadas. Los artilleros y los cargadores sudaban al lado de los operarios. Cada cañón tenía una dotación de cien individuos que tiraban de gruesas cadenas y palancas para preparar el arma para el disparo. Los servidores distribuían agua a las dotaciones y los adeptos del Mechanicum se mantenían atentos a las armas para asegurarse de que estaban calibradas del modo adecuado.

Tarvitz sintió que su determinación aumentaba, lo mismo que su rabia, al ver que se estaban preparando los cañones para un bombardeo. ¿Contra quién estaban planeando disparar? Había miles de Adeptus Astartes en la superficie, así que era absurdo bombardear la Ciudad Coral. Y sin embargo, allí estaban los cañones, cargados y preparados para desencadenar un infierno.

Dudaba mucho que los individuos que atendían aquellas piezas de artillería supieran cuál era el planeta alrededor del que estaban dando vueltas en órbita o ni siquiera contra quién iban a disparar. En cada cubierta de una nave estelar se desarrollaban comunidades enteras, y era perfectamente posible que aquella gente no tuvieran ni idea de a quién estaban a punto de destruir.

Llegó al final de la escalerilla y puso pie en la cubierta propiamente dicha. El elevado techo se alzaba por encima de él como el de una enorme catedral dedicada a la destrucción. Tarvitz oyó el sonido de unos pasos que se acercaban y se dio la vuelta. Vio que se trataba de un adepto vestido con una túnica donde estaba grabada la insignia del Mechanicum.

—Capitán, ¿ocurre algo? —le preguntó el adepto.

—Nada —respondió Tarvitz—. Sólo he venido a comprobar que todo sigue su curso normal.

—Mi señor, le puedo asegurar que los preparativos para el bombardeo transcurren exactamente tal como los habíamos planeado. Las cabezas de combate serán lanzadas antes del despliegue de la segunda oleada.

—¿Las cabezas de combate? —inquirió Tarvitz.

—Sí, capitán —contestó el adepto—. Todos los proyectiles de los cañones están cargados con cabezas de combate detonantes en el aire repletas de bombas víricas, tal como se especifica en nuestra orden de combate.

—Bombas víricas —musitó Tarvitz al mismo tiempo que se esforzaba por ocultar la repugnancia que le provocaba lo que el adepto acababa de comunicarle.

—¿Va todo bien, capitán? —le preguntó de repente el adepto al darse cuenta del cambio de expresión en su rostro.

—Estoy bien —mintió Tarvitz, al que le daba la impresión que las piernas le iban a fallar en cualquier momento—. Puede volver a sus tareas.

El adepto asintió y se dirigió hacia uno de los cañones.

Bombas víricas…

Se trataba de un armamento tan terrible y restringido que sólo el Señor de la Guerra en persona, y el Emperador antes que él, podían autorizar su uso.

Cada cabeza de combate dejaría libre un virus devorador de vida, un organismo feroz que destruía la vida en todas sus formas y acababa con la materia orgánica de la superficie de un planeta en cuestión de horas. La magnitud de aquel nuevo dato y sus implicaciones hizo que Tarvitz se sintiera aturdido y que respirara con jadeos entrecortados mientras se esforzaba por conciliar lo que sabía con lo que acababa de conocer.

Su legión se estaba preparando para eliminar al planeta que había allí abajo, y supo con una repentina claridad que la suya no podía ser la única implicada en todo aquello. Para saturar todo un planeta con las suficientes cabezas de combate llenas de virus necesarias para destruir toda la vida harían falta muchas naves, y con un nuevo destello de comprensión supo, horrorizado, que aquella clase de orden sólo podía venir del propio Señor de la Guerra.

Por alguna razón que Tarvitz ni siquiera era capaz de empezar a imaginarse, el Señor de la Guerra había decidido traicionar a una tercera parte de sus guerreros

exterminándolos de un solo golpe letal.

—Tengo que avisarlos —murmuró antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la cubierta de embarque.



NUEVE
EL PODER DE UN DIOS
REAGRUPAMIENTO
HERMANOS DE HONOR

El strategium estaba en penumbra, iluminado tan sólo por unos braseros que ardían con unas parpadeantes llamas de color verde. En las paredes donde antaño habían colgado los estandartes de las diversas compañías de combate de la legión se veían en esos momentos las insignias de la logia de guerreros. Los estandartes se habían bajado poco después de que la punta de lanza hubiese sido desplegada, y el mensaje era claro: los miembros de la logia tenía primacía dentro de los Hijos de Horus. La plataforma desde la que el Señor de la Guerra se había dirigido a los oficiales de su flota contaba ya con un atril, donde se encontraba el *Libro de Lorgar*.

El Señor de la Guerra estaba sentado en el trono del strategium revisando los informes que le llegaban procedentes de Isstvan III y que aparecían en la batería de pantallas pictográficas que tenía ante sí.

La luz esmeralda resaltaba los bordes de su armadura y se reflejaba en la gema de color ámbar que conformaba un ojo en mitad de la placa pectoral. Las columnas de estadísticas de combate pasaban a gran velocidad, y las imágenes mostraban los combates que se estaban desarrollando en la Ciudad Coral. Los Devoradores de Mundos se encontraban en mitad de una batalla épica. Miles de personas invadían la plaza situada delante del palacio del Señor del Coro, y por las calles corrían verdaderos arroyuelos de sangre a medida que los Adeptus Astartes mataban oleada tras oleada de isstvanianos que se lanzaban a la carga contra sus bólters y sus espadas sierra.

El palacio en sí continuaba intacto. Tan sólo unas cuantas columnas de humo indicaban los combates que se estaban desarrollando en su interior a medida que los Hijos del Emperador se abrían paso a través de los guardias.

Vardus Praal no tardaría en morir, aunque a Horus el destino del gobernador rebelde de Isstvan III le traía sin cuidado. Su rebelión simplemente le había proporcionado a Horus la oportunidad de librarse de todos aquellos que él sabía no lo seguirían jamás en su gloriosa marcha hacia Terra.

Horus alzó la mirada al notar que Erebus se acercaba.

—Primer capellán —lo saludó Horus con gesto severo—. Tengo asuntos muy delicados entre manos. No me molestes sin necesidad.

—Traigo noticias de Próspero —le dijo Erebus sin alterarse lo más mínimo.

Los susurradores en las sombras se mantenían aferrados a él, serpenteando entre las piernas y el crozius que llevaba en la cintura.

—¿Y Magnus? —preguntó Horus, repentinamente interesado.

—Sigue vivo —le informó Erebus—, pero no por falta de interés y de esfuerzos por parte de los Lobos de Fenris.

—Magnus vive —gruñó Horus—. Puede que todavía sea un peligro.

—No —lo tranquilizó Erebus—. Las torres de Próspero han caído y en el espacio disforme resuenan los ecos de la poderosa hechicería que Magnus ha utilizado para salvar a sus guerreros y poder escapar.

—Siempre la hechicería —comentó Horus—. ¿Hacia dónde han huido?

—No lo sé todavía —admitió Erebus—. Pero vaya a donde vaya, los perros del Emperador le darán caza.

—Así que, o se une a nosotros, o muere solo y perdido —añadió Horus con gesto pensativo—. Pensar que tanto depende de las personalidades de unos pocos… Magnus casi fue mi oponente más mortífero, quizá tan peligroso como el propio Emperador. Ahora no le queda más remedio que seguirnos hasta el mismísimo final. Si Fulgrim logra atraer a Ferrus Magnus a nuestra causa, entonces casi podremos decir que hemos ganado. —Horus hizo un gesto desdeñoso hacia las pantallas pictográficas donde se veía la batalla por la Ciudad Coral—. Los isstvanianos creen que los dioses han llegado y que están decididos a destruirlos. En cierto modo tienen razón. Yo puedo disponer de la vida y de la muerte. ¿Qué es eso, sino el poder de un dios?

—Capitán Loken. Sargento Vipus. Me alegro de verlos a ambos —los saludó el

sargento Lachost, que estaba agazapado en el interior de las ruinas de una capilla dedicada a uno de los ancestros de Isstvan III—. Hemos intentado ponernos en contacto con el resto de las escuadras. Todas están desperdigadas por este lugar. La punta de lanza se ha roto.

—Entonces la reforjaremos a partir de aquí —le contestó Loken.

Sonaron varias ráfagas esporádicas en el valle, así que se puso a cubierto al lado de Lachost. La escuadra de mando del sargento se encontraba desplegada a lo largo de la capilla destrozada, sin dejar de apuntar con los bólters y disparando de vez en cuando contra las siluetas que se intuían moviéndose a toda velocidad entre las sombras. Vipus y los miembros de la escuadra Locasta se pusieron a cubierto en las ruinas entre ellos.

El enemigo iba protegido con las armaduras del antiguo Isstvan, que lucía franjas plateadas y negras de un tono deslustrado. Estaban armados con unas extrañas armas, también de aspecto antiguo, parecidas a ballestas de tiro rápido que disparaban proyectiles de plata fundida.

Ya se estaban produciendo hechos heroicos en las decenas de combates individuales que se libraban entre las torres-tumba, donde los Hijos de Horus se esforzaban por repeler los contraataques de los soldados del Sagrario de la Sirena.

—Disponemos de una buena cobertura y de una posición que podemos defender con facilidad —dijo Vipus—. Podemos reagrupar a las escuadras aquí y lanzar una ofensiva contra el enemigo.

Loken asintió cuando Torgaddon apareció a la carrera y se puso a cubierto a su lado. Los Hijos de Horus que lo acompañaban se unieron a los guerreros de Lachost entre los muros derruidos.

—¿Qué es lo que te ha retrasado, Garvi? —se dirigió sonriendo a Loken.

—Tuvimos que bajar desde la parte superior de la muralla —respondió éste—. ¿Dónde tienes al resto de tus guerreros?

—Están por todos lados —le informó Torgaddon—. Se están abriendo camino para llegar hasta esta torre, pero hay muchas escuadras que están aisladas. El Sagrario de la Sirena tiene como guarnición tropas… de élite, supongo. Tienen una armería increíble ahí dentro. Artefactos antiguos que parecen ser de una tecnología muy avanzada.

Loken se limitó a asentir y Torgaddon continuó con el informe.

—Bueno, al menos esta torre está despejada. Tengo a Vaddon y a Lachost

estableciendo un puesto de mando en el piso inferior, y de momento podemos mantener esta posición. Hay otras tres legiones en la Ciudad Coral, y el resto de los Hijos de Horus esperan en órbita. No hace falta que…

—El enemigo tiene superioridad en el terreno —lo interrumpió Loken—. Pueden rodearnos. Existen catacumbas que se abren a nuestros pies y que pueden utilizar para flanqueamos. No, si nos quedamos quietos encontrarán un modo de llegar hasta nosotros. Es su territorio. Atacaremos en cuanto nos sea posible. Somos una punta de lanza, y debemos clavarnos en el corazón del enemigo.

—¿Dónde? —preguntó Torgaddon.

—Las torres-tumba —contestó Loken—. Las atacaremos una por una. Las asaltaremos, mataremos a todos los que estén dentro y seguiremos avanzando. No dejaremos de movernos y los mantendremos descolocados.

—La mayor parte de nuestra punta de lanza ya se encuentra en camino, mi capitán —le informó Lachost.

—Bien —respondió Loken al mismo tiempo que alzaba la vista para mirar las torres que rodeaban la capilla.

La capilla en sí se encontraba en un valle artificial formado por la torre por donde habían bajado y la siguiente, un gigantesco cilindro con la superficie cubierta de rostros de gesto ceñudo tallados en la piedra. Varias decenas de arcos alrededor de la base ofrecían entrada y refugio. La oscuridad del interior se veía interrumpida de vez en cuando por el destello de los disparos.

Una maraña de capillas sembraba el suelo entre las torres. Las estatuas de los muertos más famosos de la Ciudad Coral sobresalían del exceso de arquitectura recargada o de las ruinas de los templos.

Loken señaló a la torre-tumba situada al otro lado del valle.

—En cuanto dispongamos de los guerreros suficientes como para realizar un ataque completo, allí será donde nos dirigiremos. Lachost, empieza a asegurar las capillas que nos rodean para disponer de un buen punto de partida y que suban unos cuantos hombres a los primeros pisos de la torre para proporcionar fuego de cobertura. Que vayan equipados con armas pesadas, si dispones de ellas.

Se oyó el eco de un tiroteo por el este y Loken vio varias siluetas de Adeptus Astartes que corrían hacia ellos. Eran Hijos de Horus, con las insignias de la escuadra Eskhalen. Había más guerreros que convergían en dirección a su posición, y cada grupo libraba sus propios combates a la carrera entre las capillas para intentar

reagruparse.

—Esto es algo más que un simple lugar de enterramientos —les comentó Loken —. Pasase lo que pasase en Isstvan III, empezó aquí. El enemigo es muy religioso y aquí se encuentra su iglesia.

—No me extraña que estén enloquecidos —contestó Torgaddon con voz cargada de desprecio—. Los dementes adoran a sus dioses.

Los mandos de la Thunderhawk eran algo indómitos. La nave se esforzaba por liberarse del control de Tarvitz para poder volar dando tumbos por el espacio. Apenas poseía más que un conocimiento rudimentario de aquellos nuevos vehículos que se habían incorporado al equipo disponible de los Adeptus Astartes. La mayor parte del entrenamiento que había recibido sobre su pilotaje había sido en la atmósfera, volando bajo sobre el campo de batalla para desplegar las tropas de asalto o para proporcionar fuego de apoyo.

Tarvitz vio con claridad Isstvan III a través del cristal blindado de la carlinga. Una media luna de luz solar recorría la superficie. En algún punto del borde de esa media luna se encontraba la ciudad donde sus hermanos de batalla y los de otras tres legiones estaban luchando sin saber que habían sido traicionados.

—Thunderhawk, identifíquese —dijo de repente una voz por el comunicador de la cañonera.

Tarvitz se dio cuenta de que debía de haber entrado en la zona de cobertura del *Andronius* y que las torretas de defensa lo habían captado como un posible objetivo. Si tenía suerte, dispondría de unos cuantos segundos antes de que las torretas lo centraran en sus miras, y podría utilizar esos segundos en poner la mayor distancia posible entre la. Thunderhawk robada y el *Andronius*.

—Thunderhawk, identifíquese —repitió la voz.

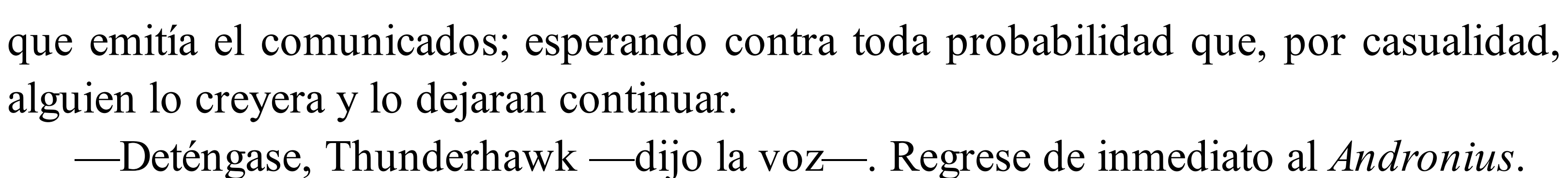
Sabía que tenía que ganar tiempo para disponer de margen suficiente y alejarse definitivamente de las torretas defensivas.

—Aquí el capitán Saúl Tarvitz dirigiéndose hacia el *Resistencia* en una misión de enlace.

—Espere a la autorización.

También sabía que no recibiría autorización alguna, pero cada segundo que pasaba lo alejaba del *Andronius* y lo acercaba a la superficie del planeta.

Aceleró la Thunderhawk todo lo que se atrevió mientras oía el siseo de la estática


que emitía el comunicados; esperando contra toda probabilidad que, por casualidad, alguien lo creyera y lo dejaran continuar.

—Deténgase, Thunderhawk —dijo la voz—. Regrese de inmediato al *Andronius*.

—Negativo, *Andronius* —contestó Tarvitz—. Pierdo la comunicación.

Era un truco barato, pero que quizá le proporcionara unos cuantos segundos más.

—Repito, deténgase y…

—A la mierda —replicó.

Echó un vistazo a la pictografía de navegación en busca de alguna señal de que lo seguían, y se alegró de ver que todavía no se habían lanzado en su persecución. Dirigió la Thunderhawk hacia abajo, hacia Isstvan.

—El *Orgullo del Emperador* se encuentra en camino —anunció Saeverin, el oficial de cubierta del puente de mando del *Andronius*—, pero su navegante nos informa de que se están encontrando con dificultades. Lord Fulgrim tardará algún tiempo en reunirse con nosotros.

—¿Ha enviado algún comentario sobre el éxito de su misión? —le preguntó Eidolon, que estaba a su lado.

—Las comunicaciones son muy malas —dijo Saeverin con cierto titubeo—, pero lo que nos ha llegado no induce al optimismo.

—Entonces tendremos que compensarlo con la excelencia de nuestro comportamiento y la perfección de nuestra legión —indicó Eidolon—. Puede que las otras legiones sean más salvajes, o más resistentes o sigilosas, pero ninguna de ellas se acerca ni por asomo a la perfección alcanzada por los Hijos del Emperador. No importa lo que ocurra más adelante: jamás debemos olvidarlo.

—Por supuesto, mi comandante —respondió Saeverin. En aquel momento, su consola de mando se iluminó con una serie de runas de advertencia. Pulsó unas cuantas teclas y después se dio la vuelta hacia Eidolon—. Mi comandante, es posible que tengamos un problema.

—No me hables de problemas —le soltó Eidolon.

—El control de defensa acaba de informarme de que han captado una Thunderhawk que se dirige hacia la superficie del planeta.

—¿Una de las nuestras?

—Al parecer, así es —afirmó Saeverin mientras se inclinaba sobre la consola—. Me lo van a confirmar de un momento a otro.

—¿Quién la está pilotando? —exigió saber Eidolon—. Nadie tiene autorización para bajar hasta la superficie.

—La última comunicación establecida con la Thunderhawk indica que se trata del capitán Tarvitz.

—¿Tarvitz? —exclamó Eidolon—. Maldita sea… Se ha convertido en una espina clavada en mi costado.

—Sin duda se trata de él —insistió el capitán Saeverin—. Por lo que parece, se apoderó de una de las Thunderhawks que había en la cubierta de embarque situado en el costado que da al planeta.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Eidolon—. Con exactitud.

—Hacia la Ciudad Coral —respondió Saeverin.

Eidolon sonrió.

—Intenta avisarlos. Cree que eso puede cambiar algo. Pensé que podría ser uno de los nuestros, pero es demasiado testarudo, para su desgracia, y ahora se le ha metido en la cabeza que es un puñetero héroe. Saeverin, que despeguen unos cuantos cazas y lo derriben. No necesitamos ninguna clase de complicaciones en este momento.

—A la orden, mi comandante —asintió Saeverin—. Los cazas despegarán dentro de dos minutos.

Mersadie estrujó el paño antes de colocarlo sobre la frente de Euphrati. Ésta soltó un gemido y se estremeció. Luego comenzó a agitar con fuerza los brazos, como si estuviera sufriendo alguna clase de ataque. Tenía un aspecto tan delgado y tan pálido como el de un cadáver.

—Estoy aquí —le dijo Mersadie, aunque sospechaba que la imaginista casi en estado de coma no podía oírla en realidad. No comprendía lo que le estaba ocurriendo a Euphrati, y por eso se sentía tan inútil.

Por razones que ni ella misma era capaz de comprender, había permanecido al lado de Kyril Sindermann y de Euphrati a lo largo de su periplo por la nave. El *Espíritu Vengativo* era tan grande como una ciudad, así que existían multitud de lugares donde esconderse.

La noticia de su llegada viajaba por delante de ellos, y allá adonde fueran encontraban a tripulantes de la cubierta de motores manchados de grasa o trabajadores de mantenimiento vestidos con monos de faena que los esperaban allí para enseñarles

el nuevo lugar seguro, para proporcionarles agua y comida y poder ver aunque sólo fuera un momento a la santa. En aquel momento estaban escondidos en el interior de la carcasa de uno de los motores, un inmenso tubo hueco que normalmente albergaba plasma ardiente y grandes pistones siseantes. El motor estaba desmontado para efectuarle una serie de operaciones de mantenimiento, lo que convertía aquel lugar en un estupendo escondrijo, oculto y secreto a pesar de sus enormes dimensiones.

Sindermann se había quedado dormido sobre una fina manta al lado de Euphrati. El anciano jamás había tenido un aspecto tan exhausto. Sus delgadas extremidades estaban cubiertas de manchas y se habían quedado en los huesos. Tenía las mejillas hundidas.

Uno de los miembros de la dotación de la cubierta de motores se acercó presuroso al recoveco donde Keeler yacía envuelta en un puñado de mantas. El individuo, enorme y musculoso, iba desnudo de cintura para arriba y estaba cubierto de manchas de grasa. Se detuvo de repente y se arrodilló con gesto reverencial a poca distancia de la cama de la santa.

—Señorita Oliton —dijo con una voz llena de respeto—. ¿Hay algo que ustedes o la santa puedan necesitar?

—Agua —le contestó Mersadie—. Agua limpia, y Kyril también pidió algo más de papel.

Al tripulante se le iluminó la mirada.

—¿Está escribiendo algo?

Mersadie se arrepintió de haber pedido papel.

—Está anotando todas sus ideas para redactar un discurso —le aclaró ella—. Después de todo, sigue siendo un iterador. Sería muy útil que también pudieras encontrar algunos suministros médicos. Euphrati está deshidratada.

—El Emperador la protegerá —contestó el tripulante con la voz cargada de preocupación.

—Estoy segura de que lo hará, pero tenemos que ayudarlo en todo lo que podamos —le replicó Mersadie, esforzándose por que su tono de voz no sonara tan condescendiente como ella se sentía.

El efecto que la comatosa Euphrati tenía en los miembros de la tripulación era extraordinario, un milagro en sí mismo. Su simple presencia parecía concentrar las dudas y los deseos de muchísima gente hasta convertirlos en una fe inamovible en un lejano Emperador.

—Conseguiremos todo lo que podamos —le dijo el tripulante—. Disponemos de gente en el comisariado de suministros y en la cubierta médica.

Alargó una mano para tocar la manta que cubría a Euphrati y murmuró una plegaria silenciosa al Emperador. Cuando el individuo se fue, Mersadie rezó su propia oración, algo superficial. Después de todo, el Emperador era más real que cualquiera de los supuestos dioses con los que se había encontrado la cruzada.

—Líbranos, Emperador —murmuró en voz baja—. Líbranos de todo esto.

Bajó la mirada llena de tristeza y se quedó sin respiración al ver que Euphrati se estremecía y abría los ojos, como si se acabase de despertar de un largo y profundo sueño. Mersadie bajó poco a poco una mano, temerosa de que si se movía con demasiada rapidez destrozaría aquel frágil milagro, y tomó la mano de la imaginista con la suya.

—Euphrati —la llamó con un susurro suave—. ¿Puedes oírme?

Euphrati Keeler abrió la boca de par en par y lanzó un grito de terror.

—¿Estás seguro? —preguntó el capitán Garro de la Guardia de la Muerte, que caminaba con cierta cojera debido a su nueva pierna biónica implantada.

Los giroscopios todavía no habían enlazado bien con las terminales del sistema nervioso y, para su desesperación, se le había negado un puesto en la punta de lanza de la Guardia de la Muerte. El puente de mando del *Resistencia* dejaba al descubierto la estructura básica de la nave, algo típico en la flota de esa legión, ya que Mortarion odiaba la ornamentación de cualquier tipo.

El puente no era más que una estructura suspendida sobre la profundidad de la nave, con unos enormes tubos de refrigeración colgando por encima como entrañas metálicas. Los miembros de la tripulación del puente operaban sobre una plataforma añadida repleta de bancos cogitadores, y tenían los rostros iluminados por una fuerte luz de color verde y azul.

—Sin duda, capitán —le contestó el oficial de comunicaciones mientras leía de nuevo la placa de datos que sostenía en la mano—. Una Thunderhawk de los Hijos del Emperador está cruzando nuestra zona de tiro.

Garro tomó la placa de datos de la mano del oficial y allí estaba: una cañonera Thunderhawk estaba pasando cerca del *Eisenstein* con un grupo de cazas pegados a su cola.

—Tiene pinta de ser un problema —comentó Garro—. Sitúanos en rumbo de

intercepción.

—A la orden, mi capitán —dijo el oficial de puente antes de dar media vuelta y dirigirse al timón.

A los pocos instantes, los motores refulgieron al adquirir potencia y unos enormes pistones se pusieron en funcionamiento entre la oscuridad aceitosa que rodeaba el puente de mando. El *Eisenstein* se inclinó y comenzó un largo viraje hacia la Thunderhawk que se le acercaba.

El grito hizo que Kyril Sindermann se despertara de su sueño con la rapidez del rayo, y al hacerlo sintió que el corazón le golpeaba con todas sus fuerzas las costillas por la tremenda sensación de miedo.

—¿Qué pa…? —logró decir antes de ver a Euphrati sentada con la espalda tiesa en la cama y gritando a pleno pulmón.

Se puso en pie trastabillando mientras Mersadie intentaba rodear con los brazos a la aullante imaginista. Keeler manoteó y se agitó enloquecida. Sindermann se acercó para ayudar a Mersadie y colocó los brazos en posición de abrazarlas a las dos.

En el momento que tocó con las manos a Euphrati, sintió el calor que irradiaba. Deseó retroceder a causa del dolor, pero le dio la impresión de que tenía las manos fundidas a la piel de Keeler. Su mirada se cruzó con la de Mersadie y se dio cuenta por el terror que vio en sus ojos que ella sentía lo mismo.

Se le escapó un gemido cuando la vista se le volvió borrosa hasta casi perderla, como si estuviera sufriendo un ataque al corazón. Por el cerebro le fueron pasando unas imágenes siniestras y monstruosas, y se esforzó por mantener la cordura cuando unas visiones de pura maldad le asaltaron la mente.

La muerte, como un manto de negrura hirviente, flotaba sobre todas las cosas. Sindermann vio cómo se apoderaba del delicado rostro de Mersadie y cómo sus bellos rasgos se pudrían.

Varios tentáculos de oscuridad serpentearon por el aire y destruyeron todo aquello que tocaron. Se puso a gritar cuando vio la carne desprenderse de los huesos de Mersadie, y al bajar la vista para mirarse las manos vio que se le estaban pudriendo ante sus propios ojos. La piel se cuarteó hasta dejar a la vista los huesos, blancos como gusanos.

Un momento después, todo aquello desapareció y la muerte putrefacta se apartó de ellos. Sindermann vio de nuevo su escondrijo, que no había cambiado en absoluto

desde que se había echado a dormir con un sueño inquieto hacía pocas horas. Se apartó tambaleante de Euphrati y con una sola mirada comprobó que Mersadie había tenido la misma experiencia: una horrenda podredumbre concentrada.

Sindermann se llevó una mano al pecho y comprobó que su viejo corazón palpitaba a toda prisa.

—Oh, no… —gimió Mersadie—. ¿Qué es lo que…?

—Es una traición —la interrumpió Keeler con una voz repentinamente fuerte. Se dio la vuelta hacia Sindermann—. Y está ocurriendo ahora mismo. Tienes que contárselo. ¡Cuéntalo todo, Kyril!

Keeler cerró los ojos y se derrumbó sobre Mersadie, quien la sostuvo en brazos mientras se echaba a llorar.

Tarvitz luchó con los mandos de la Thunderhawk. Varios rayos de color escarlata brillante pasaron muy cerca de la cabina. Tenía el caza pegado a la cola y no dejaba de dispararle con los cañones láser.

Isstvan III dio vueltas sobre sí mismo delante de él cuando la cañonera efectuó un viraje cerrado.

Varios impactos martillearon contra la popa de la Thunderhawk y sintió que los mandos se encabritaban. Respondió al ataque alzando el morro de la nave y acelerando. Oyó cómo los motores chirriaban bajo él en protesta mientras apartaban la masa de la cañonera de la línea de tiro del enemigo. Una fuerte vibración repiqueteante le indicó que alguna pieza había cedido y se había soltado en uno de los motores. Unas cuantas luces rojas de alarma e indicadores de peligro se encendieron en la consola de mando de la cabina.

Las parpadeantes luces que indicaban la localización de los cazas aumentaron de tamaño.

La unidad de comunicación soltó un nuevo chasquido y alargó la mano para apagarla. No quería oír fanfarronadas victoriosas en el último momento, cuando iba a ser destruido y desaparecía cualquier esperanza de poder alertar a sus camaradas. Se detuvo cuando oyó una voz familiar.

—Thunderhawk en rumbo de aproximación al *Eisenstein*, identifíquese.

A Tarvitz le dieron ganas de gritar de alivio cuando reconoció la voz de su hermano de honor.

—¿Nathaniel? Soy Saúl. ¡Me alegro de oírte, hermano mío!

—¿Saúl? —preguntó Garro a su vez—. En nombre del Emperador, ¿qué está ocurriendo? ¿Esos cazas están intentando derribarte de verdad?

—¡Sí! —contestó Tarvitz a gritos mientras hacía que la Thunderhawk realizara otro tonel, con lo que Isstvan III volvió a girar a sus pies.

La flota de la Guardia de la Muerte era un puñado de motas brillantes en el firmamento negro salpicado de rojos rayos láser.

Tarvitz aceleró más todavía el motor que le quedaba a la Thunderhawk.

—¿Por qué? ¡Y date prisa, Saúl, casi te han alcanzado!

—¡Es una traición! —respondió Tarvitz también a gritos—. ¡Todo esto! Nos han traicionado. La flota va a bombardear la superficie del planeta con bombas víricas.

—¿Qué? —barbotó Garro, con un tono de evidente incredulidad en la voz—. Eso es una locura.

—Confía en mí —le insistió Tarvitz—. Sé cómo suena, pero eres mi hermano de honor y debo pedirte que confíes en mí como jamás has confiado en nadie más. Nathaniel, te juro por mi vida que no te miento.

—No sé, Saúl… —respondió Garro dubitativo.

—¡Nathaniel! —exclamó Tarvitz lleno de frustración—. ¡Han cortado las comunicaciones con la superficie, así que, a menos que consiga llegar ahí abajo, todos los Adeptus Astartes que hay en Isstvan van a morir!

El capitán Nathaniel Garro era incapaz de apartar la mirada de la siseante unidad de comunicación, como si creyera que si no apartaba los ojos de ella durante el tiempo suficiente podría discernir la verdad en lo que Saúl Tarvitz le acababa de decir. A su lado, la pantalla táctica mostraba los puntos parpadeantes que representaban la Thunderhawk de Tarvitz y los cazas que la perseguían. Su experimentado ojo le indicó que como mucho tenía unos pocos segundos para tomar una decisión, y todos sus instintos le gritaban que lo que había oído no podía ser verdad.

Y sin embargo, Saúl Tarvitz era su hermano de honor por juramento, un juramento que se había hecho en los ensangrentados campos de batalla de la campaña de Preaxior, cuando ambos habían derramado sangre y habían luchado hombro con hombro a lo largo de toda una guerra encarnizada en la que habían muerto muchos de sus hermanos más queridos.

Una amistad y un lazo de honor semejantes, forjados en el infierno que habían sido aquellos combates, era algo muy poderoso, y Garro conocía a Saúl Tarvitz lo bastante como para saber que nunca exageraba, y que jamás, jamás, mentía. Que su

hermano de honor le estuviese mintiendo estaba más allá de su capacidad de imaginación, pero oír que la flota estaba a punto de bombardear a sus hermanos de batalla era igualmente impensable.

Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza en un vórtice frenético, y maldijo su indecisión. Miró el águila que Tarvitz le había grabado en el avambrazo de la armadura hacía tanto tiempo ya y supo lo que tenía que hacer.

Tarvitz hizo que la Thunderhawk efectuara un picado pronunciado, preparado para reducir la velocidad de golpe y utilizar los frenos aéreos. Tenía la esperanza de que la nave ya habría descendido lo suficiente como para que la atmósfera del planeta lo frenara lo bastante para permitir que la maniobra que había planeado…

Miró la pantalla táctica y vio que los cazas se habían colocado a sus flancos, preparados para acribillarlo en cuanto disminuyera la velocidad. Calcular el momento adecuado de actuar era crucial.

Tarvitz tiró de la palanca de mando hacia atrás y activó los frenos aéreos.

El arnés gravitatorio le apretó con fuerza el pecho cuando todo su cuerpo se vio lanzado hacia adelante. La cabina se iluminó de repente por varios destellos y la nave se vio sacudida por un terrible estremecimiento. Oyó varios impactos contra el casco y la palanca de mandos de la Thunderhawk se le escapó de las manos. La cañonera quedó fuera de control.

Aulló de rabia cuando se dio cuenta de que aquellos que se disponían a traicionar a los Adeptus Astartes habían ganado, que su desafío frente a la traición había sido en vano. Varios estallidos flanquearon a la nave, y Tarvitz esperó la inevitable explosión que lo llevaría a la muerte.

Pero nunca se llegó a producir.

Sorprendido, empuñó de nuevo la palanca de mando de la nave. Tuvo que forcejear con ellos en su intento por nivelar el vuelo de la cañonera. La pantalla táctica no mostraba más que una nube de interferencias electromagnéticas y restos radiactivos; la impenetrable neblina provocada por una gran explosión. No lograba ver a los cazas, pero con semejante interferencia era muy posible que estuvieran ahí fuera todavía, incluso a punto de dispararle.

¿Qué era lo que había ocurrido?

—Saúl —dijo una voz llena de tristeza. Tarvitz supo que su hermano de honor no lo había abandonado—. Tranquilo, los cazas ya no están.

—¿Que ya no están? ¿Cómo es eso?

—El *Eisenstein* los ha derribado por orden mía —le aclaró Garro—. Dime, Saúl, ¿hice lo correcto? Porque si me has mentido, me he condenado junto a ti.

Tarvitz sintió ganas de echar a reírse de alegría, y deseó que su viejo amigo estuviera a su lado para poder abrazarlo y agradecerle su confianza. Sabía que Nathaniel Garro había tomado la decisión más crucial de toda su vida basándose sólo en lo que habían hablado momentos antes. El nivel de confianza que tenía en él y el honor que le había hecho era inconmensurable.

—Sí —le respondió—. Has hecho bien en confiar en mí, amigo mío.

—Dime por qué,

Tarvitz se esforzó por pensar en algo tranquilizador que pudiera decirle a su viejo amigo, pero sabía que nada que se le ocurriera suavizaría el impacto que suponía aquella traición.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste una vez en Terra?

—Sí, te dije que era antigua, ya incluso en aquellos tiempos —le contestó Garro con un suspiro,

—Me contaste lo que el Emperador había construido allí —le recordó Tarvitz—. Toda una civilización donde antes no había habido nada más que barbarie y muerte. Me hablaste de las cicatrices de la Era de los Conflictos, con glaciares derretidos por completo y montañas enteras aplanadas.

—Sí —admitió Garro—, lo recuerdo. El Emperador tomó aquel planeta destrozado y fundó su Imperio a partir de allí. Ésa es la razón de nuestra lucha: hacerle frente a la oscuridad y construir un imperio que la raza humana pueda heredar,

—Eso es lo que está siendo traicionado, amigo mío —le aseguró Tarvitz.

—Saúl, no permitiré que eso ocurra.

—Yo tampoco —le juró Tarvitz—. ¿Qué piensas hacer?

Garro se quedó callado unos momentos. Una vez que había elegido un bando, lo más importante para él era precisamente eso, saber qué hacer.

—Le diré al *Andronius* que te he derribado. El resplandor de la explosión y el hecho de que te encuentres en la atmósfera superior te cubrirán el tiempo suficiente para que puedas llegar a la superficie.

—¿Y después de eso?

—Debemos avisar a las demás legiones de lo que está ocurriendo. Únicamente el Señor de la Guerra puede haberse atrevido a concebir una traición de semejante calibre, y no habría comenzado algo de esa magnitud sin contar con la lealtad de unos

cuantos de sus hermanos primarcas. Rogal Dorn o Magnus jamás abandonarían al Emperador, y si logro salir con la *Eisenstein* del sistema Isstvan, podré traerlos hasta aquí.

—¿De verdad podrás hacerlo? —le preguntó Tarvitz—. El Señor de la Guerra no tardará en darse cuenta de lo que pretendes hacer.

—Dispongo de un poco de tiempo antes de que empiece a sospechar, pero después, toda la flota se lanzará en mi persecución. ¿Por qué será que debe morir gente cada vez que cualquiera de nosotros se esfuerza por hacer lo que es correcto?

—Porque ésa es la Verdad Imperial —le contestó Tarvitz—. ¿Podrás conservar el control de la *Eisenstein* una vez hayas partido?

—Sí —lo tranquilizó Garro—. Será algo complicado, pero la mayor parte de la tripulación son terranos incondicionales y se pondrán de mi parte. Los que no lo hagan, morirán.

El motor de babor se estremeció y Tarvitz supo que no le quedaba mucho tiempo antes de que la cañonera fallara del todo.

—Tengo que llegar a la superficie, Nathaniel —lo apremió Tarvitz—. No sé cuánto tiempo más aguantará en el aire esta nave.

—Entonces, aquí es donde nos separamos —dijo Garro con la voz cargada de un fatalista tono de despedida.

—La próxima vez que nos veamos, será en Terra —le aseguró Tarvitz.

—Si nos vemos otra vez, hermano.

—Nos veremos, Nathaniel —le prometió Tarvitz—. Te lo juro por el Emperador.

—Que la suerte de Terra esté contigo —dijo Garro antes de que la comunicación se cortase.

Tan sólo unos momentos antes se encontraba al borde de la muerte, pero incluso entonces ya tenía la esperanza de lograr impedir que la traición del Señor de la Guerra se llevara a cabo.

Se dio cuenta por fin de que de eso se trataba la Verdad Imperial.

Se trataba de esperanza. Esperanza para la galaxia, esperanza para la humanidad.

Tarvitz aceleró de nuevo el motor de la Thunderhawk y fijó el rumbo hacia el palacio del Señor del Coro, en línea recta hacia el corazón de la Ciudad Coral.



DIEZ
LA VERDAD MÁS VALIOSA
PRAAL
LA TUMBA DE LA MUERTE

El subnivel estaba repleto de gente que había acudido a escuchar la palabra del apóstol de la santa. «Apóstol. Así es como me llaman», pensó Sindermann. Le reconfortó saber que incluso en esos tiempos tan turbulentos seguía siendo una persona a la que otros seguían. También sabía que aquello no era más que simple vanidad, pero aun así… uno aprovecha lo que puede cuando las circunstancias cambian más allá del control de uno.

La noticia de que iba a dar un discurso se extendió con rapidez por todo el *Espíritu Vengativo*. Miró con nerviosismo hacia los límites del subnivel en busca de alguna señal que indicara que aquella noticia se había extendido más allá de los fieles al Emperador. Varios guardias armados vigilaban los diferentes accesos al subnivel, pero él sabía que si los Adeptus Astartes o Maggard y sus soldados atacaban, ninguno de ellos escaparía con vida.

Estaban corriendo un riesgo terrible, pero Euphrati había dejado muy claro que necesitaba hablarle a la gente, divulgar la palabra del Emperador y contar la inminente traición que había presenciado.

Miles de personas lo miraban expectantes. Sindermann carraspeó para aclararse la garganta, miró por encima del hombro hacia donde Mersadie y Euphrati lo contemplaban, de pie, delante del atril colocado sobre una improvisada plataforma hecha con cajas de embalaje. Habían colocado un altavoz de comunicación portátil para que sus palabras llegaran hasta el fondo de la estancia, aunque él sabía que era

capaz de hacer que su entrenada voz de iterador se oyera por todas partes sin necesidad de ayuda mecánica alguna. En realidad, el comunicador lo habían instalado para que sus palabras pudieran llegar hasta aquellos que no habían conseguido acudir a la reunión. Algunos fieles pertenecientes al equipo técnico habían conectado la unidad de comunicación con la red principal de altavoces de la nave.

Las palabras de Sindermann se oirían por toda la flota de la expedición.

Sonrió a la multitud y tomó un sorbo de agua del vaso que tenía al lado.

Un mar de rostros expectantes le devolvió la mirada. Los asistentes estaban desesperados por oír sus palabras de sabiduría. Se preguntó qué les diría. Echó un vistazo a las notas que tenía garabateadas y que había escrito a lo largo del tiempo que llevaba encerrado en las entrañas de la nave. Miró de nuevo por encima del hombro hacia Euphrati, y la sonrisa que ella le envió le elevó los ánimos.

Observó otra vez las notas, y lo escrito le pareció algo trillado y artificial.

Hizo una bola con los papeles y la tiró a un lado. Sentía que la sonrisa de aprobación de Euphrati le hacía el mismo efecto que un tónico en las venas.

—Amigos míos —empezó diciendo—. Vivimos en unos tiempos extraños y se están produciendo acontecimientos que os conmocionarán a muchos de vosotros lo mismo que me conmocionaron a mí. Habéis venido a oír hablar a la santa, pero ella me ha pedido que sea yo quien os hable, que sea yo quien os cuente lo que ella ha visto y quien os diga lo que todos los hombres y mujeres de fe deben hacer.

La voz del iterador iba cargada con la cantidad precisa de gravedad mezclada con un tono que les indicaba lo mucho que lamentaba las terribles palabras condenatorias que estaba a punto de pronunciar.

—El Señor de la Guerra ha traicionado al Emperador —dijo, y se calló para permitir que los inevitables gritos de negación y furia llenaran la estancia.

Las voces se alzaron y apagaron como olas en el mar, y Sindermann dejó que siguieran sin hacerles caso, a sabiendas del momento exacto en que debía volver a hablar.

—Lo sé, lo sé —continuó—. Pensáis que lo que acabo de decir es impensable, y hace muy poco tiempo yo habría estado de acuerdo con vosotros, pero es la verdad. Lo he visto con mis propios ojos. La santa me lo mostró en una visión y lo que vi me heló el alma. Eran campos de batalla sembrados de muertos, azotados por unos vientos que transportaban el polvo de los huesos. Vi los ojos vueltos hacia el cielo de personas que habían visto maravillas y que sólo soñaban con sus hijos y con la

amistad. Olí el aire, y estaba cargado con el olor a sangre. Amigos míos, ese hedor estaba pegado a los cuerpos de personas que nos han dicho que son nuestros enemigos. ¿Y todo por qué? ¿Porque habían decidido no formar parte de nuestro belicoso Imperio? ¿Quizá sabían más que nosotros? Es posible que hagan falta los ojos de un extraño para hacernos ver lo que antes no éramos capaces de discernir.

La multitud se calló, pero vio que la mayoría de la gente pensaba que se había vuelto loco. Muchos de los que habían acudido eran fieles del Emperador, pero otros muchos no lo eran. Aunque casi todos podrían aceptar la idea de un Emperador divino, pocos de ellos admitirían que el Señor de la Guerra fuese capaz de traicionar a un ser tan maravilloso.

—Cuando nos embarcamos en esta Gran Cruzada se suponía que era para llevar la iluminación y la razón por toda la galaxia, y durante un tiempo fue lo que hicimos. Pero amigos míos, miradnos ahora. ¿Cuándo fue la última vez que nos acercamos a un planeta sin albergar intenciones violentas? Llevamos tantas formas de hacer la guerra con nosotros, con la tensión de los asedios, el campo de batalla de las trincheras empapadas de barro y miseria y el cielo acribillado por las armas. ¡Y los que nos dirigen no son mucho mejores! ¿Qué esperamos de culturas que se encuentran con individuos llamados «Señor de la Guerra», «aniquilador» o «retorcido»? Ven a los Adeptus Astartes, protegidos por esas armaduras que parecen caparazones de insectos, que marchan al siniestro compás de los bólters y las rugientes espadas sierra. ¿Qué cultura no intentaría resistir a nuestro avance?

Sindermann sintió que la actitud del gentío estaba cambiando y que había conseguido despertar su interés. Lo que tenía que hacer a continuación era captar sus emociones.

—¡Mirad lo que dejamos atrás! ¡Tantos memoriales a nuestras matanzas! Mirad la Corte de Lupercal, donde guardamos las ensangrentadas armas de guerra en relucientes salas y contemplarnos maravillados su belleza cruel mientras esperan colgadas el momento de matar otra vez. Consideramos a esas armas unas simples curiosidades, pero nos olvidamos de las vidas que esos feroces instrumentos han segado. Los muertos no pueden hablarnos, no pueden rogarnos que busquemos la paz, ya que su recuerdo se borra hasta que son olvidados. A pesar de las filas de tumbas, de los arcos triunfales y de las llamas eternas, los olvidamos, porque tememos mirar lo que hicieron por miedo a verlo en nosotros mismos.

Sindermann notó que una increíble energía le llenaba el cuerpo mientras hablaba.

Las palabras le surgieron de los labios en un torrente imparable, y cada una de ellas parecía salirle de la boca por voluntad propia, como si vinieran de otro lugar distinto, de alguien más elocuente de lo que jamás podría ser su pobre y mortal talento.

—Llevamos doscientos años haciendo la guerra entre las estrellas, pero hay muchas lecciones que todavía no hemos aprendido. Los muertos deberían ser nuestros maestros, ya que son los verdaderos testigos. Sólo ellos conocen realmente el horror y el error que es la guerra. La plaga a la que regresamos generación tras generación porque no escuchamos el testamento de aquellos sacrificados al orgullo marcial, a la codicia o a una ideología malvada.

Un aplauso estruendoso surgió de la gente que estaba directamente delante de Sindermann, y la salva se extendió con rapidez por toda la estancia. El iterador se preguntó si aquella escena se estaría repitiendo en alguna de las naves de la flota donde se podía oír su voz.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras hablaba, y se agarró con fuerza al atril mientras la voz le temblaba de emoción.

—¡Qué los muertos en el campo de batalla nos tomen de la mano y nos iluminen con la verdad más valiosa que jamás podremos aprender: que debe haber paz en vez de guerra!

Lucius entró resbalando por el suelo de lo que parecía ser una especie de salón del trono. El suelo que pisaba estaba cubierto por una serie de diseños de mosaicos tremendamente intrincados y de unas volutas tan pegadas entre sí que parecían moverse de forma ondulante. Los proyectiles de bólter cruzaban la estancia, y al impactar provocaron una lluvia de trozos de mosaico que le cayeron encima cuando rodó por el suelo para ponerse a cubierto detrás de un enorme clavicordio.

La música procedente del amanecer de la creación resonó a su alrededor y llenó la torre central del palacio del Señor del Coro. Las lámparas de araña que colgaban de los pétalos situados en el centro de la gran flor de granito relucieron y vibraron siguiendo la cacofonía provocada por la batalla que se estaba desarrollando bajo ellas. La estancia se encontraba abarrotada de instrumentos, y delante de cada uno de ellos había un servidor encargado de tocar la sagrada música de los cantores de guerra. Unos inmensos órganos con tubos que se alzaban a través de la lechosa luz del amanecer permanecían en formación al lado de hileras de campanas doradas y de filas y filas de jaulas de bronce en cuyo interior se encontraban individuos con la cabeza

afeitada que cantaban en una incesante adulación.

Varias cuerdas de arpa soltaron un fuerte tañido al partirse bajo el tremendo intercambio de disparos. Unas notas discordantes resonaron por doquier cuando varios proyectiles de bólter se estrellaron contra un costado del órgano. La tremenda granizada de disparos que volaban por todos lados llenó el aire de metal caliente y de muerte. La batalla y la música rivalizaban por provocar el mayor estrépito.

Lucius sintió que el cuerpo se le llenaba de energía con tan sólo oír el tremendo ruido. Cada nota aullante y cada disparo resonante le llenaban los sentidos con el deseo de cometer actos violentos.

Asomó la cabeza por un lado del clavicordio para comprobar la situación. Estaba agotado pero al mismo tiempo emocionado de haber conseguido llegar tan lejos con tanta rapidez. Se habían abierto camino a través del palacio matando a su paso a miles de los guardias de armaduras negras o plateadas antes de conseguir llegar por fin a la sala del trono.

Lucius vio desde su posición que se encontraba en el segundo anillo de instrumentos, más allá del cual estaba el estrado del Señor del Coro. Encima del estrado había un enorme trono del que sólo veía su gran respaldo. A su alrededor había un anillo de atriles de colores dorados y verdes, y sobre cada uno de ellos un gigantesco libro de canto lleno de notas musicales.

Una ráfaga acribilló uno de los libros y lo destrozó provocando un torbellino de partituras que revolotearon alrededor del trono.

La guardia del palacio se concentró al otro lado de la sala del trono rodeando a una figura de estatura elevada cubierta por una armadura dorada, de cuya parte posterior sobresalían una serie de tubos y lo que parecían altavoces. Se produjo una nueva tormenta de proyectiles plateados, y Lucius vio otros contingentes de guardias llegar por diferentes entradas. Se produjo un recrudecimiento del combate cuando los recién llegados se lanzaron a la carga contra los Hijos del Emperador.

—Tengo que admitir que tienen valor —murmuró Lucius para sí.

Las espadas sierra y los disparos de las pistolas bólter resonaron al chocar contra las armaduras, y las ráfagas de los proyectiles plateados acribillaron el lugar pasando de una cobertura a otra de las ofrecidas por los instrumentos dorados. Cada ráfaga destrozaba las estructuras de madera y atravesaba por completo a los servidores, que seguían sentados delante de los ornamentados teclados que tocaban o de las cuerdas de las que tiraban con dedos metálicos.

Pero la música continuó sonando.

Lucius echó un vistazo a su espalda. Uno de los miembros de la escuadra Nasicae cayó de bruces mientras corría para reunirse con él. Tenía la cabeza acribillada de filamentos plateados. El soldado se estrelló contra el suelo a su lado con un fuerte repiqueteo sordo. Tan sólo quedaban tres guerreros de la escuadra Nasicae, y estaban separados de su comandante.

—¡Anciano Rylanor, avance! —gritó Lucius por el comunicador—. ¡Cúbrame! ¡Que las escuadras tácticas converjan sobre el trono y atraigan a la guardia del palacio! ¡Pureza y muerte!

—¡Pureza y muerte! —respondieron a coro los Hijos del Emperador, y con una coordinación ejemplar prosiguieron su avance.

Uno de los guardias de armadura plateada quedó acribillado por los disparos de bólter y cayó doblado al suelo. Los cuerpos de otros, protegidos por armaduras vítreas, quedaron desmadejados y ensangrentados sobre los diversos instrumentos, igualmente acribillados. Los servidores seguían moviéndose de forma inconexa, sin dejar de intentar tocar a pesar incluso de que las manos les hubieran quedado reducidas a muñones humeantes de hueso y metal.

Los Hijos del Emperador se movieron escuadra por escuadra, andanada tras andanada, y avanzaron a través del fuego enemigo como sólo podía hacerlo la legión más perfeccionada.

Lucius salió de su cobertura y se adentró en el torbellino de disparos. Varios proyectiles plateados se estrellaron contra su armadura.

A su espalda, el cuerpo del dreadnought Rylanor atravesó, destrozándolo por completo, un gigantesco conjunto de tambores y campanas. El estruendo de aquella destrucción quedó apagado cuando Rylanor abrió fuego contra el enemigo. Los guardias más ágiles, protegidos por armaduras ceñidas mediante largas tiras de ondulante seda, esquivaban las espadas sierra y se apartaban de las líneas de disparo de los bólters con la pericia de unos bailarines al mismo tiempo que amputaban extremidades con unas espadas de hoja de monofilamento.

Los guardias de armadura vítrea se lanzaron a la carga en una formación de apretadas filas y atacaron con las alabardas, pero ninguno de aquellos oponentes era un rival capaz de hacer frente al disciplinado contraataque de los Hijos del Emperador. La pulida perfección de su estilo de combare mantenía su efectividad incluso en mitad de aquella tormenta de fuego y muerte que llenaba la sala del trono.

Lucius se agachó y esquivó todos los disparos que pudo mientras se acercaba hacia la figura de armadura dorada. La metralla provocaba que la hoja de la espada emitiera chasquidos resplandecientes.

La armadura de su objetivo era antigua, pero decorada de un modo glorioso, la equivalente a la de un comandante general de los Hijos del Emperador. Iba armado con una larga vara, que en ambos extremos estaba rematada por unas ondas aullantes de armonías letales. Lucius se agachó de nuevo para esquivar un mandoble del arma y se echó con agilidad hacia un lado para después lanzar una estocada contra el vientre de su adversario.

A una velocidad mayor de la que hubiera creído posible, la lanza invirtió el golpe, y con una tremenda descarga de sonido desvió la espada antes de que alcanzara su objetivo. Lucius retrocedió con un movimiento fluido un momento antes de que una oleada sónica letal surgiera aullante de los tubos y los altavoces montados en la espalda del guerrero dorado. Toda una sección del suelo de mosaicos desapareció convertida en un surco abierto por el sonido.

Uno de los guardias del palacio cayó muerto a los pies de Lucius con el pecho abierto por los disparos de Rylanor, y otro se desplomó también cuando uno de los guerreros de la escuadra Nasicae le segó la pierna.

Los Hijos del Emperador se lanzaron a la carrera para ayudarlo, pero Lucius les indicó con un gesto de la mano que retrocedieran. Aquélla era su lucha. Se subió de un salto al pedestal del trono, donde el guerrero de armadura dorada se encontraba silueteado por el cono de luz procedente del lejano techo.

La lanza aullante cayó hacia él y Lucius se agachó de nuevo para esquivarla y lanzarse contra su oponente. Volvió a intentar ensartarlo de una estocada, pero una nota aguda perfecta envió la espada al suelo del pedestal alejándola de su blanco inicial. Lucius recuperó la espada al mismo tiempo que la lanza intentaba ensartarlo de nuevo. El filo musical le pasó rozando y provocó la aparición de una serie de ampollas en la pintura púrpura y dorada de su armadura. La batalla seguía librándose con ferocidad a su alrededor, pero aquello no tenía importancia alguna, ya que Lucius sabía con toda certeza que a quien se enfrentaba debía de ser sin duda el jefe de la rebelión.

Sólo Vardus Praal se rodearía de guardaespaldas tan temibles.

Lucius se apartó de la trayectoria de otro golpe pivotando sobre sí mismo y se colocó a la espalda de Praal, desde donde lanzó un mandoble contra los tubos y los

altavoces que éste llevaba montados a la espalda. Sintió una enorme satisfacción cuando el filo reluciente de su espada cortó con facilidad el metal.

Un terrorífico sonido retumbante surgió atronador de los tubos cortados y Lucius salió despedido de la plataforma por la fuerza del impacto.

La armadura se le agrietó por la tremenda onda sónica. La música adquirió mayor claridad mientras sentía cómo el poder le recorría el cuerpo en una gloriosa oleada de una nueva sensación, pura y sin mezcla alguna. Aquella melodía le cantaba en la sangre prometiéndole más glorias todavía, y el desenfrenado exceso de más música, luces y satisfacción hedonística.

Lucius sintió esa melodía en el alma y supo que la quería, que la quería más de lo que nunca jamás había querido otra cosa en toda su vida.

Alzó la mirada cuando el guerrero dorado se bajó con un ágil salto del pedestal del trono, y vio que la música flotaba llena de poder y promesas en unas líneas ondulantes que fluían como agua en el aire.

—Vas a morir —le prometió Lucius cuando la canción de muerte se apoderó de él.

Más tarde la llamarían la Tumba de la Muerte. Loken jamás había sentido tanto asco como cuando vio lo que había en el interior de aquel lugar. Ni siquiera la luna de Davin, donde los pantanos habían vomitado a los muertos vivientes para atacar a los Hijos de Horus, había sido un sitio tan nefasto.

El estruendo de la batalla era una música infernal creada por aullidos que se alzaban en un terrible crescendo, y lo que se veía era horrendo. La Tumba de la Muerte estaba repleta de cadáveres que se descomponían en montones de carne y borboteaban por la propia putrefacción.

La torre-tumba en la que Loken y los Hijos de Horus habían entrado era más amplia en el interior que en el exterior, ya que el suelo en realidad se hundía hasta formar un foso donde se había arrojado a los muertos. La tumba era de la propia Muerte. Un mausoleo de hierro negro manchado de sangre con la superficie grabada con espirales dominaba toda la fosa, y la remataba una estatua del mismísimo Padre Isstvan, un gigantesco dios celestial barbudo que se llevaba las almas de los fieles y que arrojaba las del resto al firmamento para que languidecieran junto a los Hijos Perdidos.

Había una cantora de guerra sobre uno de los hombros negros del Padre Isstvan, y desde allí aullaba una canción de muerte que le destrozó los nervios a Loken y le provocó un intenso dolor en las extremidades. Cientos de soldados isstvanianos

rodeaban la fosa, y empezaron a disparar desde la cadera mientras avanzaban corriendo hacia los Adeptus Astartes, impelidos por la aullante canción de muerte.

—¡A por ellos! —gritó Loken, pero antes siquiera de que pudiera respirar otra vez, el enemigo ya se le había echado encima.

Los guerreros de la punta de lanza entraron por las muchas arcadas que daban al interior de la torre-tumba y abrieron fuego en cuanto vieron al enemigo que se abalanzaba contra ellos. Loken consiguió disparar una ráfaga antes de que los dos bandos chocaran.

Más de dos mil Hijos de Horus se lanzaron al combate y la Tumba de la Muerte se convirtió en una inmensa gradería para una enorme y terrible matanza, como la de los circos de los antiguos romanii.

—¡No os separéis! ¡Espalda con espalda, y avanzad! —gritó Loken, aunque sólo le cabía tener la esperanza de que sus guerreros hubieran conseguido oírlo por el comunicador.

El griterío era ensordecedor. Todos y cada uno de los isstvanianos tenían la boca abierta de par en par y lanzaban un aullido que seguía las cadencias chillonas de la música de la cantora de guerra.

Loken se abrió camino a través de los cuerpos que lo rodeaban. Vipus estuvo a su altura dando un mandoble tras otro con su espada sierra larga. La estrategia y las armas no suponían ninguna diferencia en esos momentos. La batalla simplemente se había convertido en un brutal combate cuerpo a cuerpo donde se luchaba a muerte.

Un enfrentamiento como aquél tan sólo podía tener un resultado final.

Loken sintió que lo embargaba una sensación de asco. No por la sangre y la muerte que lo rodeaban, ya que había visto cosas mucho peores, sino por el tremendo desperdicio que suponía aquella guerra. La gente a la que estaba matando… Sus vidas podrían haber tenido algún significado. Podrían haber aceptado la Verdad Imperial y haber ayudado a forjar una galaxia donde la raza humana estuviese unida, donde la sabiduría del Emperador los hubiera llevado hacia un futuro lleno de maravillas. En vez de eso, habían sido traicionados y convertidos en unos asesinos fanáticos por un líder corrompido, destinado a morir por una causa que no era más que una mentira.

Unas buenas vidas desperdiciadas. Nada podía estar más lejos del verdadero propósito del Imperio.

—¡Torgaddon! Que avance la línea. Oblígalos a retroceder para conseguir algo de espacio y que podamos disparar.

—¡Es más fácil de decir que de hacer, Garvi! —contestó Torgaddon, con una voz que se oía de forma intermitente debido al chasquido de los huesos al partirse.

Loken miró a su alrededor y vio que uno de los miembros de la escuadra Lachost era derribado por una masa de guerreros enemigos. Intentó alzar el bólter para apuntar hacia allí, pero unas manos ensangrentadas le agarraron el cañón del arma y se la bajaron de nuevo. El hermano de batalla desapareció por completo, así que Loken bajó un hombro y se lanzó a la carga, rompiendo huesos y extremidades a su paso, pero otros más se abalanzaron sobre él y una nueva lluvia de balas y de golpes de espada repiqueteó contra su armadura.

Lanzó un rugido de rabia y atravesó con la espada sierra la armadura y el cuerpo de un guerrero que tenía por delante y obligó así a retroceder al enemigo la fracción de segundo que necesitaba para abrir fuego con el bólter. Una andanada rugiente envió todos los proyectiles de un cargador completo contra la masa de guerreros que lo rodeaban, convirtiéndolos en un amasijo de rostros destrozados y armaduras reventadas.

Metió con rapidez otro cargador en el bólter y disparó contra los guerreros que amenazaban con doblegar a los Hijos de Horus. Los Adeptus Astartes aprovecharon los huecos así abiertos para avanzar o para abrir nuevos espacios para poder disparar a su vez. Otros apoyaron con sus disparos a los hermanos de batalla que estaban luchando detrás de ellos.

El tono del aullido de la cantora de guerra cambió y a Loken le dio la impresión de que alguien lo estuviera arañando con unas garras mohosas toda la espina dorsal. Trastabilló por un momento y sus enemigos aprovecharon para echársele encima.

—¡Torgaddon! —gritó por encima del estruendo—. ¡Acaba con la cantora de guerra!

—Os pido disculpas, mi Señor de la Guerra —empezó diciendo Maloghurst, nervioso por interrumpir la contemplación de Horus del campo de batalla que se extendía bajo ellos—. Se ha producido un incidente.

—¿En la ciudad? —le preguntó Horus sin levantar la mirada.

—En la nave —le contestó Maloghurst.

El Señor de la Guerra alzó la vista con expresión malhumorada.

—Explícate.

—El iterador principal, Kyril Sindermann…

—¿El viejo Kyril? —comentó Horus—. ¿Qué pasa con él?

—Por lo que parece, hemos juzgado mal el carácter de ese individuo, mi señor.

—¿En qué sentido, Mal? —quiso saber Horus—. No es más que un anciano.

—Es eso, pero también puede ser la mayor amenaza a la que nos hayamos enfrentado, mi señor. Ahora se ha convertido en un líder, en un apóstol, como lo llaman. Ha…

—¿Un líder? —lo interrumpió Horus—. ¿Líder de quién?

—De la gente de la flota, de los civiles, de las tripulaciones, del *Lectio Divinitatus*. Acaba de pronunciar un discurso a toda la flota en el que llama a la resistencia frente a la legión diciendo que somos unos monstruos belicistas y que nos disponemos a traicionar al Emperador. Estamos intentando rastrear el origen de la señal, pero lo más probable es que se haya marchado mucho antes de que la localicemos.

—Ya veo —musitó Horus—. Este problema debería haberse solucionado mucho antes de Isstvan.

—Y os hemos fallado al respecto, mi señor —replicó Maloghurst—. El iterador combinó una serie de llamadas a la paz con una potente combinación de religión y de fe.

—No debería sorprendernos —le aclaró el Señor de la Guerra—. Sindermann fue escogido para que se uniera a mi flota precisamente porque era capaz de convencer incluso al gentío más fanático de hacer lo que él quisiera. Si combinas esa habilidad con el fervor religioso, sin duda alguna obtendrás algo tan peligroso como aquello en lo que se ha convertido.

—Creen que el Emperador es un ser divino y que estamos cometiendo una blasfemia —añadió Maloghurst.

—Debe de ser una fe realmente seductora —murmuró Horus pensativo—. Y la fe puede ser un arma muy poderosa. Maloghurst, por lo que parece, hemos subestimado el potencial que posee incluso un simple civil siempre que tenga verdadera fe en algo.

—¿Qué ordenáis que haga, mi señor?

—No nos enfrentamos a esta amenaza del modo adecuado —respondió Horus—. Debió dejar de existir cuando Varvaras y esos entrometidos rememoradores fueron «iluminados». Ahora debo prestarle atención cuando nuestro plan se encuentra en el momento más importante. El bombardeo está a punto de producirse.

Maloghurst inclinó la cabeza.

—Mi Señor de la Guerra, Sindermann y los de su ralea serán destruidos.

—Lo próximo que quiero oír al respecto es que todos están muertos —le ordenó Horus.

—Así será —le prometió Maloghurst.

—¡Idiota! —le gritó Praal con una voz rasposa cargada de desprecio—. ¿Es que no has visto este mundo? ¿Las maravillas que estáis destruyendo? ¡Ésta es la ciudad de los dioses!

Lucius se puso en pie, todavía aturdido por el impacto de la onda sonora que lo había hecho salir despedido de la plataforma del trono, pero a sabiendas de que la canción de muerte sonaba para él, y sólo para él. Se lanzó a por Praal, pero éste desvió con facilidad el golpe y colocó la lanza en una guardia perfecta.

—Ésta es la ciudad de mis enemigos —le contestó Lucius riéndose—. Eso es lo único que me importa.

—Estás sordo ante la música de la galaxia. Yo la he oído mucho más que tú —le replicó Praal—. Quizá deba compadecerte, puesto que yo he oído el sonido de los dioses. He oído su canción, ¡y en su sabiduría, maldicen esta galaxia!

Lucius volvió a echarse a reír delante de Praal.

—¿Crees que me importa lo más mínimo? Lo único que quiero es matarte.

—Los dioses han cantado lo que vuestra Verdad Imperial traerá a la galaxia —le chilló Praal. Su voz musical estaba cargada de desdén—. Es un futuro de miedo y de odio. Yo estaba sordo a la música antes de que abrieran ante mí la canción del olvido. ¡Mi deber es acabar con vuestra cruzada!

—Puedes intentarlo —lo animó Lucius—. Pero incluso si logras matarnos a todos, vendrán más. Cien mil más, un millón más, hasta que este planeta quede convertido en polvo. Vuestra pequeña rebelión se ha acabado, lo que ocurre es que todavía no lo sabéis.

—No, Astartes —le replicó Praal—. Yo ya he cumplido mi deber y os he traído aquí, a este crisol de destinos. ¡He acabado mi tarea! Lo único que me queda es sacrificarme en nombre del Padre Isstvan.

Lucius se apartó de un ágil salto cuando Praal lo atacó de nuevo con las peligrosas estocadas de un maestro guerrero, pero Lucius ya se había enfrentado con anterioridad a enemigos mejores que ése y había vencido. La canción de muerte le resonaba detrás de los ojos y era capaz de ver los movimientos de Praal antes incluso de que éste se moviera. La canción le hablaba a un nivel que no lograba comprender,

pero sabía de forma instintiva que era un poder más allá de lo que jamás había conocido.

Lanzó una serie de golpes encadenados contra Praal. Éste se vio obligado a retroceder con cada ataque, y no importaba la habilidad con que detuviera cada uno de ellos, el siguiente estaba más cerca todavía de herirlo.

La expresión de miedo que captó en la mirada de Praal llenó a Lucius de una brutal sensación de triunfo. La aullante lanza musical dejó escapar un último chillido atonal antes de que quedara destrozada por fin bajo el filo de energía de la espada del Adeptus Astartes.

Lucius giró sobre sí mismo con un movimiento fluido y descargó un golpe empuñando la espada con las dos manos en el centro de la dorada placa pectoral de Praal. La ardiente arma atravesó la armadura, las costillas y los órganos internos.

Praal cayó de rodillas, todavía con vida. Abrió la boca con gesto agónico mientras la sangre salía a chorros de la tremenda herida. Lucius giró la hoja de la espada y disfrutó del chasquido que se oyó cuando unas cuantas costillas más se partieron.

Le puso un pie en el pecho a Praal y tiró de la espada para sacarla. Luego la alzó en un gesto triunfante por encima del cadáver de su enemigo.

Los Hijos del Emperador se dedicaron entonces a acabar con el resto de los guardias de palacio, pero con Praal muerto, la canción en la sangre se fue apagando y su interés por el combate se desvaneció. Lucius se dio la vuelta hacia el trono, ansioso ya de que aquella música le recorriera de nuevo todo el cuerpo.

Lo único que veía era el respaldo del trono, así que no distinguía quién estaba sentado en él. Delante había un panel de control que funcionaba con frenesí, con un gran parecido a un monstruoso y complicado teclado mecánico.

Lucius rodeó el trono y se encontró delante de un servidor de ojos vidriosos.

La cabeza estaba montada sobre un cuerpo delgado de armazón metálica. Le habían sacado las entrañas y las habían reemplazado por una serie de mecanismos de bronce. De la cavidad del pecho salían una serie de chasqueantes púas que leían la música impresa en los libros colocados alrededor del trono. Las manos del servidor, unos mecanismos muy elaborados de metal y alambre, con veinticinco dedos cada una, tecleaban a lo largo del panel de control.

Sin embargo, sin Praal, a la música le faltaba armonía y estaba desentonada, por lo que los ritmos sincopados se descoordinaban. Lucius se dio cuenta de que aquella música era un sustituto muy pobre de la que lo había impulsado durante su

enfrentamiento contra Praal.

De repente, se encontró furioso más allá de lo expresable con palabras y blandió la espada en un tajo centelleante que acabó destrozando el panel de control y provocando una lluvia de chispas anaranjadas. La repulsiva música se convirtió en chirriante aullido de muerte que hizo que los pétalos de piedra del palacio se estremecieran ante aquel terrible chillido ensordecedor antes de desvanecerse como un sueño olvidado.

La música de la creación se apagó y las voces de los dioses quedaron en silencio por todo Isstvan.

Una tremenda andanada de disparos llamó la atención de Loken mientras luchaba desesperadamente contra las decenas de guardias que lo acosaban con las relucientes alabardas. A su espalda, Torgaddon había situado a parte de la punta de lanza en una línea de tiro, y los disparos de bólter repiquetearon contra el hierro negro del mausoleo de la Muerte. La cantora de guerra se estampó como un pájaro muerto contra la estatua del Padre Isstvan. Luego cayó, y su último grito quedó cortado cuando su cuerpo quedó destrozado al chocar con el suelo tallado del mausoleo de la Muerte.

—¡Está muerta! —dijo la voz de Torgaddon por el comunicador, con un tono que mostraba su sorpresa por lo fácil que había sido matarla.

—¿A quién hemos perdido? —preguntó Loken mientras los soldados enemigos retrocedían ante la muerte de la cantora de guerra. Sospechaba que había algo más en esa retirada que la simple desaparición de su líder. Algo fundamental había cambiado en Isstvan III, pero todavía no sabía qué había sido.

—La mayor parte de la escuadra Chaggrat —contestó Torgaddon—, y muchos de las demás. No lo sabremos hasta que salgamos de aquí, pero hay algo más…

—¿El qué? —le preguntó Loken.

—Lachost dice que hemos perdido contacto con la órbita del planeta —le informó Torgaddon—. No hay señal alguna. Es como si el *Espíritu Vengativo* ni siquiera estuviera allí arriba.

—Eso es imposible —exclamó Loken, y miró a su alrededor en busca de la silueta familiar del sargento Lachost.

Lo vio al borde de la fosa mortuoria y se acercó a él. Torgaddon y Vipus lo siguieron.

—Imposible o no, es lo que me ha dicho —le comentó Torgaddon mientras se acercaban.

—¿Qué hay acerca del resto de la fuerza de ataque? —le preguntó Loken a Lachost al mismo tiempo que se ponía en cuclillas a su lado—. ¿Qué hay de la gente en el palacio?

—Hemos tenido más suerte con ellos —le informó Lachost—. He logrado ponerme en contacto con el capitán Ehrlen, de los Devoradores de Mundos. Por lo que parece, todavía están a las afueras del palacio. Aquello ha sido una tremenda matanza. Miles de civiles muertos…

—¡En nombre de Terra! —exclamó Loken, y sabiendo la predilección que los Devoradores de Mundos sentían por las matanzas, se imaginó los ríos de sangre que debían de estar corriendo por las calles de la Ciudad Coral—. ¿Han logrado ponerse en contacto con alguien de órbita?

—Estaban más que ocupados, capitán —contestó Lachost—. Incluso si hubieran conseguido ponerse en contacto con el *Conquistador*, no están en condiciones de transmitir a órbita nada que les enviemos. Apenas logré entender lo que me decía el capitán Ehrlen aparte de que estaba matando a sus oponentes con las manos desnudas.

—¿Y el palacio?

—Nada, no he conseguido establecer contacto con el capitán Lucius de los Hijos del Emperador. El palacio ha estado interfiriendo nuestras comunicaciones desde que llegamos. Se oía algo parecido a música, pero nada más.

—Prueba entonces con la Guardia de la Muerte. Con ellos va el *Dies Irae*. Podemos utilizarlo como puesto de retransmisión.

—Lo intentaré, señor, pero no pinta bien.

—Se supone que esto ya debería estar acabado a estas horas —bufó Loken—. La Ciudad Coral no se va a entregar simplemente porque sus dirigentes estén muertos. Quizá los Devoradores de Mundos tenían razón después de todo. Vamos a tener que matarlos a todos. Necesitarnos que la segunda oleada baje ya, y si ni siquiera podemos ponernos en contacto con el Señor de la Guerra, ésta va a ser una campaña muy larga.

—Seguiré intentándolo —le contestó Lachost.

—Tenemos que establecer comunicaciones con el resto de la fuerza de ataque —dijo Loken—. Aquí estamos aislados. Hemos de llegar hasta el palacio y reunirnos con los Devoradores de Mundos o con los Hijos del Emperador. No vamos a servir de nada si nos quedamos aquí parados. Lo único que conseguiremos es proporcionar a

los isstvanianos una oportunidad para rodearnos.

—Hay muchos soldados entre nosotros y el resto de la fuerza de ataque —le indicó Torgaddon.

—Pues avanzaremos con todas las tropas. No tomaremos esta ciudad si nos quedamos esperando que nos ataquen.

—Es cierto. Vi que la puertas principales estaban un poco más arriba, en la muralla occidental. Podremos entrar en la ciudad propiamente dicha desde allí, pero va a ser un paseo bastante duro.

—Bien —se limitó a decir Loken.

—Es una trampa —dijo Mersadie—. Tiene que serlo.

—Probablemente tienes razón —contestó Sindermann mostrándose de acuerdo.

—Por supuesto que tengo razón —le replicó Mersadie—. Maloghurst intentó que mataran a Euphrati. Su monstruo mascota, ese Maggard, casi te mata a ti, ¿te acuerdas?

—Lo recuerdo muy bien —replicó Sindermann a su vez—, pero piensa en la oportunidad que representa. Habrá miles de personas y no pueden intentar absolutamente nada con tanta gente por allí. Lo más probable es que ni siquiera se den cuenta de que estamos.

Mersadie miró con asombro a Sindermann, incapaz de creer que el viejo iterador fuera tan ingenuo. ¿Es que no había hablado frente a cientos de personas pocas horas antes sobre la perfidia del Señor de la Guerra? ¿Y quería reunirse con él después de aquello?

Uno de los miembros de la dotación de motores los había despertado y había depositado en una de las temblorosas manos de Sindermann un panfleto enrollado. El iterador había intercambiado una mirada de preocupación con Mersadie antes de abrirlo y leerlo. Se trataba de un decreto del Señor de la Guerra en el que autorizaba a todos los rememoradores para que se reunieran en la cámara de audiencia principal del *Espíritu Vengativo* para presenciar el triunfo final en Isstvan III. Hablaba sobre el abismo que se había abierto, con gran disgusto para él, entre los Adeptus Astartes y los rememoradores. Con aquel gesto magnánimo, el Señor de la Guerra esperaba disipar cualquier clase de miedo que pudiera existir sobre la posibilidad de que ese abismo se hubiera abierto de forma deliberada.

—Debe de creer que somos estúpidos —comentó Mersadie—. ¿De verdad piensa

que vamos a caer en esta trampa?

—Maloghurst es un individuo muy astuto —dijo Sindermann mientras enrollaba de nuevo el panfleto y lo dejaba encima de la cama—. Ya apenas se le puede considerar un guerrero. Intenta hacer que los tres salgamos a la luz, ya que tiene la esperanza de que ningún rememorador que se precie podrá resistir una oferta semejante. Si yo fuera un individuo de menor catadura moral, incluso podría llegar a admirarlo.

—¡Razón de más para no caer en esta trampa! —exclamó Mersadie.

—Ah, pero ¿qué ocurre si esto es cierto, querida? —le preguntó Sindermann—. ¡Imagínate lo que podríamos llegar a ver en la superficie de Isstvan III!

—Kyril, esta nave es muy grande y podemos mantenernos escondidos durante mucho tiempo. Cuando Loken regrese, podrá protegernos.

—¿Como protegió a Ignace?

—Eso no es justo, Kyril —protestó Mersadie—. Loken puede ayudarnos a salir de la nave una vez nos marchemos del sistema Isstvan.

—No —dijo una voz a la espalda de Mersadie, y ambos se dieron la vuelta.

Era Euphrati Keeler. Estaba despierta de nuevo, y su voz sonaba con mayor fuerza de la que Mersadie recordaba desde hacía mucho tiempo. Mostraba un aspecto más sano incluso que el que tenía cuando se enfrentó al terror en la sala de archivos. Verla de pie, caminar o hablar después de tanto tiempo seguía siendo una sorpresa para Mersadie, y sonrió al tenerla delante una vez más.

—Vamos a ir —les dijo.

—¿Euphrati? ¿De verdad crees que…? —empezó a preguntarle Mersadie.

—Sí, Mersadie —la interrumpió Euphrati—. Lo digo muy en serio. Y sí, estoy segura de lo que hago.

—Es una trampa.

—No necesito la sabiduría del Emperador para darme cuenta de eso —le contestó Euphrati con una sonrisa, pero Mersadie pensó que había algo forzado, incluso un poco siniestro, en aquel gesto.

—Pero nos matarán.

Euphrati volvió a sonreír.

—Sí, sí que lo harán. Si nos quedamos aquí, al final nos atraparán. Disponemos de fieles entre la tripulación, pero también hay enemigos. No permitiré que la Iglesia del Emperador muera de ese modo. Esto no acabará entre sombras y asesinatos.

—Vamos, señorita Keeler —le dijo Sindermann con un tono de voz forzadamente despreocupado—. Empieza a sonar como yo.

—Euphrati, es posible que al final nos atrapen —razonó Mersadie—, pero ésa no es razón para ponérselo fácil. ¿Por qué dejar que el Señor de la Guerra se salga con la suya si podemos vivir un poco más?

—Porque tenéis que verlo —dijo Euphrati con énfasis—. Tenéis que verlo. Este destino, esta traición, es demasiado grande como para que ninguno de nosotros la entienda sin ser testigos de ella. Tened fe en que llevo razón en esto, amigos míos.

—Ahora mismo no es una cuestión de fe, ¿verdad? —respondió Sindermann—. Es…

—Ha llegado el momento de que dejéis de pensar como rememoradores —lo interrumpió Euphrati, y Mersadie vio una luz en su mirada que fue aumentando de brillo con cada palabra que decía—. La Verdad Imperial se muere. La estamos viendo morir desde 63-19. O se muere con ella, o se sigue al Emperador. Esta galaxia es demasiado sencilla para nosotros como para que intentemos ocultarnos más en su posible complejidad. Además, el Emperador no puede llevar a cabo su obra a través de aquellos que ni siquiera saben si creen en él.

—Te seguiré —le contestó Sindermann, y Mersadie se dio cuenta de que estaba asintiendo a su vez de forma inconsciente.



ONCE
ADVERTENCIA
LA MUERTE DE UN MUNDO
EL ÚLTIMO CTHONIANO

Lo primero que Saúl Tarvitz vio de la Ciudad Coral fue la magnífica orquídea de piedra que era el palacio del Señor del Coro. Se bajó de la vapuleada Thunderhawk en el techo de una de las alas de palacio, con la espectacular cúpula alzándose por delante de él. El humo procedente de los diversos combates que se estaban librando en el interior subía hacia el cielo enroscándose sobre sí mismo. Un terrible griterío le llegaba procedente de la plaza situada al norte de su posición junto al fuerte olor a sangre recién derramada.

Tarvitz captó todo aquello de una sola mirada, y lo sacudió la idea de que todo eso podía desaparecer de un golpe en cualquier momento. Vio a varios Adeptus Astartes avanzar por el techo en su dirección. Eran Hijos del Emperador, y se alegró enormemente al ver que se trataba de la escuadra Nasicae, con Lucius a la cabeza, con la espada todavía humeante por los combates.

—¡Tarvitz! —lo llamó Lucius, y a Tarvitz le pareció que caminaba con un porte más arrogante incluso de lo habitual en él—. ¡Creí que nunca llegarías! ¿Tienes celos de nuestras victorias?

—¡Lucius! ¿Cuál es la situación? —le preguntó mientras se acercaba.

—Hemos tomado el palacio y Praal está muerto. Lo he matado yo mismo, en persona. Seguro que hueles a los Devoradores de Mundos. No se sienten a gusto hasta que todo lo que los rodea apesta a sangre. Estamos aislados del resto de la ciudad. No logramos ponernos en contacto con nadie.

Lucius señaló el extremo más occidental de la ciudad, donde la gigantesca silueta del *Dies Irae* disparaba sin cesar contra los desafortunados isstvanianos que estaban debajo, y fuera de su vista.

—Aunque por lo que parece, la Guardia de la Muerte se va a quedar pronto sin enemigos a los que matar.

—Tenemos que ponernos en contacto ahora mismo con el resto de la fuerza de ataque —le dijo Tarvitz—, con los Hijos de Horus y con la Guardia de la Muerte. Que una escuadra se ponga a ello de inmediato. Que suba a un terreno más elevado si es necesario.

—¿Por qué? —quiso saber Lucius extrañado—. Saúl, ¿qué ocurre?

—Nos van a atacar. Con algo grande. Un bombardeo vírico.

—¿Los isstvanianos?

—No —le contestó Tarvitz con tristeza—. Nos han traicionado nuestros camaradas.

Lucius dudó durante un momento.

—¿El Señor de la Guerra? Saúl, ¿de qué estás…?

—Lucius, nos han enviado aquí para morir. Fulgrim escogió a aquellos que no formaban parte de su gran plan.

—¡Saúl, eso es una locura! —le gritó Lucius—. ¿Por qué iba a hacer nuestro primarca algo así?

—No lo sé, pero no habría hecho algo semejante sin una orden explícita del Señor de la Guerra —le contestó Tarvitz—. Todo esto no es más que el primer paso de un plan mucho más ambicioso. No conozco cuál es el objetivo exacto, pero debemos intentar detenerlo.

Lucius hizo un gesto negativo con la cabeza. Una expresión de amargura le surcaba el rostro.

—No. El primarca no me habría enviado a morir aquí, no después de todas las batallas que he librado por él. Mira en lo que me he convertido. ¡Yo soy uno de los Elegidos de Fulgrim! ¡Jamás he dudado, jamás he cuestionado nada! ¡Habría seguido a Fulgrim hasta el mismísimo infierno!

—Pero yo no lo hubiera hecho, Lucius, y eres amigo mío —le aclaró Tarvitz—. Lo siento, pero no tenemos tiempo. Debemos avisar a todo el mundo y después encontrar un buen lugar donde refugiarnos. Yo me encargo de avisar a los Devoradores de Mundos. Tú ocúpate de los Hijos de Horus y de la Guardia de la Muerte. No entres en

muchos detalles, tan sólo diles que está a punto de producirse un ataque vírico y que deben refugiarse donde puedan.

Tarvitz contempló por un momento la tranquilizadora mole del palacio del Señor del Coro.

—En este palacio tiene que haber catacumbas o sótanos profundos —dijo—. Si logramos llegar a ellos, quizá podríamos sobrevivir. Lucius, esta ciudad va a desaparecer, pero no estoy dispuesto a desaparecer con ella.

—Haré que suba un oficial de comunicaciones —le contestó Lucius con un tono de voz furioso.

—Bien. No disponemos de mucho tiempo, Lucius. Las bombas empezarán a caer de un momento a otro.

—Esto es una rebelión —añadió Lucius.

—Sí, sí que lo es —le confirmó Tarvitz.

Lucius seguía siendo bajo sus cicatrices rituales el soldado perfecto que siempre había sido, un talismán cuya confianza en sí mismo se contagiaba a los guerreros que lo rodeaban. Tarvitz sabía que podía confiar en él.

—Vete y busca al capitán Ehrlen —le dijo Lucius—. Yo me encargaré de las otras legiones y haré que los nuestros se pongan a cubierto. Me pondré en contacto contigo.

—Hasta entonces —se despidió Tarvitz.

Lucius se volvió hacia la escuadra Nasicae y empezó a dar órdenes antes de echar a correr de regreso al interior de la cúpula. Tarvitz también echó a correr, pero en dirección a la plaza situada al norte. Divisó la feroz batalla que se estaba librando allí y oyó los gritos y el chirrido de las espadas sierra.

Levantó la mirada hacia el cielo matutino. Se estaba nublando.

Las bombas víricas comenzarían a atravesar esa capa de nubes en cualquier momento.

Caerían sobre toda la superficie de Isstvan III y morirían miles de millones de personas.

Los soldados convencionales y los Adeptus Astartes morían en mitad de las tormentas de barro y fuego a lo largo de las trincheras y de los búnkers que se extendían a lo largo de la franja occidental de la Ciudad Coral. El *Dies Irae* se estremecía por la cantidad de disparos que realizaba. El moderati Cassar los sentía todos y cada uno de ellos, como si el inmenso bólter Vulcano de múltiples cañones estuviera en su propia

mano. El titán había sufrido muchos impactos y tenía las piernas cubiertas por las marcas de las explosiones de los cohetes. En el amplio pecho mostraba los surcos provocados por los proyectiles de los cañones montados en los búnkers.

Cassar también sentía todo aquello, pero una multitud de heridas no era suficiente para retrasar el avance del *Dies Irae* o hacerlo cambiar de rumbo. Su único propósito era la destrucción, y la muerte era el castigo que hacía sufrir a los enemigos del Emperador.

Cassar notaba el corazón henchido de orgullo. Jamás se había sentido tan cerca de su Emperador, tan unido con el Dios-Máquina, un fragmento de la propia fuerza del Emperador que éste había infundido al *Dies Irae*.

—¡Aruken, vira a estribor! —ordenó el princeps Turnet desde la silla de mando —. Evita esos búnkers o dañarán la pierna izquierda.

El *Dies Irae* giró hacia un lado y su inmenso pie arrasó los tejados de un grupo de búnkers antes de aplastar una serie de emplazamientos de artillería cuando se posó de nuevo en el suelo. Un puñado de soldados isstvanianos salió como pudo de entre las ruinas y desplegó un grupo de armas pesadas de apoyo para empezar a disparar contra el titán que se alzaba por encima de ellos.

Los isstvanianos estaban bien entrenados y bien armados, y aunque la mayoría de sus atinas no eran rivales para un rifle láser, las trincheras igualaban de forma tremenda la situación, y un soldado con un rifle era un soldado con un rifle cuando comenzaba el combate.

La Guardia de la Muerte mató a miles de soldados enemigos mientras se abrían paso por el sistema de trincheras, pero los isstvanianos eran mucho más numerosos y no huían. En vez de eso, se habían limitado a retroceder trinchera por trinchera, cediendo ante el imparable avance de la Guardia de la Muerte.

Los isstvanianos eran difíciles de distinguir a simple vista entre el barro y los escombros debido a sus cascos de color verde apagado y los uniformes manchados de fango, pero los aparatos sensores del *Dies Irae* proyectaban una imagen muy bien definida en la retina de Cassar, que los captaba hasta el más mínimo detalle.

Cassar disparó una andanada de proyectiles de gran calibre y contempló cómo las explosiones provocaban enormes columnas de barro y de cuerpos que volaban por el aire como salpicaduras de agua. Los isstvanianos desaparecieron por completo, destruidos por la mano del Emperador.

—Hay fuerzas enemigas concentrándose en el cuadrante delantero de babor —

informó el moderad Aruken.

A Cassar la voz le sonó distante, como si se encontrara muy lejos en vez de al otro lado del puente de mando del titán.

—La Guardia de la Muerte puede ocuparse de ellas —respondió el princeps Turnet—. Concentraos en la artillería. Esa sí que puede hacernos daño.

Debajo de Cassar, unas cuantas figuras metalizadas de la Guardia de la Muerte relucieron alrededor de los búnkers cuando dos escuadras lanzaron varias granadas por las portillas de las armas y después abrieron las puertas a patadas para acribillar con los bólters a los isstvanianos que todavía seguían vivos dentro o achicharrados con los chorros de fuego de los lanzallamas. Los guerreros de la Guardia de la Muerte parecían un enjambre de escarabajos vistos desde la cabeza del *Dies Irae*. Los caparazones que eran sus servoarmaduras se deslizaban escurriéndose a través de las trincheras.

Unos cuantos de los miembros de la Guardia de la Muerte yacían allá donde habían caído, abatidos por las descargas de artillería o por el enorme número de rifles de las tropas isstvanianas, pero eran pocos comparados con la cantidad de cadáveres de isstvanianos que había tirados en cada una de las intersecciones de las trincheras. Los defensores estaban siendo obligados a retroceder metro a metro hacia el extremo más septentrional de la zona de trincheras. Cuando llegaran al mármol blanco de una gran basílica que incluía una torre en forma de espiral que había allí, quedarían atrapados y acabarían del todo con ellos.

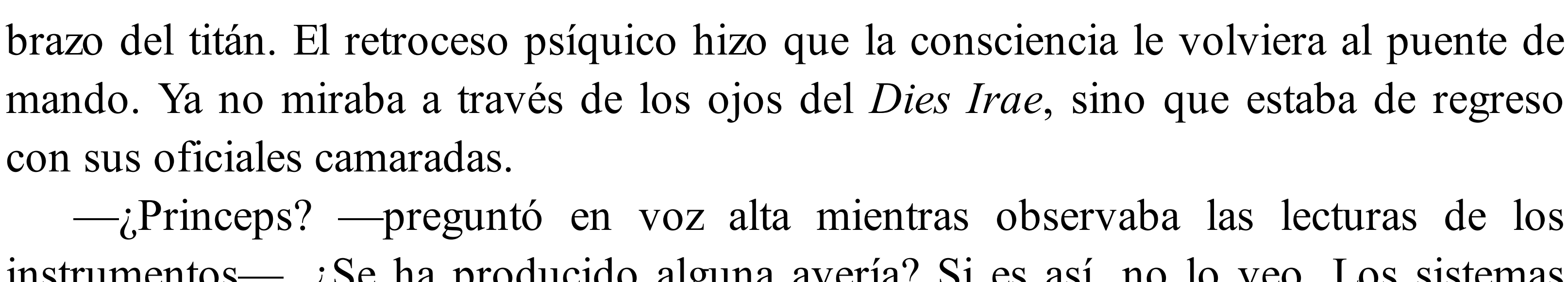
Cassar cambió de posición el brazo del arma principal del *Dies Irae* para apuntar contra una retumbante posición de artillería que estaba situada a unos quinientos metros de donde ellos se encontraban y que disparaba sin cesar proyectiles de gran potencia contra las líneas de la Guardia de la Muerte.

—¡Princeps! —gritó Cassar—. Artillería enemiga en activo en el cuadrante oriental.

El princeps no le contestó. Estaba demasiado concentrado en escuchar con atención algo que le estaban comunicando por el canal personal de mando. El princeps asintió para mostrar su acuerdo con la orden que había recibido antes de dar nuevas instrucciones.

—¡Alto! Aruken, que cese el movimiento de avance. Cassar, corta la alimentación de la munición.

Cassar apagó de forma instintiva el ciclo giratorio del arma que retumbaba en el


brazo del titán. El retroceso psíquico hizo que la consciencia le volviera al puente de mando. Ya no miraba a través de los ojos del *Dies Irae*, sino que estaba de regreso con sus oficiales camaradas.

—¿Princeps? —preguntó en voz alta mientras observaba las lecturas de los instrumentos—. ¿Se ha producido alguna avería? Si es así, no lo veo. Los sistemas primarios parecen encontrarse en perfectas condiciones.

—No es una avería —le contestó Turnet con cierta brusquedad.

Cassar apartó los ojos de la información que aparecía delante de él en columnas a las que en realidad no estaba mirando.

—Moderati Cassar, ¿cuál es la temperatura del arma? —le preguntó Turnet con sequedad.

—Aceptable —contestó el moderad—. Iba a subir tras el disparo contra esa artillería.

—Cierre los conductos de refrigeración y selle los depósitos de munición lo antes posible.

—¿Princeps? —se extrañó Cassar, confundido—. Eso nos dejará desarmados.

—Lo sé —replicó Turnet como si le estuviera hablando a un tonto—. Hágalo. Aruken, necesito que selle todo el titán.

—¿Sellado, señor? —le preguntó a su vez Aruken, que parecía tan confuso como Cassar.

—Sí, sellado. Tenemos que estar completamente sellados de la cabeza a los pies —le insistió Turnet al mismo tiempo que abría un canal de comunicación con el resto de la poderosa máquina de guerra—. Atención toda la tripulación. Ocupen los puestos de emergencia para ataque biológico ahora mismo. Se están cerrando las compuertas estancas. Sellen los conductos de refrigeración del reactor y prepárense para la pérdida de energía.

—Princeps —le llamó Aruken con voz agitada—. ¿Se trata de un arma biológica o atómica?

—Los isstvanianos poseen un arma cuya existencia desconocíamos —le contestó Turnet, pero Cassar se dio cuenta de que estaba mintiendo—. La lanzarán dentro de poco. Tenemos que aislarnos o nos veremos afectados.

Cassar miró a las trincheras a través de los ojos del titán. La Guardia de la Muerte seguía avanzando por los búnkers en ruinas y el entramado de trincheras.

—Pero princeps, los Adeptus Astartes…

—¡Le he dado una orden, moderati Cassar! —le gritó Turnet—, y la cumplirá. Quiero que quedemos sellados, cada conducto, cada compuerta, o moriremos.

Cassar ordenó mentalmente que el *Dies Irae* cerrara todas las escotillas y sellara todos los accesos, pero su reticencia provocó que estos procedimientos se realizaran con lentitud.

Contempló en el campo de batalla cómo la Guardia de la Muerte continuaba abriéndose paso a través de las defensas de la Ciudad Coral, sin preocuparse en apariencia de que los isstvanianos estuviesen a punto de lanzar contra ellos el Trono sabía qué clase de arma.

O como si no lo supieran.

La batalla continuó, pero el *Dies Irae* permaneció en silencio.

La cámara de audiencia principal del *Espíritu Vengativo* era una estancia de proporciones colosales llena de columnas, con paredes de mármol y pilastras de oro macizo. La gloriosa opulencia del lugar no se parecía a nada que Sindermann hubiera visto en su vida, y los miles de rememoradores que abarrotaban el lugar mostraban en los rostros una expresión muy parecida a la de unos niños pasmados a los que les habían enseñado una nueva y desconocida maravilla. El iterador vio muchos rostros conocidos, por lo que supuso que todo el complemento de rememoradores asignado a la flota se encontraba presente allí para asistir a lo anunciado por el Señor de la Guerra.

El propio Señor de la Guerra y Maloghurst estaban de pie en una plataforma elevada situada al otro extremo de la estancia, demasiado lejos como para que fueran capaces de reconocer a Sindermann, a Mersadie o a Euphrati.

O al menos, eso esperaba. ¿Quién sabía cuál era la agudeza visual de un Adeptus Astartes, por no hablar ya de la de un primarca?

Ambos iban vestidos con largas túnicas de color crema con rebordes en plata y oro. Un destacamento de guerreros los acompañaba. De las paredes colgaban varias pantallas pictográficas de gran tamaño.

—Me recuerda a una reunión de iteradores en un mundo sometido —comentó Mersadie, como si se hubiera dado cuenta de lo que Sindermann pensaba.

De hecho, era tan parecida, que el iterador empezó a preguntarse cuál sería el mensaje que les transmitirían y cómo lo resaltarían. Miró a su alrededor en busca de infiltrados entre la audiencia, que se dedicarían a aplaudir y a vitorear en los

momentos precisos para dirigir al público del modo que querían que respondiese. Cada una de las pantallas mostraba una porción de Isstvan III que destacaba contra un fondo negro salpicado de puntos de luz: las naves de la flota del Señor de la Guerra.

—Euphrati —dijo Mersadie de pronto mientras se abrían paso entre la multitud de rememoradores—. ¿Recuerdas que te dije que esto era una mala idea?

—Sí —le contestó Euphrati con una amplia sonrisa inocente.

—Bueno, pues ahora creo que es una idea muy, muy mala. ¿Has visto la cantidad de Astartes que hay aquí?

Sindermann siguió la mirada de Mersadie y empezó a sudar en seguida al ver a tantos guerreros armados a su alrededor. Si uno solo de ellos los reconocía, se acabaría todo.

—Tenemos que verlo —le dijo Euphrati al mismo tiempo que se daba la vuelta y lo agarraba de la manga—. Vosotros tenéis que verlo.

Sindermann notó la calidez de su contacto y vio el fuego que le ardía detrás de los ojos, premonitorio como el trueno que precede a la tormenta, y de repente se dio cuenta con un sobresalto de que le tenía un poco de miedo a Euphrati. La multitud rebullía de impaciencia mientras Sindermann mantenía la cara apartada de los Astartes que miraban hacia el centro de la cámara de audiencia.

Euphrati le dio un apretón en la mano a Mersadie cuando las pantallas pictográficas se encendieron. Los rememoradores soltaron una exclamación al unísono cuando contemplaron las calles ensangrentadas de la Ciudad Coral. Era evidente que las imágenes que llenaban las enormes pantallas pictográficas se estaban tomando desde una aeronave. Sindermann notó que la bilis le subía por la garganta ante el espectáculo de semejante matanza.

Recordó la carnicería en las Cabezas Susurrantes y se recordó a sí mismo que para aquello era para lo que habían creado a los Adeptus Astartes, pero la visión en directo de la pura naturaleza visceral de esa realidad era algo a lo que jamás conseguiría acostumbrarse. Las calles estaban llenas de cuerpos y los restos sanguinolentos cubrían casi todas las superficies visibles, como si del cielo hubiera llovido sangre.

—Vosotros, los rememoradores, siempre estáis diciendo que queréis ver la guerra —les dijo Horus con una voz que llegó con facilidad a todos los rincones de la cámara —. Bueno, pues aquí la tenéis.

Sindermann se quedó contemplando cómo la imagen de la pantalla cambiaba y retrocedía girando en el aire para apuntar hacia el cielo oscuro y lleno de estrellas.

Unas ardientes lanzas de luz caían hacia el campo de batalla que se abría debajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mersadie.

—Son bombas —le contestó Sindermann con voz cargada de incredulidad—. Están bombardeando el planeta.

—Y así es como comienza —dijo Euphrati.

La plaza era una visión realmente horrenda. La sangre llegaba hasta los tobillos y estaba cubierta por miles y miles de cadáveres. La mayoría estaban reventados por los impactos de los proyectiles de bólter, pero muchos estaban abiertos en canal por las espadas sierra o simplemente les habían arrancado las extremidades.

Tarvitz se apresuró a acercarse al puesto fortificado que habían improvisado en el centro de la plaza. Las murallas las formaban cuerpos apilados que se habían colocado entre las cápsulas de desembarco que se habían posado allí y que estaban en mal estado a causa del brusco aterrizaje.

Un Devorador de Mundos con la armadura empapada de sangre y el rostro cubierto de cicatrices lo saludó con un gesto de asentimiento mientras trepaba por la espantosa rampa de cuerpos. Tenía la armadura tan cubierta de sangre que Tarvitz se preguntó por qué no la habría pintado de rojo desde el principio.

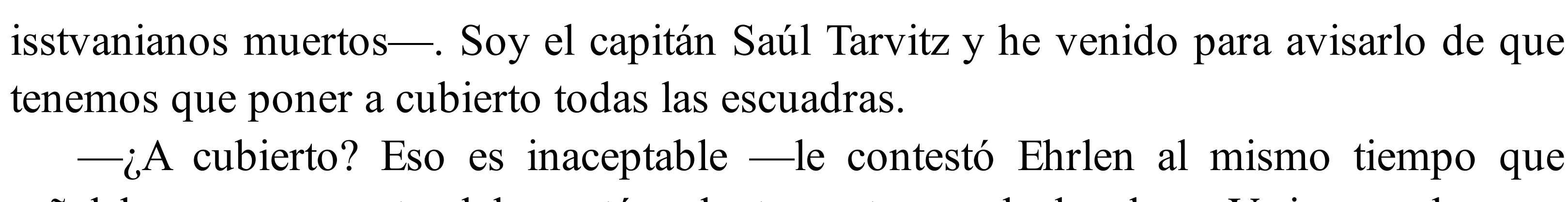
—El capitán Ehrlen —le preguntó—. ¿Dónde está?

El guerrero no gastó saliva en contestar y le señaló con un gesto del pulgar a otro guerrero, de cuya placa pectoral colgaban flotando docenas de papeles de juramento. Tarvitz asintió para darle las gracias y comenzó a cruzar el puesto fortificado. Pasó al lado de Astartes heridos a los que estaba atendiendo un apotecario que daba la impresión de haber luchado con la misma fiereza que cualquiera de sus pacientes. A su lado yacían dos Devoradores de Mundos que habían muerto. Habían quitado de en medio sus cadáveres sin ceremonia alguna.

Ehrlen alzó la mirada cuando vio que Tarvitz se aproximaba. El capitán tenía el rostro marcado por las quemaduras sufridas en alguna otra batalla, y el hacha que empuñaba estaba tan cubierta de sangre coagulada que parecía más bien una maza.

—¡Por lo que parece, los Hijos del Emperador nos envían refuerzos! —gritó Ehrlen, lo que provocó un coro de risas guturales en los demás Devoradores de Mundos—. ¡Todo un guerrero! Estamos de suerte. Seguro que el enemigo echa a correr en cuanto lo vea.

—Capitán —lo saludó Tarvitz cuando se reunió con él en la barricada de


isstvanianos muertos—. Soy el capitán Saúl Tarvitz y he venido para avisarlo de que tenemos que poner a cubierto todas las escuadras.

—¿A cubierto? Eso es inaceptable —le contestó Ehrlen al mismo tiempo que señalaba con un gesto del mentón el otro extremo de la plaza. Varias sombras se movían detrás de las ventanas de los edificios y en los espacios que los separaban—. Se están reagrupando. Si ahora avanzamos en cualquier dirección, se nos echarán encima.

—Los isstvanianos disponen de un arma biológica —le replicó Tarvitz, a sabiendas de que una mentira sería lo único que convencería a los Devoradores de Mundos—. Van a utilizarla. Matará a todos los que se encuentren en la Ciudad Coral.

—¿Que van a destruir su propia capital? Creí que este lugar era una especie de santuario para ellos. Un lugar sagrado.

—Ya nos han demostrado lo mucho que aprecian a los suyos —contestó Tarvitz con rapidez mientras señalaba los montones de cadáveres que tenían delante—. Sacrificarán esta ciudad con tal de acabar con nosotros. Expulsarnos del planeta les interesa más que mantener a salvo su ciudad.

—¿Así que quiere que abandonemos nuestra posición? —le preguntó Ehrlen con un tono de voz indignado, como si Tarvitz hubiera insultado personalmente su honor —. ¿Cómo sabe todo eso?

—Acabo de bajar de la órbita. Ya han disparado el arma. Si estamos en la superficie cuando el virus llegue, todos moriremos. Tiene que creerme.

—¿Adónde sugiere que nos dirijamos?

—Al oeste de esta posición, capitán —le contestó Tarvitz al tiempo que echaba un vistazo al cielo—. El borde del sistema de trincheras está repleto de búnkers y de refugios a prueba de bombas. Si sus hombres logran llegar, probablemente estarán a salvo allí.

—¿Probablemente? —le soltó Ehrlen—. ¿Eso es lo mejor que puede ofrecerme? —El capitán de los Devoradores de Mundos se quedó mirando fijamente a Tarvitz durante unos momentos—. Si se equivoca, tendrá en sus manos la sangre de mis guerreros, y lo mataré por ello.

—Le entiendo, capitán —respondió Tarvitz con voz cargada de urgencia—, pero no nos queda mucho tiempo.

—Muy bien, capitán Tarvitz. ¡Sargento Fleiste, el flanco izquierdo! ¡Sargento Wronde, el flanco derecho! ¡Devoradores de Mundos, avance general hacia el este!

¡Armas en mano!

Los Devoradores de Mundos desenvainaron las espadas y las hachas sierra. Las unidades de asalto, cubiertas de sangre de los pies a la cabeza, se apresuraron a colocarse en vanguardia y pasaron por encima de las improvisadas barricadas de cadáveres.

—¿Viene con nosotros, Tarvitz? —le preguntó Ehrlen.

Tarvitz se limitó a asentir mientras desenvainaba su espada ancha antes de seguir a los Devoradores de Mundos que habían empezado a cruzar la plaza.

Aunque era un camarada de los Adeptus Astartes, mientras corría sabía que era un extraño para ellos. Los Devoradores de Mundos avanzaban lanzando maldiciones y pisoteando los muertos en su carrera hacia la posible seguridad que ofrecían los búnkers.

Tarvitz volvió a levantar la mirada hacia la creciente capa de nubes y sintió que el pecho se le encogía.

Las primeras estelas ardientes ya estaban cayendo hacia la ciudad.

—Ha empezado —dijo Loken.

Lachost levantó la vista del aparato de comunicaciones de campaña. Varios surcos de fuego atravesaban el cielo en dirección a la Ciudad Coral. Loken intentó calcular el ángulo de descenso y la velocidad de las llameantes columnas que caían hacia el lugar. Algunos de los proyectiles impactarían entre las torres del Sagrario de la Sirena, lo mismo que habían hecho las cápsulas de desembarco de los Hijos de Horus unas pocas horas antes, y llegarían en cuestión de minutos.

—¿Lucius ha dicho algo más?

—No —contestó Lachost—. Que es alguna especie de arma biológica. Eso fue todo. Sonaba como si se acabara de meter en otro combate.

—Tarik —gritó Loken—. Tenemos que ponernos a cubierto ahora mismo. Debajo del Sagrario de la Sirena.

—¿Será suficiente?

—Si excavaron sus catacumbas a la profundidad suficiente, puede que sí lo sea.

—¿Y si no?

—Pues por lo que ha dicho Lucius, moriremos.

—Pues entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Loken se dio la vuelta hacia los Hijos de Horus que avanzaban a su alrededor.

—¡Bombardeo! ¡Meteos en el Sagrario de la Sirena y bajad todo lo posible! ¡Ya!

La torre del Sagrario de la Sirena que estaba más cerca era una monstruosidad gigantesca cubierta de figuras serpenteantes y grotescas y de rostros de gárgolas burlonas, sin duda una visión tomada del infierno de los mitos isstvanianos. Los Hijos de Horus rompieron la formación de avance y se dirigieron corriendo hacia allí.

Loken oyó el característico sonido de una detonación aérea muy por encima de la ciudad. Aceleró más todavía en cuanto entró en la oscuridad de la torre-tumba. El interior era siniestro y desagradable. El suelo estaba cubierto de figuras semihumanas de expresión torturada que alargaban las manos suplicantes como si estuvieran detrás de los barrotes de una jaula.

—Hay una escalera que baja —exclamó Torgaddon.

Loken se dirigió hacia él mientras los demás Adeptus Astartes también corrían a la entrada de la catacumba, que era una gigantesca cabeza monstruosa cuya garganta bajaba a las profundidades.

Loken oyó, mientras la oscuridad lo rodeaba por completo, un sonido familiar procedente del otro lado de las murallas del Sagrario de la Sirena.

Eran gritos.

Era la canción de muerte de la Ciudad Coral.

Las primeras bombas víricas estallaron muy por encima de la Ciudad Coral. Las enormes explosiones extendieron el letal contenido de los proyectiles a lo largo y ancho de la atmósfera. La cepa vírica lanzada en Isstvan III era el asesino más eficaz de todo el arsenal del Señor de la Guerra. Las bombas disponían de una carga más que suficiente para matar cien veces a todo el planeta, y estaban programadas para estallar a diferentes altitudes y en localizaciones distintas por toda la superficie de aquel mundo.

El virus atravesó bosques y llanuras, cruzó bancos de algas y cabalgó sobre corrientes de aire que recorrían todo el planeta. Saltó montañas, vadeó ríos, recorrió glaciares. Era el arma más mortífera del Imperio, y hasta el propio Emperador se había resistido a utilizarla.

Las bombas cayeron por todo Isstvan III, pero sobre todo cayeron sobre la Ciudad Coral.

Los Devoradores de Mundos eran los que estaban más lejos de cualquier cobertura y fueron los que sufrieron los peores efectos del bombardeo inicial. Algunos habían conseguido llegar a la seguridad de los búnkers, pero había muchos

otros que no. Se vio a guerreros caer de rodillas cuando los virus penetraron en sus cuerpos tras atravesar las armaduras gracias a los mortíferos agentes corrosivos que la estructura vírica de esa cepa llevaba incorporados. Esos agentes disolvieron los conductos expuestos al aire y las junturas de las piezas de las armaduras o entraron por las brechas abiertas por los disparos enemigos.

Se oyó gritar a los Adeptus Astartes. El sonido era más asombroso por su propia existencia que por el horror que transmitía su tono. Los virus rompieron uniones celulares a nivel molecular, y a los pocos minutos sus víctimas se disolvían de forma literal hasta quedar convertidas en una sopa de carne rancia. Lo único que quedó de ellas fueron unas cuantas piezas de armadura cubiertas de líquido. Incluso muchos de los que consiguieron llegar al interior de algún búnker murieron entre dolores atroces cuando cerraron las puertas y descubrieron que habían llevado al letal virus consigo.

El virus se extendió por toda la población civil de Isstvan III a la velocidad del pensamiento. Saltó de víctima en víctima en el tiempo que se tardaba en inhalar el mortal contagio. La gente se desplomaba allí donde se infectaba. La carne se desprendía de los huesos al mismo tiempo que el sistema nervioso se colapsaba y unos momentos antes de que los huesos adoptaran la consistencia de la gelatina.

Las fuertes explosiones alimentaron el festín vírico y dieron continuidad a las fatales reacciones de corrupción. La propia letalidad del virus era su peor enemigo, ya que sin un organismo huésped que lo llevara de víctima en víctima, el virus se consumía a sí mismo con rapidez.

Sin embargo, el bombardeo orbital siguió de forma incesante y machacó todo el planeta con una serie de acciones que se fueron solapando de un modo que aseguraba que nada pudiera escapar al virus.

Reinos enteros y estados vasallos de la superficie de aquel mundo fueron arrasados en cuestión de minutos. Culturas antiguas que habían sobrevivido a la Era Siniestra de la Tecnología y habían resistido el horror de una invasión en decenas de ocasiones cayeron sin ni siquiera conocer el motivo. Millones de sus habitantes murieron gritando por la agonía que sufrieron cuando sus cuerpos los traicionaron y se deshicieron quedando reducidos a materia podrida, descompuesta.

Sindermann contempló cómo la mancha de negrura invadía la franja de planeta visible en las gigantescas pantallas pictográficas. Se extendió como un amplio anillo negro que devoraba la superficie del planeta a su paso con una velocidad pasmosa, y que no dejaba atrás más que un desolado paisaje de color gris. Otra oleada de

corrupción surgió arrastrándose de otra parte de la superficie del planeta, y las dos masas oscuras se encontraron para luego seguir extendiéndose como los efectos de una horrible enfermedad.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó Mersadie.

—Vosotros ya lo habíais visto —le contestó Euphrati—. El Emperador os lo mostró a través de mí. Es la muerte.

A Sindermann se le revolvió el estómago cuando recordó la horrible visión de podredumbre, con la carne descomponiéndose ante sus propios ojos y una corrupción negra consumiéndolo todo a su alrededor.

Eso era lo que estaba ocurriendo en Isstvan III.

Eso era la traición.

Sindermann sintió que la sangre se le helaba. Todo un planeta bañado por la inmensidad de la muerte. Notó un eco del miedo que sentía la gente de Isstvan III, y ese miedo, multiplicado por todos aquellos millones de personas, se encontraba más allá de su capacidad de comprensión.

—Sois rememoradores —les dijo Euphrati con voz triste—. Los dos. Recordad esto y transmitidlo. Alguien debe saberlo.

Él asintió con gesto ausente, demasiado paralizado por lo que estaba viendo como para contestar de ningún otro modo.

—Vamos —les urgió Euphrati—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —le preguntó Mersadie entre sollozos sin apartar la vista del planeta moribundo—. ¿Irnos adónde?

—Lejos de aquí —le contestó Euphrati con una sonrisa al mismo tiempo que los tomaba de la mano para guiarlos hacia el borde de la cámara a través de la horrorizada y paralizada masa de rememoradores.

Sindermann dejó al principio que lo dirigiera, ya que sus piernas eran incapaces de hacer poco más que poner un pie delante de otro, pero cuando vio que los estaba llevando hacia los Adeptus Astartes que se alineaban en el extremo de la cámara, empezó a tirar de ella.

—¡Euphrati! —le dijo con un susurro—. ¿Qué estás haciendo? Si uno de esos Astartes nos reconoce…

—Confía en mí, Kyril. Espero que lo haga —le respondió ella.

Euphrati los llevó hacia un enorme guerrero que se mantenía apartado de los demás, y Sindermann conocía lo suficiente el lenguaje corporal como para darse

cuenta de que aquel individuo estaba tan horrorizado como ellos por lo que estaba sucediendo.

El Adeptus Astartes se volvió en su dirección. Su rostro estaba arrugado y parecía viejo, como el cuero desgastado por el uso.

Euphrati se detuvo delante de él.

—Iacton. Necesito que me ayudes.

Iacton Qruze. Sindermann había oído a Loken hablar de él: El Que se Oye a Medias.

Era un guerrero a la antigua, cuyas opiniones no eran tenidas en cuenta por los escalafones superiores del mando.

Un guerrero a la antigua…

—¿Necesitas mi ayuda? —le preguntó Qruze—. ¿Quiénes sois?

—Me llamo Euphrati Keeler, y ésta es Mersadie Oliton —le contestó Euphrati, como si efectuar las presentaciones adecuadas en mitad de semejante matanza fuese la cosa más normal en el mundo—. Y éste es Kyril Sindermann.

Sindermann se dio cuenta de la expresión de reconocimiento que apareció en el rostro de Qruze y cerró los ojos, a la espera del inevitable grito que indicaría que los habían descubierto.

—Loken me pidió que cuidara de vosotros —fue lo que dijo Qruze.

—¿Loken? —inquirió Mersadie—. ¿Has sabido algo de él?

Qruze hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero me pidió que os protegiera mientras estuviera fuera. Creo que ahora sé a lo que se refería.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Sindermann, a quien no le gustó nada en absoluto el modo en que Qruze no dejaba de lanzar miradas cautelosas a los guerreros armados que se alineaban a lo largo de las paredes de la cámara de audiencia.

—No importa —respondió Qruze.

—Iacton —le dijo Euphrati con un tono de voz cargado de autoridad—. Mírame —le ordenó.

El Astartes de rostro curtido bajó la mirada a la delgada forma de Euphrati, y Sindermann sintió el poder y la determinación que recorrían el cuerpo de su amiga.

—Ya no serás más El Que se Oye a Medias —le dijo al Astartes—. Ahora tu voz se oirá con mayor fuerza que ninguna otra en toda la legión. Te aferras a las viejas usanzas y deseas que vuelvan con la amable nostalgia de los venerables. Iacton, esos

días se han acabado aquí, pero con tu ayuda podremos hacer que regresen.

—¿De qué estás hablando, mujer? —le preguntó Qruze con un gruñido.

—Quiero que recuerdes Cthonia —respondió Euphrati, y Sindermann retrocedió al notar la sensación electrizante que le provocó la descarga de energía que surgió de ella, como si la propia piel de su amiga estuviera llena de poder.

—¿Qué es lo que sabes de mi planeta natal?

—Tan sólo lo que veo en tu interior, Iacton —le respondió Euphrati mientras un suave brillo empezaba a iluminarle los ojos y la llenaba de promesas y seducción—. El honor y la valentía a partir de las cuales se forjaron los Lobos Lunares. Tú eres el único que recuerda eso. Tú eres el único que queda que todavía representa lo que es ser un Adeptus Astartes.

—No me conoces en absoluto —le replicó él, pero Sindermann se dio cuenta de que las palabras de Euphrati le estaban llegando al corazón, que estaban rompiendo la barrera que los Astartes erigían entre ellos y los mortales.

—Tus hermanos te llaman El Que se Oye a Medias, pero tú no se lo tienes en cuenta. Sé que es así porque un guerrero cthoniano es honorable y no le importan los insultos mezquinos. También sé que ya no se tienen en cuenta tus opiniones porque tu voz es la voz de una época pasada, cuando la Gran Cruzada era una empresa noble, realizada no para conseguir beneficios, sino por el bien de toda la humanidad.

Sindermann contempló cómo el rostro de Qruze mostraba muy a las claras el conflicto que se estaba librando en el interior de su alma.

La lealtad hacia su legión se enfrentaba a la lealtad hacia los ideales que la habían forjado en sus inicios.

Finalmente, sonrió con cierto pesar.

—«Nada demasiado difícil», me dijo. —Luego miró hacia el Señor de la Guerra y Maloghurst—. Vamos, seguidme —les ordenó.

—¿Adónde? —quiso saber Sindermann.

—A un sitio seguro —contestó Qruze—. Loken me pidió que os protegiera, y eso es lo que pienso hacer. Ahora, callaos y seguidme.

Qruze dio media vuelta y se dirigió hacia una de las múltiples puertas de la cámara de audiencias. Euphrati siguió al guerrero, y tanto Sindermann como Mersadie se limitaron a trotar tras ella, sin tener muy claro hacia dónde se dirigían y por qué. Qruze llegó a la entrada, un amplio portal de bronce pulido que custodiaban dos guerreros, a los que indicó que se apartaran con un gesto cortante de la mano.

—Me llevo a éstos abajo —les informó.

—Tenemos órdenes de que nadie salga de la cámara —le dijo uno de los guardias.

—Y yo te doy nuevas órdenes —le replicó Qruze con la voz cargada de una decisión que Sindermann no había notado hasta ese momento ni en sus palabras anteriores—. Echaos a un lado. ¿O vais a desobedecer la orden que os da un oficial superior?

—No, señor —contestaron los guerreros al mismo tiempo que hacían una reverencia. Luego abrieron la puerta de bronce.

Qruze saludó a los guardias con un gesto de asentimiento e indicó a sus acompañantes que lo siguieran.

Sindermann, Euphrati y Mersadie abandonaron la cámara de audiencias. La puerta se cerró a sus espaldas con un retumbar sordo que resonó como el ruido de algo desagradable y definitivo. Los sonidos procedentes del planeta moribundo y de las exclamaciones de asombro se apagaron por completo de repente, por lo que el silencio que los rodeó se hizo tremendamente ominoso.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber Mersadie.

—Os llevo lo más lejos posible del *Espíritu Vengativo* —contestó Qruze.

—¿Abandonamos la nave? —preguntó Sindermann.

—Sí. Ya no es segura para gente como vosotros. Nada segura en absoluto —le respondió Qruze.



DOCE
LIMPIEZA
QUE ARDA LA GALAXIA
DIOS-MÁQUINA

Los sonidos de los últimos estertores de muerte de la Ciudad Coral llegaron en tremendas oleadas y se estrellaron como un tsunami contra el palacio del Señor del Coro. La gente caía podrida allá donde se encontrara, tanto en las calles que se extendían bajo el palacio como en el interior del propio edificio del palacio. Los cuerpos se deshacían en torrentes de carne que se desintegraba.

Los habitantes se agolpaban en las calles para morir, aullando su miedo y su ira al cielo al mismo tiempo que imploraban a sus dioses que los ayudaran. Millones de personas gritaron a la vez y el resultado fue una terrible galerna manchada de negro. Una cantora de guerra flotaba por encima de todo aquello en un intento por aliviar la agonía y el terror que sentían con sus muertes, pero el virus también acabó por afectarla, y en vez de cantar en alabanza a los dioses de Isstvan vomitó grandes bocanadas negras cuando el virus le destrozó las entrañas. Cayó como un pájaro herido, dando vueltas sobre sí misma mientras descendía hacia los moribundos que la esperaban abajo.

En el techo del palacio del Señor del Coro apareció una enorme silueta. El Anciano Rylanor caminó con pasos pesados hasta el borde del techo y se quedó contemplando las horrorosas escenas que estaban teniendo lugar debajo de él, la matanza vírica que se extendía entre los edificios. El cuerpo de dreadnought de Rylanor estaba sellado al mundo exterior, mucho mejor sellado y de un modo más efectivo que la armadura de un Adeptus Astartes normal, y aquel viento letal lo

azotaba sin hacerle daño alguno mientras contemplaba cómo se desarrollaba la muerte de la ciudad.

Rylanor alzó un momento después la mirada hacia el cielo, donde arriba, muy arriba, la flota del Señor de la Guerra continuaba vaciando las últimas cargas mortíferas sobre la atmósfera de Isstvan III. El viejo dreadnought estaba solo, la única nota de paz en el horror aullante en que se había convertido la muerte de la Ciudad Coral.

—Me alegro de que estos búnkers sean sólidos —comentó el capitán Ehrlen.

La oscuridad del búnker sellado tan sólo se veía rota por los sonidos de la muerte que reinaba al otro lado de sus gruesos muros. Muy pocos de los Devoradores de Mundos habían conseguido llegar hasta el entramado de búnkers que había en el sistema de trincheras para refugiarse en su interior. Esperaron en la oscuridad, escuchando con atención cómo el virus mataba a toda la población de la ciudad de un modo más efectivo del que jamás podrían lograrlo ellos con las hachas sierra.

Tarvitz se mantuvo entre ellos, escuchando en un mudo estado de horror la muerte de millones de personas. A los Devoradores de Mundos aquello no parecía afectarlos en absoluto. La muerte de todos esos civiles no significaba nada para ellos.

Los gritos se fueron acallando, sustituidos por un gemido sordo. El dolor y el miedo se entremezclaban en un distante rugido de muerte lenta.

—¿Cuánto tiempo más debemos escondernos aquí, en la oscuridad, como ratas? —quiso saber Ehrlen.

—El virus se consumirá a sí mismo en muy poco tiempo —le contestó Tarvitz—. Para eso fue diseñado: para acabar con todo lo que estuviera vivo y dejar el campo de batalla despejado para que se tomara sin problemas.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ehrlen.

Tarvitz se lo quedó mirando. Podría decirle la verdad a Ehrlen, y sabía que se lo merecía, pero ¿de qué serviría? Incluso era posible que los Devoradores de Mundos lo matasen allí mismo por decir algo semejante. Después de todo, su propio primarca formaba parte de la conspiración del Señor de la Guerra.

—Será mejor que tengas razón —gruñó Ehrlen, al parecer nada satisfecho por la respuesta de Tarvitz—. ¡No me quedaré aquí escondido durante mucho tiempo!

El capitán de los Devoradores de Mundos miró a sus guerreros. Los cuerpos cubiertos de armaduras ensangrentadas se agolpaban en la oscuridad del búnker. Alzó

el hacha para llamar a uno de ellos.

—¡Wrathe! ¿Te has puesto en contacto con los Hijos de Horus?

—Todavía no —contestó el tal Wrathe. Tarvitz vio que se trataba de todo un veterano, con numerosos implantes corticales que le sobresalían a lo largo del cuero cabelludo—. Se oye el sonido de algunas comunicaciones, pero no capto nada directo.

—Entonces, ¿siguen vivos?

—Es posible.

Ehrlen hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nos han pillado. Pensamos que ya teníamos tomada la ciudad y nos han pillado.

—Nadie podía saberlo —le dijo Tarvitz.

—No, no hay excusa posible —replicó Ehrlen con una expresión ceñuda en el rostro—. Los Devoradores de Mundos siempre deben ir más lejos que el enemigo. Si ellos se lanzan al ataque, nosotros cargamos contra ellos. Si se atrincheran, los sacamos de sus defensas. Cuando matan a nuestros guerreros, nosotros destruimos sus ciudades, pero esta vez el enemigo ha ido más allá que nosotros. Atacamos su ciudad, y ellos la han destruido para acabar de paso con nosotros.

—No, Tarvitz, esta pelea era nuestra. Los Hijos del Emperador y los Hijos de Horus debían encargarse de descabezar a la bestia, pero a nosotros nos tocaba arrancarle el corazón. A este enemigo no se le podía hacer retroceder lleno de miedo o pensar que se desorganizaría completamente confundido. Había que matar a los isstvanianos. Lo quieran reconocer o no las demás legiones, a los Devoradores de Mundos nos tocaba la tarea de tomar esta ciudad, y nosotros aceptamos la responsabilidad de nuestros fracasos.

—No es vuestra responsabilidad —insistió Tarvitz.

—Un guerrero de menor valía se excusa en que sus fracasos son culpa de sus comandantes —replicó Ehrlen—. Un Adeptus Astartes se da cuenta de que son sólo suyos.

—No, capitán, no entiendes lo que quiero decir…

—Capto algo —dijo Wrathe desde el otro extremo del búnker, interrumpiéndolo de repente.

—¿Son los Hijos de Horus? —le pregunto Ehrlen.

Wrathe negó con la cabeza.

—La Guardia de la Muerte. Se pusieron a cubierto en los búnkers que se extienden hacia el oeste.

—¿Qué dicen?

—Que el virus está desapareciendo.

—Entonces, dentro de poco podremos salir —comentó Ehrlen con evidente alegría—. Si los isstvanianos regresan para recuperar su ciudad, nos encontrarán esperándolos.

—No —dijo Tarvitz llevándole la contraria—. Todavía queda una etapa más del ataque vírico por llegar.

—¿Cuál es? —exigió saber Ehrlen.

—La tormenta de fuego.

—Por fin lo veis —se dirigió Horus a la asamblea de rememoradores allí reunida—. Esto es la guerra. Esto es crueldad y muerte. Esto es lo que hacemos por vosotros, y a pesar de eso, apartáis la cara.

Los hombres y mujeres del gentío se abrazaban entre ellos sollozando ante aquel monstruoso genocidio, incapaces de comprender la escala de aquella matanza que acababa de cometerse en nombre del Imperio.

—Habéis venido a mi nave a escribir la crónica de la Gran Cruzada, y hay mucho que contar de lo que hemos logrado, pero las cosas cambian, y los tiempos avanzan —continuó diciendo Horus mientras los guerreros del Adeptus Astartes que se encontraban a lo largo de las paredes de la cámara cerraban las puertas y se colocaban delante de ellos con los bólters preparados a la altura del pecho.

»La Gran Cruzada se ha acabado —exclamó Horus con una voz cargada de poder y de fuerza—. Los ideales sobre los que se basaba están muertos, y todo por lo que hemos luchado no es más que una mentira. Hasta ahora. Ahora yo haré que la cruzada vuelva a su cauce adecuado y rescataremos a la galaxia del abandono que sufre a manos del Emperador.

Se oyeron varias exclamaciones de sorpresa y unos cuantos gemidos por toda la cámara ante las palabras de Horus, y éste disfrutó de la libertad que sentía al poder decirlas en voz alta. La necesidad de secreto y de engaños había desaparecido. Ya podía desvelar la grandeza de sus planes para la galaxia y dejar a un lado su falsa apariencia para revelar sus verdaderas intenciones.

—Os echáis a llorar, pero los simples mortales no podéis comprender la envergadura de mis planes —dijo Horus a continuación, y también disfrutó de las miradas de pánico que empezaron a extenderse por toda la cámara de audiencias.

Jamás iterador alguno tuvo a una multitud tan pendiente de él y de sus palabras.

—Por desgracia, todo esto significa que no hay sitio para nadie como vosotros en esta nueva cruzada. Me dispongo a embarcarme en la mayor guerra jamás librada en toda la galaxia, y no puedo permitirme distracción alguna de aquellos que albergan cualquier clase de deslealtad.

Horus sonrió.

Era la sonrisa de un verdugo angelical.

—Matadlos —ordenó—. A todos.

Los disparos de bólter acribillaron a la multitud cumpliendo la orden del Señor de la Guerra. La carne se abrió en explosiones húmedas y un centenar de cuerpos cayó en la primera andanada. Los gritos comenzaron cuando el gentío intentó escapar de los Astartes que se dirigían hacia ellos.

Pero no había escapatoria alguna.

Las bocachas de los bólters centellearon y las espadas sierra rugieron mientras subían y bajaban.

La matanza tardó menos de un minuto en completarse, y Horus dio la espalda a los muertos para contemplar los últimos estertores agónicos de Isstvan III. Abaddon surgió de las sombras desde donde tanto él como Maloghurst habían observado la matanza de rememoradores.

—Mi señor —lo saludó Abaddon realizando una profunda reverencia.

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—Los sensores de la nave confirman que el virus casi se ha consumido.

—¿Qué hay de los niveles de gases?

—Se salen de la escala, mi señor —le informó Abaddon con una sonrisa—. Los artilleros esperan vuestra orden.

Horus siguió contemplando las venenosas nubes que se arremolinaban envolviendo el planeta que se hallaba a sus pies.

Lo único que haría falta sería una simple chispa.

Se imaginó que el planeta era el extremo deshilachado de una mecha, una mecha que haría estallar la galaxia en un conflicto devastador y que llegaría a su final inexorable en Terra.

—Ordena que disparen los cañones —dijo Horus con voz fría—. ¡Que arda la galaxia!

—Que el Emperador nos proteja —murmuró el moderati Cassar, incapaz de ocultar el horror que sentía y sin importarle quién pudiera oírle.

El espeso miasma de gases pútridos y rancios todavía rodeaba al titán, y apenas se lograba distinguir el trazado de las trincheras, además de los guerreros de la Guardia de la Muerte que salían de los búnkers. Los Adeptus Astartes se habían puesto a cubierto poco después de que el titán recibiera la orden de proceder a su autosellado. Era evidente que habían recibido las mismas instrucciones que el *Dies Irae*.

Los isstvanianos no habían recibido nada parecido. La retirada de la Guardia de la Muerte había provocado que los soldados enemigos avanzaran para luego sufrir todo el grueso del impacto del arma biológica.

Las trincheras estaban casi taponadas por las masas de carne con la consistencia de la mucosidad. De los bordes colgaban los cadáveres de lo que una vez fueron seres humanos, con los rostros derretidos y los cuerpos podridos abiertos en canal. Miles y miles de isstvanianos yacían en montones putrefactos, y por el escaso suelo de trinchera que se veía corrían espesos arroyuelos de una viscosa materia negra descompuesta.

Más allá del campo de batalla, la muerte había consumido los bosques que se extendían alrededor de los límites de la Ciudad Coral. Se habían convertido en unos interminables cementerios de troncos ennegrecidos, semejantes a manos esqueléticas achicharradas. La tierra bajo ellos estaba saturada de muerte biológica, y el aire estaba cargado de gases nocivos producto de aquellos océanos de materia orgánica putrefacta.

—Informen —ordenó el princeps Turnet en cuanto entró de nuevo en la cabina de mando procedente de la cavidad dorsal principal del titán.

—Estamos sellados y aislados —contestó el moderati Aruken desde el otro extremo del puente de mando—. La tripulación se encuentra bien y las lecturas indican una contaminación cero.

—El virus se ha consumido a sí mismo —comentó Turnet—. Cassar, ¿qué queda ahí fuera?

Cassar tardó un momento en recuperarse, afectado como estaba todavía por la increíble magnitud de la matanza que había presenciado, tan impresionado que jamás la hubiese podido imaginar si no la hubiera visto a través de los ojos del *Dies Irae*.

—Los isstvanianos están… han desaparecido —contestó. Escudriñó los

alrededores a través de las nubes de gas que se arremolinaban sobre la ciudad, a uno de los lados del titán—. Todos ellos.

—¿Y la Guardia de la Muerte?

Cassar miró en su dirección y vio fragmentos de armaduras de color metalizado hundidos parcialmente bajo diversos cuellos de botella de las trincheras que indicaban dónde habían caído unos cuantos Astartes.

—A algunos de ellos los ha pillado el efecto del arma. Muchos han muerto, pero la orden debe de haberles llegado a tiempo a la mayoría.

—¿La orden?

—Sí, princeps. La orden de ponerse a cubierto.

Turnet miró por el ojo del titán situado en el lado del puente de mando de Aruken y vio a los guerreros de la Guardia de la Muerte a través de una neblina verdosa. Los Adeptus Astartes se estaban dedicando a asegurar las posiciones en las trincheras que rodeaban los búnkers donde se habían refugiado. Tenían que hacerlo avanzando sobre los repugnantes restos de los isstvanianos.

—Maldita sea —dijo Turnet.

—Estamos bendecidos —comentó Cassar—. Podrían haber…

—¡Cuidado con lo que dice, moderati! Esa basura religiosa es un crimen según las ordenanzas de…

Turnet se calló al divisar un movimiento en el exterior.

Cassar siguió su mirada a tiempo de ver las nubes de gas iluminadas por un resplandeciente rayo de luz. Era una lanza de energía que atravesaba las nubes de gases tóxicos y extremadamente inflamables.

Lo único que hizo falta fue una chispa.

Toda la materia orgánica en descomposición que cubría Isstvan III había creado una espesa capa de gases combustibles que cubría el planeta como un grueso velo. La lanza de energía disparada por el *Espíritu Vengativo* atravesó ardiente la capa superior de la atmósfera hasta llegar al asfixiante miasma. La descarga incendió el gas con un sonido rugiente que pareció absorber todo el oxígeno del aire.

En un segundo, hasta el propio aire se iluminó y el estallido recorrió todo el paisaje en un aullante torbellino de fuego y sonido. Continentes enteros quedaron reducidos a una superficie rocosa y pelada, con su población podrida vaporizada en cuestión de segundos cuando los vientos llameantes los cruzaron convertidos en una galerna de ardiente destrucción.

Las ciudades estallaron cuando las conducciones de gas se incendiaron a su vez, y se alzaron torres de llamas que se movían enloquecidas en mitad de la mortífera tormenta de fuego. Nada podía sobrevivir a aquello, y la carne, la piedra y el metal se fundieron o vitrificaron ante las inimaginables temperaturas.

Distritos enteros de edificios se derrumbaron de un solo golpe después de que los cuerpos de sus anteriores ocupantes quedaran reducidos a cenizas. Los barrios de palacios de mármol y los complejos industriales quedaron incinerados bajo gigantescas nubes de hongo cuando la tormenta de fuego recorrió la superficie de Isstvan III en una oleada de destrucción imparable hasta que dio la impresión de que todo el planeta estaba en llamas.

Los Adeptus Astartes que habían sobrevivido al ataque vírico acabaron consumidos por las llamas mientras se esforzaban con desesperación por ponerse a cubierto de nuevo.

Sin embargo, contra aquella tormenta de fuego no había cobertura posible para los que se habían atrevido a desafiar a los elementos.

Para cuando el eco del retroceso del arma de energía se apagó en la nave insignia del Señor de la Guerra, en Isstvan III habían muerto miles de millones de personas.

El moderati Cassar se agarró con fuerza al asiento mientras la letal tormenta de fuego azotaba al *Dies Irae*. El colosal titán se tambaleó como un tallo al viento, y Cassar se aferró a la esperanza de que los nuevos giróscopos estabilizadores que los miembros del Adeptus Mechanicum habían instalado se mantuvieran firmes ante aquella extrema situación.

Aruken, que estaba al otro lado, también se aferraba a los pasamanos de su asiento con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Miraba con expresión de terror los torbellinos llameantes que giraban fuera del puente de mando.

—Que el Emperador nos proteja. Que el Emperador nos proteja. Que el Emperador nos proteja —murmuró Cassar una y otra vez mientras las llamas rugían y se lanzaban contra ellos durante lo que le pareció una eternidad.

El calor en el interior del puente de mando se hizo intolerable, ya que las unidades de refrigeración habían quedado apagadas cuando el titán se selló para aislarse por completo del mundo exterior.

La temperatura del interior del titán se elevó con rapidez, como si se tratara de un inmenso horno de presión, hasta que Cassar tuvo la sensación de que no podría volver a inhalar sin abrasarse los pulmones. Cerró los ojos y vio las fantasmales

columnas verdes de datos deslizarse por el interior de las retinas. Sudaba a chorros por todo el cuerpo, y se dio cuenta de que era el fin, que así sería su muerte: no en mitad de un combate, no mientras predicaba el *Lectio Divinitatus*, sino asado hasta morir dentro de su amado *Dies Irae*.

Ya había perdido la noción de cuánto tiempo habían pasado envueltos en llamas cuando la parte profesional de su mente vio que los indicadores de temperatura, que se habían elevado con rapidez desde que la tormenta de fuego los atacó, empezaban a bajar. Cassar abrió los ojos y vio la enloquecida masa de llamas a través de las portillas de observación de la cabeza del titán, pero también logró ver retazos de cielo, de un color azul chamuscado mientras el fuego hacía arder los últimos restos de gases combustibles emitidos durante la muerte de Isstvan III.

—La temperatura está bajando —comunicó, asombrado de que todavía siguieran vivos.

Aruken se rió al darse cuenta él también de que iban a sobrevivir.

El princeps Turnet volvió a sentarse en su silla de mando y empezó a activar de nuevo todos los sistemas del titán. Cassar se echó atrás en su silla. El cuero estaba empapado allí donde el sudor se había acumulado. Vio las pantallas y los indicadores exteriores encenderse cuando el princeps abrió los sistemas al mundo que había al otro lado de las paredes del titán.

—Comprobación de sistemas —ordenó Turnet.

Aruken asintió mientras se enjugaba con una manga el sudor que le empapaba la frente.

—Las armas se encuentran en estado operativo, aunque tendremos que tener cuidado con la cadencia de fuego, ya que todavía se encuentran a una temperatura elevada.

—Confirmado —dijo Cassar—. No podremos disparar las armas de plasma durante cierto tiempo. Probablemente estallaría todo el brazo si lo intentáramos.

—Entendido —respondió Turnet—. Inicien procedimientos de enfriado de emergencia. Quiero que esas armas estén en condiciones de disparar lo antes posible.

Cassar asintió, aunque no tenía muy claro el motivo de la impaciencia del princeps. Sin duda, allá fuera no habría quedado con vida ningún enemigo después de la tormenta de fuego. Por supuesto, nada que pudiera suponer una amenaza para el titán.

—¡Atención! —gritó Aruken. Cassar alzó la mirada y vio un enjambre de puntos

negros que descendía con rapidez por el aire transparente como el cristal para luego volar a baja altitud hacia las ruinas ennegrecidas de la ciudad quemada.

—Aruken, fíjalos como objetivo —ordenó con rapidez Turnet.

—Son cañoneras —le informó Aruken—. Se dirigen hacia el centro de la ciudad, a lo que queda del palacio.

—¿Amigas o enemigas?

—No puedo decirlo todavía.

Cassar se echó hacia atrás en su silla y dejó que los filamentos de los sistemas de control del titán se acoplaran de nuevo a su mente. Puso en marcha los sistemas de puntería de la máquina de guerra y su visión se convirtió en una retícula que se aproximó a gran velocidad hacia la formación de cañoneras que estaban a punto de desaparecer entre los edificios destrozados y quemados de la Ciudad Coral. Vio un esquema de pintura de color blanco hueso con rebordes azules, y el símbolo de unas fauces de grandes colmillos que se cerraban sobre un planeta.

—Devoradores de Mundos —dijo en voz alta—. Son Devoradores de Mundos. Debe de tratarse de la segunda oleada.

—No hay segunda oleada alguna —respondió en voz baja Turnet, como si hablase consigo mismo—. Aruken, eleva el mástil de comunicaciones y ponme en contacto con el *Espíritu Vengativo*.

—¿Con el mando de la flota? —preguntó Aruken.

—No, directamente con el Señor de la Guerra —replicó Turnet.

Iacton Qruze los condujo por los pasillos del *Espíritu Vengativo*. Dejaron atrás las salas de entrenamiento y la Corte de Lupercal. Recorrieron corredores serpenteantes por los que jamás antes habían pasado, ni siquiera mientras se habían estado ocultando de Maggard y de Maloghurst.

El corazón de Sindermann le golpeaba con fuerza las costillas. Sintió una curiosa combinación de alivio y de pena cuando por fin se dio cuenta del destino del que Qruze los había salvado. Cabían muy pocas dudas de lo que les había ocurrido a los rememoradores que habían acudido a la Cámara de Audiencias. La idea de que tantas personas con una capacidad creativa maravillosa hubieran sido sacrificadas para servir a los intereses de gente que no poseían entendimiento alguno sobre el arte o los procesos creativos lo enfurecía y lo entristecía a la vez, y en igual medida.

Miró de reojo a Euphrati Keeler, quien parecía haber adquirido más fuerza

después de que comenzaran aquella huida de la muerte. Tenía el cabello dorado y los ojos brillantes, y aunque seguía mostrando una piel muy pálida, aquello sólo resaltaba el poder que residía en su interior.

Por el contrario, Mersadie Oliton se estaba debilitando a ojos vista.

—Dentro de poco se lanzarán en nuestra persecución —comentó Keeler—. Eso si no lo han hecho ya.

—¿Lograremos escapar? —preguntó Mersadie con voz ronca.

Qruze se limitó a encogerse de hombros al principio.

—Lo lograremos o no lo lograremos —contestó.

—Entonces, ¿esto es el final? —insistió Sindermann.

Keeler le lanzó una mirada divertida.

—No, tú deberías saberlo bien, Kyril. Nunca es el final, no para un creyente. Siempre existe algo más, algo a lo que aspirar cuando todo se acabe.

Pasaron por una serie de cúpulas de observación que daban al frío vacío del espacio. Aquella vista ayudó a Sindermann a recordar lo insignificantes que eran en el contexto de la galaxia. Incluso el resplandor más diminuto que contemplaba era en realidad una estrella, quizá rodeada de sus propios planetas, con sus propios habitantes y civilizaciones enteras.

—¿Cómo es posible que nos encontráramos en el centro de una serie de acontecimientos tan importantes y jamás nos diéramos cuenta de que estaban a punto de suceder? —murmuró.

Después de cierto tiempo, Sindermann comenzó a reconocer el entorno que los rodeaba. Vio signos familiares grabados en las puertas de los compartimentos, y luego un símbolo que también reconoció, y que indicaba que se estaban acercando a los muelles de embarque. Qruze los había conducido de un modo infalible, con un paso tranquilo y confiado, con un comportamiento muy distinto al del individuo enajenado y acabado que le habían descrito.

Las compuertas estancas que daban al muelle de embarque estaban cerradas. Los restos deshilachados de los papeles votivos y de las ofrendas que se habían colocado allí por el Señor de la Guerra cuando sus hijos se lo llevaron al Delfos seguían pegados a la superficie de la estructura que las rodeaba.

—Por aquí —les indicó Qruze—. Si tenemos suerte, habrá alguna cañonera que nos podamos llevar.

—¿Y adónde iremos? —quiso saber Mersadie—. ¿Adónde podremos ir que no

nos encuentre el Señor de la Guerra?

Keeler alargó un brazo y le puso una mano en el hombro a Mersadie.

—No te preocupes. Tenemos más amigos que tú no conoces, Sadie. El Emperador me mostrará el camino.

Las compuertas retumbaron al abrirse y Qruze entró con paso confiado en el muelle de embarque. Sindermann sonrió al oírle decir las siguientes palabras.

—Allí está. Thunderhawk Nueve Delta.

Dejó de sonreír cuando vio la figura cubierta por una armadura dorada que se encontraba delante de la aeronave. Era Maggard.

Saúl Tarvitz contempló con atención la expresión de absoluta incredulidad que apareció en el rostro del capitán Ehrlen cuando se dio cuenta de la magnitud de la destrucción que había provocado la tormenta de fuego. No quedaba nada de la Ciudad Coral que pudieran reconocer. Ni un trozo de tejido vivo había sobrevivido, quemado hasta sus átomos esenciales por las llamas que habían rugido y aullado tras el ataque vírico.

Todos y cada uno de los edificios estaban ennegrecidos, quemados y derruidos. Isstvan III era lo más parecido a una visión del infierno. Algunos de los edificios derribados continuaban ardiendo mientras los últimos materiales combustibles se consumían. Unas altas columnas de fuego subían hacia el cielo desafiando la gravedad. Eran las tuberías de carburantes y las refinerías, que continuarían ardiendo hasta que se quedaran sin reservas. El hedor a metal achicharrado y a carne quemada era intenso y penetrante. Lo que se extendía ante ellos era irreconocible respecto al mismo lugar donde habían combatido tan sólo unos pocos minutos antes.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar Ehrlen.

—No lo sé —contestó Tarvitz, aunque deseó poder contarle algo más al Devorador de Mundos.

—Esto no es obra de los isstvanianos, ¿verdad? —inquirió Ehrlen.

Tarvitz quiso mentirle, pero supo que su camarada capitán se daría cuenta al instante de que lo hacía.

—No, no han sido ellos.

—¿Nos han traicionado?

Tarvitz asintió.

—¿Por qué? —repitió Ehrlen.

—Hermano, no tengo las respuestas que buscas, pero si esperaban matarnos de un solo golpe, han fallado.

—Y los Devoradores de Mundos les harán pagar por ese error —le juró Ehrlen en el mismo momento que un nuevo sonido se alzaba por encima del chasquido de los edificios en llamas y de los cascotes que se derrumbaban.

Tarvitz también lo oyó y levantó la mirada justo a tiempo para ver a una escuadrilla de Thunderhawks que se dirigían hacia su posición procedentes de las afueras de la ciudad. Las ráfagas cayeron como lluvia ardiente y atravesaron las ruinas que los rodeaban abriendo agujeros en el mármol ennegrecido del suelo.

—¡Aguantad! —gritó Ehrlen.

Los proyectiles de gran calibre acribillaron el suelo entre los Devoradores de Mundos cuando las cañoneras pasaron rugiendo por encima de ellos. Tarvitz se agazapó al lado de la abertura que había dejado una ventana destrozada, al lado de Ehrlen. Oyó a uno de los Devoradores de Mundos lanzar un gruñido de dolor cuando uno de los proyectiles lo acertó de lleno.

Las cañoneras pasaron de largo y ascendieron por el cielo. Luego viraron sobre el arrasado palacio y se dispusieron en un ángulo de vuelo que les permitiera efectuar otra pasada.

—¡Armas pesadas! ¡Disparad de una vez contra ellas! —aulló Ehrlen.

De los huecos que se abrían bajo los tejados parcialmente desplomados surgieron ráfagas de los bólters pesados y la ocasional descarga de color rubí del rayo de un cañón láser. Tarvitz se agazapó de nuevo detrás de la ventana cuando llegó el fuego de respuesta de las cañoneras y provocó nuevas explosiones entre los Devoradores de Mundos. Cayeron unos cuantos más, que salieron despedidos por los aires o quedaron despedazados en el mismo lugar donde estaban.

Uno de los Devoradores de Mundos se desplomó al lado de Tarvitz, con la parte posterior de la cabeza convertida en una palpitante masa de carne roja.

Las cañoneras volvieron a virar y barrieron de nuevo su posición.

Tarvitz se dio cuenta de que los Devoradores de Mundos apostados en tierra habían centrado por fin las cañoneras en su punto de mira cuando atacaron por tercera vez, Los disparos de respuesta se hicieron más certeros, y una de las cañoneras se desplomó del cielo echando fuego por los motores hasta que se estrelló contra un edificio todavía en llamas, donde estalló en mil pedazos.

El capitán de los Hijos del Emperador vio decenas de Thunderhawks. Sin duda se

trataba de todo el arsenal aéreo de los Devoradores de Mundos.

La cañonera que volaba en vanguardia descendió en mitad de las ruinas y se quedó sobrevolando el suelo a poca altura. Luego desplegó la rampa de asalto y los disparos de bólter acribillaron la abertura.

Ehrlen se volvió hacia Tarvitz.

—¡Ésta no es tu lucha! —le gritó por encima del estruendo de las armas—. ¡Lárgate de aquí!

—¡Los Hijos del Emperador jamás retroceden! —le replicó Tarvitz al mismo tiempo que desenvainaba la espada.

—¡Sí lo hacen ante algo semejante!

Ningún marine espacial podría haber sobrevivido a la granizada de disparos que había acribillado el interior de la cañonera, pero lo que transportaba aquella nave no era un marine espacial cualquiera.

Lanzando un rugido como el de un animal de presa, Angron salió de un salto de la cañonera y aterrizó con un tremendo crujido en mitad de la ciudad en ruinas.

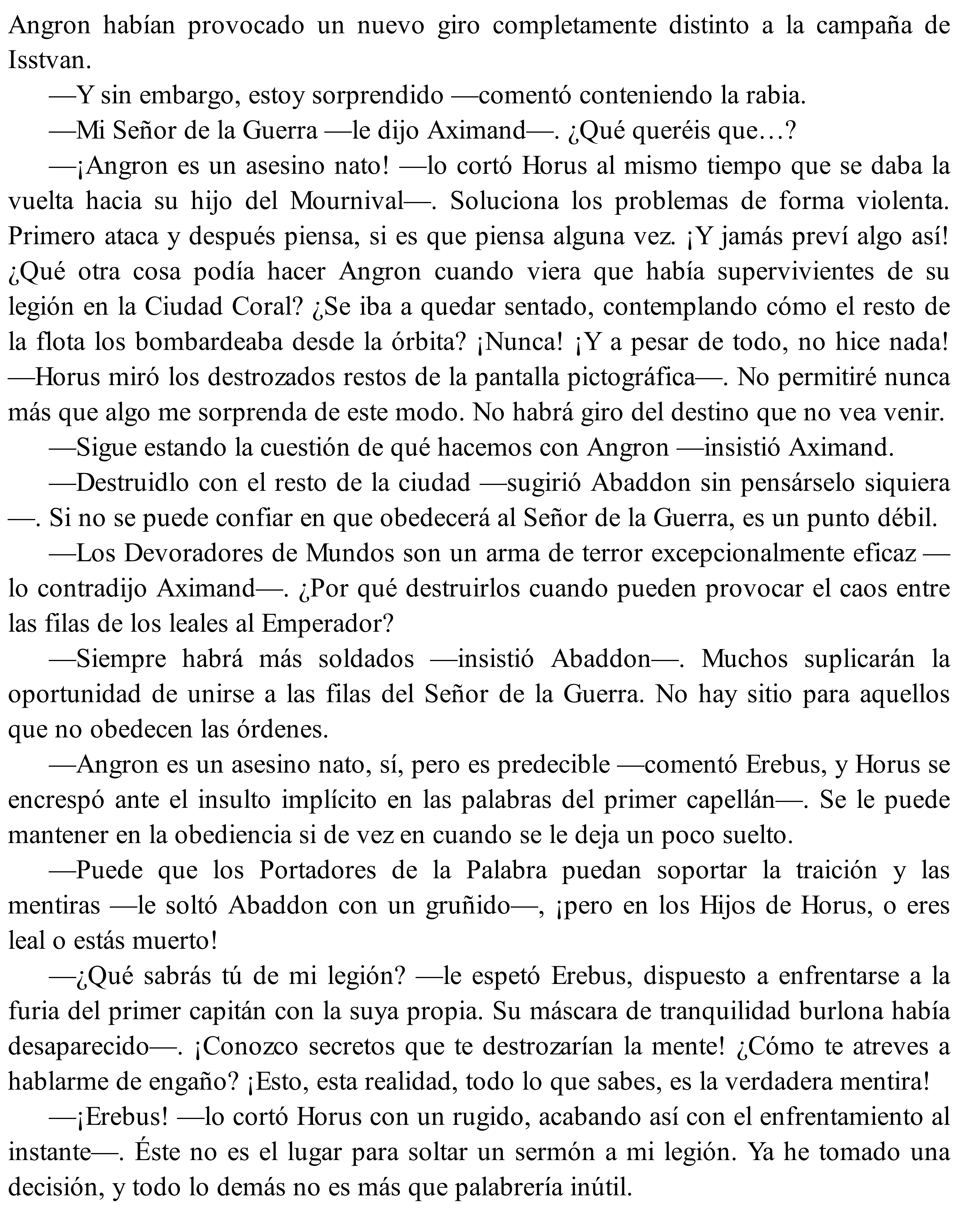
Era un monstruo de leyenda, enorme y terrible. El horrible rostro del primarca estaba más deformado todavía por una expresión de odio. Las enormes hachas sierra que empuñaba estaban llenas de muescas y de manchas de sangre resecas tras décadas de matanzas. Los demás Devoradores de Mundos desembarcaron del resto de las cañoneras en cuanto el poderoso primarca salió de la suya.

Miles de Devoradores de Mundos fieles al Señor de la Guerra siguieron a su primarca en el nuevo ataque a la Ciudad Coral, lanzando gritos de combate que eran eco del aullido bestial que rugía Angron mientras cargaban contra sus antiguos hermanos.

Horus atravesó de un puñetazo la pantalla pictográfica que mostraba la transmisión enviada por el *Dies Irae*. La imagen de las cañoneras de los Devoradores de Mundos se desintegró bajo el golpe cuando descargó la rabia que sentía ante el desafío mostrado por Angron. Uno de sus aliados… No, uno de sus subordinados había desobedecido una orden directa.

Aximand, Abaddon, Erebus y Maloghurst lo miraron con gesto cauteloso. Horus se imaginó la emoción que sentían ante la noticia del impetuoso ataque de Angron contra los supervivientes del bombardeo vírico.

Que hubiese supervivientes ya era bastante irritante de por sí, pero los actos de


Angron habían provocado un nuevo giro completamente distinto a la campaña de Isstvan.

—Y sin embargo, estoy sorprendido —comentó conteniendo la rabia.

—Mi Señor de la Guerra —le dijo Aximand—. ¿Qué queréis que…?

—¡Angron es un asesino nato! —lo cortó Horus al mismo tiempo que se daba la vuelta hacia su hijo del Mournival—. Soluciona los problemas de forma violenta. Primero ataca y después piensa, si es que piensa alguna vez. ¡Y jamás preví algo así! ¿Qué otra cosa podía hacer Angron cuando viera que había supervivientes de su legión en la Ciudad Coral? ¿Se iba a quedar sentado, contemplando cómo el resto de la flota los bombardeaba desde la órbita? ¡Nunca! ¡Y a pesar de todo, no hice nada! —Horus miró los destrozados restos de la pantalla pictográfica—. No permitiré nunca más que algo me sorprenda de este modo. No habrá giro del destino que no vea venir.

—Sigue estando la cuestión de qué hacemos con Angron —insistió Aximand.

—Destruidlo con el resto de la ciudad —sugirió Abaddon sin pensárselo siquiera —. Si no se puede confiar en que obedecerá al Señor de la Guerra, es un punto débil.

—Los Devoradores de Mundos son un arma de terror excepcionalmente eficaz —lo contradijo Aximand—. ¿Por qué destruirlos cuando pueden provocar el caos entre las filas de los leales al Emperador?

—Siempre habrá más soldados —insistió Abaddon—. Muchos suplicarán la oportunidad de unirse a las filas del Señor de la Guerra. No hay sitio para aquellos que no obedecen las órdenes.

—Angron es un asesino nato, sí, pero es predecible —comentó Erebus, y Horus se encrespó ante el insulto implícito en las palabras del primer capellán—. Se le puede mantener en la obediencia si de vez en cuando se le deja un poco suelto.

—Puede que los Portadores de la Palabra puedan soportar la traición y las mentiras —le soltó Abaddon con un gruñido—, ¡pero en los Hijos de Horus, o eres leal o estás muerto!

—¿Qué sabrás tú de mi legión? —le espetó Erebus, dispuesto a enfrentarse a la furia del primer capitán con la suya propia. Su máscara de tranquilidad burlona había desaparecido—. ¡Conozco secretos que te destrozarían la mente! ¿Cómo te atreves a hablarme de engaño? ¡Esto, esta realidad, todo lo que sabes, es la verdadera mentira!

—¡Erebus! —lo cortó Horus con un rugido, acabando así con el enfrentamiento al instante—. Éste no es el lugar para soltar un sermón a mi legión. Ya he tomado una decisión, y todo lo demás no es más que palabrería inútil.

—Entonces, ¿Angron quedará destruido en el bombardeo? —le preguntó Maloghurst.

—No —contestó Horus—. No será así.

—Pero mi Señor de la Guerra, si Angron consigue sobrevivir, es posible que se quede allí abajo durante semanas —le indicó Aximand.

—Y no luchará sólo. Hijos míos, ¿sabéis el motivo por el que el Emperador me nombró Señor de la Guerra?

—Porque sois su hijo favorito —le contestó Maloghurst—. Sois el mejor guerrero y el mejor estratega de la Gran Cruzada. Mundos enteros se han rendido ante la sola mención de vuestro nombre.

—No he pedido que se me halague —gruñó Horus.

—Porque jamás habéis perdido una batalla —respondió Abaddon con voz ecuánime.

—Jamás he perdido una batalla —asintió Horus al mismo tiempo que miraba a los cuatro Astartes que tenía ante él—, porque sólo concibo la victoria. Nunca me he enfrentado a una situación a la que no se pudiera transformar en un triunfo, ni a una desventaja que no se pudiera convertir en una ventaja. Por eso me nombraron Señor de la Guerra. Caí en Davin, pero me levanté de aquello más fuerte todavía. Cuando nos enfrentamos a la Tecnocracia Auretiana sufrimos disensiones dentro de nuestra propia flota, así que utilicé ese conflicto para librarnos de aquellos que fomentaban la rebelión. No hay punto débil alguno que no pueda convertir en un elemento más de mis victorias. Angron ha decidido convertir Isstvan III en un asalto terrestre. Puedo considerar esto un fracaso y limitar el efecto que pueda causar mediante un nuevo bombardeo del planeta que afecte a Angron y a los Devoradores de Mundos hasta convertirlos en polvo junto al resto del planeta, o puedo forjar un triunfo a partir de ello, una victoria que se recordará para siempre en el futuro.

Fue Maloghurst quien rompió el silencio que se produjo a continuación.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi Señor de la Guerra? —le preguntó.

—Informa a las demás legiones de que deben prepararse para un ataque a gran escala contra los lealistas en la Ciudad Coral. Ezekyle, prepara a la legión; que estén listos para atacar dentro de dos horas.

—Gracias por el honor de dirigir la legión —le respondió Abaddon.

—No la dirigirás. Ese honor recaerá en Sedirae y en Targhost.

El rostro de Abaddon se iluminó por el acceso de rabia que se apoderó de él.

—Pero soy el primer capitán. ¡Esta batalla, donde la determinación y la brutalidad son cualidades imprescindibles para la victoria, está hecha para mí!

—También eres un capitán del Mournival, Ezekyle —le recordó Horus—. Tengo otra misión pensada para ti y para Pequeño Horus en esta lucha. Estoy seguro de que la tarea que te encomendaré te encantará.

—Por supuesto, mi Señor de la Guerra —contestó Abaddon. El gesto de frustración le desapareció del rostro.

—En cuanto a ti, Erebus…

—¿Sí, mi Señor de la Guerra?

—Quítate de en medio. Hijos de Horus, a vuestras tareas.



TRECE
MAGGARD
BANDOS
LOBOS LUNARES

El princeps Turnet escuchó con atención las órdenes que le estaban llegando. Cassar no podía oír la transmisión que el princeps estaba recibiendo de forma directa, y tampoco quería. Estaba demasiado concentrado en no vomitar. Cada vez que dejaba que la mente le vagara por los sistemas del *Dies Irae* no veía más que los restos retorcidos de ruinas chamuscadas. Su conciencia se retiró al interior de la máquina de guerra y concentró toda su percepción en la enorme forma del titán.

El *Dies Irae* estaba recuperándose a su alrededor. Sintió cómo las piernas del titán se llenaban de nuevo de energía y las armas se recargaban de munición. El reactor de plasma que se encontraba en el corazón de la máquina palpitaba al unísono con el suyo propio. Era una bola de fuego nuclear que ardía con la fuerza inquebrantable del mismísimo Emperador.

Incluso en esos momentos, rodeado como estaba por la muerte y por el horror, el Emperador se hallaba a su lado. El dios-máquina era el instrumento de su voluntad y se mantenía firme entre tanta destrucción. Aquella idea reconfortaba a Cassar y lo ayudaba a concentrarse. Si el Emperador se encontraba allí, él los protegería.

—Órdenes procedentes del *Espíritu Vengativo* —dijo Turnet con un tono de voz enérgico—. Moderati, abra fuego.

—¿Que abra fuego? —preguntó Aruken—. Señor, los isstvanianos ya no están. Han muerto todos.

A Cassar la voz de Aruken le sonó lejana, ya que se encontraba sumido en los

sistemas del titán, pero oyó la voz de Turnet con tanta claridad como si le hubiera hablado al lado del oído.

—Contra los isstvanianos no —contestó Turnet—. Contra la Guardia de la Muerte.

—¿Cómo, princeps? —insistió Aruken—. ¿Contra la Guardia de la Muerte?

—No tengo por costumbre repetir las órdenes que doy, moderati —replicó Turnet —. Dispare contra la Guardia de la Muerte. Han desafiado al Señor de la Guerra.

Cassar se quedó helado. Como si no hubiera ya suficientes muertos en Isstvan III, el *Dies Irae* debía ponerse a disparar contra la Guardia de la Muerte, la fuerza a la que se suponía debían apoyar.

—Señor, eso no tiene sentido —dijo Cassar.

—¡No tiene por qué tenerlo! —le gritó Turnet, que había perdido ya la paciencia —. Cumpla la orden.

Titus Cassar miró al princeps Turnet directamente a los ojos y la verdad le llegó como si el propio Emperador hubiese alargado una mano desde Terra y lo hubiera llenado con la luz de la certeza.

—No fueron los isstvanianos los que provocaron esto, ¿verdad? —preguntó en voz alta—. Ha sido el Señor de la Guerra.

En el rostro de Turnet apareció lentamente una sonrisa, y Cassar se dio cuenta de que se llevaba una mano a la pistola que tenía al cinto.

Cassar no le dio la oportunidad de llegar el primero y desenfundó su propia pistola automática.

Ambos lo hicieron a la vez y dispararon al mismo tiempo.

Maggard dio un paso hacia adelante desenvainando su dorado sable kirliano y desenfundando una pistola. Su corpachón era todavía más grande de lo que Sindermann recordaba. Estaba hinchado de un modo grotesco hasta proporciones más allá de las humanas, más parecidas a las de un miembro del Adeptus Astartes. ¿Habrían recompensado a Maggard de ese modo por los servicios prestados al Señor de la Guerra?

Qruze alzó el bólter sin perder tiempo en hablar y le disparó, pero la armadura que Maggard llevaba puesta era la equivalente a la de un Astartes y el disparo sólo sirvió para señalar el inicio de un duelo.

Sindermann y Mersadie se agacharon en cuanto Maggard abrió fuego con la pistola. El sonido de los dos guerreros lanzados el uno contra el otro mientras

disparaban era ensordecedor.

Keeler contempló con calma cómo los disparos de Maggard arrancaban trozos de la armadura de Qruze, pero antes de que le diera tiempo a disparar más veces, el marine espacial ya se le había echado encima.

Qruze le dio un puñetazo a Maggard en el estómago, pero el asesino mudo giró sobre sí mismo y desvió la mayor parte de la fuerza del golpe. Luego siguió girando sobre sí mismo e intentó cortarle la cabeza a Qruze con la espada aprovechando el movimiento. El Astartes esquivó el mandoble echándose hacia atrás, pero la espada de Maggard le atravesó la armadura a la altura del estómago.

De la herida surgió un breve chorro de sangre y Qruze cayó de rodillas por el repentino dolor un momento antes de desenvainar su cuchillo de combate, que tenía la misma longitud que la espada de su oponente.

Maggard aprovechó la ventaja para echársele encima y abrió un nuevo y profundo tajo en la armadura de Qruze a la altura de un costado. Otro chorro de sangre salió del cuerpo del venerable Astartes. Maggard lanzó otro feroz mandoble contra Qruze, pero en esta ocasión el cuchillo de combate detuvo al sable kirliano provocando una lluvia de chispas llameantes. El Astartes fue el primero en recuperarse, y lo aprovechó para clavar la hoja del cuchillo en el hueco que había en el borde de una de las grebas de Maggard. El asesino retrocedió trastabillando y Qruze se puso en pie con movimientos inseguros.

Maggard volvió a la lanzarse a la carga e intentó propinarle otro tajo. El asesino tenía un poderío físico casi igual al de Qruze, y gozaba de la ventaja de la juventud, pero hasta Sindermann fue capaz de darse cuenta de que era más lento que el Astartes, como si todavía no se hubiese acostumbrado a su nuevo cuerpo, como si hiciera poco que había empezado a utilizarlo.

Qruze se echó a un lado para esquivar el tremendo mandoble de Maggard y después se metió en el interior de la guardia de su adversario, alargó un brazo y consiguió aprisionarle la cabeza en el hueco del codo.

El Astartes se apresuró a mover el otro brazo para clavarle la daga en la garganta a Maggard, pero éste logró agarrarle la mano y se la inmovilizó en una presa de hierro, deteniendo la afilada hoja a escasos centímetros de su palpitante yugular.

Qruze se esforzó por hacer subir el cuchillo, pero la fuerza que le habían proporcionado a Maggard demostró ser superior. El asesino empezó a desplazar la hoja hacia un lado. En la frente de Qruze aparecieron una serie de gotas de sudor, y

Sindermann se dio cuenta en ese momento de que era una lucha que el marine espacial no conseguiría ganar solo.

Se puso en pie y echó a correr hacia la pistola que Maggard había dejado caer. Su acabado negro mate era frío y le hacía tener un aspecto letal. Aunque estaba diseñada para que la empuñara un humano normal, le parecía que la pistola seguía teniendo un tamaño ridículamente enorme en sus manos.

El iterador empuñó el arma con las dos manos por delante y se dirigió hacia los dos guerreros, que continuaban forcejeando. No podía arriesgarse a disparar a ninguna clase de distancia, ya que jamás había utilizado un arma y era tan probable que le diera a su salvador como al asesino.

Se acercó a ellos hasta que colocar el cañón de la pistola directamente en la herida sangrante donde Qruze había conseguido apuñalar a Maggard. Luego apretó el gatillo. El retroceso del arma casi le destrozó la muñeca, pero el resultado de su intervención justificó con creces el dolor.

Maggard abrió la boca para lanzar un silencioso grito y se le estremeció todo el cuerpo por la repentina sensación de agonía. El asesino aflojó su presa sobre la mano que empuñaba el cuchillo y Qruze lo clavó en la base de la mandíbula de su oponente al mismo tiempo que lanzaba un rugido de rabia. La hoja se le hundió en la boca hasta que le atravesó el paladar por completo.

El asesino de armadura dorada se dobló sobre sí mismo y se desplomó hacia un lado con la pesadez de un árbol derribado. Maggard y Qruze rodaron hasta que el Astartes quedó encima de su oponente sin haber soltado la empuñadura del cuchillo.

Quedaron cara a cara durante un momento, y Maggard le escupió un chorro de sangre a Qruze en todo el rostro. El Astartes empujó con más fuerza el cuchillo contra la mandíbula de Maggard hasta que la hoja se le clavó por fin en el cerebro.

Maggard se estremeció y su cuerpo sufrió una serie de convulsiones antes de quedarse quieto. Cuando por fin lo hizo, Qruze miró fijamente a un par de ojos muertos de expresión vacía.

Después, el Astartes se puso en pie.

—Cara a cara —dijo Qruze jadeante debido al esfuerzo que le había supuesto matar a Maggard—. No mediante una traición a miles de kilómetros de distancia. Cara a cara.

Miró a Sindermann y le hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias. El guerrero estaba herido y agotado, pero conservaba un aire de tranquila serenidad.

—Recuerdo cómo solía ser —comentó—. En Cthonia éramos hermanos. No sólo entre nosotros, sino también con nuestros enemigos. Eso fue lo que el Emperador vio de nosotros cuando llegó por primera vez a las colmenas. Éramos bandas de asesinos, iguales a los que existían en un millar más de mundos, pero creíamos en un código de honor que era más valioso para nosotros que nuestras propias vidas. Eso es lo que forjó como parte de los Lobos Lunares. Creí que aunque el resto de nosotros lo llegáramos a olvidar algún día, el Señor de la Guerra no podría hacerlo, porque era él a quien el Emperador había elegido para dirigirnos.

—No —le contestó Keeler—. Tú eres el último que no lo ha olvidado.

—Y cuando me di cuenta de eso, yo… me limité a decirles lo que querían oír. Intenté ser uno de ellos, y lo conseguí. Casi lo había olvidado todo, hasta… hasta ahora.

—La música de las esferas —comentó Sindermann en voz baja. Qruze miró fijamente de nuevo a Keeler y la expresión de su rostro se endureció.

—Yo no he hecho nada, El Que se Oye a Medias —respondió Keeler a la pregunta que no había llegado a hacer—. Lo has dicho tú mismo. El modo de vida de Cthonia fue el motivo por el que el Emperador te escogió a ti y a tus hermanos para que formarais parte de los Lobos Lunares. Quizá fue el Emperador quien te lo recordó.

—He visto venir lo que iba a suceder desde hace mucho tiempo, pero dejé que sucediera porque pensaba que éste era mi código ahora, pero nada ha cambiado, en verdad, nada ha cambiado. El enemigo no ha hecho más que moverse desde ahí fuera hasta colarse entre nosotros.

—Mirad, por muy profundo que pueda llegar a ser todo esto, ¿podemos irnos de una puñetera vez? —los interrumpió Mersadie.

Qruze asintió y les indicó con un gesto del mentón que entraran en la cañonera Thunderhawk.

—Tiene usted toda la razón, señorita Oliton. Salgamos de esta nave. Para mí, sólo alberga la muerte.

—Vamos con usted, capitán —le dijo Sindermann mientras caminaba detrás de Qruze tratando de evitar el cadáver de Maggard.

El Adeptus Astartes parecía haber rejuvenecido, como si la energía que había perdido durante el combate le estuviera volviendo, pero multiplicada. Sindermann captó un brillo en sus ojos, un brillo que no había visto con anterioridad.

Ver la luz de la comprensión encendida de nuevo en la mirada de Iacton Qruze le

recordó a Sindermann que todavía había esperanzas.

Y no había nada tan peligroso en toda la galaxia como un poco de esperanza.

El disparo de Turnet salió demasiado alto y el de Cassar demasiado desviado. Jonah Aruken se agachó para ponerse a cubierto cuando los proyectiles empezaron a rebotar por el techo curvado del puente de mando. Turnet se echó a rodar detrás de la silla de mando al mismo tiempo que Cassar se levantaba de la suya, que se encontraba en la parte baja de la cabina, a la altura de los ojos del titán. El moderati disparó de nuevo. El proyectil se enterró en uno de los paneles electrónicos que rodeaban la silla de Turnet y provocó una lluvia de chispas.

El princeps respondió al disparo y Cassar se dejó caer a su vez en el hueco formado por su propio asiento. Las conexiones se le soltaron del cuero cabelludo cuando se movió y la sangre empezó a bajarle en pequeños regueros por el rostro mientras unos cuantos cables monofilamento se le quedaron colgando sobre la parte posterior del cuello.

La mente le palpitaba por la súbita y desgarradora desconexión del dios-máquina.

—¡Titus! —gritó Aruken—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Moderati, ríndete o morirás aquí mismo! —aulló Turnet—. Tira tu arma y ríndete.

—¡Esto es una traición! —le respondió Cassar a su vez, también a gritos—. Jonah, sabes que tengo razón. Ha sido el Señor de la Guerra el que ha provocado todo esto. ¡Ha destruido esta ciudad simplemente para acabar con los creyentes!

Turnet disparó a ciegas desde detrás de la decorada maquinaria que formaba parte de la silla de mando.

—¿Creyentes? ¿Vas a traicionar a tu Señor de la Guerra por esa religión? ¡Estás enfermo!, ¿lo sabes? La religión es una plaga, y debería haber acabado contigo hace mucho tiempo ya.

Cassar pensó con rapidez. Tan sólo existía una salida de la cabina de mando, la puerta que conducía a la cavidad dorsal del titán, donde se encontraba el generador de plasma junto a los ingenieros y tripulantes que se encargaban de su funcionamiento. No podía echar a correr hacia allí por temor a que Turnet lo matara de un tiro en cuanto abandonara su cobertura.

Sin embargo, Turnet estaba en la misma situación.

Ambos estaban atrapados.

—Lo sabía —dijo de repente—. Sabía lo del bombardeo.

—Por supuesto que lo sabía. ¿Cómo puedes ser tan ignorante? ¿Ni siquiera sabes lo que está ocurriendo en este planeta?

—Que están traicionando al Emperador —contestó Cassar.

—Ya no hay Emperador alguno —le replicó a gritos Turnet—. Nos abandonó. Le ha dado la espalda al Imperio por el que tantos guerreros murieron al conquistarlo en su nombre. A él eso no le importa, pero al Señor de la Guerra sí. Él ha sido en realidad quien ha conquistado esta galaxia y quien debería gobernarla, pero hay idiotas que todavía no lo comprenden. Ellos son los que han obligado al Señor de la Guerra a llevar a cabo este acto, para que se haga lo que se debe hacer.

Aquello no le cabía en la cabeza a Cassar. Turnet había traicionado todo cuanto había construido el Emperador. El moderati cayó en la cuenta de que, en realidad, lo que estaba ocurriendo en el puente de mando era representativo de lo que estaba sucediendo a una escala mucho mayor.

Turnet se levantó de repente y disparó sin mirar mientras corría hacia la puerta. Los dos proyectiles se estrellaron contra el mamparo del puente de mando situado detrás de Cassar.

—¡No permitiré que lo haga! —aulló Cassar devolviendo el fuego.

El primer disparo salió demasiado alto, pero un momento después, el princeps Turnet tuvo que detenerse para hacer girar el cierre de rueda de la compuerta.

Cassar apuntó con cuidado la pistola hacia la espalda de Turnet.

—¡Titus! ¡No lo hagas! —exclamó Aruken al mismo tiempo que accionaba los controles de los motores principales del titán. La máquina de guerra se bamboleó de un modo violento y todo el puente de mando se inclinó, como la cubierta de un barco sacudido por una tremenda tormenta. Cassar salió disparado de espaldas contra el mamparo y perdió la oportunidad de disparar contra Turnet. El princeps abrió la compuerta de un tirón y de un salto abandonó el puente de mando del titán, por lo que quedó fuera de la línea de tiro de Cassar.

El moderati se puso en pie al mismo tiempo que el titán recuperaba la verticalidad. Alguien se colocó delante de él, y estuvo a punto de dispararle antes de darse cuenta de que se trataba de Jonah Aruken.

—Venga, Titus, por favor —le pidió Aruken—. No hagas esto.

—No tengo más remedio. Es una traición.

—No tienes por qué morir.

Cassar giró la cabeza hacia el ojo del titán, a través del cual todavía se podía ver a los guerreros de la Guardia de la Muerte avanzar por las trincheras cubiertas de ceniza.

—Ellos tampoco. Sabes que tengo razón, Jonah. Sabes que el Señor de la Guerra ha traicionado al Imperio. Sí logramos controlar al *Dies Irae*, quizá podamos hacer algo al respecto.

Aruken apartó la mirada del rostro de Cassar y la fijó en el arma que éste empuñaba.

—Se acabó, Cassar. Tú… tú dame eso.

—Conmigo o contra mí, Jonah —le respondió Cassar con frialdad—. ¿Con los fieles al Emperador o con sus enemigos? Tú decides.

A menudo se oye decir que un marine espacial no tiene miedo a nada.

Eso no es literalmente cierto. Un marine espacial puede tener miedo, pero ha recibido un entrenamiento y dispone de una disciplina que le permite hacerle frente y no dejar que lo afecte en el campo de batalla. El capitán Saúl Tarvitz no era una excepción a esa regla. Se había enfrentado a intercambios de disparos y a alienígenas monstruosos, incluso había percibido las siluetas de los enloquecedores depredadores del espacio disforme, pero cuando Angron se lanzó a la carga, echó a correr.

El primarca atravesó las ruinas como un *juggernaut*. Aulló de un modo demente, y con un mandoble de su hacha sierra partió por la mitad a dos Devoradores de Mundos fieles, mientras que con la otra atravesaba el torso de un tercero. Los Devoradores de Mundos traidores saltaron por encima de los escombros disparando las pistolas y blandiendo las armas de sierra.

—¡Morid! —aulló a su vez el capitán Ehrlen cuando los lealistas respondieron a la carga y se lanzaron contra sus enemigos como un solo guerrero. Tarvitz estaba acostumbrado a los Adeptus Astartes, que luchaban fintando y contraatacando, solapando campos de disparo, eliminando al enemigo unidad a unidad o atravesando sus filas con agilidad y precisión. Los Devoradores de Mundos no combatían con la perfección de los Hijos del Emperador. Luchaban con rabia y con odio, con brutalidad y con el ansia de destruir.

Y lucharon con más odio que nunca contra sus propios camaradas, contra sus hermanos de batalla junto a los que habían combatido durante muchos años.

Tarvitz retrocedió ante aquella matanza. Varios Devoradores de Mundos pasaron a su lado empujándolo para que se apartara y se lanzaron a la carga contra Angron. Sin

embargo, los cuerpos destrozados que yacían a los pies del primarca indicaban el destino que les aguardaba. El capitán de los Hijos del Emperador bajó un hombro y se abrió paso a través de una pared semiderruida echándola abajo. Cayó de bruces en un patio donde había varias estatuas ennegrecidas y descabezadas por los combates librados a lo largo de ese día.

Miró a su espalda y vio a miles de Devoradores de Mundos trabados en un terrible huracán de degüellos y desmembramientos que se lanzaban de un modo incesante los unos contra los otros. En el centro de aquel torbellino sangriento se alzaba Angron, gigantesco y terrible, lanzando golpes a diestro y siniestro con sus hachas.

El capitán Ehrlen cayó al suelo a poca distancia de él. Lo miró un momento antes de rodar sobre sí mismo para ponerse de nuevo en pie. Tenía la cara destrozada, convertida en una máscara roja ensangrentada en la que lo único apenas reconocible eran los ojos. Un grupo de Devoradores de Mundos se abalanzó contra él y lo derribó de nuevo antes de proceder a propinarle tajos como si no fuera más que un gran trozo de carne.

Varias andanadas de disparos de bólter acribillaron las paredes y el combate se extendió hasta llegar al patio donde se encontraba. Los Devoradores de Mundos forcejeaban entre ellos, alzaban los bólters para dispararse a quemarropa o destripaban a sus hermanos de batalla con las hachas sierra. Tarvitz se puso en pie de un salto y echó a correr un momento antes de que otra pared cayera derribada y apareciera otra decena de traidores.

Se puso a cubierto detrás de una columna a la que unos cuantos disparos de bólter arrancaron trozos de mármol por la fuerza explosiva de los impactos. El sonido del combate lo siguió, y Tarvitz decidió que tenía que encontrar a los Hijos del Emperador. Sólo con sus camaradas guerreros conseguiría poner un poco de orden en aquella batalla caótica.

Echó a correr de nuevo y se dio cuenta de que le estaban disparando desde todos lados. Cruzó a la carrera las ruinas de un enorme comedor hasta llegar a una cocina de paredes de piedra de aspecto cavernoso.

Siguió corriendo y abriéndose camino entre las ruinas hasta que se encontró en las calles de la Ciudad Coral. Una cañonera envuelta en llamas pasó rugiente por encima de él y se estrelló contra un edificio, donde se convirtió en una bola de fuego anaranjada. El tableteo de las armas continuó repiqueteando entre las ruinas que acababa de dejar atrás, y el feroz rugido de Angron resonó por encima del estruendo

de la batalla.

La magnífica cúpula del palacio del Señor del Coro seguía alzándose por encima de los combates que se estaban desarrollando entre los restos ennegrecidos de la ciudad.

Tarvitz se deslizó en dirección a sus queridos Hijos del Emperador, y mientras lo hacía, se prometió a sí mismo que si debía morir en aquel desgraciado mundo lo haría entre sus hermanos de batalla, y desafiando hasta su último aliento el odio que el Señor de la Guerra había sembrado entre ellos.

Loken contempló a los Hijos de Horus aterrizar al otro lado del Sagrario de la Sirena. Sus marines espaciales, ya no era capaz de pensar en ellos como Hijos de Horus, estaban desplegados alrededor de la torre-tumba más cercana en una formación defensiva formidable.

Las armas pesadas del destacamento tenían cubierto el valle de capillas por el que los atacantes tendrían que avanzar, y los marines tácticos defendían posiciones fortificadas entre las ruinas, donde combatirían con ventaja.

Sin embargo, el enemigo no sería el ejército isstvaniano, sino sus propios hermanos.

—Creí que nos bombardearían de nuevo —comentó Torgaddon.

—Deberían haberlo hecho —contestó Loken—. Algo salió mal.

—Seguro que es cosa de Abaddon —apuntó Torgaddon—. Debe de morirse de ganas por tener la oportunidad de enfrentarse cara a cara con nosotros. Horus no habrá sido capaz de impedírselo.

—O quizá se trate de Sedirae —añadió Loken con un tono de disgusto en la voz.

El sol del atardecer flotaba semioculto por velos entre las sombras de las murallas y de las torres-tumba.

—Jamás pensé que acabaría así, Tarik —dijo Loken al cabo de unos momentos—. Quizá que moriría en el asalto a una ciudadela alienígena o defendiendo… defendiendo Terra, algo semejante a lo que ocurre en los poemas épicos, algo romántico, algo que los rememoradores podrían utilizar en sus composiciones. Nunca creí que moriría defendiendo un agujero como éste, y contra mis propios hermanos de batalla.

—Ya, pero es que tú siempre has sido un idealista.

Los Hijos de Horus avanzaban por el extremo de la torre-tumba situada al otro lado del valle, el lugar óptimo desde donde atacar. Loken sabía que aquélla iba a ser la

batalla más dura que jamás tendría que librar.

—No tenemos por qué morir aquí —le dijo Torgaddon.

Loken lo miró.

—Lo sé. Podemos ganar. Podemos atacarlos con todo lo que tenemos. Me pondré en vanguardia y quizá tengamos la oportunidad de…

—No —lo interrumpió Torgaddon—. Me refiero a que no tenemos por qué enfrentarnos a ellos aquí. Sabemos que podemos pasar por las puertas principales para llegar hasta la ciudad. Si nos dirigimos al palacio del Señor del Coro podremos reagruparnos con los Hijos del Emperador y con los Devoradores de Mundos. Lucius me dijo que quien los avisó fue Saúl Tarvitz, que fue él quien les advirtió de que habíamos sido traicionados.

—¿Saúl Tarvitz está en Isstvan III? —le preguntó Loken, quien sintió un nuevo hálito de esperanza en el pecho.

—Al parecer, sí —asintió Torgaddon—. Podríamos apoyarlos. Fortificar el palacio.

Loken miró de nuevo al otro lado de la maraña de capillas y de torres-tumba.

—¿Tú te retirarías?

—Lo haría si no existiera posibilidad alguna de victoria y en otro sitio pudiéramos luchar en mejores condiciones para nosotros.

—Jamás tendremos otra oportunidad de enfrentarnos a ellos en mejores condiciones para nosotros, Tarik. La Ciudad Coral ha desaparecido, y todo el puñetero planeta está muerto. De lo que se trata es de castigarlos por su traición y por los hermanos que hemos perdido.

—Garvi, todos hemos perdido hermanos aquí, pero morir sin necesidad no hará que vuelvan con nosotros. Yo también quiero tener mi venganza, pero a lo que no estoy dispuesto es a desperdiciar las vidas de los pocos guerreros que quedan en un acto inútil de desafío. Piensa en eso, Garvi. Piensa bien en por qué quieres enfrentarte a ellos aquí.

Loken oyó las primeras ráfagas de disparos y se dio cuenta de que Torgaddon estaba en lo cierto. Seguían siendo la legión mejor entrenada y más disciplinada de todas, y también sabía que si quería luchar contra aquellos que los habían traicionado debía hacerlo con la cabeza, no con el corazón.

—Tienes razón, Tarik —admitió Loken—. Deberíamos reagrupamos con Tarvitz. Tenemos que organizarnos para lanzar un contraataque.

—Garvi, podemos hacerlos sufrir de verdad. Podemos obligarlos a librar una batalla larga y así retrasarlos. Si Tarvitz ha conseguido avisarnos a nosotros, ¿quién te dice que no hay otros que se están encargando de avisar a Terra? Quizá las demás legiones ya saben lo que ha ocurrido. Alguien nos subestimó y creyó que esto sería una simple matanza, pero yo digo que no se lo permitamos. Convertiremos Isstvan III en una guerra.

—¿Crees que podremos hacerlo?

—Somos los Lobos Lunares, Garvi. Podemos hacer cualquier cosa.

Loken estrechó la mano a su amigo, reconociendo así que volvía a estar en lo cierto. Luego se volvió hacia la escuadra que tenía a la espalda y que apuntaba con sus armas al valle que se extendía a sus pies.

—¡Astartes! —gritó—. Todos sabéis lo que ha ocurrido, y comparto vuestro dolor y vuestra rabia, pero necesito que os concentréis en lo que debemos hacer y que no dejéis que la furia os impida ver la fría realidad de la guerra. Se han destruido los lazos de hermandad y ya no somos Hijos de Horus. Ese nombre ya no tiene significado alguno para nosotros. ¡Somos de nuevo los Lobos Lunares, los guerreros del Emperador!

Un rugido de aprobación ensordecedor respondió a sus palabras antes de que Loken pudiera continuar hablando.

—Abandonaremos esta posición y atravesaremos las puertas para dirigirnos al palacio. El capitán Torgaddon y yo encabezaremos las unidades de asalto y dirigiremos la punta de lanza.

A los pocos momentos, los nuevos y rebautizados Lobos Lunares estaban preparados para ponerse en marcha mientras Torgaddon daba las órdenes correspondientes para que las unidades de asalto se desplegaran en vanguardia. Loken se encargó de uno de los grupos de guerreros y formaron una bolsa de resistencia a la sombra de la torre-tumba.

—Matar por los vivos y matar por los muertos —le dijo Torgaddon mientras acababan de prepararse para avanzar.

—Matar por los vivos —le respondió Loken al mismo tiempo que la punta de lanza, de quizá unos dos mil Lobos Lunares, se movía a través del paisaje sepulcral que era el Sagrario de la Sirena en dirección a las enormes puertas.

Loken miró hacia atrás, a lo largo del valle, y vio las siluetas de los Hijos de Horus que avanzaban hacia sus posiciones. Distinguió las formas de algunos objetos de

mayor tamaño y más oscuros que aplastaban las ruinas ennegrecidas de las capillas y de las estatuas hasta convertirlas en polvo. Se trataba de transportes de tropas de la clase Rhino, de pesados Land Raiders e incluso le pareció ver también la silueta en forma de cilindro de un dreadnought.

Pensó que debería sentirse lleno de tristeza ante la tragedia de tener que enfrentarse en combate a sus hermanos, pero no sentía tristeza alguna.

Tan sólo odio.

La mirada de Aruken estaba vacía, y no dejaba de sudar. Cassar se sintió asombrado al ver que su habitual arrogancia se había visto sustituida por un sentimiento de miedo. Sin embargo, a pesar de ese miedo, Cassar sabía que no podía confiar del todo en Jonah Aruken.

—Titus, esto tiene que acabar —le insistió Aruken—. No querrás ser un mártir, ¿verdad?

—¿Un mártir? Es una palabra muy extraña viniendo de alguien que proclama no ser un creyente.

En el rostro de Aruken apareció una leve sonrisa.

—No soy tan estúpido como crees, Titus. Eres un buen hombre, y un tripulante excelente. Tú sí que crees en las cosas, que es más de lo que muchas personas pueden conseguir en la vida, así que preferiría que no murieras.

Cassar no respondió al tono frívolo de las palabras de Aruken.

—Por favor, Jonah… Sé que estás diciendo todo eso por el princeps. Estoy seguro de que puede oírlo todo desde el otro lado de la puerta.

—Probablemente sí, pero sabe que en cuanto abra esa puerta le volarás la cabeza, así que supongo que tú y yo podemos decir lo que nos venga en gana.

La mano con la que Cassar empuñaba la pistola se relajó un poco.

—¿No estás de su parte?

—Eh, hemos pasado juntos por una situación bastante complicada hace poco, ¿verdad? Sé por lo que estás pasando —contestó Aruken. Cassar negó con la cabeza.

—No, no lo sabes, y sé lo que estás intentando hacer. No puedo echarme atrás. Voy a actuar en nombre del Emperador. No me rendiré.

—Mira, Titus, si tienes que creer, tienes que creer, pero no estás obligado a demostrárselo a nadie.

—¿Crees que estoy haciendo esto para demostrar algo? —le preguntó Cassar al

mismo tiempo que apuntaba la pistola a la garganta de Aruken.

Éste levantó las dos manos y rodeó la silla de mando de Turnet caminando lentamente hasta acabar en mitad del puente enfrente de Cassar.

—El Emperador no es simplemente una figura a la que recurrir para que te dé ánimos —le explicó Cassar—. Es un dios. Tiene una santa que realiza milagros, y los he visto. ¡Y tú también los has visto! Piensa en todo lo que has visto, Jonah, y te darás cuenta de que tienes que ayudarme.

—He visto unas cuantas cosas extrañas, Titus, pero…

—No quieras negar lo que has visto —lo interrumpió Cassar—. Ocurrieron de verdad. Es tan cierto como que tú y yo estamos ahora en este puente de mando. Jonah, existe un Emperador, y su gracia nos observa. Nos juzga por las decisiones que tomamos cuando tomar esas decisiones es duro. El Señor de la Guerra nos ha traicionado a todos, y si me echo atrás y permito que eso suceda, estaré traicionando a mi Emperador. Aruken, existen principios que todos debemos defender. ¿Es que no te das cuenta? Si ninguno de nosotros actúa, entonces el Señor de la Guerra se saldrá con la suya y ni siquiera quedará el recuerdo de esta traición.

Aruken hizo un gesto negativo con la cabeza movido por la frustración.

—Cassar, si pudiese hacerte entender…

—¿Pretendes decirme que no has visto nada en lo que puedas creer? —le preguntó Cassar. Apartó la cabeza decepcionado y se quedó mirando a través de los chamuscados cristales de la portilla de observación cómo se reagrupaban los guerreros de la Guardia de la Muerte.

—Titus, no he creído en nada desde hace mucho tiempo —le dijo Aruken—. Es algo que lamento de verdad, lo mismo que lamento esto.

Cassar se volvió y vio que Jonah Aruken había desenfundado su pistola y le apuntaba con ella directamente al pecho.

—¿Jonah? —exclamó Cassar—. ¿Vas a traicionarme? ¿Después de todo lo que has visto?

—Tan sólo hay una cosa que quiera en este mundo, Titus, y es tener el mando de mi propio titán. Quiero ser un día el princeps Aruken, y eso jamás ocurrirá si te permito seguir con esto.

—Saber que lo que toda esta galaxia ansía es creer, y pensar que quizá tú eres el único que cree…, y a pesar de eso, seguir creyendo. Eso es fe, Aruken. Ojalá pudieras entenderlo —le respondió.

—Es demasiado tarde para eso, Cassar. Lo siento.

La pistola de Aruken disparó tres veces y llenó el puente con explosiones de luz y de sonido.

Tarvitz observó la batalla desde la sombra de un arco de entrada que conducía al palacio del Señor del Coro. Había conseguido escapar del huracán de sangre que Angron había provocado y estaba en camino de reunirse con sus propios guerreros en el palacio, pero la visión del primarca de los Devoradores de Mundos en pleno combate se le había grabado como un vívido horror carmesí en la mente.

Miró de nuevo hacia el palacio y vio los pasillos abovedados repletos de cadáveres quemados de los guardias, que se ennegrecían aún más debido a que el sol se estaba poniendo y las sombras se hacían cada vez más largas. No tardaría en anochecer.

—Lucius —dijo Tarvitz a través de la aullante estática en un intento por comunicarse—. Lucius, ¿me recibes?

—Saúl, ¿qué es lo que ves?

—Cañoneras y también cápsulas de desembarco. Llevan nuestras insignias, y acaban de aterrizar al norte de nuestra posición.

—¿El primarca nos ha bendecido con su presencia?

—Más bien parece Eidolon —respondió Tarvitz con un tono especial en la voz.

Los canales de comunicación estaban cargados de estática. Sabía que las fuerzas del Señor de la Guerra estarían intentando interferirles la comunicación sin bloquear del todo las suyas.

—Escucha, Lucius. Angron va a llegar hasta aquí. Los Devoradores del Mundo leales no van a conseguir contenerlo. Seguro que se dirige al palacio.

—Entonces habrá un buen combate —respondió Lucius—. Espero que Angron sea un rival digno para mi espada.

—Por mí encantado. Tenemos que lograr que esta resistencia dure y sirva para algo. Que comiencen a levantar barricadas en la cúpula central. Luego seguiremos fortificando las cúpulas principales y los cruces de pasillos si Angron nos da el tiempo suficiente.

—¿Desde cuándo te has convertido en el jefe? —le preguntó Lucius con arrogancia—. Fui yo quien mató a Vardus Praal.

Tarvitz sintió que la rabia se apoderaba de él cuando oyó la infantil respuesta de su amigo en un momento tan delicado, pero se contuvo.

—Ponte en marcha y ayuda a defender las barricadas. No tenemos mucho tiempo

antes de que el combate llegue hasta nosotros.

La Thunderhawk se alejó con rapidez del *Espíritu Vengativo*, y adquirió mayor velocidad todavía cuando Qruze activó los posquemadores. Mersadie se sentía increíblemente aliviada de haber salido por fin de la nave del Señor de la Guerra, pero de repente se dio cuenta de que no tenían adónde ir. Aquella idea hizo que se preocupara de nuevo cuando vio los puntos centelleantes, que eran el resto de las naves de la flota, que los rodeaban.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Qruze—. Ya hemos salido, pero ¿adónde vamos?

—Te dije que no carecíamos de amigos, ¿verdad, Iacton? —le respondió Euphrati mientras se sentaba al lado del guerrero Astartes en la silla del copiloto.

El Astartes la miró de reojo un momento.

—Eso no importa, rememoradora. Los amigos no nos servirán de mucho si morimos aquí fuera.

—Pero qué muerte sería —le contestó Keeler con el rastro de una sonrisa fantasmal.

Sindermann la miró con preocupación. Sin duda se preguntaba si se habían excedido al confiar en que Euphrati los podría llevar hasta un sitio seguro en la oscuridad del espacio. El anciano tenía un aspecto frágil y pequeño, y ella le tomó las manos.

Mersadie contempló a través del cristal de la proa el espacio cubierto de puntos de luz centelleantes. Se trataba de las naves estelares que pertenecían a la Sexagésimo Tercera Expedición, y todas y cada una de ellas les eran hostiles.

Como si quisiera contradecirla, Euphrati señaló hacia arriba, a través también del cristal de la proa, hacia la panza de una nave de feo aspecto bajo la cual acabarían pasando si mantenían aquel rumbo. El débil sol del sistema Isstvan se reflejaba en el casco metalizado carente de pintura.

—Dirígete hacia ésa —ordenó Euphrati, y Mersadie se quedó sorprendida al ver cómo Qruze giraba el timón sin una sola palabra de protesta.

Mersadie no sabía mucho acerca de naves espaciales, pero lo que sí sabía era que un crucero como aquél estaría cubierto de torretas artilleras que podrían acabar con la Thunderhawk en cuanto se acercara, eso sin contar con la posibilidad de que fuera capaz de lanzar cazas de ataque.

—¿Por qué nos tenemos que acercar? —se apresuró a preguntar—. ¿No sería

mejor alejarse cuanto antes?

—Confía en mí, Sadie —le pidió Euphrati—. Así es como tiene que ser.

«Al menos, será rápido», pensó Mersadie mientras la nave crecía de tamaño a medida que se acercaban.

—Es de la Guardia de la Muerte —comentó Qruze.

Mersadie se mordió un labio y miró a Sindermann. El anciano parecía tranquilo.

—Toda una aventura, ¿eh? —se limitó a decirle.

Mersadie no pudo evitar sonreír.

—¿Qué vamos a hacer, Kyril? —le preguntó Mersadie con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué es lo que nos queda?

—Ésta sigue siendo nuestra lucha, Mersadie —le dijo Euphrati dándole la espalda al cristal de la cabina—. A veces, la lucha se traduce en un combate abierto. En otras ocasiones se debe librar con palabras y con ideas. Nosotros debemos cumplir nuestra parte.

Mersadie dejó escapar un jadeo, incapaz de creer, y sin ganas de hacerlo, que tuvieran aliado alguno en el crucero que se encontraba sobre ellos.

—No estamos solos —la tranquilizó Euphrati con una sonrisa.

—Pero es que esta lucha… me parece es que demasiado grande para mí.

—Te equivocas. Todos y cada uno de nosotros tenemos tanto derecho como el Señor de la Guerra a decidir cuál será el destino de la galaxia. Nuestro convencimiento será el modo de derrotarlo.

Mersadie asintió y contempló cómo el crucero que tenían sobre ellos se acercaba cada vez más. Su larga y oscura silueta tenía los bordes iluminados por la luz de las estrellas, y los motores estaban rodeados de nubes de gases cristalizados.

—Cañonera Thunderhawk, identifíquese —dijo una voz grave por el restallante comunicador.

—Sé sincero —le advirtió Euphrati a Qruze—. Todo depende de eso.

Qruze asintió antes de contestar.

—Me llamo Iacton Qruze, antaño de los Hijos de Horus.

—¿Antaño? —fue la respuesta.

—Sí, antaño —insistió Qruze.

—Explícate.

—Ya no pertenezco a esa legión —respondió Qruze, y Mersadie notó el dolor que le provocaba decir algo semejante—. Ya no puedo formar parte de lo que está

haciendo el Señor de la Guerra.

La voz contestó tras una larga pausa.

—Entonces eres bienvenido a mi nave, Iacton Qruze.

—¿Con quién hablo? —quiso saber éste.

—Soy el capitán Nathaniel Garro, de la *Eisenstein*.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE



CATORCE
HASTA QUE SE ACABE
CHARMOISAN
TRAICIÓN

—Ya he perdido la cuenta de los días que han pasado —comentó Loken mientras se ponía en cuclillas al lado de las fortificaciones improvisadas que daban a las ruinas humeantes de la Ciudad Coral.

—No creo que Isstvan III tenga ya días o noches —le respondió Saúl Tarvitz.

Loken alzó la mirada hacia el cielo de color gris plomizo. En realidad, era un manto de nubes provocado por el catastrófico cambio climático que se había iniciado en Isstvan III por la súbita extinción de prácticamente toda la vida que existía en su superficie. Caía una suave llovizna cargada de ceniza, los restos de la tormenta de fuego que llegaban arrastrados desde un continente de distancia por unos vientos secos y muertos.

—Se están agrupando para lanzar otro ataque —le dijo Tarvitz señalando hacia unos montones de cascotes retorcidos y cubiertos de ceniza que antes habían sido una enorme serie de bloques de habitáculos situados al este del palacio.

Loken siguió su mirada. Distinguió con algo de esfuerzo el leve destello de una armadura blanca manchada.

—Devoradores de Mundos.

—¿Y quién si no?

—Me pregunto si Angron conocerá otro modo de combatir.

Tarvitz se encogió de hombros.

—Probablemente sí, lo que ocurre es que éste es el modo que más le gusta.

Tarvitz y Loken se habían encontrado por primera vez en Muerte, cuando los Hijos de Horus habían combatido al lado de los Hijos del Emperador contra los repugnantes alienígenas llamados megarácnidos. Tarvitz era un excelente guerrero, desprovisto de la arrogancia propia de su legión que tanto disgustaba a Torgaddon.

Loken apenas recordaba el trayecto de regreso desde el Sagrario de la Sirena, cuando habían tenido que atravesar tumbas destrozadas y ruinas en llamas. Recordaba haber luchado contra guerreros a los que poco tiempo antes llamaba hermanos en su camino hacia las grandes puertas del Sagrario de la Sirena. No había dejado de caminar hasta que había visto de cerca el palacio del Señor del Coro y sus magníficos pétalos de granito rosado.

—Atacarán en menos de una hora —calculó Tarvitz—. Mandaré unos cuantos hombres más a las defensas.

—Podría ser un engaño —le advirtió Loken, quien sí recordaba de forma vívida los primeros días de la batalla por el palacio—. Angron ataca por un lado y Eidolon carga por el otro.

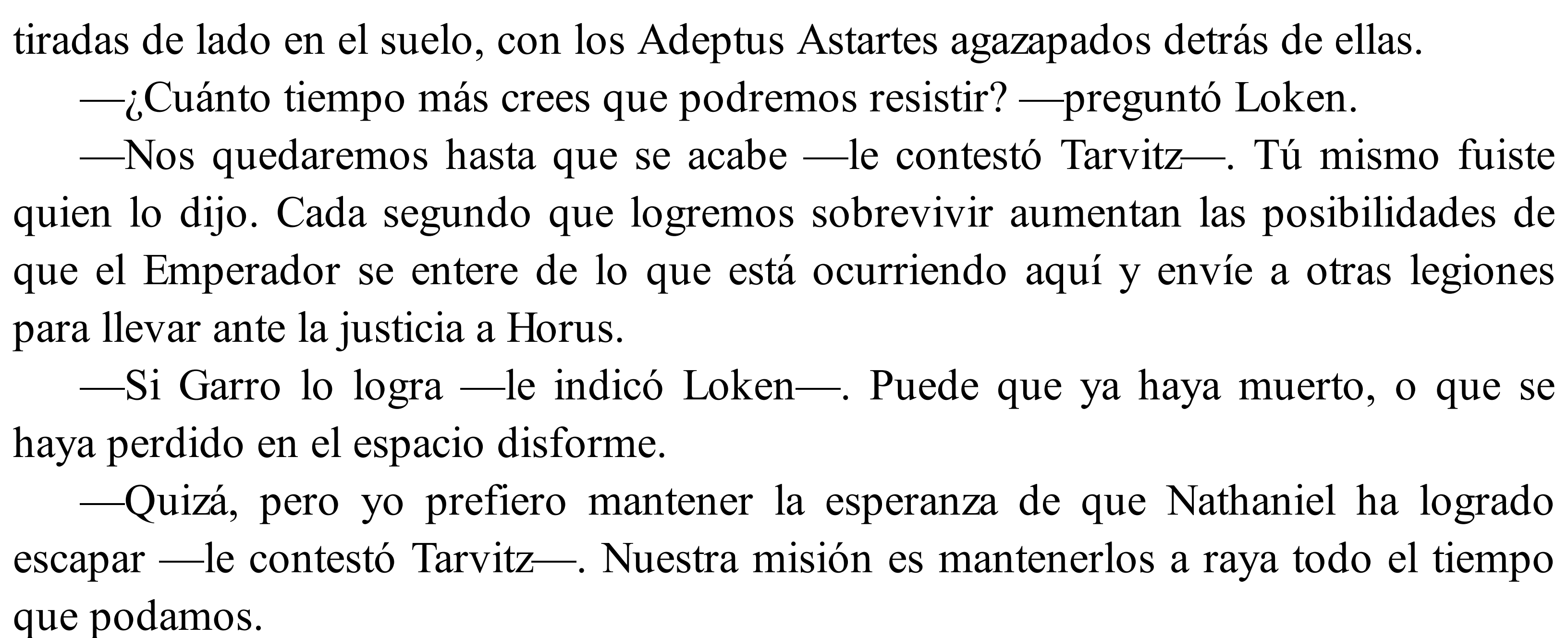
La primera vez que había visto a los guerreros de Tarvitz en acción le había parecido una gran partida de estrategia, donde los Hijos del Emperador se movían como piezas dispuestas de un modo magistral en maniobras de distracción y contracargas. Un individuo de menor valía que Saúl Tarvitz ya habría fallado y dejado que su fuerza quedara destrozada por esas tácticas, pero el capitán de los Hijos del Emperador había conseguido de algún modo que sus guerreros resistieran tres días de ataques continuos.

—Estaremos preparados —dijo Tarvitz mirando hacia las profundidades del palacio.

Loken y Tarvitz habían subido por la estructura de una cúpula parcialmente derrumbada, una de las numerosas alas del palacio del Señor del Coro que había quedado en ruinas durante la tormenta de fuego y los combates posteriores.

Loken y Tarvitz se habían puesto a cubierto detrás de una sección arrancada de los pétalos de granito. En la cúpula repleta de escombros que se abría bajo ellos se refugiaban los centenares de supervivientes encargados de defender ese lugar. Los Lobos Lunares y los Hijos del Emperador habían montado una serie de barricadas levantadas con esculturas de un valor incalculable y otras piezas de arte que llenaban las cámaras que había bajo la cúpula.

Aquellas esculturas monumentales de gobernantes de épocas pasadas estaban



tiradas de lado en el suelo, con los Adeptus Astartes agazapados detrás de ellas.

—¿Cuánto tiempo más crees que podremos resistir? —preguntó Loken.

—Nos quedaremos hasta que se acabe —le contestó Tarvitz—. Tú mismo fuiste quien lo dijo. Cada segundo que logremos sobrevivir aumentan las posibilidades de que el Emperador se entere de lo que está ocurriendo aquí y envíe a otras legiones para llevar ante la justicia a Horus.

—Si Garro lo logra —le indicó Loken—. Puede que ya haya muerto, o que se haya perdido en el espacio disforme.

—Quizá, pero yo prefiero mantener la esperanza de que Nathaniel ha logrado escapar —le contestó Tarvitz—. Nuestra misión es mantenerlos a raya todo el tiempo que podamos.

—Eso es lo que me preocupa. Todo esto probablemente comenzó cuando Angron se pasó de la raya, pero al Señor de la Guerra le habría bastado simplemente retirar a sus legiones y bombardear la ciudad hasta convertirla en polvo. Quizá habría perdido a unos cuantos guerreros, pero aun así… Este planeta debería estar muerto hace ya mucho tiempo.

Tarvitz sonrió.

—Cuatro primarcas, Garviel. Ésa es la respuesta. Cuatro guerreros que no están acostumbrados a retroceder. ¿Quién de ellos sería el primero que se atrevería a hacerlo? ¿Angron? ¿Mortarion? Si es Eidolon quien está al mando ahora mismo de los Hijos del Emperador, tiene que demostrar mucho ante los otros primarcas, y jamás he sabido que Horus mostrara debilidad alguna, y menos cuando sus hermanos primarcas pueden verla.

—No —contestó Loken mostrándose de acuerdo—. El Señor de la Guerra nunca abandona una batalla una vez la ha comenzado.

—Entonces, tendrán que matarnos a todos —dijo Tarvitz.

—Sí, es lo que tendrán que hacer —confirmó Loken con gesto adusto.

Los comunicadores que llevaban incorporados en los cascos pitaron un momento antes de que sonara la voz de Torgaddon.

—¡Garvi! ¡Saúl! —los llamó Torgaddon—. He recibido informes de que los Devoradores de Mundos se están reagrupando. Los oímos cantar, así que se lanzarán al ataque dentro de poco. He reforzado las barricadas orientales, pero necesitaremos más hombres aquí abajo.

—Haré que mis guerreros retrocedan desde la cúpula de la galería —le respondió

Tarvitz—. Enviaré a Garviel para que se reúna contigo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Loken.

—Voy a asegurarme de que el norte y el oeste sigan cubiertos y también a trasladar unas cuantas armas pesadas a la capilla —le informó Tarvitz al mismo tiempo que señalaba a través de las ruinas de la cúpula hacia la extraña forma orgánica de la capilla de los cantores de guerra, que se alzaba adyacente al complejo del palacio.

Los supervivientes habían evitado de un modo instintivo la capilla, y pocos habían llegado a ver el interior. Sus propias paredes apestaban a la corrupción que había consumido el alma de la Ciudad Coral.

—Yo me encargaré de la capilla y Lucius se ocupará del terreno a nivel del suelo —continuó diciendo Tarvitz mientras se daba la vuelta de nuevo hacia Loken—. Te juro que a veces pienso que Lucius en realidad está disfrutando con todo esto.

—Si quieres saber mi opinión, creo que demasiado. Será mejor que no lo pierdas de vista —le sugirió Loken.

Resonó una explosión apagada y familiar. Una torre de humo y de escombros ascendió procedente de algún punto del torturado paisaje de la Ciudad Coral, al norte del palacio.

—Increíble —comentó Tarvitz—. Todavía quedan guerreros de la Guardia de la Muerte vivos en algún lugar.

—Los de la Guardia de la Muerte son difíciles de matar —replicó Loken mientras regresaba hacia la escalera improvisada que bajaba hasta los restos de la cúpula de la galería.

A pesar de sus palabras, sabía que se trataba de algo increíble. Mortarion, que jamás hacía las cosas de un modo refinado, se había limitado a aterrizar con el transporte orbital de tropas de mayor tamaño que existía en su flota. Lo había hecho en el extremo occidental de las trincheras, y las había acribillado hasta saturarlas de proyectiles disparados por las torretas de la nave mientras sus guerreros se desplegaban.

Aquélla había sido la última ocasión en la que alguien había oído hablar de la Guardia de la Muerte en la Ciudad Coral.

Sin embargo, por los proyectiles de artillería que se disparaban de forma esporádica y casi sin apuntar, pero que casi siempre caían en los campamentos de los traidores, era evidente que algunos guerreros leales de la Guardia de la Muerte habían conseguido resistir todos los esfuerzos de Mortarion por acabar con ellos.

—Sólo espero vivir el tiempo suficiente —dijo Tarvitz—. Nos estamos quedando sin suministros y sin munición. Pronto andaremos escasos de Adeptus Astartes.

—Mientras uno siga con vida, capitán, lucharemos —le prometió Loken—. Horus escogió mal a sus enemigos. Haremos que se arrepienta de haberse enfrentado a nosotros.

—Pues entonces, hablaremos después de que Angron salga otra vez con el rabo entre las patas —le contestó Tarvitz.

—Hasta entonces.

Loken bajó hasta la cúpula y dejó a Tarvitz a solas unos momentos para que contemplara la ciudad destruida. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había rodeado algo que no fuera el lugar de pesadilla en que se había convertido la Ciudad Coral? ¿Dos meses? ¿Tres?

El palacio estaba rodeado en todas direcciones de cielos cenicientos y ruinas humeantes hasta donde llegaba la vista. La ciudad parecía el tipo de infierno en el que los isstvanianos probablemente habrían creído un tiempo atrás.

Tarvitz se sacó aquella idea de la cabeza.

—No existen infiernos, ni dioses, ni recompensas ni castigos eternos —se dijo a sí mismo.

Lucius era capaz de oír el ruido de la muerte. Podía leer el sonido como si estuviera escrito en una partitura. Conocía la diferencia entre los aullidos de combate de un Devorador de Mundos y los de un Hijo de Horus, la variación entre las cualidades tonales de una andanada de proyectiles bólter que se disparaba para apoyar un ataque o para defender una posición.

La capilla que Saúl le había ordenado defender era un lugar muy extraño para formar parte de la última batalla de los verdaderos miembros de la Gran Cruzada. No mucho tiempo atrás había sido el centro neurálgico de un ejército enemigo, pero en esos momentos, las defensas improvisadas que allí se habían levantado eran lo único que contenía a las fuerzas traidoras, muy superiores en número.

—Suena que va a ser complicado —dijo el hermano Solathen, de la escuadra Nasicae, que estaba agazapado al lado del alféizar de una ventana de la capilla—. Puede que esta vez logren atravesar las defensas.

—Nuestro amigo Loken puede encargarse de ellos —le contestó Lucius con cierta soma—. Angron quiere matar a unos cuantos más. ¿Oyes eso? ¿Puedes oírlo?

Solathen inclinó la cabeza hacia un lado. El sentido del oído de los Adeptus Astartes, como la mayoría de sus otros sentidos, era extremadamente agudo, pero Solathen no parecía capaz de captar lo que Lucius le indicaba.

—¿Si oigo qué, capitán?

—Las hachas sierra. Pero no están cortando ceramita u otras armas de sierra. Están cortando piedra y acero. Los Devoradores de Mundos no tienen sitio para enfrentarse a los Hijos de Horus ahí, así que están intentando abrirse paso a través de las barricadas.

Solathen asintió antes de contestar.

—El capitán Tarvitz sabe lo que se hace. Los Devoradores de Mundos sólo conocen un modo de combatir. Podernos utilizar eso y sacarle ventaja.

Lucius frunció el entrecejo al oír cómo Solathen alababa a Saúl Tarvitz, y se sintió agraviado de que su contribución a la defensa del lugar pareciera pasar desapercibida. ¿No había sido él quien había matado a Vardus Praal? ¿No había logrado poner a salvo a sus hombres cuando se había producido el bombardeo vírico y la posterior tormenta de fuego?

Apartó la cara con un gesto de amargura y se quedó mirando a través de la ventana de la capilla la plaza que se abría delante de ellos, todavía manchada de negro y llena de ruinas chamuscadas. Sorprendentemente, la ventana de la capilla continuaba intacta, aunque los paneles de vidrio se habían deformado debido al intenso calor de la tormenta de fuego. Se habían abombado y perdido los colores, que se habían derretido para formar largos regueros que le daban a la ventana un aspecto muy similar al del enorme ojo de un insecto, o eso le parecía a Lucius.

La capilla en sí tenía una apariencia más extraña por dentro que por fuera. La habían construido a base de grandes bloques curvados de una piedra de color verde a los que habían dado unas formas biológicas amenazantes. Daba la impresión de que una serie de nubes de gas venenoso de repente se hubieran petrificado mientras ascendían en el aire. El altar era una gran membrana de piedra de un color púrpura pálido que se extendía hacia los lados. Recordaba a un complejo órgano interno al que hubieran abierto en canal y hubiesen pegado a la pared para su estudio posterior.

—Los Devoradores de Mundos son los que menos deberían preocuparte, hermano —comentó Lucius con cierta desgana—. Deberíamos ser nosotros.

—¿Nosotros, capitán?

—Los Hijos del Emperador —le respondió Lucius—. Ya sabes cómo combate

nuestra legión. Ellos son verdaderamente el peligro que acecha ahí fuera.

La mayoría de los Hijos del Emperador leales que habían sobrevivido estaban defendiendo la capilla. Tarvitz se había llevado consigo una pequeña fuerza para cubrir la puerta más cercana, pero varias escuadras se habían quedado para desplegarse entre las extrañas protuberancias semejantes a órganos que surgían del suelo de la capilla. A la escuadra Nasicae tan sólo le quedaban cuatro guerreros, incluido el propio Lucius, y dirigían el destacamento de asalto de la fuerza de supervivientes junto a las escuadras Quemondil y Raetherin.

Tarvitz había desplegado al sargento Kaitheron en el tejado de la capilla junto a su escuadra de apoyo, además de la mayoría de las armas pesadas que les quedaban a los Hijos del Emperador. Los Adeptus Astartes de las escuadras tácticas se encontraban apostados al lado de las ventanas de la capilla o se protegían en el interior. El resto de las tropas de Lucius estaban desplegadas a cubierto en el exterior de la capilla, entre las barricadas que formaban los bloques de piedra derribados y que habían amontonado durante los primeros días del asedio.

Dos mil marines espaciales, más que suficientes para toda una zona de combate de la Gran Cruzada, defendían una simple ruta de aproximación al palacio, con la capilla de los Cantores de Guerra actuando como cierre central de la línea.

Lucius captó un movimiento con el rabillo del ojo y escrutó a través de la ventana deformada los edificios ennegrecidos que se encontraban al otro lado.

¡Allí estaba! Un nuevo destello dorado.

Sonrió, ya que sabía muy bien cómo combatían los Hijos del Emperador.

—¡Contacto! —gritó avisando al resto de su destacamento—. Tercer bloque al oeste, segunda planta.

—Estoy en ello —contestó el sargento Kaitheron, un oficial de armas preciso que consideraba la guerra un problema matemático que debía resolverse con ángulos de disparo y saturación de proyectiles. Lucius oyó a las escuadras moverse por el tejado para apuntar con las armas pesadas hacia la zona que les había indicado.

—¡Frente occidental, preparaos! —ordenó Lucius.

Varias de las escuadras tácticas se apresuraron a tomar posiciones de tiro junto a Lucius a lo largo de ese lado de la capilla.

La tensión que sentía era deliciosa, y Lucius notó que por las venas le corría un estremecimiento de éxtasis a medida que la canción de la muerte aumentaba de potencia en su sangre. Un enfrentamiento cara a cara implicaba nuevas oportunidades

de perfeccionarse en el arte de la guerra, pero para que la ocasión fuese realmente memorable hacían falta esos momentos de impaciencia febril, cuando todo el peso de la muerte y de la gloria en potencia le recorría el cuerpo.

—Los tengo —le comunicó Kaitheron desde el tejado de la capilla—. Son Hijos del Emperador. Una fuerza considerable desplegada a lo largo de varios pisos. También veo varios vehículos blindados. Land Raiders y Predators. ¡Cañones láser a vanguardia! ¡Que los bólters pesados cubran el terreno descubierto a media distancia y se solapen entre sí!

—Eidolon —dijo Lucius de repente.

El capitán de los Hijos del Emperador los vio por fin con claridad. Eran cientos de Adeptus Astartes con los colores púrpura y dorado de la legión que idolatraba. Se estaban agrupando bajo los arcos ciegos de los edificios derruidos.

—Lo primero que harán será colocar las armas de apoyo en posición —informó Lucius—. Después, harán avanzar a los Land Raiders para adelantar las tropas. La infantería avanzará a continuación a media y a corta distancia. No disparéis hasta entonces.

Se oyó el retumbar de las cadenas cuando los Land Raiders, que mostraban un aspecto resplandeciente por las alas doradas de águila y los murales de escenas de guerra de los laterales blindados, avanzaron por encima de las ruinas de la Ciudad Coral. Cada uno de ellos estaba repleto de Hijos del Emperador, los guerreros de élite de la galaxia, adoctrinados por Eidolon y por Fulgrim para que consideraran a los hombres que poco antes habían llamado hermanos como unos enemigos que lo único que merecían era la exterminación.

Para Eidolon, los supervivientes de la primera oleada no eran más que unos ignorantes y unos descerebrados que sólo se merecían la muerte, pero no habían contado con Lucius. Se pasó la lengua por los labios ante la perspectiva de enfrentarse de nuevo a los guerreros de su antigua legión. Eran guerreros merecedores de ese apelativo. Enemigos a los que podía respetar.

O de quienes se podía ganar el respeto.

Lucius casi era capaz de ver cómo las escuadras enemigas se desplegaban con una confianza y una rapidez tales que más bien parecían actores que representaban un complicado desfile que guerreros en mitad de un combate.

Casi podía saborear el momento en que la batalla comenzaría de verdad.

Quería que empezara ya, en ese mismo instante y lugar, pero sabía que el combate

tenía un sabor mucho más delicioso cuando ocurría en el momento preciso.

Las ventanas se hicieron añicos cuando los disparos de los tanques atravesaron la capilla y provocaron una lluvia de fragmentos de mármol y de cristal.

—¡Esperad! —ordenó Lucius.

A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, sus Adeptus Astartes seguían siendo Hijos del Emperador, por lo que no romperían sus filas como los indisciplinados Devoradores de Mundos.

Se arriesgó a echar una mirada a través de los cristales rotos y vio a los Land Raiders machacando el suelo de mármol de la plaza. Los tanques de combate de la clase Predator los seguían. Actuaban como plataformas de artillería móviles, y se dedicaron a arrancar con sus disparos grandes trozos de piedra de los muros de la capilla. Ambos bandos intercambiaron disparos de cañón láser: los hombres de Kaitheron intentaban destruir los vehículos que avanzaban y las armas montadas en las barquillas de los Land Raiders se esforzaban por acabar con los Adeptus Astartes desplegados en el tejado del edificio.

Un tanque Predator se detuvo en seco cuando un disparo le destrozó una de las cadenas al mismo tiempo que otro estallaba en una explosión de llamas multicolores. Varios cuerpos cubiertos por armaduras de color púrpura aparecieron por delante de la ventana antes de desplomarse contra el suelo. Los cadáveres no eran más que un aperitivo previo al gran festín de la muerte.

Lucius desenvainó la espada y sintió cómo la música crecía en su interior hasta que le dio la sensación de que ya no sería capaz de contenerla más. El zumbido familiar del campo de energía de su espada se convirtió en parte de aquel ritmo y notó que él mismo se deslizaba hacia la danza del duelista, el sinuoso flujo de salvajismo que había logrado perfeccionar a lo largo de siglos de matar.

¿Cuántos guerreros intervendrían en aquel asalto? Sin duda, buena parte de los que se encontraban bajo el mando de Eidolon.

Lucius disponía de un número menor de efectivos, pero de lo que se trataba en aquel combate era de conseguir la gloria y de crear un buen espectáculo.

Un proyectil de tanque atravesó la ventana y explotó al chocar contra el techo, lo que provocó una lluvia de cascotes y una nube de humo.

Lucius distinguió las ráfagas de proyectiles de bólter disparados desde la entrada del palacio. Tarvitz estaba atrayendo a Eidolon, y a éste no le quedaba más remedio que bailar al son que le marcaba. Oyó un estampido metálico y musical y vio que los

Land Raiders habían bajado las rampas de desembarco. Lucius distinguió en su interior los grupos de guerreros apretujados.

—¡Adelante! —gritó.

Las unidades de asalto que se encontraban a su espalda encendieron los retrorreactores y los guerreros salieron disparados hacia el combate. Lucius los siguió dando un salto a través de la ventana de la capilla. La escuadra Nasicae hizo lo mismo y el resto de sus guerreros los imitaron.

La batalla. La danza de la guerra. Lucius sabía que frente a un enemigo como Eidolon no habría para nada más que no fuera la aplicación más cuidadosa de su perfección marcial. Su conciencia cambió y todo quedó enfocado de un modo increíble. Todos y cada uno de los colores adquirieron una intensidad casi aturdidora, y todos y cada uno de los sonidos le resonaron discordantes y atronadores a lo largo de los nervios.

La danza del duelista lo llevó hasta el enemigo al mismo tiempo que la batalla entraba en erupción a su alrededor en un caos perfectamente organizado. Del tejado siguió cayendo una lluvia de disparos de armas pesadas y los Land Raiders giraron sobre sus orugas para poder apuntar con todas sus armas contra los Hijos del Emperador que habían salido lanzados a la carga de la capilla.

Los marines espaciales que ya estaban fuera de la capilla también cargaron en ese mismo momento, por lo que la fuerza de Eidolon se vio atacada por dos flancos a la vez.

Lucius esquivó espadas y disparos de bólter mientras su espada se movía de forma sinuosa y veloz, como la lengua de una serpiente. Los guerreros de Eidolon empezaron a retroceder. La escuadra Quemondil se enfrentó con ferocidad a los Adeptus Astartes que habían desembarcado del Land Raider más cercano. Pasó danzando entre ellos sintiendo cómo una alegría salvaje se apoderaba de su corazón. Se echó al suelo y rodó sobre sí mismo para esquivar una ráfaga de disparos de bólter y al levantarse le clavó la espada en el abdomen a un sargento enemigo.

La muerte era un fin en sí misma y expresaba la superioridad de Lucius a través de las vidas que arrebataba, pero éste tenía un propósito más importante. Sabía lo que tenía que hacer, y buscó con sus sentidos extrañamente distorsionados algún destello dorado o el ondear de un estandarte, cualquier detalle que indicara la presencia de uno de los Elegidos de Fulgrim.

Un momento después lo vio. Una armadura con rebordes negros en vez de

dorados. Un casco con la forma de una calavera ceñuda. El capellán Charmoisan.

La mitad del cuerpo del guerrero de negra armadura sobresalía con gesto orgulloso a través de la escotilla del techo de un Land Raider y dirigía la batalla con gestos cortantes de su crozius rematado por un par de alas. Lucius sonrió enloquecido y comenzó a cruzar la zona de combate en dirección a Charmoisan para enfrentarse a él y matarlo en un duelo merecedor de aparecer en los relatos épicos de la legión.

—¡Charmoisan! —gritó, y su voz sonó como la música más vibrante imaginable—. ¡Guardián de la Voluntad! ¡Soy Lucius, antaño tu hermano, hoy, tu némesis!

El casco de Charmoisan dio la vuelta hacia Lucius para contestarle.

—¡Sé muy bien quién eres!

Charmoisan se apresuró a salir por la escotilla y a ponerse en píe encima del Land Raider en una postura que indicaba que desafiaba a Lucius para que se le acercara. El capellán era un líder en el campo de batalla, y para cumplir su misión debía ganarse el respeto de la legión, un respeto que tan sólo podía obtenerse combatiendo en primera línea.

Sería un enemigo digno, pero ése no era el motivo por el que Lucius buscaba luchar contra él.

Se subió de un salto a uno de los cubrecadenas y corrió por la placa de blindaje frontal, que tenía una suave pendiente, hasta que quedó cara a cara con Charmoisan. Los disparos de bólter acribillaban el aire a su alrededor, pero eso no tenía la más mínima importancia.

Aquélla era la única batalla que Lucius tenía en la mente.

—Te enseñamos a tener demasiado orgullo —le dijo Charmoisan un momento antes de blandir el mortífero crozius en un golpe lateral pensado para aplastarle el pecho a Lucius.

El capitán alzó la espada para desviar el arma y la danza entró en una nueva fase más urgente. Charmoisan era bueno, uno de los mejores guerreros de la legión, pero Lucius llevaba muchos años entrenándose para un combate como aquél.

El crozius del capellán era demasiado pesado para detener en seco sus golpes, por lo que el espadachín dejó que resbalara sobre la hoja de la espada en cada uno de los incesantes ataques de Charmoisan, frustrándolo una y otra vez e incitándolo a poner cada vez más fuerza en sus golpes.

Un poco más. En unos pocos momentos más, Lucius tendría su oportunidad.

Le encantaba el modo en que Charmoisan lo odiaba. Le daba la sensación de que

era algo brillante y refrescante.

Lucius leía con toda claridad el ritmo de los ataques de Charmoisan, y se echó a reír al captar la torpe intención que llevaba cada uno de los golpes. El capellán quiso matar a Lucius con un único y demoledor impacto, pero el crozius se alzó demasiado cuando Charmoisan lo sostuvo demasiado tiempo mientras reunía fuerzas para asestarlo.

Lucius se lanzó a fondo y su espada trazó un amplío movimiento de corte que rebanó los brazos alzados del capellán. El crozius cayó al suelo y Charmoisan dejó escapar un rugido de dolor cuando las dos extremidades, cortadas a la altura del codo, lo siguieron a continuación.

La batalla siguió rugiente a su alrededor y Lucius dejó que el ruido y los destellos de aquel espectáculo saturaran sus ya sobreestimulados sentidos. La batalla lo rodeaba, pero su victoria era lo único que importaba.

—Sabes quién soy, y tú último pensamiento será el de la derrota —le dijo Lucius.

Charmoisan intentó hablar, pero antes de que las palabras le salieran de la boca, Lucius hizo girar su espada en un mandoble que le separó de cuajo la cabeza a Charmoisan de los hombros.

Un chorro carmesí manchó la pintura dorada del casco del Land Raider. Lucius atrapó la cabeza en el aire mientras todavía giraba y la sostuvo en alto para que todos los guerreros que había en el campo de batalla pudieran verla.

A su alrededor, miles de Hijos del Emperador luchaban a muerte. La fuerza de Eidolon, rodeada por ambos flancos, se estrelló contra las defensas de palacio y después retrocedió. Tarvitz encabezó el contraataque y la ofensiva de Eidolon se deshizo.

Lucius se echó a reír cuando vio que el tanque insignia del comandante general, un Land Raider cubierto de estandartes de victoria, se alzó por encima de un montón de escombros mientras se retiraba del combate.

Los lealistas habían ganado esa batalla, pero Lucius se dio cuenta de que no le importaba.

Era él quien en realidad había ganado esta batalla. Sacó la cabeza de Charmoisan del interior del casco en forma de cráneo, y supo lo que tenía que hacer para que la canción de muerte siguiera tocando en su interior.

La capilla de los Cantores de Guerra estaba en silencio. Centenares de cuerpos cubrían el suelo, con las armaduras de color púrpura y dorado quemadas y agrietadas.

Entre las losas de mármol se formaban riachuelos de sangre. En algunas zonas, los cuerpos yacían al lado de las armaduras ennegrecidas de los Devoradores de Mundos que habían muerto en los ataques iniciales contra la Ciudad Coral.

En la entrada del palacio había numerosas barricadas de gran tamaño. En la cúpula más cercana, los pocos apotecarios que había en la fuerza leal estaban curando a los heridos.

Tarvitz miró a Lucius, que estaba limpiando la espada. Lo hacía frotando la hoja y después haciéndose un nuevo corte en la cara, y así sucesivamente. A su lado descansaba un casco en forma de cráneo.

—¿De verdad es necesario eso? —le preguntó Tarvitz señalándolo.

Lucius alzó la mirada.

—Quiero recordar cómo maté a Charmoisan.

Tarvitz sabía que debía castigar al espadachín, que debía soltarle una reprimenda por unas prácticas que podían considerarse bárbaras y tribales, pero en aquel momento, con tanta traición y muerte alrededor, le pareció que semejante preocupación era una ridiculez.

Se puso en cuclillas al lado de Lucius. Le dolían las extremidades y tenía la armadura mellada y quemada en algunos puntos por el último combate que acababan de librar a la entrada del palacio.

—Buen trabajo —le comentó al tiempo que señalaba al enemigo con el pulgar—. He visto tu combate. Fue un buen mandoble.

—¿Un buen mandoble? —exclamó Lucius—. Fue algo más que bueno. Fue una obra de arte. Nunca fuiste demasiado sutil, Saúl, así que no me sorprende que no hayas sido capaz de apreciarlo.

Lucius le sonreía mientras le decía aquello, pero Tarvitz vio un destello de auténtico enfado en la mirada del espadachín, un atisbo de orgullo herido que no le gustó nada.

—¿Ha habido más movimientos? —le preguntó cambiando de tema.

—No —contestó Lucius—. Eidolon no regresará antes de haberse reagrupado.

—Sigue vigilando —le ordenó Tarvitz—. Eidolon podría pillarnos por sorpresa mientras tenemos la guardia bajada.

—No pasarán —le prometió Lucius—. No mientras yo siga aquí.

—No tiene por qué hacerlo —le explicó Tarvitz, deseoso de hacerle entender a Lucius la realidad de la situación en la que se encontraban—. Cada vez que ataca,

perdemos más guerreros. Si ataca con rapidez y se retira nos irá desgastando hasta que no podamos defender todo el perímetro al mismo tiempo. La emboscada en la capilla le ha costado más de lo que le hubiera gustado, pero aun así, mató a demasiados de los nuestros.

—Hemos repelido el ataque —le replicó Lucius.

—Sí, es cierto —contestó Tarvitz mostrándose de acuerdo—, pero fue demasiado apurado, así que voy a enviar una escuadra para ayudaros a mantener la posición.

—Así que ahora resulta que no te fías de mí para defender esta posición, ¿no es eso?

Tarvitz se quedó sorprendido por la amargura que impregnaba la voz de Lucius.

—No, no es eso en absoluto. Lo único que quiero es asegurarme de que dispones de guerreros suficientes para rechazar otro ataque. Bueno, tengo que irme a revisar las defensas occidentales.

—Sí, anda, márchate y libra la gran batalla. Tú eres el héroe —le interpeló Lucius.

—Ganaremos —le aseguró Tarvitz apoyando una mano en el hombro del espadachín.

—Sí —replicó Lucius—. De un modo u otro, lo haremos.

Lucius contempló cómo Tarvitz se alejaba y sintió de nuevo una tremenda rabia por el modo en que se había apropiado del mando. Era él, Lucius, quien había estado destinado desde siempre a los ascensos y a la grandeza, no Tarvitz. ¿Cómo era posible que sus memorables hazañas hubiesen quedado eclipsadas por el monótono y aburrido liderazgo de Tarvitz? Toda la gloria que había ganado en el campo de batalla había quedado olvidada, y sintió que la amargura le subía desde la boca del estómago hasta la garganta en una oleada imparable.

Se había sentido culpable por unos momentos mientras trazaba su plan, pero al recordar la condescendencia con que Tarvitz se comportaba, toda esa culpabilidad había desaparecido como nieve bajo el sol de verano.

El templo seguía en silencio. Lucius echó un vistazo a su alrededor para comprobar que estaba a solas y luego se sentó en uno de los salientes de piedra verde grisácea pulida con el casco de Charmoisan en la mano.

Estudió con atención el interior del casco hasta que distinguió un destello plateado. Metió la mano y sacó un pequeño objeto metálico: el aparato comunicador del casco de Charmoisan.

Comprobó de nuevo que estaba a solas antes de hablar por él.

—Eidolon, aquí Lucius —dijo—. Charmoisan está muerto.

Se oyó un breve restallido de la estática antes de que le llegara una voz.

—Lucius.

El capitán sonrió cuando reconoció la voz de Eidolon. Charmoisan era uno de los oficiales superiores dentro del escalafón de los Hijos del Emperador, por lo que estaba en contacto directo con Eidolon. Tal como Lucius esperaba, el canal de comunicación estaba abierto cuando el capellán murió, y aún seguía estándolo.

—¡Mi comandante! —exclamó Lucius con un tono de voz exultante—. Me alegro de oír su voz.

—Lucius, no siento ningún interés por escuchar tus pullas —le contestó Eidolon con un gruñido—. Sabes que al final os mataremos a todos.

—Seguro que lo harán —respondió Lucius mostrándose de acuerdo—. Sin embargo, tardarán mucho tiempo. Muchos, muchos Hijos del Emperador morirán antes de que este palacio caiga finalmente. También morirán Hijos de Horus y Devoradores de Mundos. Y Terra sabe cuántos guerreros de la Guardia de la Muerte habrán caído ya en las trincheras. Sufrirás por todo esto, Eidolon. Toda la fuerza de combate del Señor de la Guerra sufrirá. Para cuando lleguen las demás legiones puede que hayáis perdido ya demasiadas tropas como para vencerlas.

—Sigue diciéndote eso si te hace sentir mejor, Lucius.

—No, mi comandante —respondió el capitán—. Me malinterpreta. Lo que le quiero decir es que le ofrezco un trato.

—¿Un trato? —preguntó Eidolon extrañado—. ¿Qué clase de trato?

Las cicatrices de la cara de Lucius se tensaron cuando sonrió de nuevo.

—Le ofrezco a Tarvitz y el palacio del Señor del Coro.



QUINCE
NO SE ACABAN LAS SORPRESAS
VIEJOS AMIGOS
UN FRACASO PERFECTO

El strategium apenas estaba iluminado. La única luz la proporcionaban las parpadeantes pantallas pictográficas que rodeaban el trono del Señor de la Guerra como si fueran suplicantes y un puñado de antorchas que ardían con poca llama y exhalaban un aroma a sándalo. Habían retirado la pared posterior del strategium durante los combates en Isstvan III y habían dejado al descubierto un templo completamente adornado levantado al lado del puente de mando del *Espíritu Vengativo*.

El Señor de la Guerra estaba sentado a solas. Nadie se atrevía a interrumpir sus furibundos pensamientos mientras rumiaba sobre la batalla que se estaba librando allí abajo. Lo que debería haber sido una matanza se había convertido en una guerra, una guerra para la que disponía de muy poco tiempo.

A pesar de las valientes palabras que había dirigido a sus hermanos primarcas, la batalla en Isstvan III le preocupaba. No por miedo a los guerreros que podría llegar a perder, sino por el hecho de que todavía estaban trabados en ella. El bombardeo vírico debería haber matado a todos aquellos que el no creía que llegaran a apoyar su plan para derribar al Emperador de su Trono Dorado en Terra.

En vez de eso, habían aparecido las primeras fisuras en lo que debería haber sido un plan infalible.

Saúl Tarvitz, de los Hijos del Emperador, había conseguido avisar a las tropas desplegadas en la superficie.

Y el *Eisenstein*…

Recordó el tremendo miedo que Maloghurst exudaba cuando se le había acercado para informarlo sobre el desastre relacionado con los rememoradores, el miedo a que la ira del Señor de la Guerra acabara con él.

Maloghurst se había acercado cojeando hasta el trono con la cabeza agachada y cubierta por la capucha de su túnica.

—¿Qué ocurre, Maloghurst? —había querido saber el Señor de la Guerra.

—Ya no están, mi señor —le comunicó Maloghurst—. Sindermann, Oliton y Keeler.

—¿Qué quieres decir?

—No están entre los cadáveres de la Cámara de Audiencias —le explicó Maloghurst—. Comprobé todos y cada uno de los cuerpos en persona.

—¿Dices que ya no están? —le preguntó el Señor de la Guerra al cabo de un momento—. Eso implica que sabes adónde han ido, ¿no es así?

—Creo saberlo, mi señor —contestó Maloghurst asintiendo—. Al parecer, se subieron a una Thunderhawk y volaron hasta la *Eisenstein*.

—Robaron una Thunderhawk —repitió Horus—. Vamos a tener que revisar los procedimientos de seguridad con respecto a estas nuevas aeronaves. Primero fue Saúl Tarvitz, y ahora esos rememoradores. Por lo que parece, cualquiera puede robar una de nuestras naves con total impunidad.

—No la robaron ellos solos —le explicó Maloghurst—. Los ayudaron.

—¿Los ayudaron? ¿Quién?

—Me parece que fue Iacton Qruze. Se produjo una lucha y mató a Maggard.

—¿Iacton Qruze? —exclamó el Señor de la Guerra sin alegría alguna—. A lo que parece, no se acaban las sorpresas, pero, quizá ésta sea la mayor de todas. El Que se Oye a Medias tiene de repente una conciencia.

—Os he fallado en esto, mi Señor de la Guerra.

—¡No es cuestión de que me hayas fallado, Maloghurst! Errores como éstos no se deben producir nunca. Cada vez aparecen más y más asuntos que apartan mi atención de esta batalla. Dime, ¿dónde se encuentra ahora mismo la *Eisenstein*?

—Intentó romper el bloqueo de nuestra flota para llegar hasta el punto de salto del sistema.

—Has dicho que lo intentó —comentó Horus—. ¿Lo logró?

Maloghurst se quedó callado un momento antes de contestar.

—Varias de nuestras naves interceptaron a la *Eisenstein* y la dañaron seriamente.

—Pero ¿no la destruyeron por completo?

—No, mi señor. Antes de que tuvieran tiempo de hacerlo, el comandante de la *Eisenstein* efectuó un salto de emergencia al espacio disforme, pero la nave estaba tan dañada que no creemos que haya conseguido sobrevivir a semejante traslación.

—Si lo logra, todo el calendario de mis operaciones se verá afectado.

—El espacio disforme es peligroso, mi señor. Es muy improbable que…

—No estés tan seguro de ti mismo, Maloghurst —le advirtió Horus—. La fase Isstvan V es un momento crítico para nuestro éxito, y si la *Eisenstein* transmite nuestros planes a Terra, puede que lo tengamos todo perdido.

—Mi Señor de la Guerra, quizá si nos retiramos de la Ciudad Coral y organizamos un bloqueo alrededor del planeta podríamos asegurarnos de que la fase Isstvan V se lleva a cabo tal y como estaba planeada.

—¡Soy el Señor de la Guerra y no me echo atrás en ninguna batalla! —le contestó Horus a gritos—. Existen ciertos objetivos que se deben conseguir en la Ciudad Coral, objetivos de los que tú no tienes ni idea.

A Horus lo sacó de sus disquisiciones el tintineo del aparato de comunicación que tenía integrado en uno de los reposabrazos del trono.

—Aquí el Señor de la Guerra.

Un holoproyector situado en el suelo proyectó un gran rectángulo plano sobre el que apareció una imagen borrosa muy por encima del Señor de la Guerra. La imagen acabó por quedar definida. Era el rostro del comandante general Eidolon, que evidentemente se encontraba en el interior de su Land Raider de mando. El sonido de unas lejanas explosiones le llegó a través de la estática.

—Mi Señor de la Guerra —lo saludó Eidolon—. Le traigo una noticia que debería escuchar.

—Dime, pero será mejor que sea una buena noticia —le replicó Horus.

—Oh, lo es, mi señor —insistió Eidolon.

—Eidolon, no lo alargues demasiado —le avisó Horus—. ¡Dímelo de una vez!

—Tenemos un aliado en el interior del palacio.

—¿Un aliado? ¿Quién?

—Lucius.

El periodo posterior a un combate era lo peor de todo.

Los guerreros Astartes estaban acostumbrados a soportar la tensión de tener que esperar a que un ataque se produjera, incluso al estruendo y el dolor en la propia batalla, pero Loken jamás había deseado un lapso de tiempo sin combates tanto como cuando vio los resultados de los mismos cuando éstos acabaron. No sentía miedo o desesperación como un humano normal, pero sí sentía pena o culpabilidad como cualquiera.

El último ataque de Angron había sido uno de los más feroces. El propio primarca lo había encabezado lanzándose a la carga a través de las ruinas de la cúpula del palacio contra las defensas erigidas por Loken. Miles de Devoradores de Mundos con las armaduras cubiertas de sangre lo siguieron, y muchos de ellos todavía seguían tirados allá donde habían caído.

Antiguamente, aquel lugar había formado parte del palacio. Era un bello jardín repleto de casitas de reposo, de lagos artificiales e incluso un templete con un techo que se abría al sol. En esos momentos no era más que una ruina repleta de escombros, con el templete derruido, algún poste decorado de forma incongruente o los restos astillados de un puente ornamental.

Los cuerpos de los Devoradores de Mundos se concentraban principalmente en la barricada delantera, una línea de escombros amontonados y de barrotes metálicos rematados por puntas afiladas que habían erigido los Lobos Lunares. Angron había atacado con todas sus fuerzas y Torgaddon había entregado la posición, aunque provocando una auténtica matanza entre los Devoradores de Mundos antes de que sus Adeptus Astartes retrocedieran en orden hacia las defensas de la entrada a la cúpula central del palacio. La artimaña había funcionado, y las filas de los Devoradores de Mundos se habían desorganizado por completo cuando cargaron contra la posición de Loken. Muchos murieron por los disparos de las armas que Tarvitz había colocado sobre las barricadas. Para cuando Loken había desenvainado la espada, lo único que hacía seguir luchando a los Devoradores de Mundos era el impulso inicial. No tenían forma alguna de conseguir la victoria.

Los cadáveres de los Lobos Lunares estaban entremezclados con los de los Devoradores de Mundos. Eran guerreros a los que Loken conocía desde hacía años. Aunque el estruendo de la batalla ya había cesado, a Loken le pareció que todavía se oían los ecos de las hachas y espadas sierra atravesando las armaduras y el silbido de las ráfagas de proyectiles bólter al atravesar el aire.

—Esta vez ha estado muy cerca, Garviel —dijo una voz a la espalda de Loken—.

Pero lo hemos vuelto a conseguir.

Loken se dio la vuelta y vio que se trataba de Saúl Tarvitz, que salía de la cúpula central. Sonrió al ver a su amigo y hermano de batalla, un individuo que había ascendido mucho desde que lo conoció como un simple oficial de línea en Muerte hasta convertirse en el comandante de los supervivientes a la traición de Horus.

—Angron volverá —le comentó Loken.

—Pero su estratagema falló —respondió Tarvitz.

—Saúl, no les hace falta abrir una brecha en nuestras defensas —le explicó Loken —. Horus tan sólo tiene que ir eliminándonos hasta que no quede casi nadie con vida. Entonces, Angron y Eidolon no tendrán más que darse un paseo.

—No te olvides de los Hijos de Horus del Señor de la Guerra —le recordó Tarvitz.

Loken se encogió de hombros.

—No hace falta que se impliquen todavía. Eidolon ansía la gloria de la victoria, y los Devoradores de Mundos están simplemente ansiosos de sangre. El Señor de la Guerra no tendrá problema alguno en dejar que otras legiones nos agoten antes de que los Hijos de Horus ataquen.

—Pues ha cambiado de táctica —le informó Tarvitz.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de hablar con Lucius —le explicó Tarvitz—. Me ha dicho que sus especialistas en comunicaciones han conseguido romper el código de los mensajes de los Hijos de Horus. Algunos de tus viejos amigos van a bajar desde el *Espíritu Vengativo* para dirigir la legión.

Loken apartó la mirada del campo de batalla, repentinamente interesado.

—¿Quiénes?

—Ezekyle Abaddon y Horus Aximand —respondió Tarvitz—. Al parecer, van a ser los encargados de hacer sentir a la ciudad la ira del Señor de la Guerra. Creo que los Hijos de Horus van a entrar en escena dentro de poco.

Abaddon y Aximand, los architraidores, hombres a los que Loken había admirado durante tanto tiempo y que formaban el corazón del Mournival. Ambos guerreros formaban la mano derecha de Horus, y Loken se imaginó las diferentes posibilidades que ofrecía aquella información. Si se quedaban sin los dos elementos que se mantenían del Mournival, una parte crucial de la legión moriría, y eso sería el comienzo de un desmoronamiento al carecer de unas figuras tan inspiradoras.

—Saúl, ¿estás seguro de eso? —le preguntó Loken con vehemencia.

—Todo lo seguro que puedo estar, pero lo cierto es que Lucius parecía bastante emocionado con la noticia.

—¿El mensaje indicaba dónde aterrizarían? —quiso saber Loken.

—Sí, así es —respondió Tarvitz con una sonrisa—. En la Basílica Mackariana, al otro lado del palacio. Es un templo de grandes dimensiones con una torre en forma de tridente.

—Tengo que encontrar a Tarik.

—Está con Nero Vipus, ayudando a Vaddon con los heridos.

—Gracias por traerme esta noticia, Saúl —le dijo Loken con una sonrisa cruel—. Esto lo cambia todo.

Lucius miró al otro lado de la columna acribillada a balazos y estudió en la oscuridad pero con atención una de las zonas de combate que se extendían entre las ruinas del palacio. Sobre las losas destrozadas yacían montones de cadáveres, de bólters y de hachas sierra, allí mismo donde habían caído. Muchos de los cuerpos estaban todavía trabados en su último y letal combate.

A Lucius no le había costado mucho escaparse del palacio. El peligro más importante habían sido los francotiradores de las escuadras de reconocimiento que las fuerzas del Señor de la Guerra habían desplegado entre las ruinas. Lucius había detectado movimiento varias veces entre las ruinas de unos cuantos edificios y se había puesto a cubierto en los cráteres de las explosiones o detrás de las pilas de cadáveres.

Se había tenido que arrastrar por la suciedad y bajo la oscuridad, como un simple animal, y eso había sido algo humillante, aunque la visión y el olor de aquellas zonas de combate todavía conseguían llenarle los sentidos de un modo revitalizador. Salió con prudencia a la plaza. Los cuerpos que yacían tirados en el suelo por doquier habían sido masacrados, abiertos en canal por hachas sierra o machacados a golpes.

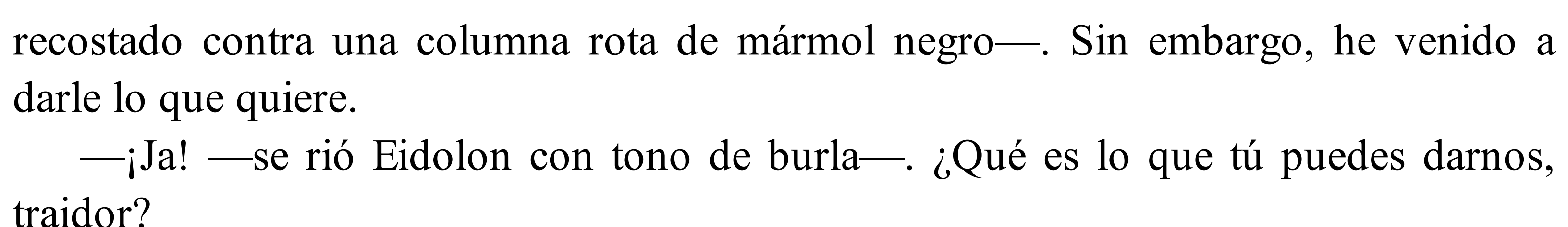
—Nada artístico —se dijo a sí mismo un momento antes de que una figura de armadura púrpura y dorada surgiera de entre las sombras.

Una veintena de guerreros lo siguieron, y Lucius sonrió al reconocer al comandante general Eidolon.

—Mi comandante general —dijo Lucius—. Es un placer verle de nuevo.

—¡Maldita sea tu pleitesía! —le soltó Eidolon—. Eres doblemente traidor.

—Puede que sí —contestó Lucius al mismo tiempo que se ponía en cuclillas



recostado contra una columna rota de mármol negro—. Sin embargo, he venido a darle lo que quiere.

—¡Ja! —se rió Eidolon con tono de burla—. ¿Qué es lo que tú puedes darnos, traidor?

—La victoria —contestó Lucius.

—¿La victoria? —repitió Eidolon riéndose de nuevo—. ¿Crees que necesitamos que nos ayudes para conseguirla? ¡Os tenernos atrapados! ¡Uno por uno, muerto a muerto, y la victoria será nuestra!

—¿Y cuántos guerreros se perderán para poder conseguirla? —le replicó Lucius —. ¿Cuántos de los Elegidos de Fulgrim está dispuesto a lanzar a una batalla que jamás debería haber empezado? Puede acabar con todo esto, aquí, ahora, ¡y mantener a sus Adeptus Astartes con vida para la verdadera batalla! Sabe que cuando el Emperador envíe la respuesta adecuada a la traición de Horus, le harán falta todos y cada uno de sus hermanos de batalla. Lo sabe muy bien.

—¿Y cuál sería el precio que tendríamos que pagar por tu valiosa ayuda? —quiso saber Eidolon.

—Muy fácil: quiero volver a la legión.

Eidolon se le rió en la cara, y Lucius sintió la canción de muerte recorrerle dolorosamente todo el cuerpo, pero obligó a la música de la matanza a permanecer en el interior de su cuerpo.

—¿Lo dices en serio, Lucius? —le preguntó Eidolon—. ¿Qué te hace pensar que te queremos de vuelta en nuestras filas?

—Necesita a alguien como yo, comandante. Quiero ser parte de una legión que respete mis habilidades y mi ambición. No me conformo con seguir siendo un capitán para el resto de mi vida, como hace ese infeliz de Tarvitz. Quiero estar al lado de Fulgrim, que es el lugar que me corresponde.

—¡Tarvitz! —exclamó Eidolon con furia—. ¿Todavía está vivo?

—Todavía está vivo —le confirmó Lucius—. Aunque estaré encantado de matarlo yo mismo como favor personal. La gloria de esta batalla debería ser mía, pero él se dedica a darnos órdenes como si fuera uno de los propios Elegidos de Fulgrim. —Lucius sintió que su amargura aumentaba y tuvo que esforzarse por mantener la compostura—. Antes se sentía feliz simplemente con luchar junto a sus guerreros y con dejar a otros mejores que él la gloria, pero ha escogido precisamente esta batalla para descubrir todas sus ambiciones. La culpa de que yo esté aquí en realidad la tiene

él.

—Pides que depositemos mucha confianza en ti —le hizo ver Eidolon.

—Lo sé, pero piense en todo lo que puedo entregarle: el palacio, a Tarvitz.

—Tendremos todo eso más tarde o más temprano.

—Mi comandante general, somos una legión muy orgullosa, pero jamás enviamos a morir a nuestros hermanos para demostrar que tenemos razón.

—Cumplimos las órdenes del Señor de la Guerra al pie de la letra —le contestó Eidolon en un tono de voz prudente.

—Sin duda —replicó Lucius—, pero ¿qué pasaría si dijera que puedo ofrecerle una victoria tan rápida y repentina que será suya, y sólo suya? A los Devoradores de Mundos y a los Hijos de Horus no les quedará más remedio que limitarse a seguir el ritmo de su avance.

Lucius se dio cuenta de que había logrado captar la atención y contuvo la sonrisa que estuvo a punto de aparecerle en el rostro. Lo único que le quedaba por hacer era tirar del sedal.

—Habla —le ordenó Eidolon.

—Me voy contigo, Garvi —le dijo Nero Vipus en cuanto entró en la única cúpula del palacio que no se había visto afectada por el asedio. En el pasado albergaba un auditórium, con un escenario y filas de butacas con rebordes dorados, donde había sonado la música de la creación para la élite de la Ciudad Coral, pero que se había convertido en un lugar lleno de podredumbre y oscuridad.

Loken se puso en pie, abandonando así la meditación previa al combate, y vio que Vipus se había plantado delante de él.

—Sabía que querrías venir, pero esto es algo que Tarik y yo debemos hacer solos.

—¿Solos? —exclamó Vipus—. Eso es una locura. Ezekyle y Pequeño Horus son los mejores guerreros que jamás ha tenido la legión. No podéis enfrentaros solos contra ellos.

Loken puso una mano en el hombro de su amigo antes de contestarle.

—El palacio caerá dentro de poco, con o sin Tarik y yo. Saúl Tarvitz ha logrado proezas inimaginables al mantenernos con vida tanto tiempo como lo ha hecho, pero al final, el palacio caerá.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que desperdiciéis vuestras vidas de ese modo, buscando a Ezekyle y a Pequeño Horus? —le exigió saber Vipus.

—Sólo tenemos un propósito en Isstvan III, Nero, y es dañar todo cuanto sea posible al Señor de la Guerra. Si conseguimos matar a los dos únicos miembros del Mournival que quedan, los planes del Señor de la Guerra se verán afectados. Eso es lo único que importa.

—Me dijiste que lo que debíamos hacer era contener a los traidores aquí mientras el Emperador enviaba a las demás legiones para salvarnos. ¿Es que eso ya no es cierto? ¿Estamos solos?

Loken hizo un gesto negativo con la cabeza y tomó la espada, que había dejado apoyada contra una de las paredes.

—No lo sé, Nero. Quizá el Emperador ya ha enviado a las legiones para rescatarnos, o quizá no, pero tenemos que asumir que estamos solos. No pienso luchar porque lo único que me queda a mano no es más que una esperanza ciega. Lo que voy a hacer es defender mis principios hasta el final.

—Y eso es lo mismo que yo quiero hacer, pero al lado de mi amigo —le replicó Vipus.

—No, debes quedarte aquí. Es aquí donde debes defender tus principios. Cada minuto que retengáis a los traidores aquí es un minuto que le proporcionáis al Emperador para que lleve al Señor de la Guerra ante la justicia. La lucha que Tarik y yo tenemos pendiente es un asunto del Mournival, Nero. ¿Lo entiendes?

—Sinceramente, no —respondió éste—, pero haré lo que me pides y me quedaré aquí.

Loken le sonrió.

—No llores todavía por mi muerte, Nero. Puede que Tarik y yo consigamos vencer.

—Más os vale. Los Lobos Lunares os necesitan.

Loken se sintió apabullado por lo que su más antiguo amigo acababa de decirle y lo abrazó con fuerza. Deseó poder decirle que todavía había esperanza y que esperaba regresar con vida de su misión.

—Garviel —lo llamó una voz familiar desde la entrada a la cúpula.

Loken y Neto se soltaron del abrazo y vieron a Saúl Tarvitz recortado contra la luz que entraba por la puerta del auditórium.

—Saúl —lo saludó Loken.

—Ha llegado el momento. Estamos preparados para empezar la maniobra de diversión que nos habías pedido —le informó.

Loken asintió y después sonrió a aquellos dos valientes guerreros, soldados con los que había luchado a través de un infierno y con los que volvería a hacerlo cien veces más si era necesario. Al pensar en el honor que le hacían al considerarlo amigo suyo notó que se le henchía el pecho de orgullo.

—Capitán Loken —dijo Tarvitz con un tono de voz lleno de formalidad—. Es posible que sea la última vez que nos veamos.

—No lo creo —contestó Loken—. Siempre existe la posibilidad de lo contrarío.

—Entonces, buena suerte, Garviel.

—Buena suerte, Saúl —le contestó Tarvitz ofreciéndole la mano—. Por el Emperador.

—Por el Emperador —repitió Tarvitz como un eco.

Una vez acabada la despedida, Loken se dirigió a la salida del auditórium y dejó que Tarvitz y Vipus organizaran las defensas para el siguiente ataque.

Los mapas tácticos que les quedaban mostraban que la Basílica Mackariana se encontraba al norte del palacio. Se encontró a Torgaddon, que ya lo estaba esperando, cuando llegó al punto desde donde mejor se podría abandonar el edificio.

—¿Has visto a Vipus? —le preguntó Torgaddon.

—Sí —le confirmó Loken—. Quería venir con nosotros.

Torgaddon negó con un gesto de la cabeza.

—Esto es un asunto del Mournival.

—Eso fue lo que le dije.

Ambos guerreros inspiraron profundamente cuando de nuevo se dieron cuenta de la enormidad de la tarea que estaban a punto de emprender.

—¿Estás preparado? —le preguntó Loken.

—No —respondió Torgaddon—. ¿Y tú?

—Tampoco.

Torgaddon soltó una risa mientras se daba la vuelta hacia el túnel que salía del palacio.

—Vaya pareja estamos hechos —dijo, y Loken lo siguió hacia la oscuridad.

Para bien o para mal, la última batalla por Isstvan III se les echaba encima.

—¿Te atreves a regresar y a presentarte ante mí con un fracaso? —aulló Horus, y el puente de mando del *Espíritu Vengativo* se estremeció con la furia de su voz. Tenía el rostro congestionado por la rabia que sentía hacia la espléndida figura que se

encontraba ante él mientras se esforzaba por aceptar la magnitud de aquel último contratiempo—. ¿Es que no entiendes lo que estoy intentando hacer? —rugió Horus —. ¡Lo que he iniciado en Isstvan consumirá toda la galaxia, y si comienza con fallos, el Emperador nos destrozará!

Fulgrim no parecía sentirse acobardado por su furia. El rostro de su hermano mostraba una despreocupación poco propia del primarca de los Hijos del Emperador. Aunque acababa de llegar con su nave insignia, el *Orgullo del Emperador*, Fulgrim tenía el mismo aspecto impresionante que siempre.

Su armadura, de una confección exquisita, era una obra de arte en colores púrpura y oro. Lucía nuevos detalles decorativos recién incorporados, incluida una capa de rebordes de piel que le cubría la espalda hasta los pies. Horus pensó que Fulgrim parecía más un libertino o un timador que un guerrero. Su hermano llevaba el largo cabello blanco recogido en una serie de trenzas muy elaboradas, y en sus pálidas mejillas había una serie de leves marcas que parecían ser el comienzo de unos tatuajes.

—Ferrus Manus es un idiota que no ha querido atender a razones —le respondió Fulgrim—. Ni siquiera cuando mencioné la alianza con el Adeptus Mechanicum…

—¡Me prometiste que podrías ponerlo de nuestra parte! Los Manos de Hierro eran esenciales para mi plan. Lo preparé todo en Isstvan III con la seguridad que me diste de que Ferrus Manus estaría de nuestro lado. Ahora me entero de que tengo que enfrentarme a un nuevo adversario más. Muchos de nuestros Adeptus Astartes morirán por esto, Fulgrim.

—¿Qué querías que hiciera, mi Señor de la Guerra? —le respondió Fulgrim con una sonrisa, y Horus se preguntó de dónde procedería aquel tono burlón y astuto que mostraba de repente—. Su fuerza de voluntad es mayor de lo que yo había previsto.

—O quizá simplemente tenías una opinión demasiado elevada de tu capacidad de convicción.

—¿Acaso debería haberlo matado, mi Señor de la Guerra? —le preguntó Fulgrim.

—Quizá sí —le replicó Horus sin alterarse—. Habría sido mejor que dejarlo con vida para que vaya por ahí destrozando mis planes. Ahora mismo podría ponerse en contacto con el Emperador o con alguno de los otros primarcas y hacerlos caer encima de nosotros antes de que estemos preparados.

—Entonces, si no queda ningún asunto pendiente, volveré con mi legión —dijo Fulgrim antes de darse la vuelta.

Horus sintió que la furia se apoderaba de él ante el irritante comportamiento de

Fulgrim.

—No, no lo harás. Tengo otra misión para ti. Quiero que vayas a Isstvan V. Con todo lo que ha ocurrido, es bastante probable que la respuesta del Emperador llegue antes de lo que yo había previsto, y debemos estar preparados para ello. Llévate un destacamento de Hijos del Emperador a las fortalezas alienígenas que se encuentran allí y prepáralas para la fase final de la operación Isstvan.

Fulgrim dio un paso atrás a causa del tremendo disgusto que sintió.

—¿Me envías a una tarea que es poco más que la de un simple castellano? ¿Como si no fuera más que un encargado que tuviera que preparar la casa para tu grandiosa entrada? ¿Por qué no envías a Perturabo? Este tipo de cosas son las que más le gustan a él.

—Perturabo tiene sus propias tareas que cumplir —le contestó Horus—. Ahora mismo se está preparando para arrasar su mundo natal en mi nombre. Pronto tendremos noticias de nuestro amargado hermano. No te preocupes por eso.

—Pues hazle ese encargo a Mortarion. ¡Sus torpes guerreros estarán más que encantados de mancharse las manos en tu nombre! —le replicó Fulgrim en un tono de voz desabrido—. Mi legión fue la preferida del Emperador en los tiempos que todavía se merecía que le sirviéramos. Soy el más glorioso de todos sus héroes y la mano derecha de la nueva cruzada. Esto… ¡esto es una traición a los propios principios por los que decidí unirme a ti, Horus!

—¿Una traición? —le espetó Horus en voz baja y con un tono peligroso—. Una palabra bastante fuerte, Fulgrim. Una traición es lo que el Emperador nos obligó a hacer cuando le dio la espalda a la galaxia en busca de su deificación y entregó nuestras conquistas en la cruzada a los escribanos y los burócratas. ¿Me vas a acusar de eso aquí y ahora, en mi propia cara, en el puente de mando de mi propia nave?

Fulgrim dio otro paso atrás y su furia se disipó, pero con los ojos brillantes por la posibilidad de un enfrentamiento.

—Puede que lo esté haciendo, Horus. Quizá alguien deba decirte unas cuantas verdades desagradables ahora que tu precioso Mournival ya no existe.

—Esa espada que llevas… —dijo Horus señalando con un gesto la mortífera arma que Fulgrim llevaba al costado—. Te di esta espada como un símbolo de confianza, Fulgrim. Sólo tú y yo sabemos el verdadero poder que posee. Esa arma casi me mata, y a pesar de ello te la entregué. ¿Crees que le habría dado un objeto semejante a alguien en quien no confío?

—No, mi Señor de la Guerra.

—Exactamente. La fase Isstvan V de mi plan tiene una importancia crítica. La mayor de todas —dijo Horus apagando las peligrosas ascuas del ego de Fulgrim—. Más todavía de lo que está pasando ahora mismo allá abajo. No puedo confiarle esa tarea a nadie más. Debes ir a Isstvan V, hermano mío. Todo depende del éxito de esta fase.

Durante un largo y terrible momento, la posibilidad de un enfrentamiento violento restalló entre Horus y el primarca de los Hijos del Emperador. Finalmente, Fulgrim se echó a reír.

—Y ahora me halagas con la esperanza de que mi ego me obligue a obedecer tus órdenes.

—¿Y está funcionando? —le preguntó Horus haciendo que la tensión desapareciera.

—Sí —admitió Fulgrim—. Muy bien, se cumplirá la voluntad del Señor de la Guerra. Iré a Isstvan V.

—Eidolon permanecerá al mando de los Hijos del Emperador hasta que se reúnan contigo en Isstvan V —le indicó Horus, y Fulgrim asintió.

—Disfrutará de la oportunidad de demostrar una vez más su valía.

—Y ahora vete, Fulgrim —le ordenó Horus—. Tienes una tarea que cumplir.



DIECISÉIS
EL ENEMIGO INTERIOR
EL SENDERO ÓCTUPLO
EL HONOR DEBE QUEDAR SATISFECHO

El apotecario Vaddon siguió esforzándose por salvarle la vida a Casto. Habían retirado la mitad superior de la armadura del guerrero y el torso al desnudo estaba desfigurado por una herida profunda. Varios pliegues de piel y trozos de músculo arrancados se extendían en todas direcciones como los pétalos de una flor sanguinolenta creada por la explosión de un proyectil de bólter.

—¡Más presión! —pidió Vaddon mientras pulsaba varios mandos del guantelete de narthecium.

Los escalpelos y las jeringas fueron rotando mientras el hermano Mathridon mantenía apretada una mano contra la herida. Mathridon, que estaba actuando como ayudante de Vaddon, era un Adeptus Astartes de los Hijos del Emperador que había perdido la otra mano en el combate anterior. Casto, cuyo cuerpo no dejaba de agitarse con fuerza, mantenía apretados los dientes para resistir un dolor que habría matado a cualquier otro que no fuera un Adeptus Astartes.

Vaddon escogió una de las jeringas y la clavó en el cuello de Casto. El vial montado en el guantelete se vació e inyectó una dosis de estimulantes en el sistema sanguíneo de Casto para mantener al corazón bombeando sangre alrededor de los órganos afectados. Casto se estremeció de nuevo y casi rompió la jeringa.

—Mantenlo quieto —le ordenó Vaddon.

—Sí, eso —dijo una voz a su espalda—. Mantenlo quieto. Así será más fácil matarlo.

Vaddon alzó la cabeza con rapidez y vio a un guerrero con la armadura de un comandante general de los Hijos del Emperador. Llevaba en la mano un enorme martillo, y alrededor de la tremenda cabeza del arma centelleaban arcos de energía púrpura. El apotecario vio detrás de este primer guerrero una veintena de Hijos del Emperador con los detalles púrpuras y dorados típicos de sus armaduras, cuyas superficies brillaban por el polvo de pulido y el aceite protector.

Supo de forma instantánea que no eran leales al Emperador, y sintió cómo una mano fría le estrujaba el pecho al darse cuenta de que estaban acabados.

—¿Quién eres? —le preguntó Vaddon, aunque él ya conocía la respuesta.

—¡Soy tu muerte, traidor! —gritó Eidolon un momento antes de blandir el martillo en un poderoso arco para aplastar el cráneo de Vaddon de un solo golpe.

Cientos de Hijos del Emperador entraron en tromba en el palacio por la parte oriental convertidos en una marea de fuego y sangre. Cayeron primero sobre los heridos. Eidolon en persona acabó con aquellos que estaban esperando que Vaddon los atendiera, y disfrutó de un modo especial al matar a los Hijos del Emperador leales que encontró allí. Los guerreros de su legión inundaron el palacio, y los defensores descubrieron horrorizados que uno de sus flancos había caído y que cada vez más y más traidores entraban en el palacio.

La última batalla empezó a los pocos momentos. Los leales dieron la espalda a las defensas y se enfrentaron a los Hijos del Emperador. Los retrorreactores de los marines de asalto les hicieron atravesar las cúpulas derruidas para luego aterrizar sobre las unidades de asalto de Eidolon. Los guerreros con las armas pesadas y los francotiradores de los exploradores, desplegados entre los muros a medio caer, abrieron fuego contra el enemigo lanzando una lluvia de proyectiles desde arriba.

Se convirtió en una batalla sin direcciones ni frentes, ya que el combate se extendió hasta el mismo corazón del palacio del Señor del Coro. Cada Adeptus Astartes se convirtió en un ejército propio cuando se perdió toda coherencia de unidad y cada guerrero luchó solo contra los enemigos que lo rodeaban. Las motocicletas de los Hijos del Emperador rugieron enloquecidas a través de los diferentes edificios del palacio y realizaron alocados circuitos por las cúpulas disparando contra los Adeptus Astartes enemigos.

Los dreadnoughts agarraron los grandes trozos de piedras caídas con sus poderosos puños y los lanzaron contra los guerreros leales que defendían las barricadas contra las que tantos de sus compañeros habían muerto poco tiempo antes.

Todo era una locura de horror y destrucción, con Eidolon en el mismo centro. El comandante general blandía su martillo y mataba a todos los que se acercaban al mismo tiempo que dirigía a sus guerreros hacia el corazón de las defensas.

Luc Sedirae, con su cabello rubio y su sonrisa burlona, parecía estar completamente fuera de lugar entre las torres industriales oxidadas de la Ciudad Coral. A su lado, Serghar Targhost, capitán de la Séptima Compañía, parecía encajar más en aquel sitio, ya que su piel, más curtida y oscura, y la pesada capa de piel estaban más acordes con un mundo masacrado.

Sedirae se encontraba de pie sobre una gran pieza de maquinaria oxidada, delante de miles de Hijos de Horus preparados para el combate. La pintura de guerra que mostraban en las placas pectorales estaba fresca todavía, y los nuevos estandartes, dedicados a las logias de guerreros, ondeaban al viento.

—¡Hijos de Horus! —gritó Sedirae con la voz llena de aquella confianza que lo embargaba con tanta facilidad—. ¡Hemos estado esperando durante mucho tiempo que nuestras legiones hermanas nos abrieran la puerta para que podamos pasar por la espada a los que dudan y a los débiles de voluntad! ¡Nuestra hora ha llegado por fin! ¡El comandante general Eidolon ha conseguido romper la resistencia del asedio y ha llegado el momento de que demostremos a las demás legiones cómo luchan los Hijos de Horus!

Los guerreros lo vitorearon y alzaron bien en alto los estandartes de las logias para mostrar las distintas facetas de las creencias que formaban el substrato de la filosofía de cada logia: una garra de bronce descendía del cielo para aplastar un mundo en su puño; una estrella negra iluminaba con ocho rayos negros mortíferos una horda de enemigos, y una gran bestia alada con dos cabezas se alzaba orgullosa sobre una montaña de cadáveres.

Eran imágenes procedentes del más allá, sacadas de las palabras de los sacerdotes davinitas que podían mirar al interior del espacio disforme. Al mostrarlas en alto, los Hijos de Horus también mostraban su lealtad a los poderes que el Señor de la Guerra había abrazado.

—El enemigo está desorganizado —volvió a gritar Sedirae para hacerse oír por encima de los vítores—. Caeremos sobre ellos y los barreremos. Ya conocéis vuestro deber, Hijos de Horus, y todos sabéis que los senderos que habéis seguido hoy os han conducido hasta aquí. ¡Estamos aquí para destruir los últimos vestigios de la vieja

cruzada y marchar hacia el futuro!

La confianza de Sedirae era contagiosa, y se dio cuenta de que ya estaban preparados.

Targhost dio un paso adelante y alzó los brazos. Tenía el rango de capitán de logia y conocía los secretos de los ritos davinitas, y por tanto era un guerrero tan respetado como un comandante. Abrió la boca y soltó un chorro de sílabas brutales, guturales y siniestras. Era la lengua de Davin convertida en una plegaria que rogaba por la victoria y el derramamiento de sangre.

Los Hijos de Horus contestaron a la plegaría y sus voces se alzaron en un incesante cántico cuyo eco resonó por todas las torres muertas de la Ciudad Coral.

Y cuando se acabaron las plegarias, los Hijos de Horus marcharon al combate.

Las ráfagas de bólter cruzaron el aire alrededor de Tarvitz. Las escuadras de exterminadores de los Hijos del Emperador acribillaron la cúpula central, mientras que de la destrozada galería le llegaba el sonido de los brutales combates cuerpo a cuerpo. Tarvitz se agachó y echó a correr en esa postura. Los disparos de bólter agujerearon el suelo e hicieron saltar trozos de piedra a su paso hasta que logró llegar a la posición donde el hermano Solathen y la escuadra Nasicae se habían puesto a cubierto.

Solathen y aproximadamente unos treinta Hijos del Emperador leales estaban inmovilizados por el fuego enemigo detrás de una enorme columna derribada. Entre ellos había unos cuantos Lobos Lunares.

—¿Qué es lo que ha pasado, en nombre del Emperador? —preguntó Tarvitz a gritos—. ¿Cómo han logrado entrar?

—No lo sé, señor —contestó Solathen—. Han llegado desde el este.

—Tendríamos que haber recibido alguna clase de advertencia —dijo Tarvitz—. Ése es el sector de Lucius. ¿Lo has llegado a ver?

—¿A Lucios? No, debe de haber caído.

Tarvitz negó con la cabeza.

—No es probable. Tengo que encontrarlo.

—No podemos quedarnos aquí —le indicó Solathen—. Tenemos que retirarnos, y no podremos esperarlo.

Tarvitz se limitó a asentir. Sabía que tenía que intentar encontrar a Lucius, aunque tan sólo fuera para recuperar su cuerpo. Dudaba mucho que su amigo hubiera muerto, pero en mitad de aquella matanza, todo era posible.

—Muy bien —dijo Tarvitz por fin—. Adelante. Replegaos de forma ordenada hacia las cúpulas interiores y el templo. Allí hay más barricadas. ¡Vamos! ¡Y no me esperéis!

Asomó un momento la cabeza por encima de la columna y disparó una ráfaga contra los Hijos del Emperador de Eidolon, que se estaban desplegando como un enjambre al otro lado de la cúpula. Los guerreros leales comenzaron también a efectuar fuego de cobertura cuando las diferentes escuadras iniciaron las maniobras de repliegue de forma ordenada.

La cúpula que se extendía entre él y su objetivo estaba sembrada de cadáveres. Algunos de ellos habían quedado convertidos en masas irreconocibles de carne desgarrada. Esperó a que sus guerreros hubieran logrado separarse una buena distancia de sus enemigos antes de salir corriendo para ponerse a cubierto en otro lugar.

Varios disparos de bólter abrieron agujeros en el suelo a su lado, pero logró ponerse a salvo detrás de otra columna, a la que tuvo que llegar rodando. Luego reptó lo más velozmente que pudo para alcanzar el pasillo que salía de la cúpula y rodeaba la circunferencia repleta de columnas en dirección al ala este del palacio del Señor del Coro.

Lucius estaba en algún lugar entre esas ruinas, y Tarvitz tenía que encontrarlo.

Loken se agachó y se tiró de cabeza al suelo, donde resbaló unos metros sobre las losas ennegrecidas de la plaza. El palacio se alzó sobre su cabeza sin dejar de girar mientras él rodaba hasta quedar boca abajo para luego disparar contra el Devorador de Mundos más cercano. Uno de los disparos acertó de lleno en la pierna al guerrero enemigo, quien se desplomó lanzando un rugido bestial. Torgaddon se lanzó de un salto sobre él y le clavó la espada en el centro de la espalda al traidor.

Loken se puso en pie mientras se oían más disparos en la plaza. Intentó localizar al enemigo entre los montones de muertos y las pilas de mármol roto que surgían de los bordes de los cráteres provocados por las explosiones, pero fue una tarea infructuosa.

La plaza que se abría entre el caos del palacio y la masa oscura de la ciudad estaba infestada de Devoradores de Mundos, que se habían lanzado a la carga para sacar partido de la brecha que habían abierto los Hijos del Emperador.

—Hay toda una escuadra ahí —le advirtió Torgaddon mientras sacaba la espada del cuerpo del Devorador de Mundos—. Estamos en mitad de todos ellos.

—Pues entonces, habrá que seguir avanzando —respondió Loken.

Recargó el bólter mientras cruzaban la plaza a la carrera, esquivando los cúmulos de cadáveres y de escombros mientras estudiaban con detenimiento la oscuridad en busca de alguna señal de movimiento. Torgaddon se mantenía cerca de él, a su espalda, moviendo el bólter de un lado a otro entre los trozos de techo derribados y los montones de cascotes. Las ráfagas de disparos cruzaban el aire a su alrededor. Los sonidos de los combates que se estaban librando en el palacio eran cada vez más terribles. Los gritos de guerra y las explosiones atravesaron la negrura de aquella violenta noche.

—¡Al suelo! —le gritó Torgaddon cuando un disparo de plasma atravesó la oscuridad.

Loken se echó al suelo. El rayo ardiente pasó de largo a su lado y abrió un agujero en un bloque de piedra situado a su espalda. Una sombra oscura se abalanzó sobre él y Loken distinguió el brillo de un arma de filo, por lo que alzó el bólter en una parada instintiva. Sintió la mordedura de los dientes de un hacha sierra en el metal de su arma e intentó dar una patada en la cadera a su atacante.

El Devorador de Mundos giró un poco sobre sí mismo y esquivó con facilidad el ataque para a continuación derribar a Torgaddon con un fuerte golpe del mango del hacha sierra. El ataque contra Torgaddon proporcionó a Loken la oportunidad de ponerse en pie. Tiró a un lado el bólter destrozado y desenvainó la espada.

Torgaddon tuvo que defenderse desde el suelo del ataque de otro Devorador de Mundos, pero su amigo tendría que hacerlo sin su ayuda, ya que Loken vio que su oponente era un capitán, pero no un capitán cualquiera, sino uno de los mejores entre los Devoradores de Mundos.

—¡Khârn! —exclamó Loken al mismo tiempo que su enemigo lo atacaba de nuevo.

Khârn se detuvo un momento, y por un breve instante Loken vio de nuevo al noble guerrero con el que había charlado en el Museo de la Conquista, un momento antes de que algo completamente distinto lo invadiera de nuevo, algo que llenó de odio el rostro de Khârn.

Ese instante fue más que suficiente para Loken, ya que le permitió ponerse a cubierto detrás de un saliente de piedra que surgía del borde de un cráter. Los proyectiles de bólter siguieron cruzando el aire oscuro. Torgaddon seguía luchando en algún punto fuera de su vista, pero Loken no podía preocuparse por él en esos

momentos.

—¿Qué te ha pasado, Khârn? —le preguntó Loken a gritos—. ¿En qué te han convertido?

Khârn lanzó un incoherente aullido de rabia y se lanzó contra él con el hacha sierra en alto. Loken afianzó los pies y alzó la hoja de la espada para detener el hacha de Khârn a mitad del golpe. Los dos guerreros quedaron enfrentados en una desesperada batalla de fuerzas.

—Khârn… —dijo Loken entre dientes, que mantenía apretados mientras el devorador de mundos empujaba el filo del hacha sierra hacia su cara—. ¡No eres la persona que yo conocí! ¿En qué te has convertido?

Cuando sus miradas se encontraron, Loken vio el alma de Khârn y sintió que lo invadía la desesperación. Vio al guerrero con quien había intercambiado juramentos de hermandad, que había jurado lealtad a la Gran Cruzada lo mismo que él, al guerrero que había sido testigo de los terrores y las tragedias de la cruzada lo mismo que de sus victorias. Y también vio la siniestra locura que había anegado todo aquello con derramamientos de sangre y con traiciones todavía por llevarse a cabo.

—Soy el Sendero Óctuplo —le respondió Khârn, cada palabra subrayada por un burbujear de saliva sanguinolenta.

—¡No! —gritó Loken al tiempo que empujaba a Khârn para hacerlo retroceder—. No tiene por qué acabar así.

—Sí que tiene —replicó Khârn—. No hay modo alguno de salir del Sendero. Siempre debemos seguir hacia adelante.

Del rostro de Khârn desapareció cualquier traza de humanidad, y Loken se dio cuenta con toda seguridad que el Devorador de Mundos estaba sin duda más allá de toda posible recuperación, y que aquel combate sólo acabaría con la muerte de uno de los dos.

Loken retrocedió mientras paraba o desviaba la oleada de golpes de hacha que Khârn le lanzó, hasta que acabó con la espalda pegada a una enorme losa de piedra. La cabeza del hacha de Khârn se enterró en la losa al lado de la cabeza de Loken, y éste aprovechó para golpearle en la frente con el pomo de la espada. Khârn giró la cabeza y evitó la mayor parte de la fuerza del golpe, y a su vez le dio un cabezazo en plena cara para luego agarrarlo de la mano de la espada y arrojarlo al suelo.

Ambos forcejearon en el barro como animales. Khârn intentó aplastarle la cara contra los escombros del suelo y Loken se esforzó por quitárselo de encima. Éste

acabó por rodar sobre sí mismo cuando oyó el sordo retumbar de un motor que resonaba como un terremoto y el brillo de unos focos delimitó con nitidez la silueta de Khârn.

Loken sabía lo que vendría a continuación, por lo que golpeó la cara de Khârn una y otra vez con el puño y lo obligó a levantar el torso con la otra mano agarrándolo por la garganta. El Devorador de Mundos forcejeó para librarse de la presa de Loken mientras la luz se hacía cada vez más y más intensa, hasta que la rugiente forma de un Land Raider apareció coronando la cresta del montículo de escombros que se alzaba detrás de ellos, con el mismo aspecto que un monstruo que surgiera de las profundidades.

Loken sintió el tremendo impacto de la pala excavadora al clavarse en el cuerpo de Khârn. Una de las afiladas púas de la base atravesó por completo el pecho del Devorador de Mundos. Loken soltó el cuerpo de su enemigo y rodó sobre sí mismo hasta el borde del cráter mientras el Land Raider se alzaba de nuevo y se llevaba consigo a Khârn, que no dejaba de forcejear. El poderoso tanque retumbó al contactar de nuevo su parte delantera contra el suelo, y Loken se apretó contra el barro mientras pasaba a su lado, con el rugiente motor a pocos centímetros de él.

Un momento después el tanque siguió avanzando rugiente llevando delante de él al empalado Devorador de Mundos como si se tratase de un sanguinolento trofeo. Había más tanques rodeándolo por todos lados, con el Ojo de Horus mirando desde los cascos blindados. Loken reconoció el esquema de pintura que llevaban.

Eran los Hijos de Horus.

Por un momento Loken tan sólo se quedó mirando a la fuerza que avanzaba contra el palacio. Los vehículos no dejaban de disparar mientras se dirigían hacia su objetivo.

De repente apareció una mano que tiró de Loken, que estaba aturdido y ensangrentado, y lo puso a cubierto de las armas de los tanques. Miró a su alrededor y vio que se trataba de Torgaddon, que también estaba magullado por su encuentro con uno de los guerreros de los Devoradores de Mundos.

Torgaddon señaló con un gesto de la cabeza el Land Raider.

—¿Ése era…?

—Sí, Khârn —le confirmó Loken—. Está perdido.

—¿Muerto?

—Quizá. No lo sé.

Torgaddon miró con atención la punta de lanza que se dirigía hacia el palacio.

—Creo que hasta Tarvitz tendrá problemas para defender con éxito el palacio.

—Entonces tendremos que darnos prisa.

—Sí. Mantente agachado y larguémonos de aquí antes de meternos en más problemas —le dijo Torgaddon—. A menos que Abaddon y el Pequeño Horus no sean suficiente desafío para nosotros.

—Saúl les hará pagar cada trozo de escombro que conquisten —respondió Loken mientras se ponía en pie con un gesto de dolor. Khârn le había hecho daño, pero no tanto como para que no pudiera combatir—. Hagamos por él que esto merezca la pena.

Los dos amigos se dispusieron de nuevo a cruzar la plaza llena de escombros en dirección a la Basílica Mackariana.

Allí se encontraba la última oportunidad de lograr una victoria en Isstvan III.

El sonido de los combates resonaba por doquier, de modo que Tarvitz se mantuvo pegado a las sombras mientras se abría paso con cuidado entre las ruinas hacia el ala oriental del palacio. Las escuadras de los Hijos del Emperador hormigueaban por todo el lugar barriendo las zonas de las destruidas cúpulas y acribillando las demás estancias a medida que clavaban más el filo de su ataque en el corazón de las defensas.

Vio aquí y allá escuadras con insignias que reconoció, y tuvo que reprimir el arraigado impulso de llamarlas. Sin embargo, aquellos guerreros se habían convertido en enemigos, y no se produciría una bienvenida fraternal o un saludo entre camaradas si lo descubrían.

La propia obsesión que mostraba aquel ataque estaba favoreciendo a Tarvitz, ya que aquellos guerreros tenían la misma estrechez de miras que Eidolon y estaban concentrados únicamente en conseguir el trofeo que representaba el palacio más que estar atentos a lo que era el campo de batalla. Loken pensó mientras se deslizaba en silencio a través del destrozado edificio iluminado por los destellos estroboscópicos que, por una vez, los defectos de Eidolon trabajaban a su favor.

—Vas a tener que estar más atento a la disciplina de combate, Eidolon —susurró—. Si no, alguien te va a hacer pagar por ello.

Los sectores orientales que había asignado a Lucius y a sus guerreros para que los vigilaran y defendieran eran ruinas ya bombardeadas, donde los frescos que antes mostraban las paredes habían quedado borrados por la tormenta de fuego y las

grandes estatuas de los jardines habían quedado pulverizadas por las continuas explosiones y los combates que se habían librado de forma incesante a lo largo de los meses anteriores. Haber logrado resistir tanto tiempo ya era un milagro en sí mismo, y Tarvitz no estaba tan ciego como para no saber que aquello no podría durar mucho más.

Vio decenas de cuerpos y los comprobó uno por uno para saber si el espadachín había caído. Los cuerpos eran de guerreros que conocía, guerreros que lo habían obedecido en los combates del palacio y que confiaban en que podría conducirlos a la victoria. Cada par de ojos lo acusaba de sus muertes, pero sabía que no podía haber hecho nada más.

Cuanto más hacia el este se dirigía, menos invasores de los Hijos del Emperador se encontraba, ya que su ataque se concentraba en el centro del palacio del Señor del Coro más que en capturar todo el complejo de edificios.

Estaba claro que Eidolon iba más en busca de la gloria que en llevar a cabo las maniobras lógicas en un campo de batalla.

«Si dispusiera de un centenar de marines espaciales, castigaría tu arrogancia», pensó Tarvitz.

En cuanto se le ocurrió aquello, una sonrisa se le empezó a extender con lentitud por el rostro. Disponía de un centenar de marines espaciales. Cierto, estaban trabados en combate, pero si existía una fuerza de guerreros en toda la galaxia que fuera capaz de retirarse de un combate de un modo ordenado y pasarle el testigo a una fuerza aliada en mitad de una lucha desesperada, ésa era la legión de los Hijos del Emperador.

Se agazapó a la sombra de una estatua caída y abrió un canal de comunicación.

—Solathen —dijo con un susurro—. ¿Me recibes?

La estática sobrecargó el microrreceptor que llevaba en el oído, y soltó una maldición ante la posibilidad de que su plan se viniera abajo por algo tan simple como un fallo en las comunicaciones.

—¡Le recibo, capitán, pero ahora mismo estamos un poco ocupados! —le respondió la voz de Solathen.

—Entendido —contestó Tarvitz—, pero debo darte nuevas órdenes. Retírate del combate y que se encarguen los Lobos Lunares. Deja que lleven el grueso del combate. Reúne a todos los guerreros que puedan llegar hasta ti y después dirígete hacia mi posición.

—¿Señor?

—Toma los pasillos orientales de la zona de los sirvientes. Eso debería permitiros llegar sin muchos problemas hasta aquí. Solathen, tenemos una oportunidad de hacerles daño a esos cabrones, así que necesito que llegues aquí cuanto antes.

—Entendido, señor —respondió Solathen antes de cortar la comunicación.

—No te servirá de nada, Saúl. —Tarvitz se quedó helado al escuchar la voz—. Ya puedes dar por perdido el palacio del Señor del Coro. Incluso tú deberías ser capaz de darte cuenta de eso.

Alzó la mirada y vio a Lucius de pie, en el centro de la cúpula y justo frente a él. Empuñaba en una mano su centelleante espada y en la otra un trozo de vidrio roto. Se llevó el vidrio a la cara y pasó uno de los bordes afilados por la mejilla. De la piel saltó una línea de gotas de sangre que empezaron a caer sobre el suelo de la cúpula.

—Lucius —dijo Tarvitz sorprendido mientras se ponía en pie para acercarse al espadachín—. Creí que habías muerto.

De repente, la brillante luz de las estrellas llenó la cúpula y Tarvitz vio que estaba repleta de cadáveres de los Hijos del Emperador, pero no eran traidores, sino guerreros leales al Emperador. Se dio cuenta de que ni uno solo de ellos había caído víctima de un disparo, sino que los habían matado de un tajo con un arma de terrible filo. Casi habían despedazado a aquellos guerreros, y una horrible sospecha se apoderó de su mente.

—¿Muerto? ¿Yo? ¿Recuerdas lo que Loken me dijo cuando lo humillé en una de las jaulas de entrenamiento?

Tarvitz asintió con gesto precavido.

—Dijo que siempre habría alguien que te podría vencer.

—¿Y recuerdas lo que le contesté?

—Sí —le respondió Tarvitz mientras se llevaba la mano a la empuñadura de la espada ancha—. Le dijiste: «No en esta vida».

—Tienes buena memoria —le comentó Lucius, y dejó caer el ensangrentado fragmento de vidrio al suelo.

—¿Para qué es esa última cicatriz? —le preguntó Tarvitz.

Lucius le sonrió, aunque no había amabilidad alguna en el gesto.

—Es para ti, Saúl.

El gran foro de la Basílica Mackariana era un desierto de huesos convertidos en

ceniza, ya que cuando las primeras bombas víricas comenzaron a caer, miles de isstvanianos se habían congregado allí con la esperanza de que la sede del parlamento situada en uno de los extremos del foro los acogería. Habían abarrotado el lugar y habían muerto allí, y sus cuerpos achicharrados recordaban un pantano antiguo del que se alzaban las columnas que delimitaban el foro por tres lados. En el cuarto se encontraba la sede del parlamento propiamente dicha, manchada por los negros zarcillos de ceniza que se alzaban desde el foro.

El edificio había sido la sede del parlamento civil de la Ciudad Coral, una contrapartida a los nobles que gobernaban desde el palacio del Señor del Coro, pero los ciudadanos importantes que se habían refugiado en el interior habían muerto con la misma infalibilidad que lo había hecho la plebe que se había quedado fuera.

Loken atravesó el mar de huesos ennegrecidos con la espada en la mano mientras cruzaba la capa de ceniza y restos óseos. Una calavera le sonrió y lo miró de forma acusadora con las cuencas quemadas y vacías de los ojos. A su espalda, Torgaddon cubría el foro que se encontraba más allá de ellos.

—Espera —le dijo Loken en voz baja.

Torgaddon se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Son ellos?

—No lo sé. Quizá. —Loken alzó la vista hacia la sede del parlamento. Al otro lado se distinguía la silueta de una aeronave, un Stormbird con el esquema de color de los Hijos de Horus—. Lo que es seguro es que alguien ha aterrizado aquí.

Continuaron avanzando hasta llegar al borde del edificio del parlamento. Luego subieron por los pulidos peldaños de mármol. Las grandes puertas estaban fabricadas originariamente con gruesas planchas de roble tachonado de metal, pero el virus las había devorado y la tormenta de fuego las había convertido en cenizas.

—¿Entramos? —preguntó Torgaddon.

Loken asintió. De repente deseó no haber ido hasta allí, ya que lo había asaltado una horrible sensación ominosa. Miró a Torgaddon, y también deseó que se le ocurrieran unas palabras adecuadas que decirle antes de que dieran aquellos últimos y fatídicos pasos.

Torgaddon pareció entender lo que estaba pensando.

—Sí, lo sé, pero ¿qué otra elección teníamos? —le dijo a Loken.

—Ninguna —contestó éste antes de atravesar la arcada que daba acceso al interior del edificio del parlamento.

El interior del edificio había quedado un poco más protegido de los peores efectos del bombardeo vírico y de la tormenta de fuego. Tan sólo unos cuantos cadáveres retorcidos y ennegrecidos que yacían tirados entre los paneles de madera oscura y el mobiliario del mismo material. Las paredes del edificio circular estaban adornadas con frescos, algo borrados, del magnífico pasado de la Ciudad Coral, donde se contaban su crecimiento y sus conquistas.

Los bancos y las mesas para votar del parlamento estaban dispuestos alrededor de una plataforma central, donde había un atril, que era desde donde se pronunciaban los discursos y los debates.

En aquella plataforma, de pie delante del atril, estaban Ezekyle Abaddon y Horus Aximand.

—¡Nos has traicionado! —exclamó Tarvitz. El dolor y el desengaño eran demasiado fuertes para poder soportarlos—. Has matado a tus propios hombres y has dejado que Eidolon y los suyos entren en el palacio, ¿no es así?

—Así es —respondió Lucius blandiendo la espada en grandes arcos alrededor del cuerpo para soltar los músculos y prepararse para el combate que Tarvitz sabía que era inevitable—. Y lo haría de nuevo sin dudarlo un momento.

Tarvitz comenzó a recorrer la circunferencia de la cúpula, contrarrestando cada uno de los pasos que Lucius daba. No se hacía ilusiones respecto al desenlace de un duelo contra el espadachín. Lucius era el mayor experto en esgrima de toda la legión, quizá incluso de todas las legiones. Sabía que no podía derrotar a Lucius, pero su traición reclamaba un castigo.

El honor lo exigía.

—¿Por qué, Lucius? —quiso saber Tarvitz.

—¿Cómo puedes preguntarme eso, Saúl? —le preguntó Lucius a su vez, mientras se acercaba más, paso a paso, cerrando la distancia que separaba a los dos guerreros —. Yo estoy aquí tan sólo por mi errónea amistad contigo. Sé lo que el comandante general y Fabius te ofrecieron. ¿Cómo fuiste capaz de rechazar una oferta semejante?

—Era una abominación, Lucius —le contestó Tarvitz, a sabiendas de que debía mantener hablando a Lucius todo el tiempo que pudiera—. ¿Manipular la semilla genética? ¿Cómo te atreves a creer que el Emperador permitiría algo semejante?

—¿El Emperador? —replicó Lucius echándose a reír—. ¿Estás seguro de que desaprobaría algo así? Sólo tienes que fijarte en lo que hizo para crear a los primarcas.

¿Es que acaso nosotros no somos productos de la manipulación genética? Los experimentos que Fabius está realizando son el siguiente paso lógico en esa cadena de evolución. Somos una raza superior y debemos establecer con claridad esa superioridad sobre cualquier ser de clase inferior que se interponga en nuestro camino.

—¿Incluso aunque esos seres sean tus camaradas? —le soltó Tarvitz señalando con un gesto circular de la espada los cadáveres que se extendían por la toda la superficie de la cúpula.

Lucius se encogió de hombros.

—Incluso sobre ellos. Iba a unirme de nuevo a mi legión, y ellos intentaron impedírmelo. ¿Qué otra opción me quedaba? Intentaron lo mismo que tú quieres hacer ahora.

—¿Me matarías a mí también? —le preguntó Tarvitz—. ¿Después de todos los años que hemos luchado hombro con hombro?

—No intentes apelar a mis sentimientos —le advirtió Lucius—. Soy mejor que tú y voy a lograr grandes hazañas al servicio de mi legión. Ni tú ni ningún sentimiento de lealtad equivocado vais a detenerme.

Lucius alzó la hoja de la espada y se colocó en posición de combate. Tarvitz se acercó a él. De repente pareció que la cúpula se quedó conteniendo la respiración mientras los dos guerreros daban vueltas uno alrededor del otro en busca de algún punto débil en la guardia de su oponente. Tarvitz desenvainó el cuchillo de combate y lo empuñó en la mano izquierda con la punta hacia abajo. Era consciente de que frente a Lucius le haría falta interponer tantas armas como humanamente le fuera posible.

Tarvitz sabía que ya no quedaban más palabras que decir. Aquello únicamente podía acabar de un modo sangriento.

Saltó sin advertencia previa sobre Lucius y lo atacó con el cuchillo, pero se dio cuenta de inmediato de que Lucius había estado esperando aquella maniobra.

Su oponente se echó a un lado y bajó con rapidez la empuñadura de la espada para golpearlo en la mano y hacerle soltar el cuchillo. Lucius se agachó cuando Tarvitz giró sobre sí mismo y lanzó un mandoble alto con la espada.

La afilada hoja de Tarvitz no cortó más que el aire y Lucius le dio un codazo en plena cara.

Tarvitz se apartó trastabillando y esperando recibir en cualquier momento un tajo de la espada de Lucius, pero éste se limitó a alejarse con una sonrisa en los labios y a

dar vueltas alrededor de él sobre la punta de los pies. El espadachín estaba jugando con él, y Tarvitz sintió que la rabia lo invadía ante semejante burla.

Lucius avanzó hacia Tarvitz y lo atacó con la rapidez de una serpiente con una estocada al estómago. Tarvitz detuvo el golpe y giró la espada sobre la muñeca por encima del arma de Lucius para lanzarle un tajo contra el cuello, pero el espadachín también había previsto aquella maniobra y esquivó ágilmente y con facilidad el golpe.

Tarvitz volvió a atacar de manera fulminante y su espada se convirtió en un borrón resplandeciente que obligó a Lucius a retroceder paso a paso. El espadachín detuvo un feroz golpe dirigido a su entrepierna y giró sobre sí mismo mientras se reía y lanzaba una relampagueante estocada de respuesta.

Tarvitz vio la afilada hoja surcar el aire y supo en esa fracción de segundo que no sería capaz de impedir que lo alcanzara. Se echó hacia atrás, pero sintió una descarga de dolor agónico cuando el filo de la hoja cargada de energía se le clavó profundamente en un costado. Se llevó la mano a la herida mientras la sangre le bajaba chorreando por la armadura y jadeó por el dolor antes de que los dispensadores de la propia armadura le inyectaran estimulantes que lo bloquearan.

Tarvitz retrocedió ante Lucius y éste lo siguió con una sonrisa de anticipación en los labios.

—Saúl, si eso es lo mejor que lo puedes hacer, será mejor que te rindas ahora mismo —se burló Lucius—. Te prometo que no sufrirás.

—Estaba a punto de decirte lo mismo, Lucius —le contestó Tarvitz entre jadeos y alzando de nuevo la espada.

Los dos guerreros empezaron otra vez a intercambiar golpes y las espadas se convirtieron en unas manchas alargadas de color plateado y azul cuando una lluvia de chispas surgió de las afiladas hojas. Tarvitz luchó con cada milésima de valor, de fuerza y de habilidad, pero sabía que era algo completamente inútil. Lucius detuvo todos y cada uno de sus ataques con facilidad y le propinó un golpe tras golpe sin demasiado esfuerzo, abriéndole una serie de cortes en la piel lo suficientemente profundos como para hacerlo sangrar y que le dolieran, pero no lo bastante como para matarlo.

Tarvitz sintió el sabor de la sangre en la comisura de la boca cuando lo alcanzó otro golpe.

—Una herida —se burló Lucius—. Una herida palpable.

Tarvitz sabía que estaba luchando ya con sus últimas fuerzas y que el combate no

iba a durar mucho más. Lucius no tardaría en aburrirse de aquel pobre enfrentamiento y acabaría con él, pero quizá lo había retenido allí el tiempo suficiente.

—¿Ya has tenido bastante? —le preguntó Tarvitz entre toses—. No tienes por qué morir aquí.

Lucius inclinó la cabeza hacia un lado mientras avanzaba de nuevo hacia él.

—Lo dices en serio, ¿verdad? Crees de verdad que puedes vencerme.

Tarvitz asintió y después escupió un chorro de sangre.

—Vamos, inténtalo de nuevo si de verdad crees que puedes matarme.

Lucius se lanzó a un nuevo ataque y Tarvitz dejó caer la espada para saltar a por él. Lucius se quedó sorprendido ante aquella maniobra tan obviamente suicida y tardó una fracción de segundo más de la cuenta en esquivar el ataque de Tarvitz.

Los dos guerreros chocaron en el aire y Tarvitz le dio un tremendo puñetazo en la cara a Lucios. El espadachín giró el rostro para intentar amortiguar la fuerza del golpe, pero Tarvitz no le dio la oportunidad de recuperar el equilibrio y ambos cayeron al suelo, donde propinó otro terrible golpe en la cara a su antiguo camarada. A Lucius se le escapó la espada, que cayó repiqueteando al suelo. Entonces también él se puso a luchar a puñetazos y codazos, con pies y rodillas.

En un combate tan cuerpo a cuerpo la habilidad con la espada era algo totalmente irrelevante, y Tarvitz dejó que todo su odio y toda su furia se descargaran en cada uno de los fortísimos golpes que le propinó a Lucios. Ambos rodaron y forcejearon como matones callejeros. Tarvitz no cesó de propinar tremendos puñetazos a Lucius, unos golpes que hubieran bastado para matar diez veces a un humano normal. El espadachín intentó por todos los medios quitarse de encima a Tarvitz.

—También recuerdo lo que Loken te enseñó la primera vez que te venció —le dijo Tarvitz cuando detectó con el rabillo del ojo un movimiento en la cúpula—. Comprende a tu oponente y haz lo que sea necesario para derribarlo.

Soltó a Lucius y rodó para alejarse de él todo lo que pudo. El espadachín se incorporó de un salto y corrió gateando hacia su espada.

—¡Ahora, Solathen! —gritó Tarvitz—. ¡Mátalo! ¡Nos ha traicionado a todos!

Vio cómo Lucios se daba la vuelta hacia la entrada de la cúpula y veía a Solathen y a los guerreros que éste había conseguido reunir para unirse a él. Solathen obedeció la orden de Tarvitz de un modo instantáneo, como debía hacerlo un buen Hijo del Emperador, y en la cúpula resonó el estruendo de las ráfagas de proyectiles de bólter. Lucius saltó a un lado para apartarse, pero ni siquiera él fue lo bastante veloz para

evitar la andanada de disparos explosivos.

El cuerpo de Lucios se estremeció bajo la lluvia de impactos, y de su armadura salieron chorros de chispas y de sangre. Rodó por el suelo y se arrastró hacia un agujero abierto en la pared por los anteriores combates mientras los disparos de los Hijos del Emperador leales seguían impactándole en la armadura.

—¡Matadlo! —gritó Tarvitz, pero Lucius fue mucho más veloz de lo que ninguno de ellos creyó que fuera posible y se lanzó de cabeza hacia el agujero mientras los proyectiles acribillaban los frescos chamuscados que lo rodeaban.

Tarvitz se puso en pie y se acercó trastabillando hasta el lugar donde Lucius había desaparecido.

Más allá de la cúpula, el resto del recinto exterior del palacio era un paisaje de pesadilla cubierto de cráteres y de ruinas ennegrecidas. Una capa de humo flotaba sobre el campo de batalla en que se había convertido el palacio. Tarvitz dio un fuerte puñetazo a la pared al comprobar que el espadachín se había desvanecido.

—¿Capitán Tarvitz? —lo llamó Solathen—. Hemos venido, como nos ordenó.

Tarvitz cesó en la búsqueda de Lucius y dejó su frustración a un lado para concentrarse en el asunto más urgente: el contraataque contra los guerreros de Eidolon.

—Gracias, Solathen. Te debo la vida.

El otro guerrero se limitó a asentir mientras Tarvitz recogía un bólter caído en el suelo. Comprobó el cargador para asegurarse de que estaba lleno.

—Y ahora, vamos —dijo con gesto ceñudo—. ¡Vamos a enseñar a esos cabrones cómo luchan de verdad los Hijos del Emperador!



DIECISIETE
GANAR ES SOBREVIVIR
DIES IRAE
EL FIN

—Traidor —dijo Loken al entrar en el edificio del parlamento.

—No quedaba nada a lo que traicionar —le replicó Abaddon.

A pesar de todo lo que había ocurrido en Isstvan III, la palabra «traidor» todavía mantenía la capacidad de hacer emerger la rabia que siempre albergaba en su interior.

—Eso es algo que te envidio, Loken —continuó diciendo Abaddon—. Para ti la galaxia debe de ser un lugar muy sencillo. Siempre que haya alguien al que llamar enemigo, lucharás hasta la muerte y creerás que estás haciendo lo correcto.

—¡Sé que estoy haciendo lo correcto, Ezekyle! —le gritó Loken—. ¿Cómo puede no estar mal lo que estáis haciendo? ¿El exterminio de esta ciudad y el asesinato de tus hermanos? ¿Qué es lo que te ha ocurrido, Abaddon, para haberte convertido en lo que eres?

Abaddon se bajó de la plataforma y dejó a solas a Aximand delante del atril. Gracias a la armadura de exterminador que llevaba puesta, Abaddon le sacaba más de una cabeza a Loken, pero éste sabía que era capaz de combatir con la misma habilidad que cualquier otro Astartes en una servoarmadura.

—Nos vimos obligados a hacer lo que hicimos en Isstvan III por la incapacidad de algunas mentes pequeñas de entender la realidad —le explicó Abaddon—. ¿Crees que he tomado parte en todo esto y que estoy aquí porque disfruto matando a mis hermanos? Yo creo, Loken, con tanta confianza como tú lo haces. Existen poderes en esta galaxia que ni siquiera el Emperador es capaz de comprender. Si deja que la

humanidad se agoste en la rama porque se embarca en la búsqueda de su deificación, esos poderes nos devorarán, y hasta el último ser humano de esta galaxia morirá. ¿Puedes comprender la enormidad de ese concepto? ¡Toda la raza humana! El Señor de la Guerra sí que lo comprende, y ése es el motivo por el que debemos tomar el puesto del Emperador para enfrentarnos a esas amenazas.

—¿Enfrentaros a esas amenazas? —le increpó Torgaddon haciendo un gesto de negación con la cabeza—. Eres un tonto, Ezekyle. Nosotros vimos lo que Erebus ha hecho. Os ha mentido a todos. Habéis hecho un pacto con las fuerzas del mal.

—¿Del mal? —intervino Aximand—. Le salvaron la vida al Señor de la Guerra. He visto su poder y el Señor de la Guerra tiene la capacidad necesaria para controlarlos. ¿Crees que somos estúpidos, que estamos ciegos? Las fuerzas del espacio disforme son la clave de esta galaxia. Eso es lo que el Emperador es incapaz de comprender. El Señor de la Guerra será el dueño del espacio disforme además del amo del Imperio, y entonces dominará las estrellas.

—No —lo contradijo Loken—. El Señor de la Guerra se ha corrompido. Si se apodera del trono, no será la humanidad la que domine la galaxia, será un poder completamente distinto. Tú lo sabes, Pequeño Horus, aunque Ezekyle no sea capaz de verlo. A él no le importa nada en absoluto el destino de la galaxia. Él lo que quiere es estar en el bando ganador.

Abaddon sonrió mientras se acercaba con lentitud hacia Loken. Torgaddon se dirigió hacia Horus Aximand.

—Ganar es sobrevivir, Loken. Mueres, y pierdes, y nada de lo que hayas creído habrá tenido significado. Yo vivo, y gano, y tú es como si no hubieras existido nunca. La victoria, Loken, es lo único en la galaxia que tiene sentido. Deberías haber pasado más tiempo siendo un soldado. Lo mismo habrías acabado en el bando ganador.

Loken alzó la espada e intentó calcular los siguientes movimientos de Abaddon.

—Siempre llega el momento de ver quién gana.

Se dio cuenta de que Abaddon estaba tenso, preparado para saltar, y se dio cuenta de que la palabrería del primer capitán no tenía más intención que distraerlo.

—Loken, has llegado muy lejos —siguió diciendo Abaddon—, y a pesar de ello continúas sin entender qué es lo que estamos haciendo aquí. No nos diferenciamos tanto de los humanos como para no cometer errores, pero que te enfrentes a nosotros en vez de darte cuenta de lo que el Señor de la Guerra está intentando conseguir, eso es… imperdonable.

—¿Y cuál es tu error, Ezekyle?

—Que hablo demasiado —le contestó Abaddon abalanzándose contra él con el puño de combate cubierto de energías letales.

Torgaddon contempló cómo Abaddon se lanzaba a la carga contra Loken y lo tomó como señal de que debía cargar contra Pequeño Horus. Su antiguo camarada le leyó la intención en los ojos y saltó para enfrentarse a él mientras Loken y Abaddon destrozaban los bancos que había a lo largo del lugar.

Chocaron con un estrépito de placas de armadura y lucharon con todas las fuerzas y el odio que sólo aquellos que una vez fueron hermanos pero que se habían convertido en enemigos acérrimos podían conocer. Se trabaron en combate cuerpo a cuerpo como si fuera un asalto de lucha libre hasta que Aximand se libró de los brazos de Torgaddon y le propinó un codazo en la mandíbula.

Éste retrocedió, bloqueó un puñetazo dirigido a la cara y se echó encima de Aximand para lanzar un rodillazo con la rótula de la armadura que dio de lleno en el estómago de su oponente.

Pequeño Horus se tambaleó, pero Torgaddon sabía que haría falta algo más que un rodillazo en las tripas para detener a un guerrero como Aximand. Su antiguo hermano era un individuo fornido, con una fuerza, una habilidad y una capacidad iguales como mínimo a las de Torgaddon.

Los dos guerreros se quedaron mirando frente a frente y Torgaddon captó una expresión de arrepentimiento en los ojos de Pequeño Horus.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó Torgaddon.

—Dijiste que estabais contra nosotros —replicó Aximand.

—Y lo estamos.

Ambos bajaron la guardia. Eran hermanos, miembros del Mournival, que habían luchado juntos en tantas batallas que no era necesario fingir nada. Ambos sabían cómo luchaba el otro.

—Tarik —le dijo Aximand—. Si esto hubiera podido acabar de otro modo lo habríamos hecho así. Nadie quería que esto terminara así.

—Pequeño Horus, ¿cuándo te diste cuenta de que habías ido demasiado lejos? ¿Fue cuando el Señor de la Guerra te dijo que iba a bombardearnos, o fue antes?

Aximand miró de reojo hacia donde Loken y Abaddon estaban luchando.

—Tarik, todavía puedes salir de ésta. El Señor de la Guerra quiere ver muerto a Loken, pero no nos ha dado ninguna orden respecto a ti.

Torgaddon se echó a reír.

—Te llamábamos Pequeño Horus porque tienes un aspecto físico muy parecido al suyo, pero nos equivocamos. Horus jamás ha mostrado la menor duda en su mirada. Tú no lo tienes todo tan claro, Aximand. Quizá has escogido el bando equivocado. Quizá ésta sea la última oportunidad que tienes de morir como un marine espacial y no como un esclavo.

Aximand sonrió con tristeza.

—Tarik, lo he visto. He visto el espacio disforme, y no se puede luchar contra eso.

—Pues yo estoy aquí.

—Si hubieras aprovechado la oportunidad que te ofreció la logia tú también lo habrías visto. Pueden entregarte tanto poder… Si sólo pudieras imaginártelo te unirías a nosotros de inmediato. Podrías ver todo el futuro ante tus ojos.

—Sabes que no puedo echarme atrás. No más de lo que tú puedes hacerlo.

—Entonces, ¿esto es el final?

—Sí, lo es. Como tú mismo has dicho, ninguno de los dos habría escogido esto.

Aximand se preparó.

—Como en las jaulas de entrenamiento, Tarik.

—No —respondió Torgaddon—. No se le parece en absoluto.

La garra de combate cargada de energía se dirigió a la cabeza de Loken, pero éste se agachó, para darse cuenta demasiado tarde de que se trataba de una finta. Abaddon lo agarró por el borde de la hombrera y le dio un rodillazo en el estómago. La ceramita se partió y Loken sintió un fuerte dolor cuando unos cuantos huesos se rompieron.

Abaddon lo soltó, pero sólo para propinarle un puñetazo en la cara. Loken salió despedido de espaldas y se estrelló contra la pared del parlamento. Una lluvia de trozos de yeso chamuscado y de ladrillos cayó a su alrededor.

—El Señor de la Guerra quería que trajera conmigo a la escuadra Justaerin, pero le dije que eso era un insulto.

Loken vio su espada en el suelo, a su lado, y se agachó deslizando la espalda pegada a la pared para empuñarla de nuevo. Luego se apartó de un salto, esquivó el enorme puño de Abaddon y le lanzó un mandoble a la cara.

El primer capitán bloqueó el golpe con el antebrazo y alargó una mano para agarrarlo y lanzarlo por los aires contra otra de las paredes del parlamento. El mundo giró alrededor de Loken y de repente sintió una tremenda oleada de dolor.

La vista se le volvió borrosa cuando se desplomó otra vez contra el suelo y una nueva lluvia de fragmentos de piedra cayó a su alrededor. El dolor que sentía en su interior le parecía extraño, como si perteneciera a otra persona. Le dio la impresión de que se había roto la espalda, y una voz traicionera le susurró en la mente que el dolor desaparecería si se rendía y dejaba que todo se disolviera en una bruma de olvido. Apretó con fuerza la empuñadura de la espada y dejó que la furia robusteciera su determinación frente a la voz que le sugería que abandonara la lucha.

Mucho tiempo atrás, Loken le había hecho un juramento al Emperador, y en ese juramento decía que jamás se rendiría, ni siquiera cuando se acercase el momento de la muerte. Logró enfocar de nuevo la vista y alzó la mirada. Lo que vio fue un agujero en la pared del edificio del parlamento, la que había atravesado con su cuerpo.

Loken se incorporó a medias al mismo tiempo que el enorme cuerpo blindado de Abaddon se lanzaba a la carga contra él destrozando a su paso los restos ennegrecidos de la brecha en la pared.

Se puso en pie de inmediato y retrocedió. Luego se inclinó y dejó que el puño de combate de Abaddon le pasara por encima para a continuación aprovechar el hueco en la guardia y lanzarle una estocada. Sin embargo, las gruesas placas de la armadura de su oponente desviaron la espada. Loken se apresuró a subir a la carrera los peldaños del exterior del edificio del parlamento. Oyó el ruido de la lucha entre Torgaddon y Pequeño Horus en el interior, y comprendió que necesitaba la fuerza de su hermano para triunfar.

—¡No podrás huir para siempre! —le rugió Abaddon mientras se lanzaba en su persecución. Sus pasos sonaban de una forma estruendosa y pesada.

Saúl sonrió igual que un cazador que por fin había conseguido derribar a su presa. Los Adeptus Astartes que Solathen y él dirigían habían abierto una sangrienta brecha en la fuerza de guerreros de Eidolon. Los mataron sin mostrar ninguna clase de misericordia, lo mismo que les había ocurrido a sus camaradas poco tiempo antes. Lo que al principio parecía un ataque que amenazaba con derrotarlos por completo corría el peligro de convertirse en una desbandada para los propios atacantes.

El estruendo de los disparos resonó con fuerza por todo el palacio cuando los leales descargaron una andanada de disparos tras otra contra todo lo que se movía. Los Adeptus Astartes de Tarvitz tenían rodeada a la fuerza de asalto de Eidolon, y al verse atacado por dos frentes, el destacamento del comandante general se estaba

desmoronando.

Tarvitz vio a guerreros a los que les faltaban extremidades o que mostraban unas horrendas heridas abiertas esforzarse por participar en el combate, luchando por colocarse en una posición que les permitiera matar a los traidores que casi los habían arrollado. Él mismo cosechó con la espada numerosas vidas enemigas, vidas que pertenecían a guerreros junto a los que había combatido y sangrado. Cada mandoble de la espada era un giro cruel del destino que le provocaba tanta tristeza como satisfacción catártica.

Vio a Eidolon en el centro de la batalla, aplastando los cuerpos de los guerreros que se le acercaban con cada barrido del gran martillo que empuñaba. Tarvitz se abrió paso a través del combate para intentar llegar hasta el comandante general. El cuerpo le dolía de un modo horrible debido al duelo con Lucius, pero sabía que no tenía sentido llamar a un apotecario para que lo atendiese. Fuesen las que fuesen las heridas que sufría, no tendría tiempo de recuperarse. Tarvitz sabía que todo acabaría allí, pero sería una batalla fabulosa, y jamás se había sentido tan orgulloso de dirigir a unos guerreros tan valientes en combate.

Que unos combatientes tan nobles murieran debido a la traición de unos camaradas supuestamente leales era deshonroso, pero en cierto modo era el final adecuado para aquella lucha. La perfidia de Lucius casi les había costado la batalla, y Tarvitz se juró que, si conseguía sobrevivir a aquel infierno, mataría de una vez por todas a aquel cabrón.

Tenía al comandante general casi al alcance de la mano, pero en cuanto Eidolon lo vio, sus guerreros traidores comenzaron a retirarse de forma disciplinada. A Tarvitz le dieron ganas de gritar por la frustración, pero sabía muy bien a lo que se arriesgaba si se lanzaba a perseguir a su enemigo.

—¡Línea de tiro por todo el recinto! —ordenó Tarvitz con toda la fuerza de los pulmones, y un contingente de Adeptus Astartes formó una fila y empezó a disparar disciplinadas ráfagas de bólter contra el enemigo que se retiraba.

Bajó la espada y se dejó caer contra una pared cuando se dio cuenta de que, a pesar de todo lo que habían tenido en contra, habían conseguido resistir una vez más. Sin embargo, antes de que hubiera tenido tiempo de saborear la improbabilidad de su última victoria, el microcomunicador de la oreja lanzó un pitido.

—Capitán Tarvitz —dijo una voz que reconoció como la de uno de los Lobos Lunares.

—Aquí Tarvitz —respondió.

—Soy Vipus, capitán. La posición del tejado está asegurada, pero tenemos compañía.

—Lo sé —respondió Tarvitz—. Los Hijos de Horus.

—Es peor que eso —le informó Vipus—. Mire hacia el oeste.

Tarvitz se abrió camino entre los restos de la batalla y estudió con atención el espacio que se abría por encima de las ruinas envueltas en humo. Algo se dirigía hacia el palacio, algo lejano y enorme.

—Dulce Terra —murmuró—. El *Dies Irae*.

—Haré que el titán sea nuestro objetivo primario —le prometió Vipus.

—No, déjelo. No podría causarle ningún daño. Limítese a matar a los marines espaciales enemigos.

—Sí, capitán.

—¡Unidades enemigas! —gritó una voz cerca de la entrada al templo—. ¡Blindados y apoyo!

Tarvitz se separó de la pared y sacó fuerzas de flaqueza para reunir de nuevo a los guerreros y organizar la defensa del palacio.

—¡Las unidades de asalto a las puertas! ¡Todos los demás Astartes, fuego a discreción!

El capitán vio un enorme destacamento de fuerzas de asalto, incluidos varios Rhinos de transporte y los grandes Land Raiders, que se estaba concentrando en las afueras del palacio del Señor del Coro. Detrás de los vehículos, la infantería de los Hijos de Horus, de los Devoradores de Mundos y de los Hijos del Emperador estaba estableciendo zonas de disparo para rodear el templo.

El *Dies Irae* no tardaría mucho en acercarse, y entonces sus armas los tendrían a su alcance para destrozarlos con su tremenda potencia de fuego.

—¡No tardarán en atacarnos de nuevo! —gritó Tarvitz—. ¡Pero los repeleremos otra vez, hermanos! ¡No importa lo que ocurra, no olvidarán jamás cómo les hemos plantado cara aquí!

Tarvitz contempló el tamaño del ejército que se había congregado para el ataque final y comprendió que no habría modo alguno de hacerle frente a aquello.

Era el final de la partida.

La armadura de un exterminador es enorme. Casi convertía a un marine espacial en un

tanque en miniatura. Sin embargo, lo que se conseguía en protección se perdía en velocidad. Pero Abaddon era casi igual de hábil y de rápido que cualquier otro Adeptus Astartes a pesar de las gruesas placas de la armadura.

Pero «casi» no es suficiente cuando se trata de una lucha a vida o muerte.

Varios cascotes cayeron dentro del edificio del parlamento cuando Abaddon se abrió paso derribando parte de una de las paredes. La enorme armadura de exterminador, de brutal silueta, estaba cubierta de un fino polvillo blanco. Cuando el primer capitán entró, lo hizo pasando bajo un pórtico ya debilitado que soportaba el peso de un conjunto de estatuas esculpidas en mármol. Loken golpeó con fuerza una de las columnas agrietadas que formaban parte del pórtico, y aquella pieza de apoyo se deshizo bajo la violencia del golpe.

El parlamento se llenó de polvo cuando las enormes esculturas de mármol se desplomaron sobre Abaddon. Todo el peso conjunto de las estatuas se derrumbó sobre el primer capitán. Loken lo oyó rugir enfurecido mientras las piedras llovían sobre él en una avalancha de destrucción.

Le dio la espalda a aquel derrumbamiento provocado y se esforzó por abrirse paso entre las nubes de polvo para dirigirse hacia el centro del parlamento.

Vio a Torgaddon y a Aximand en la plataforma central.

Torgaddon estaba de rodillas, con el cuerpo cubierto de sangre y los brazos destrozados. Aximand empuñaba en alto la espada, listo para descargar el golpe de gracia.

Vio lo que ocurriría a continuación incluso mientras le gritaba a su antiguo hermano que no lo hiciera. Oyó las palabras de Aximand con una terrible claridad a pesar del estruendo provocado por el desplazamiento de los cascotes cuando Abaddon consiguió salir de debajo de la montaña de estatuas destrozadas.

—Lo siento —dijo Aximand.

Y la espada cruzó el aire en dirección al cuello de Torgaddon.

El disparo de plasma fue como un dedo del propio sol. Surgió de una de las armas del *Dies Irae* y atravesó limpiamente la pared del templo de los Cantores de Guerra. El fuego líquido incluso agujereó el suelo que había más allá. Con un sonido semejante al de una ciudad al morir, una de las paredes del templo se derrumbó y el aire se llenó de polvo, de fuego y de mortíferos fragmentos de piedra verde afilados como cuchillos. Los guerreros se fundieron directamente por el terrible calor o murieron

bajo la avalancha de piedra que les cayó encima.

Tarvitz cayó de rodillas en la escalera en espiral que llevaba hasta los niveles superiores del templo. Una masa asfixiante de cenizas ardientes lo rodeó mientras se esforzaba por seguir subiendo, a sabiendas de que cientos de Adeptus Astartes leales habían muerto. El ruido era ensordecedor. El rugido del templo al derrumbarse contrastaba vivamente con el silencio que guardaba el ejército de traidores que rodeaba el edificio por todos lados.

Un cuerpo pasó a su lado mientras subía por las escaleras. Era uno de los Lobos Lunares, al que le faltaba un brazo, arrancado por las armas que estaban acribillando los pisos superiores.

—¡Al tejado! —gritó, sin saber si alguien lo escucharía por encima del tronar de las armas del titán—. ¡Abandonad el templo!

Tarvitz llegó a la galería que recorría el templo todo a lo largo y descubrió que estaba abarrotada de marines espaciales. Los emblemas de color de las diferentes legiones ya eran irreconocibles bajo las capas de sangre y de suciedad. Tarvitz se dio cuenta de que semejantes distinciones no tenían importancia ya, porque se habían convertido en un grupo de hermanos que luchaban por la misma causa.

Por encima de aquel piso no quedaba más que el tejado, y Tarvitz vio al sargento Raetherin, un buen oficial de línea y un veterano de la campaña de Muerte.

—¡Sargento! —le gritó—. ¡Informe!

Raetherin apartó la mirada de la ventana por donde estaba apuntando con el bólter. Un proyectil le había rozado un lado de la cabeza y tenía la cara cubierta de sangre.

—¡No pinta bien, mi capitán! —le contestó—. Los hemos contenido hasta ahora, pero no resistiremos otro ataque. Son demasiados, y ese titán nos va a hacer saltar en pedazos en cualquier momento.

Tarvitz se limitó a asentir y se atrevió a sacar un momento la cabeza a través de una ventana destrozada para observar el terreno que se abría más abajo. Notó que el odio que sentía por aquellos traidores, guerreros para los que los conceptos de honor y lealtad no existían, le aumentaba todavía más cuando vio la multitud de cadáveres que sembraban el interior del palacio. Conocía a aquellos guerreros, ya que los había dirigido en combate a lo largo de los meses anteriores. Más que nada, sabía lo que representaban.

Eran los mejores guerreros de toda la galaxia, los salvadores de la raza humana y

los elegidos del Emperador. Sus vidas de sacrificio y de servicio heroico habían acabado por culpa de una traición repugnante. Jamás en toda su vida se había sentido tan inútil.

—No —dijo cuando el corazón se le llenó de ánimo una vez más—. No nos rendiremos.

Tarvitz miró a Raetherin a los ojos.

—El titán va a volver a disparar contra la misma esquina del templo, un poco más arriba, y entonces los traidores entrarán al asalto. Que los hombres retrocedan y se preparen para el ataque.

Sabía que los traidores simplemente estaban esperando a que el templo se derrumbara para entrar en tromba y matar a placer a los leales al Emperador. Aquello no era simplemente una batalla. El Señor de la Guerra estaba demostrando su superioridad absoluta.

El *Dies Irae* seguía disparando sus armas de enorme calibre, provocando una impresionante tormenta de fuego y de muerte que devastó la plaza que se extendía delante del templo arrasando a los leales que allí se encontraban con grandes chorros de llamas.

Un calor infernal barrió el templo y por toda la galería corrió un vendaval ardiente.

—¿Eso es lo mejor que sabéis hacer? —les gritó enfurecido—. ¡Jamás nos mataréis a todos!

Sus guerreros lo miraron con un brillo salvaje en los ojos. A él, las palabras le habían sonado a algo hueco, pronunciadas más por furia que por valentía, pero vio el efecto que habían causado y sonrió, ya que recordó el deber que todavía tenía para con aquellos hombres.

Tenía el deber de lograr que sus últimos momentos tuvieran alguna clase de significado.

De repente, el aire pareció partirse cuando el titán disparó otra vez el cañón de plasma. Un calor al rojo blanco inundó la galería y derribó a Tarvitz. Sobre él cayeron fragmentos de piedra derretida y varios guerreros se desplomaron a su alrededor, destrozados y ardiendo. El capitán quedó cegado y ensordecido durante unos momentos y se apartó a rastras de aquella destrucción. Una bocanada de aire caliente llenó el vacío dejado por el plasma, y fue como si un viento ardiente de destrucción hubiera regresado para borrar de la superficie de Isstvan III a los leales al Emperador.

Rodó hasta quedar boca arriba y vio que el disparo había atravesado directamente el techo del templo y que había dejado un enorme agujero de bordes incandescentes, algo parecido a una mordedura de proporciones gigantescas, en una de las esquinas del templo. Toda una tercera parte del edificio se había desprendido convertida en un aluvión de piedra licuada que se extendió como una larga lengua de color jade.

Tarvitz sacudió la cabeza para apagar el campanilleo que le sonaba en los oídos y tuvo que esforzarse por enfocar de nuevo la vista.

Oyó a través de las oleadas de calor un grito de guerra que se elevaba de las filas de los guerreros enemigos.

Un clamor similar resonó al otro lado del templo, donde los Devoradores de Mundos y los Hijos de Horus estaban desplegados entre las ruinas del palacio.

El ataque estaba punto de empezar.

Loken se dejó caer de rodillas ante la horrorosa visión de la cabeza de Torgaddon saliendo despedida por los aires. La sangre salió a chorros pero con lentitud, y el brillo plateado de la espada quedó cubierto por una pátina de rojo.

Gritó el nombre de su amigo mientras contemplaba cómo su cuerpo se desplomaba contra el suelo de la plataforma y convertía el atril de madera en astillas al hacerlo. Miró a los ojos a Horus Aximand, y vio en ellos la misma mirada de desesperación que sabía que tenía en los suyos.

Le inundó una sensación de cólera absoluta, pero la ira que lo invadió no estaba dirigida contra Horus Aximand, sino contra el guerrero que estaba saliendo a su espalda de entre los escombros. Se dio la vuelta y se puso en pie para ver cómo Abaddon surgía de debajo de la masa creada por el pórtico derrumbado. El primer capitán había logrado salir en parte de debajo de una masa de mármol que hubiera aplastado incluso a un Adeptus Astartes con servoarmadura, pero seguía atrapado e inmovilizado de cintura para abajo.

Loken dejó escapar un grito animal de pérdida y rabia y se lanzó corriendo contra Abaddon. Saltó sobre uno de los brazos del primer capitán y lo inmovilizó contra los escombros con todo su peso y toda su fuerza. La mano libre de Abaddon se apresuró a agarrar la muñeca de Loken cuando éste le lanzó la espada sierra contra la cara.

Los dos guerreros se quedaron inmóviles, enfrentados cara a cara en un combate que determinaría quién viviría y quién moriría. Loken apretó los dientes y empujó más con el brazo para vencer la resistencia de Abaddon.

El primer capitán fijó la mirada en el rostro de Loken y lo que vio allí fue odio y pérdida.

—Todavía tienes la posibilidad de cambiar, por lo que veo —le comentó con un gruñido.

Loken bajó la rugiente punta de la espada todavía más, con una reserva de fuerza que jamás creyó poseer en el cuerpo. Aquella traición a los Adeptus Astartes, la esencia de lo que eran, le asaltó de nuevo la mente y encontró el objetivo de todo su odio en el gesto violento del rostro de Abaddon.

Los dientes de la espada sierra chirriaron. Abaddon le obligó a bajar la punta, y ésta se clavó en la placa pectoral de la armadura. Saltó una lluvia de chispas cuando Loken siguió empujando la punta hacia abajo, a través de las gruesas capas de ceramita. La espada se estremeció por el esfuerzo, pero Loken no cejó en el intento.

Sabía que el punto por donde el arma atravesaría la armadura estaba justo encima del escudo óseo que protegía la cavidad torácica de Abaddon, y que luego estaba su corazón.

Pero mientras disfrutaba de la idea de matar a Abaddon, el primer capitán sonrió y comenzó a apartarle la mano. La armadura de placas de un Adeptus Astartes aumentaba la fuerza del guerrero que la llevaba puesta, pero la armadura de exterminador la aumentaba a niveles increíbles, y Abaddon utilizó esa tremenda potencia para vencer a Loken.

El primer capitán salió de entre los escombros con un rugido de furia y le dio a Loken un tremendo golpe con el puño de combate en mitad de la placa pectoral. La armadura se agrietó dejando varios huecos, y el escudo óseo que le protegía la cavidad pectoral quedó deshecho en varios fragmentos. Se alejó de Abaddon trastabillando, y logró mantenerse en pie unos cuantos segundos antes de que le fallaran las piernas y cayera de rodillas, con la sangre resbalándole entre los labios en gruesos hilos carmesíes.

Abaddon se acercó y se cernió sobre él. Loken observó aturdido cómo Horus Aximand se reunía con él. La mirada de Abaddon estaba llena de una expresión de triunfo, mientras que la de Aximand mostraba remordimiento. El primer capitán tomó con una sonrisa la ensangrentada espada que empuñaba Aximand.

—Esta hoja mató a Torgaddon, y me parece apropiado utilizarla para matarte a ti. —El primer capitán alzó la espada—. Tuviste tu oportunidad, Loken. Piensa en ello mientras mueres.

Loken fijó la mirada en los ojos de Abaddon, que no mostraban piedad alguna, y detrás de ellos vio la locura que anidaba, igual que un puñado de demonios enfurecidos, y se limitó a esperar la muerte.

Sin embargo, antes de que el golpe cayera sobre él, el edificio del parlamento estalló cuando algo enorme, colosal, parecido a un dios de la guerra primitivo que caminase por el mundo, atravesó la pared trasera. Loken distinguió durante un momento un monstruoso pie metálico, casi de la misma anchura que el propio edificio, que aplastó las paredes y demolió el edificio a su paso.

Alzó la vista a tiempo de ver un poderoso dios de color rojo que se alzaba inmenso por encima de la Ciudad Coral mientras la atravesaba con unas zancadas enormes, con las posiciones artilleras repletas de armas y en la cara una expresión de furia inmisericorde.

Del techo cayó una lluvia de escombros cuando el *Dies Irae* convirtió el edificio del parlamento en una ruina de piedras aplastadas. Loken sonrió mientras el edificio se derrumbaba a su alrededor.

Unos tremendos impactos agujerearon el suelo de mármol, y mientras todo se ennegrecía a su alrededor, el rugido de la destrucción del edificio le pareció la música más dulce que jamás hubiera oído.

Saúl Tarvitz miró a su alrededor, a los treinta marines espaciales que abarrotaban aquel pequeño espacio protegido, que era lo único que quedaba ya del templo de los Cantores de Guerra. Llevaban sentados y a la espera de que se produjera el ataque lo que ya les parecía una eternidad, pero que en realidad no habían sido más de treinta minutos.

—¿Por qué no atacan ya de una vez? —se preguntó Nero Vipus, uno de los pocos Lobos Lunares que seguía con vida.

—No lo sé —admitió Tarvitz—, pero sea cual sea la razón, me siento agradecido hacia ella.

Vipus asintió. Tenía en el rostro una expresión de profunda tristeza que no tenía nada que ver con los últimos combates que se habían librado en el palacio del Señor del Coro.

—¿Seguimos sin noticias de Garviel o de Tarik? —le preguntó Tarvitz, aunque ya conocía la respuesta.

—No. Nada —respondió Vipus.

—Lo siento, amigo mío.

Vipus negó con la cabeza.

—No, no pienso lamentar su muerte. Todavía no. Quizá lo hayan conseguido.

Tarvitz no dijo nada y permitió que el guerrero siguiera con aquella ilusión. Se concentró de nuevo en el terrorífico tamaño del ejército del Señor de la Guerra. Diez mil traidores permanecían inmóviles entre las ruinas de la Ciudad Coral. Los Devoradores de Mundos entonaban cánticos al lado de los Hijos del Emperador, mientras la Guardia de la Muerte y los Hijos de Horus esperaban formados en largas columnas de tiro.

Por suerte, la colosal silueta del *Dies Irae* había dejado de disparar. El monstruoso titán se había dirigido hacia el Sagrario de la Sirena para permanecer allí inmóvil, como una fortaleza de hierro.

—Quieren asegurarse de que estamos derrotados —comentó Tarvitz—. Para colocar una bandera sobre nuestros cadáveres.

—Sí —dijo Vipus mostrándose de acuerdo—. Pero les hemos hecho luchar como nunca en la vida. ¿No es verdad?

—Así es —admitió Tarvitz—. Así es, y aunque nos maten, Garro les dirá a las demás legiones lo que han hecho aquí. El Emperador enviará el ejército más grande que jamás haya visto la Gran Cruzada.

Vipus se dio la vuelta para mirar el ejército del Señor de la Guerra.

—Tendrá que hacerlo.

Abaddon contempló las ruinas del edificio del parlamento. Su antaño magnífica estructura había quedado convertida en una serie de montones de escombros de piedra destrozada. La cara le sangraba por una docena de cortes y tenía la piel de un feo color amoratado, pero estaba vivo.

A su lado, Horus Aximand se dejó caer de espaldas contra una estatua rota. Estaba jadeante y tenía un brazo doblado en un ángulo poco natural. Abaddon lo había sacado de entre los restos del edificio, pero al mirar la expresión cabizbaja de Aximand, Abaddon se dio cuenta de que ninguno de los dos había escapado sin cicatrices, aunque de distinto tipo.

Pero estaba hecho. Tanto Loken como Torgaddon estaban muertos.

Había creído que sentiría una alegría salvaje cuando ocurriera, pero en vez de eso, lo único que sentía era un vacío, un extraño vacío que se abría en su alma como un

hueco que jamás conseguiría llenar.

Abaddon dejó a un lado aquella idea y abrió un canal de comunicación con el Señor de la Guerra.

—Mi Señor de la Guerra, ya está hecho —informó.

—¿Qué es lo que hemos hecho? —murmuró Aximand.

—Lo que debía hacerse —le replicó Abaddon—. El Señor de la Guerra lo ordenó y nosotros obedecimos.

—Eran nuestros hermanos —dijo Aximand, y Abaddon se quedó asombrado al ver que por sus mejillas corrían surcos de lágrimas.

—Eran traidores. Habían traicionado al Señor de la Guerra. Que eso lo deje todo zanjado, Aximand.

Aximand asintió, pero Abaddon se percató de que en su gesto había aparecido la semilla de la duda.

Lo ayudó a levantarse y a caminar hacia el Stormbird que los sacaría de aquel maldito lugar y los llevaría de regreso al *Espíritu Vengativo*.

Los traidores pertenecientes al Mournival habían muerto, pero Abaddon no olvidó la expresión de remordimiento que había visto en Aximand.

«Habrá que vigilar a Horus Aximand», pensó Abaddon.

La pantalla del strategium mostraba una imagen de la roca ennegrecida y desolada que era Isstvan V.

Mientras que Isstvan III había sido un planeta verde y lleno de vida, Isstvan V siempre había sido una masa rocosa de piedra ígnea donde no florecía vida alguna. Antaño había existido vida, pero eso había sido muchos eones atrás, y los únicos restos que quedaban de aquella época eran unas fortalezas y las ciudades de basalto que estaban repartidas por toda la superficie del planeta. La gente de la Ciudad Coral estaba convencida de que aquellas ruinas eran el hogar de los dioses malignos de su religión, y que esperaban allí mientras planeaban su venganza.

Quizá estaban en lo cierto, pensó Horus al recordar a Fulgrim y a su destacamento de Hijos del Emperador, quienes estaban preparándolo todo para la siguiente fase de sus planes.

Isstvan III no había sido más que el prólogo. Isstvan V sería la batalla más decisiva que jamás viera la galaxia. La idea hizo sonreír a Horus mientras alzaba la mirada para ver a Maloghurst cojear con gesto de dolor hacia su trono.

—¿Qué noticias hay, Mal? —le preguntó Horus—. ¿Han regresado a sus puestos todas las unidades que estaban en la superficie?

—Acabo de recibir un comunicado del *Conquistador*—contestó Maloghurst asintiendo—. Angron ha regresado. Era el último.

Horus se volvió hacia el globo de superficie retorcida que representaba Isstvan V.

—Bien. No me sorprende que haya sido el último en abandonar el campo de batalla. ¿Cuáles han sido las bajas?

—Perdimos bastantes en los aterrizajes, y muchos más en el palacio —contestó Maloghurst—. Los Hijos del Emperador y la Guardia de la Muerte han sufrido bajas bastante parecidas. La legión de los Devoradores de Mundos es la que ha tenido más muertos. Ahora mismo disponen de poco más de la mitad de sus efectivos habituales.

—No crees que haya sido buena idea librar esta batalla —le dijo Horus—. Mal, no puedes ocultarme lo que piensas.

—La batalla ha sido bastante costosa —respondió Maloghurst evitando el tema—. Además, se podría haber abreviado. Si hubiéramos hecho algún esfuerzo por retirar las legiones antes de que se desarrollara el asedio podríamos habernos ahorrado muchas vidas y tiempo. No disponemos de un número indefinido de Adeptus Astartes, y, desde luego, tampoco tenemos tiempo indefinido. No creo que aquí tuviéramos ninguna gran victoria que lograr.

—Mal, tan sólo ves los costes materiales —le contestó Horus—. No ves los beneficios psicológicos que hemos conseguido. Abaddon ha tenido su bautismo de fuego a nuestro lado, las verdaderas amenazas entre los rebeldes se han eliminado y los Devoradores de Mundos se encuentran en un punto del que ya no podrán retroceder. Si existía alguna duda sobre el posible éxito de esta cruzada, se ha desvanecido por lo que hemos conseguido en Isstvan III.

—Entonces, ¿qué órdenes tenemos? —le preguntó Maloghurst.

Horus le dio la espalda a la pantalla.

—Nos hemos demorado demasiado en este lugar. Es hora de que sigamos avanzando. Tenías razón en lo de que me he dejado arrastrar a una guerra para la que no disponía de tiempo, pero rectificaré ese error.

—¿Mi Señor de la Guerra?

—Bombardea la ciudad —le ordenó Horus—. Bórralo todo de la superficie del planeta.

Loken no podía mover las piernas. Cada latido del corazón le provocaba un dolor agónico en los pulmones debido a que los músculos del pecho presionaban contra las esquirlas de hueso. Tosía y expulsaba coágulos de sangre después de cada inhalación, y estaba seguro con cada una de ellas que sería la última, ya que la voluntad de vivir se le escapaba poco a poco del cuerpo.

Loken era capaz de ver el cielo de color gris oscuro a través de una brecha que se abría entre los escombros que lo mantenían casi enterrado. Distinguió unas cuantas estelas llameantes que atravesaban las nubes y cerró los ojos cuando se dio cuenta de que se trataba de la primera andanada de otro bombardeo orbital.

La muerte caía desde el cielo sobre la Ciudad Coral por segunda vez, pero en esta ocasión no sería nada tan exótico como un virus. Las cargas de alto poder explosivo destruirían por completo lo que quedaba de la ciudad y pondrían un punto final terrible a la batalla de Isstvan III.

Aquella demostración ostentosa era típica del Señor de la Guerra.

Se trataba de un epitafio que no dejaría dudas a nadie sobre quién era el vencedor.

Sobre el cielo de la ciudad aparecieron las primeras explosiones anaranjadas. El suelo se estremeció. Los edificios se derrumbaron bajo las oleadas de fuego y las calles se llenaron de llamas una vez más.

El terreno sufrió convulsiones como si se estuviera produciendo un terremoto, y Loken sintió que su prisión de escombros se movía. Una nueva oleada de tremendo dolor lo azotó cuando las llamas arrasaron los restos del edificio del parlamento.

Luego, llegó por fin la oscuridad, y Loken ya no sintió nada más.

A Tarvitz le quedaban un centenar de Adeptus Astartes bajo su mando. Eran los únicos supervivientes de aquella gloriosa batalla final y se habían reunido entre los restos del templo de los Cantores de Guerra. Allí había Hijos de Horus, Hijos del Emperador, e incluso unos cuantos Devoradores de Mundos con aspecto de encontrarse un poco perdidos. Tarvitz se dio cuenta de que no había entre sus filas ningún miembro de la Guardia de la Muerte. Creía que unos cuantos habían sobrevivido al asalto de Mortarion contra las trincheras, pero también sabía que si había sucedido, sería como si hubiera ocurrido en el otro extremo del planeta.

Aquello era el final. Todos lo sabían, pero ninguno de ellos lo expresó en voz alta.

Ya conocía los nombres de todos y cada uno de ellos. Antes no habían sido más que rostros cubiertos de suciedad que se sucedían a lo largo de los interminables días y noches de combate, pero en esos momentos ya eran hermanos, hombres con los que moriría con honor.

En el norte de la ciudad relucieron los destellos de una serie de explosiones. Varias estrellas fugaces atravesaron las oscuras nubes que se cernían sobre ellos y abrieron en ellas agujeros resplandecientes por donde se podían ver las verdaderas estrellas en el firmamento, testigos de la muerte de la Ciudad Coral.

—Se lo hicimos pagar caro, ¿verdad, capitán? —le preguntó Solathen—. ¿Todo esto ha servido para algo?

Tarvitz se quedó pensando unos momentos antes de contestar.

—Sí, se lo hicimos pagar caro. Recordarán este lugar.

Una bomba se estrelló contra el palacio del Señor del Coro y acabó con lo poco que quedaba de la gran flor de piedra, convirtiéndolo todo en llamas y en fragmentos de granito. Los leales no se pusieron a cubierto ni echaron a correr para buscar refugio. Ya no tenía mucho sentido.

El Señor de la Guerra estaba bombardeando la ciudad, y lo estaba haciendo de un modo concienzudo.

No permitiría que se escapasen una segunda vez.

Varias columnas de fuego surgieron por todo el palacio y los cercaron de un modo inevitable.

La batalla por la Ciudad Coral había terminado.

El templo estaba casi acabado. El elevado techo de arcadas de piedra se asemejaba al interior de una cavidad torácica bajo la que se habían reunido los oficiales de la Nueva Cruzada. Angron todavía estaba furioso por la decisión de abandonar Isstvan III antes de que la destrucción de los Adeptus Astartes leales fuera completa, mientras que Mortarion permanecía callado y con gesto hosco. Los guerreros de la Guardia de la Muerte parecían formar una barrera de acero entre él y el resto de los allí reunidos.

El comandante general Eidolon, todavía resentido por los errores que su legión había cometido a ojos del Señor de la Guerra, iba acompañado por numerosas escuadras de los Hijos del Emperador, pero su presencia no era bien recibida, simplemente era tolerada.

Maloghurst, Abaddon y Aximand representaban a los Hijos de Horus, y su lado se

encontraba Erebus. El propio Señor de la Guerra estaba de pie delante del altar del templo, que mostraba las cuatro caras de lo que Erebus llamaba los cuatro rostros de los dioses. Por encima de él había una gigantesca imagen holográfica de Isstvan V que dominaba todo el templo.

Una zona, llamada la Depresión Urgall, aparecía destacada. Era un cráter gigantesco al borde del cual estaba situada la fortaleza que el Señor de la Guerra le había ordenado a Fulgrim que preparara. Unos puntos azules parpadeantes indicaban los lugares de aterrizaje y las rutas de ataque y de retirada más probables. Horus había pasado la hora anterior explicando los detalles de la operación a sus comandantes, y estaba a punto de terminar.

—En este preciso instante están en camino siete legiones enteras que vienen para destruirnos. Nos encontrarán en Isstvan V, y la batalla será grandiosa. Sin embargo, lo cierto es que en realidad no será una batalla, porque ya hemos conseguido mucho desde la última vez que nos reunimos. El capellán Erebus nos iluminará respecto a otros asuntos aparte de Isstvan.

—En Signum todo va según lo planeado, mi señor —informó Erebus adelantándose unos pasos. Llevaba nuevos tatuajes en el cuero cabelludo que se asemejaban a las runas talladas en las piedras del templo.

—Sanguinius y los Ángeles Sangrientos no nos causarán ningún problema, y Kor-Phaeron nos ha informado de que los Ultramarines se están agrupando en Calth. No sospechan nada en absoluto, así que no se encontrarán en condiciones de ayudar a las fuerzas leales. Nuestros aliados superan en número a nuestros enemigos.

—Entonces, ya está hecho —dijo Horus—. Destrozaremos a las legiones del Emperador en Isstvan V.

—Y después, ¿qué? —le preguntó Aximand.

Una extraña melancolía se había apoderado de Horus Aximand después de los combates que se habían librado en la Ciudad Coral, y vio que Abaddon miraba con recelo a su hermano.

—Cuando hayamos hecho saltar la trampa, me refiero —siguió diciendo Aximand—. El Emperador continuará gobernando la galaxia y el Imperio responderá a sus órdenes. ¿Qué haremos después de Isstvan V?

—¿Después, Pequeño Horus? —le respondió el Señor de la Guerra—. Después atacaremos Terra.